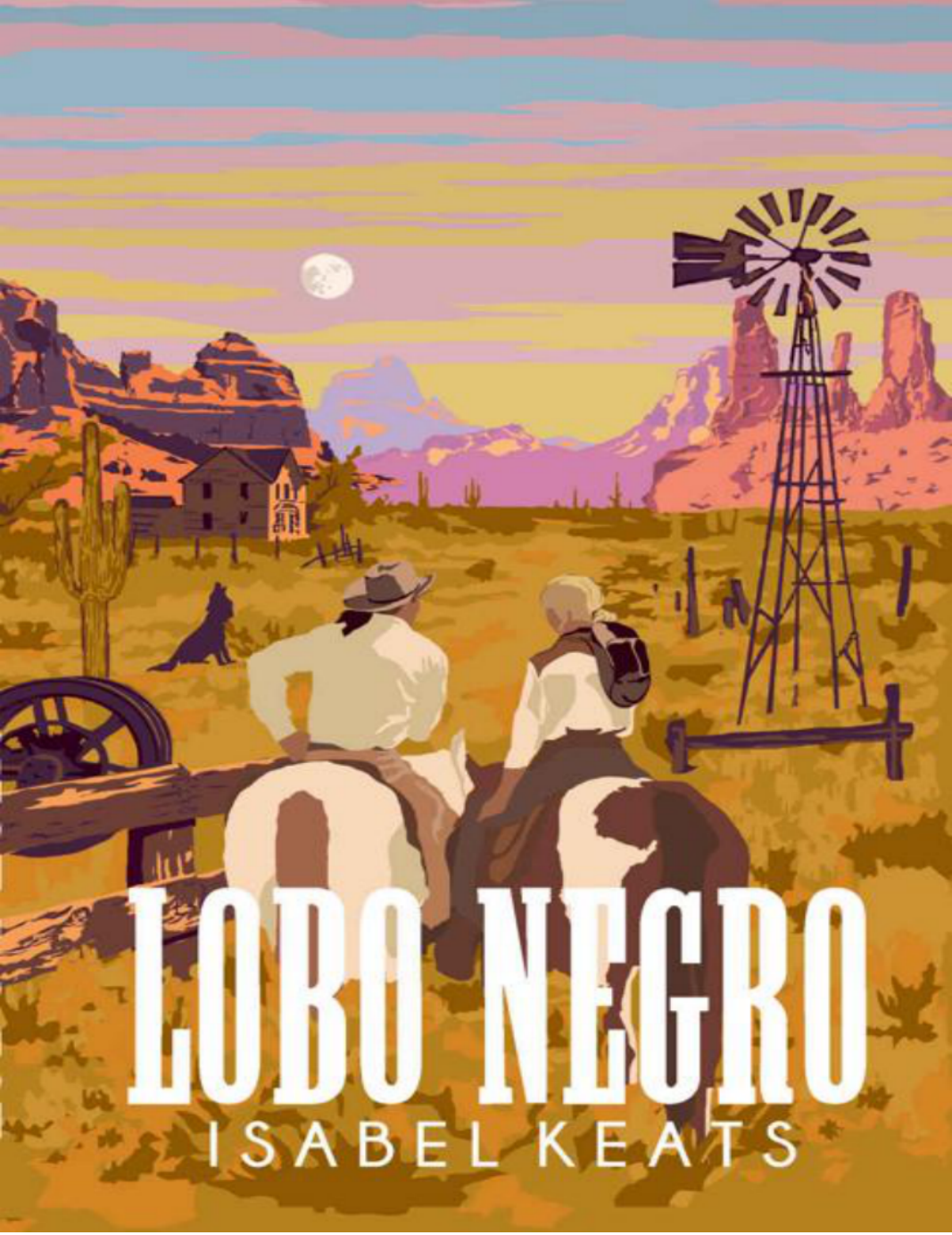
LOBO NEGRO
ISABEL KEATS

Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
❀
20
21
22
23
24
Epílogo
¡Gracias!
Mis otras novelas son:
Sinopsis de algunas de mis otras novelas
¿Has leído ya la serie de regencia inglesa Aristócratas y pecadores?
Sobre la autora

Lobo negro

Isabel Keats

© 2022 Isabel Keats. Todos los derechos reservados.
LOBO NEGRO
Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción total o parcial.
Todos los personajes de este libro son ficticios.
Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
Diseño de la cubierta: Belén Garrido

www.isabelkeats.com
mail to: isabelkeats@gmail.com

“Mira profundamente en la naturaleza y entenderás todo mejor”.

Albert Einstein

1

Ruta de Oregon, 1865

El caballo agitó la cabeza inquieto y el puño enguantado que lo guiaba se cerró con más fuerza en torno a las riendas mientras los ojos entornados del jinete, de un curioso tono ambarino tan claro que parecía casi amarillo, escrutaban el terreno a su alrededor. Poco después, un alarido similar al que lo había hecho detenerse unos segundos antes volvió a desgarrar el silencio, que hasta ese momento solo había sido alterado por el alboroto de los pájaros.

El jinete vestido completamente de negro, desde el sombrero de ala ancha hasta las botas polvorientas, chasqueó la lengua y su montura, obediente, abandonó el sendero y se internó en el bosquecillo de abetos. El aroma punzante de las coníferas y el aire helado ensanchaban los pulmones y todavía quedaban restos de nieve en los rincones más umbríos. De un salto desmontó junto a un grupo de árboles que componían un escondite natural, ató las riendas a una de las ramas bajas y, pese a que su altura y corpulencia eran mayores que la de la media, caminó con el sigilo de un puma en dirección a donde había sonado el grito.

Unos metros más adelante, oyó voces masculinas y alguna que otra risotada, y ya casi en la orilla del impresionante río Columbia dio con lo que iba buscando. En una diminuta playa de cantos rodados, un tipo con los pantalones a la altura de los tobillos se afanaba sobre una mujer que se debatía con fiereza debajo de él mientras otro hombre, con el rifle apoyado en el hombro, esperaba su turno con una mueca lasciva en los labios. A pocos metros, el cuerpo de lo que parecía también una mujer yacía en medio de un gran charco de sangre, junto a uno de esos estómagos de bisonte en los que las indias solían transportar el agua. Todo indicaba que las mujeres habían ido a buscar agua al río, como sin duda habrían hecho en un millar de ocasiones. Por desgracia, esta vez habían tenido la mala suerte de toparse con esos dos.

—Date prisa, Joe —apremió el del rifle.

—¡Muérete, Bill! Si no te... hubieras cargado a... la otra tú también estarías ahora... disfrutando de una fierecilla como... esta —respondió el otro casi sin aliento; lo que no resultaba sorprendente dado el modo en que su víctima se retorcía y le arañaba el rostro con las uñas cada vez que tenía ocasión.

—Señores, siento ser portador de malas noticias, pero me temo que la dama no desea sus atenciones.

La voz profunda resonó por encima del estruendo del río y los dejó paralizados. El del rifle fue el primero en reaccionar; en un solo movimiento bajó el arma del hombro y, sin ni siquiera apuntar, disparó. Sin embargo, no fue lo bastante rápido. Antes de que la bala saliera de la recámara, el tipo ya había recibido un tiro en el pecho, lo que la hizo desviarse varios metros de su objetivo y levantar una salpicadura en el agua.

—¡No dispare! ¡No dispare!

Su compañero se apartó en el acto de la mujer mientras trataba de subirse los pantalones a toda prisa. La india se apresuró a bajarse las faldas para tapar unas piernas sorprendentemente blancas, pero el recién llegado, que no apartaba los ojos del otro hombre, no le prestó la menor atención.

El tipo esbozó una sonrisa temblorosa que dejó a la vista unos dientes podridos por el tabaco y la falta de higiene.

—Si quieres, podemos compartir a la mujer —ofreció en un intento desesperado de congraciarse con ese desconocido surgido de la nada, que llevaba la palabra «peligro» escrita en su persona.

—Si te mato no será necesario. —La respuesta, en el mismo tono suave y algo rasposo, era tan inquietante como las dos cartucheras con adornos de plata mexicana repujada y sus correspondientes revólveres, que le colgaban a cada lado de las caderas estrechas y quedaron a la vista cuando el jinete se abrió un poco el guardapolvo.

—Te pagaré. ¡Tengo oro!

—¿Oro? —No sonaba demasiado interesado.

—Sí, mi socio y yo nos encontramos con unos mineros que se dirigían al pueblo de... —Se detuvo de golpe, como si pensara que quizá había hablado demasiado.

—Ya veo que estas mujeres no son vuestras primeras víctimas.

El otro lo miró desconcertado; el hombre vestido de negro de la cabeza a los pies no tenía ninguna pinta de ser un representante de la ley. Como si le hubiera leído la mente, el desconocido aclaró con una frialdad que hizo que su interlocutor se estremeciera visiblemente:

—Me da igual lo que hayas hecho. Lo que tengo claro es que no voy a dejar viva a una escoria como tú para que me dispare por la espalda a la menor oportunidad.

—Te juro que no... —Pero, al tiempo que hacía esas promesas, se

agachó con la rapidez del rayo y sacó de la caña de la bota una pequeña pistola. Ni siquiera le dio tiempo a apuntar; segundos después, yacía despatarrado en el suelo, con un agujero en medio de los ojos vidriosos.

El jinete se limitó a mirarlo en silencio antes de guardar el arma en la cartuchera izquierda. Luego se volvió hacia la india, que en lugar de salir corriendo como había esperado, seguía sentada en el suelo mirándolo con fijeza. Resultaba difícil adivinar su edad. Tenía el rostro y el pelo cubiertos de mugre y la ropa que llevaba no eran más que unos harapos descoloridos que sujetaba con una mano para cubrirse el pecho. Sabía que era una mujer por las trenzas que llevaba y por la posición que había ocupado ese cerdo entre sus piernas cuando intentaba violarla, pero, si no hubiera sido por ese pequeño detalle, no habría sido fácil adivinarlo.

—¿Hablas inglés?

No respondió. Un hilillo de sangre brotaba del labio partido y le bajaba por la barbilla. El hombre lo intentó una vez más con las pocas palabras que conocía en las lenguas chinukanas, pero ella siguió en silencio, mirándolo con esos grandes ojos claros que traicionaban su sangre mestiza.

El jinete se encogió de hombros. Luego se agachó y rebuscó en los bolsillos del muerto hasta dar con un saquito de tela y unas cuantas monedas que se guardó en un bolsillo. Después de hacer lo mismo con el otro, se dirigió hacia donde pastaban pacientemente los caballos, ajenos por completo a la suerte que habían corrido sus amos, y los destrabó antes de golpearlos con fuerza en las grupas para que se alejaran de allí. Miró de nuevo a la mujer que seguía completamente inmóvil, atenta al menor de sus gestos y se encogió de hombros una vez más. Volvió sobre sus pasos hasta el lugar en el que había dejado su montura, desató las riendas de la rama y se subió de un salto. Desde esa altura, echó un último vistazo en dirección a la mujer, que por fin se había movido. La mujer dio unos pasos vacilantes antes de dejarse caer de rodillas junto al cadáver de su compañera. Con visible esfuerzo le dio la vuelta, introdujo la mano por dentro de la túnica de piel de la muerta y arrancó de un tirón el saquito de cuero que esta llevaba colgado del cuello. No contenta con ello, rebuscó entre las ropas ensangrentadas hasta dar con un pequeño cuchillo que emitió un destello metálico cuando lo alzó en el aire.

Zane Wade, exsoldado de la Unión y, hasta hacía pocos meses, exitoso cazador de recompensas, había visto muchas cosas a lo largo de su vida, pero la imagen de esa india alzando el cuchillo con gesto amenazador por encima del cadáver de la otra mujer lo dejó intrigado y los labios finos se fruncieron en un silbido silencioso. A pesar de que no había hecho el menor ruido, la mujer se volvió como una centella y

lo sorprendió observándola. Le sostuvo la mirada, desafiante, hasta que él se llevó una mano al ala del sombrero negro, en un saludo cortés, y se alejó despacio a lomos de su caballo.

❀

El jinete llevaba mas de una hora dormitando encima de la silla, mecido por el suave balanceo producido por el paso lento y seguro de *Otto*, un bayo castrado de gran alzada que seguía el curso del río sin necesidad de ser guiado, cuando un sexto sentido —el mismo que le había sacado de numerosos apuros en el pasado— le hizo girar la cabeza con rapidez. Escudriñó el camino por el que había venido, concentrándose en la hilera de pinos que crecían a su derecha, pero no vio nada. Aflojó de nuevo las riendas, hundió el talón ligeramente en los flancos del animal para indicarle que reanudara la marcha al trote y siguieron adelante hasta que el sol empezó a ponerse detrás de las montañas. Entonces, buscó un sitio protegido para establecer el campamento. Había varios lugares que reunían las características adecuadas y, finalmente, se decidió por una cavidad al abrigo de dos grandes rocas, que le permitiría encender un fuego sin temor a miradas indiscretas.

Pocos minutos después, su caballo, bien cepillado, disfrutaba de un generoso puñado de avena a pocos metros del refugio mientras en la pequeña olla de hierro, colocada sobre la fogata, se cocinaban unas alubias con los restos de la liebre que había cazado el día anterior y de la cafetera abollada surgía el alegre borboteo del café caliente. Después de revolver con un palo el contenido de la olla, el jinete se levantó, se estiró con indolencia y desapareció detrás de los árboles. Se oyó un pequeño alboroto y, cuando reapareció unos minutos después, lo hizo arrastrando tras de sí a una mujer que se debatía con todas sus fuerzas, a la que obligó a sentarse frente al fuego sin demasiada delicadeza.

—Quédate ahí y no te muevas—ordenó en tono seco.

La mujer, que no era otra que la india a la que había salvado de ser violada apenas unas horas antes, trató de ponerse de nuevo en pie, pero el frío del cañón de un revolver apoyado sobre su sien la convenció en el acto de que sería mejor obedecer.

—No te muevas —repitió en un tono que no dejaba lugar a dudas.

Volvió a guardar el arma en la cartuchera, rodeó la hoguera y se sentó al otro lado. Sin prestarle más atención, cogió la cuchara que había dejado encima de una piedra y probó el guiso.

—Mmm.

De pronto, levantó los extraños ojos amarillentos y los clavó en la

inesperada visita —que ahora estaba muy quieta, sentada con los brazos en torno a las rodillas y no despegaba la mirada de él—, al tiempo que esbozaba una mueca de disgusto.

—¿Qué pensabas? ¿Que no te olería a distancia? En fin, imagino que tendré que alimentarte.

No debía de esperar ninguna respuesta, porque sin mirarla siquiera sirvió parte del guiso en un cuenco metálico y llenó una taza, también de metal, de café. Añadió una cuchara al plato y lo dejó todo delante de ella sin decir una palabra, antes de servirse lo que quedaba, sentarse de nuevo y empezar a comer con apetito.

Pese a su aparente indiferencia, los ojos ambarinos no se apartaban de ella. Después de un buen un rato, la india se llevó el plato a la nariz y lo olisqueó con desconfianza. Luego levantó la taza, repitió la operación y frunció la nariz con evidente desagrado, a lo que su anfitrión respondió con un comentario sarcástico:

—No me negarás que mi café huele mucho mejor que tú.

Ella no dio la menor muestra de entender lo que decía. Con precaución, sujetó el mango de la cuchara con el puño y, después de dos intentos, logró llenarla de alubias y llevársela con torpeza a la boca como le había visto hacer a él. Masticó despacio, con la misma desconfianza que había mostrado hasta entonces, pero enseguida cambió de actitud y empezó a devorar las alubias con ansia. Debía de encontrar frustrante el manejo de la cuchara porque, después de dos intentos más, la dejó a un lado y se llevó el cuenco a la boca.

—Tus modales en la mesa dejan mucho que desear. —Un profundo desagrado vibraba en la voz masculina.

Al parecer la mujer interpretó su tono correctamente, pues al instante se apartó el cuenco de la cara y, con los dedos apretados en torno a él como si temiera que se lo fuera a quitar, lo miró insegura. Él le hizo un gesto impaciente con la mano.

—Venga acábatelo de una vez.

Sin quitarle los ojos de encima, como si temiera que cambiase de opinión en cualquier momento, su invitada volvió a coger la cuchara y se terminó el resto de las alubias con un poco más de calma.

—Ahora el café. —Señaló la taza con un dedo largo y moreno, y ella se apresuró a llevársela a los labios y dar unos cuantos sorbos sin dejar de fruncir el ceño—. ¡Espera!

La mujer se quedó rígida con la taza en el aire mientras él se levantaba a rebuscar en una de las alforjas. Por fin, sacó un paquete de azúcar y echó una generosa cantidad en la taza. Él mismo removió con la cuchara y, de nuevo, le hizo un gesto para que bebiera.

Ella obedeció al instante y, después de dar un par de sorbos más, apartó la taza y le sonrió. Tenía unos dientes sorprendentemente blancos y regulares, y se le marcaba un hoyuelo en el lado derecho de

la boca.

Sin devolverle la sonrisa, su anfitrión volvió a sentarse y dedicó toda su atención a la comida. Cuando terminó, se levantó para buscar una vez más en las alforjas y, sin decir palabra, le arrojó una manta que cayó justo delante de sus rodillas. Como era su costumbre, ella se limitó a mirarlo, sin hacer el menor movimiento para cogerla.

Ignorándola por completo, el jinete colocó la silla de montar cerca de la fogata y se desabrochó las cartucheras. Con uno de esos movimientos felinos que lo caracterizaban, se dejó caer en el suelo y puso las armas al alcance de su mano, antes de envolverse en otra manta y apoyar la cabeza en la silla. Luego se bajó el ala del sombrero hasta la nariz y se quedó completamente inmóvil, aunque era imposible saber si dormía. La mujer continuó mirándolo un rato más. Por fin, sin bajar la guardia ni un segundo, cogió la manta, se cubrió con ella hasta la cabeza y se hizo un ovillo en su lado de la hoguera.

2

El olor del café y de las galletas recién hechas, y el rugido de su estómago en respuesta la despertaron mucho más tarde. Abrió los ojos y a la luz desvaída del amanecer vio al jinete agachado junto al fuego, que había vuelto a avivar.

—Menos mal. Pensé que estabas muerta —dijo sin mirarla.

Le sorprendió que supiera que estaba despierta; salvo abrir los párpados, no había hecho el menor ruido, pero él parecía tener un sexto sentido. Por eso la había sorprendido el día anterior. El hombre agarró el mango de la cafetera con un trozo de tela y la apartó del fuego.

—Vamos, el desayuno está listo. —Le hizo un gesto para que se acercara.

Obediente, se incorporó despacio y dobló la manta, se acercó cautelosa y cogió la taza llena que le tendía.

Ni siquiera la luz desvaída del amanecer podía ocultar la mugre que se acumulaba en el rostro y el pelo. Su anfitrión —que una vez más llevaba las cartucheras con los dos revólveres relucientes en su sitio— apartó la vista con una mueca de desagrado en el rostro curtido, ensombrecido por los cañones de la barba oscura, y se concentró en sacar las galletas de la olla de hierro sin quemarse.

Con la taza llena y un plato con dos galletas se apresuró a regresar a su sitio, al otro lado de la hoguera. Los ojos ambarinos no se despegaban de ella, así que hizo un esfuerzo por comer más despacio y por sostener la espalda erguida. Notó que él la miraba y fruncía el ceño, y esa mirada intrigada hizo que se detuviera con una galleta en el aire, a medio camino de su boca, hasta que él apartó la mirada y por fin pudo comer tranquila.

❀

En cuanto terminaron de desayunar, Zane echó varios puñados de tierra en la hoguera hasta apagarla, recogió los cacharros que habían

usado y se acercó a la orilla del río para lavarlos. Había terminado de frotar el último con arena, cuando un ruido casi imperceptible le hizo volverse con rapidez, con una mano en la empuñadura del revólver. Allí estaba la mujer, a escasos metros de él, observándolo como solía con esa mirada fija que le producía un ligero desasosiego. Maldijo entre dientes. No era propio de él dejarse sorprender de esa manera, pero lo cierto era que no la había oído acercarse. Fastidiado, cogió los cacharros que había dejado caer, se puso en pie y se irguió en toda su estatura frente a ella, con gesto amenazador.

—He compartido mi cena y mi desayuno contigo. Te he dado una manta, que estoy seguro que has echado a perder con ese horrible tufo que desprendes. Así que ya te puedes largar.

No se movió.

—He dicho ¡largo! —No levantó la voz. Pero el tono y el gesto que hizo con la mano eran inconfundibles.

Ella se encogió un poco al oírlo. Sin embargo, se quedó donde estaba sin retroceder ni un milímetro.

Semejante obstinación lo sorprendió. Estaba acostumbrado a que la gente retrocediera asustada ante su sola presencia, pero, más allá de cierta inquietud, no pudo detectar ni rastro de temor en los grandes ojos que esa mañana tenían el color de los acianos que crecían en los bordes de los caminos. En dos zancadas, se acercó a ella y le propinó un ligero empujón. No había utilizado ni una cuarta parte de su fuerza, pero debía de haberla tomado desprevenida porque perdió el equilibrio y cayó al suelo. La vio morderse el labio inferior con una mueca de dolor; era obvio que el impacto de su trasero contra las piedras de la orilla no había sido suave, pero no emitió una sola queja.

Los ojos ambarinos se posaron en las plantas de los pequeños pies que tenían una costra de suciedad y sangre seca y, una vez más, frunció los labios en un silbido silencioso. Acababa de caer en la cuenta de que el día anterior, esa mujer escuálida cuya cabeza apenas le llegaba al mentón había caminado descalza más de cinco millas, sin descanso y a buen ritmo, para alcanzarlo. Una pequeña gesta que no estaba al alcance de cualquiera.

—¿Qué demonios quieres de mí? —dijo molesto.

No esperaba una respuesta, por lo que se quedó de piedra cuando la oyó decir con una voz grave cuya entonación resultaba ligeramente gutural:

—Querer... ir... contigo.

—Así que hablas inglés —afirmó innecesariamente cuando se recuperó de la sorpresa.

Ella asintió con la cabeza.

—Tú llevar a... Orgon.

Él la miró unos segundos con el ceño fruncido.

—¿Orgon? Me imagino que te refieres a Oregón.

Su interlocutora lo pensó unos segundos y volvió a asentir en silencio.

—Pues estás de suerte. —Su tono rezumaba sarcasmo—. Precisamente nos encontramos en ese estado. ¿A qué parte de Oregón en particular quiere la señorita que la lleve?

La vio morderse el labio inferior, como si estuviera indecisa, pero al cabo de un rato dijo por fin:

—Alrededor... alrededor del manzano verde... —Hablaba despacio, vacilando al pronunciar las palabras, como si hiciera mucho que no las usaba—. Donde... la hierba verde... crece tan dulce.

Al reconocer la antigua canción infantil, el hombre puso los ojos en blanco y echó a andar, dispuesto a separar sus caminos de una vez para siempre, pero ella, rápida como un parpadeo, se plantó delante de él y le cortó el paso.

—Llevar... Llevar contigo... —El rostro delgado delataba el esfuerzo que hacía para hacerse entender—. Y yo dar algo... muy valioso.

—Así que algo muy valioso. —Zane enarcó una ceja mientras los ojos gélidos la recorrían de arriba abajo con desdén—. ¿De veras quieres que crea que debajo de esos andrajos apestosos se oculta un tesoro?

Notó que no había captado el auténtico significado de su comentario, porque la vio esbozar una leve sonrisa y asentir con firmeza.

—Sí, un tesoro.

—Enséñamelo.

Ella titubeó. No parecía tonta y debía saber que nada le impediría hacerse con el famoso «tesoro» antes de hacerla a un lado. Después de pensarlo un instante, metió la mano en un bolsillo de esa especie de túnica hecha con el pellejo de algún animal que llevaba y le tendió el saquito de cuero que le había arrebatado a la muerta. Cada vez más intrigado, Zane alargó el brazo, lo cogió y lo vació sobre la palma de la mano. Desconcertado, contempló la cadena y el medallón de oro macizo a los que el sol, que había conseguido imponerse a la niebla matinal, arrancaba destellos cegadores.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó sin dejar de examinar con atención el intrincado diseño del medallón. Notó también que el cierre de la cadena estaba roto.

—Mío —dijo a la defensiva.

—Sí, claro. —Volvió a guardar el medallón y la cadena en el saquito de cuero y este en el bolsillo del pecho de la camisa—. Será mejor que lo guarde yo hasta que descubra a quién se lo has robado.

—¡No robar! —Los ojos azules lanzaban destellos de indignación y

la vio apretar los puños con fuerza—. ¡Mío!

Pero, sin hacerle el menor caso, se agachó a recoger los cacharros ya limpios que había dejado en el suelo y se alejó en dirección al campamento.

—Si quieres venir conmigo, primero tendrás que darte un baño —le dijo por encima del hombro—. No pienso llevarte en mi caballo en el estado en que te encuentras.

La joven miró a su alrededor con impotencia. En esa parte el río no era demasiado profundo, pero había empezado el deshielo y el agua bajaba con fuerza. Siguió mirando el río un buen rato sin saber qué hacer.

—¿Aún estás así?

No lo había oído regresar, y se sobresaltó visiblemente al escuchar la profunda voz masculina tan cerca.

—Toma.

El hombre le tendió una pastilla de jabón. Ella la cogió de modo automático y lo miró con desconcierto.

—Es jabón. Frótate con él hasta que te quites toda la mugre. El pelo también. —Le señaló las trenzas con un dedo—. Respecto a esos trapos que llevas lo mejor será que te deshagas de ellos. Te dejaré esto para que te vistas después.

Le dejó una manta y una camisa limpia cerca de la orilla y, una vez más, se alejó en dirección al campamento.

Ella comprendió que hablaba muy en serio porque, sin perder el tiempo, se puso manos a la obra. Después de olisquear el jabón, miró a su alrededor para cerciorarse de que estaba sola y se sacó la túnica por la cabeza. Con la pastilla de jabón en la mano, se fue metiendo en el río poco a poco, pisando con torpeza sobre los resbaladizos cantos rodados. El agua estaba congelada y no pudo evitar resoplar varias veces. Cuando le llegó por encima de las rodillas se sentó en el fondo, se enjabonó y empezó a frotarse el cuerpo con fuerza. El agua turbia desaparecía río abajo, llevándose la porquería a toda velocidad. Luego le tocó el turno a su pelo; con dedos temblorosos deshizo las trenzas y lo lavó lo mejor que pudo. Cuando por fin salió del agua, estaba tiritando y tenía los labios amoratados. Se envolvió en la manta y, con los dientes castañeteando sonoramente, se friccionó con ella la piel mojada hasta hacerla enrojecer. Una vez seca, se puso la camisa y se remangó los puños. Los faldones le llegaban por encima de las rodillas, entonces se enrolló la manta húmeda a la cintura y se la ató con su propio cinturón de cuero bajo la camisa.

Al terminar, se agachó para coger el cuchillo y un saco de cuero un poco más grande que el que él le había quitado, y se colgó ambos del cinturón. Luego envolvió varias piedras con la túnica harapienta, antes de hacerle un nudo y arrojarla en una zona más profunda del río. En cuanto el hatillo se hundió sin dejar rastro, regresó al campamento.

Mientras ella se bañaba, el hombre de negro había aprovechado para recoger. El único rastro de su presencia allí eran las brasas, ya apagadas, que él había dispersado con la punta de la bota. En ese momento, estaba concentrado en sujetar las alforjas a la silla y habló sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—Te llevaré al pueblo más próximo y el resto es cosa tuya. —No dijo nada y él se volvió por fin a mirarla—. ¿Qué demonios...?

La mujer que tenía enfrente —aunque quizá el de «jovencita» fuera un termino más adecuado porque no debía de tener más de diecisiete o dieciocho años— no tenía ni una gota de sangre india en las venas. Una vez eliminada la mugre, el pelo había recuperado su tono oro oscuro natural que seguramente se aclararía aún más en cuanto se secara, y la piel del rostro delgado, pese a estar ligeramente bronceada por el sol, era inconfundiblemente blanca.

—¿Puede saberse qué era esa capa de porquería? —preguntó cuando se recuperó de la sorpresa.

Ella se llevó la mano al pelo con aire avergonzado.

—Lodo.

—¿Lodo? —repitió incrédulo.

—Solo querer... ser más... hermosa.

Su interlocutor dio dos pasos hacia ella y examinó de cerca, aunque sin tocarla, la espesa mata de pelo, enredada y llena de nudos.

—No parece que tengas piojos. Imagino que los pobres bichos habrán salido corriendo con el pestazo.

Se acercó de nuevo al caballo, que esperaba paciente, y sacó un peine metálico de una de las alforjas.

—Prueba con esto.

Ella obedeció, pero era inútil; cada vez que se pasaba el peine por el pelo, este se quedaba atascado en los enmarañados mechones.

—Déjame a mí.

Le arrebató el peine, impaciente. Sin embargo, después de media docena de dolorosos tirones, que la pobre chica aguantó sin quejarse pese a que le lagrimeaban los ojos, no le quedó más remedio que darse por vencido; era evidente que ningún peine se había deslizado por esos cabellos en años.

—Es inútil. Habrá que cortarlo.

Se agachó y sacó una navaja de la caña de la bota. Con un rápido movimiento la desplegó y al ver el brillo de la hoja afilada, ella retrocedió un paso, asustada.

—Quieta —ordenó.

Obediente, la joven se quedó completamente inmóvil mientras él cortaba los mechones a no más de cuatro centímetros del cuero cabelludo. Cuando terminó, el suelo a sus pies estaba cubierto de guedejas doradas.

Examinó su obra con detenimiento.

—Imagino que no me darán el premio al barbero del año.

La vio pasarse la mano por la cabeza, como si estuviera sorprendida con esa nueva sensación de ligereza. En verdad tenía un aspecto muy extraño: los mechones irregulares, que ya empezaban a secarse, apuntaban en todas las direcciones, tenía el labio inferior hinchado y un moratón en uno de los afilados pómulos, y luego estaba el indescriptible atuendo que llevaba.

Zane movió la cabeza con el ceño fruncido.

—Me temo que no vas a poder ir a ningún lado con ese aspecto.

La joven debió de creer que se había pensado mejor lo de llevarla al pueblo más próximo y lo miró suplicante.

—Por favor.

Sin decir una palabra, él le rodeó la cintura con las manos y la subió al caballo. *Otto*, que no estaba acostumbrado a ese tipo de carga, lanzó un relincho de protesta, pero su dueño sujetó las riendas con firmeza y lo inmovilizó.

—Quieto, muchacho —susurró.

Alzó la mirada y, por primera vez, leyó el temor en los ojos femeninos. La manta se le había subido por encima de las rodillas, dejando a la vista unas piernas muy blancas y delgadas. Zane estudió la situación unos segundos con el ceño fruncido; volvió a sacar la navaja de la caña de la bota, hizo un corte longitudinal en el centro de la manta y le tapó las piernas lo mejor que pudo. Satisfecho, guardó de nuevo la navaja en su sitio y se subió con agilidad delante de ella.

—Agárrate.

Golpeó los flancos con los talones. El caballo se puso en marcha y ella se aferró con fuerza a su cintura para no caerse.

3

Resultaba aterrador ir a lomos de un caballo tan enorme, por eso no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde de que se había olvidado de ocultar los mechones de pelo que él le había cortado. Si alguno de los guerreros se molestaba en seguir sus huellas seguro que los encontraría.

«Pero no lo harán. No perderán el tiempo buscándome» se dijo, intentando calmar su inquietud.

No pensaba volver al poblado. Era su oportunidad de llegar a la tierra del manzano verde. Llevaba años soñando con el lobo negro y, por fin, había venido a rescatarla. Cuando, hacía años, le había contado esos sueños a Meda, la mujer medicina había trazado unos dibujos en la tierra y, tras estudiarlos con atención, había dicho que cuando el lobo negro apareciera ella, Taima, tendría que seguir sus huellas.

Nunca olvidaría el momento en que después de oír el disparo que mató al compañero del hombre que la había tirado al suelo y se había echado encima de ella aplastándola con su peso, este se apartó y lo vio allí de pie, con las manos muy cerca de las empuñaduras de los revólveres, pero sin rozarlas. Era él. No le cupo la menor duda. Ese hombre alto, vestido de negro de la cabeza a los pies y con esos ojos que brillaban como la pálida luz de la luna amarilla, era el lobo negro de sus sueños.

El caballo se puso al trote. Ella apretó un poco más los brazos en torno a la estrecha cintura del jinete y acercó la nariz a su espalda. Le gustaba como olía; a cuero, a hoguera y a sudor limpio, nada que ver con el olor rancio que desprendían la mayoría de los miembros de la tribu. Acercó la nariz a su propio hombro y aspiró con deleite. Ella también olía bien. Esa cosa que él había llamado jabón había dejado un aroma especiado en su piel y la camisa, aunque de tacto un poco áspero, no estaba usada. No recordaba la última vez que se había sentido tan limpia. En cuanto llegaba el buen tiempo procuraba bañarse a menudo en las gélidas aguas del río, pero el placer del aseo no duraba demasiado, pues enseguida se veía obligada a

embadurnarse con el lodo maloliente de una ciénaga cercana, algo que odiaba con toda su alma.

Fue Meda la que le enseñó a hacerlo. Poco después de llegar al campamento, Totsi, la mujer que ahora yacía muerta junto al río, la había obligado a recoger bosta y ramas para hacer fuego. Era uno de esos días en los que el sol pesaba como un montón de piedras y cada vez que Totsi la veía refugiarse en alguna sombra, la pegaba con la vara de sauce que llevaba siempre encima. Al caer la tarde tenía la piel como si hubiera saltado en una hoguera. Pasó varios días devorada por la fiebre, pero Meda era una mujer medicina muy poderosa y consiguió arrebatarle su espíritu a la muerte.

Al principio solo se ponía el lodo en la cara, el cuello y la piel que el vestido dejaba al aire, pero los niños del poblado enseguida empezaron a burlarse del color de su pelo y de sus ojos. La llamaban fea y fantasma, y los más pequeños se ponían a llorar cuando la veían. El azul de los iris era imposible de disimular, pero descubrió que si se untaba una gruesa capa de barro en los cabellos, estos adquirían un tono mucho más oscuro que hacía que pasara desapercibida entre el resto de las niñas que correteaban por el campamento. Y los miembros de la tribu, a diferencia del hombre que cabalgaba delante de ella, nunca habían protestado por el olor.

El estómago lleno y el suave balanceo del caballo le estaban produciendo una agradable somnolencia. Sin pensar, apoyó la mejilla en la musculosa espalda del jinete y se quedó dormida. Solo se despertó cuando el caballo se detuvo. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Por la posición del sol cuando asomaba detrás de las amenazadoras nubes grises calculó que debía de ser cerca del mediodía. El jinete había tomado la ruta de las montañas. El aire era frío y punzante y no pudo reprimir un escalofrío.

—Acamparemos aquí.

La voz profunda pareció retumbar dentro del pecho del jinete y ella se apartó, sobresaltada. Lobo, como había empezado a llamarlo en su cabeza, saltó del caballo y la ayudó a bajar sin demasiada delicadeza.

—Enciende el fuego mientras me ocupo del caballo. —Le lanzó una caja de fósforos que sacó del bolsillo del guardapolvo.

Ella atrapó la caja en el aire y se puso manos a la obra. Recogió ramas y piñas para la hoguera y colocó unas piedras de buen tamaño alrededor. Oyó un estruendo lejano y olfateó el aire; se acercaba una tormenta. Lobo sabía lo que hacía, se dijo satisfecha; había elegido para acampar una pequeña explanada de tierra que quedaba debajo del alero de una roca, en un terreno con una leve pendiente. En caso de que lloviera más de la cuenta, allí estarían a salvo de ser arrastrados por alguna de esas peligrosas torrenteras que se formaban

de súbito en las montañas.

Frotó una cerilla contra el canto de la caja como le había visto hacer a él y dio un respingo cuando brotó la llama, que se apagó en acto. Con dedos temblorosos, sacó una segunda cerilla y esta vez tuvo cuidado de conservar la llama el tiempo suficiente para prender un poco de la yesca que había sacado del saco de cuero que llevaba siempre colgado del cinturón. Pocos minutos después, un buen fuego crepitaba frente a ella quien, agradecida por el calor, extendió las manos hacia las llamas. De pronto, algo pesado cayó a su lado con un golpe seco y al girar la cabeza, sobresaltada, vio el cuerpo ensangrentado de un conejo recién desollado. El lobo se movía con increíble sigilo.

—Imagino que sabrás cocinar.

Asintió con la cabeza, se levantó y buscó por los alrededores hierbas y bulbos para condimentar el guiso. El conejo no había terminado de cocinarse cuando empezaron a caer los primeros goterones, que enseguida se convirtieron en una espesa cortina de agua que los aislaba del exterior. El ruido de la lluvia resultaba ensordecedor y mientras removía el contenido de la olla, musitó una breve plegaria de agradecimiento a los dioses: por estar a resguardo de la tormenta, por ese guiso que olía de maravilla y, sobre todo, por la llegada del lobo negro que, en ese momento, servía dos tazas de café recién hecho y le añadía a la suya una cucharada de esos deliciosos polvos blancos.

Cuando la comida estuvo lista. Llenó los dos platos y le tendió uno a él, que lo cogió sin decir nada. Con menos torpeza que el día anterior, se llevó la cuchara a la boca y cerró los ojos para disfrutar de la tierna carne del conejo. Totsi, a la que le encantaba comer y era muy golosa, siempre había escatimado en lo tocante a su propia comida, por lo que las más de las veces se había visto obligada a conseguirla por su cuenta, pese a que las mujeres de la tribu tenían terminantemente prohibido cazar o pescar. Espiando a los jóvenes que se preparaban para convertirse en guerreros había aprendido a poner trampas y a pescar sin más que una cuerda de cuero trenzado y una espina de pescado atada en un extremo, pero era difícil escapar por mucho tiempo de las interminables tareas que le asignaba Totsi y de su vigilancia constante, y cuando ella u otras mujeres de la tribu la sorprendían, el castigo siempre era muy doloroso. Si no hubiera sido por las bayas y los bulbos que crecían en los bosques, habría perecido de hambre hacía tiempo.

Lobo le tendió el plato vacío sin decir nada y ella le echó lo que quedaba en la olla. Cuando terminaron de comer, sacó los cacharros que habían usado fuera del repecho de roca y dejó que la lluvia los limpiara. Con disimulo, miró al hombre silencioso que estaba sentado

frente a ella y que en ese momento limpiaba las pistolas con meticulosidad y rellenaba de balas los agujeros vacíos de las recámaras.

El lobo era muy distinto de los hombres de la tribu. Para empezar era muy alto, incluso comparado con ella, que les sacaba una cabeza a muchos de los guerreros, algo que no contribuía a hacerla más popular. Ninguno quería una mujer que fuera más alta que él y su único pretendiente había sido Uslu, oso peludo, el detestable sobrino de Totsi, que tenía una espesa mata de vello en la espalda, algo fuera de lo corriente entre los lampiños cuerpos de los nativos. Uslu era demasiado gordo y vago para ser un buen guerrero. En realidad, solo le prestaba atención porque todas las demás mujeres de la tribu lo habían rechazado en algún momento y pensaba que ella tenía que estarle agradecida por su interés. Sin embargo, la que no tenía el menor interés de convertirse en su mujer —más bien en su esclava— era ella, Taima, y Uslu no llevaba nada bien que una mujer tan insignificante también hubiera declinado su ofrecimiento. Pero no quería pensar más en Uslu ni en Totsi ni en el poblado ni... echó un par de ramas al fuego con brusquedad y varias chispas salieron despedidas.

—Cuidado, no vayas a prender las mantas —dijo el lobo con sequedad.

Avergonzada, cogió una de las dos mantas que él había dejado cerca de fuego y se tapó con ella. Estaba cansada y esas comidas tan abundantes hacían que le entrara sueño. Los párpados se le cerraron poco a poco y al rato dormía profundamente, segura de que el lobo la protegería.

❀

Una vez más el olor a café la despertó. Se desperezó y al sacar los brazos de la manta notó que la temperatura había descendido unos cuantos grados. Con un estremecimiento, se apresuró a cubrirse los hombros con la manta y se puso en pie. No había rastro del lobo y Taima se dijo que sería un buen momento para proceder a su arreglo matinal. Se alejó unos metros hacia un grupo de abetos para hacer sus necesidades. Un poco más abajo discurría un arroyuelo; Taima miró a su alrededor, se soltó el cinturón y la manta cayó a sus pies. Pese a que no tenía esa bola que olía tan bien, que el lobo había llamado jabón, se lavó lo mejor que pudo. El agua estaba helada, pero, a pesar de todo, suspiró con placer; ya no había necesidad de embadurnarse de lodo nada más acabar de limpiarse. Se secó con rapidez y se volvió a enrollar la manta alrededor de la cintura y a sujetársela con el

cinturón. Una vez que el cuchillo y la bolsa de cuero estuvieron en su sitio, bien escondidos debajo de la camisa, regresó al campamento.

El lobo estaba en cuclillas, preparando las galletas del desayuno. Aún no se acostumbraba a ver a un hombre haciendo tareas de mujer; ningún guerrero de la tribu se habría humillado de esa manera.

—Poder yo... —Pero él rechazó su ayuda con un gesto.

Cuando las galletas estuvieron listas, las repartió equitativamente entre ambos y le tendió una taza de café sin olvidarse de echar una generosa cucharada de polvos blancos. En cuanto terminó la segunda galleta, Taima se sintió incapaz de tragar un bocado más; no estaba acostumbrada a las comidas regulares y menos cuando eran tan abundantes. Le hubiera gustado guardar el resto de las galletas en su bolsa; era consciente de que no era seguro que en los próximos días siguiera comiendo tan bien, pero el lobo no le quitaba los ojos de encima.

—¿No puedes más?

Negó con la cabeza. Los ojos ambarinos la examinaron con detenimiento y notó cómo se detenían unos segundos de más en sus muñecas, en las que los huesos eran claramente visibles.

—Es obvio que estás desnutrida, así que imagino que será mejor que vayas poco a poco. Dame. —Ella se apresuró a tenderle el plato y el lobo dio buena cuenta del resto de las galletas. Cuando terminó, preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Taima.

—Los nombres indios suelen tener un significado, ¿sabes cuál es el significado del tuyo?

Ella tardó un rato en traducirlo en su cabeza.

—Choque de... truenos, creo. —El lobo enarcó una ceja y ella lo interpretó como un atisbo de curiosidad, por lo que se apresuró a explicar—: Cuando ser niña... muchos... desastres cerca de yo.

Hablaba despacio pues le costaba encontrar las palabras de ese antiguo idioma que había estado escondido hasta entonces en algún rincón de su cabeza.

—Espero que mientras estés conmigo procures no mostrar esa faceta tuya.

Ella no entendió todas las palabras, pero no tuvo problemas en imaginar su significado y se apresuró a negar con vehemencia.

—Hum. —El lobo terminó de beberse el café y se puso en pie.

En silencio, Taima lo ayudó a recoger el campamento y, siguiendo su ejemplo, se aseguró de borrar en lo posible el rastro de la noche que habían pasado en aquel refugio. El resto del día lo pasaron casi en su totalidad a lomos del gigantesco bayo. El camino bordeaba las montañas y a menudo se estrechaba de un modo alarmante, hasta el punto de que a uno de los lados se elevaba una escarpada pared y al

otro tan solo un abismo aterrador al que cualquier paso en falso del caballo los arrastraría de manera inevitable. Por fortuna, el animal parecía tener una habilidad especial a la hora de decidir dónde apoyar los poderosos cascos y, hasta el momento, no habían tenido el menor percance.

Tres días más tarde habían dejado atrás aquel sendero escarpado y seguían avanzando a buen ritmo en dirección al oeste. La temperatura, aunque seguía siendo muy fría, había mejorado al descender unos cuantos metros. Taima se había adaptado a la perfección a aquel modo de vida; al fin y al cabo, salvo por lo de recorrer largas distancias a lomos de un caballo, no era tan distinto de la vida nómada que llevaba con los miembros de la tribu. Ahora también cocinaba y recogía madera para el fuego, recolectaba hierbas medicinales que guardaba en su bolsa de cuero, ponía alguna trampa en la que de vez en cuando atrapaba una liebre o un conejo... Sin embargo, no tenía que aguantar los gritos furiosos ni los salvajes tirones de pelo de Totsi ni tenía que estar en guardia por la desagradable presencia de Uslu, al que le gustaba sorprenderla a solas y golpearla con crueldad si se resistía a cumplir sus órdenes caprichosas.

El lobo y ella apenas necesitaban intercambiar más de media docena de palabras al día para entenderse; era como si siempre hubieran viajado juntos. Al menos así era como ella se sentía. En realidad, no le habría importado seguir así eternamente, cabalgando en dirección a la puesta de sol en compañía del lobo. Por primera vez en años, se sentía feliz y no podía evitar tararear a menudo esa canción cuya letra casi había olvidado, que le traía recuerdos nebulosos de lo que parecían ser tiempos felices.

El lobo chasqueó la lengua y el bayo se detuvo al instante.

—Acamparemos aquí.

Un rio corría a pocos metros de una roca de buen tamaño que los protegería de la ligera ventisca que había empezado a soplar a mediodía. Taima se sentía agradablemente cansada, pero no tanto como para no intentar pescar con la espina y el cordón de cuero trenzado que siempre llevaba consigo. Un poco de pescado sería bienvenido en su dieta. Dos horas más tarde, los lomos limpios de un pez, bien aderezados con hierbas, se cocinaban colocados sobre una piedra plana cerca del fuego.

—Delicioso. Eres una gran cocinera.

Aquel sincero cumplido la llenó de orgullo y le respondió con una cálida sonrisa.

—¿Qué les pasó a tus padres? —La inesperada pregunta, le borró la sonrisa de golpe. No le gustaba cuando el lobo le hacía preguntas, nunca sabía qué responder; así que se encogió de hombros como solía.

—No recordar.

Era cierto. Sabía que nadie del poblado era su padre o su madre. Desde luego Totsi, que era con quien había compartido tipi desde que tenía memoria, no era su madre, pero no recordaba nada de su pasado ni de su verdadera familia. Era el lobo el que le había hecho ver que ella no era india. Hasta entonces, pese a su aspecto, jamás había dudado de su procedencia. Desde que él le había abierto los ojos a esa sorprendente realidad ya entendía un poco mejor por qué siempre se había sentido una extraña en medio de la tribu y por qué, al contrario que los miembros de esta, era capaz de entender el lenguaje que usaba él. Inglés, lo había llamado.

—¿No recuerdas nada de tus primeros años? —Ella negó con la cabeza y volvió a encogerse de hombros—. Deberías hacer un esfuerzo. Es importante. Quizá hay personas buscándote.

—¿Buscarme? ¿A mí? —preguntó sin demasiado interés masticando despacio.

—Algún familiar, algún...

Ahora fue el turno de él de encogerse de hombros.

—Ahora tú mi familia —afirmó sin pensar y, de pronto, se dio cuenta de que le gustaba cómo sonaba aquello.

El lobo, en cambio, no parecía demasiado contento con su comentario.

—Quítate esa idea de la cabeza —dijo seco—. No somos familia. En cuanto pueda, te dejaré en un sitio civilizado y no volveremos a vernos.

Taima se apretó el pecho con la mano, esas duras palabras parecían habérsele clavado ahí con fuerza. Sin embargo, se recordó, decida a no dejarse arrastrar por la desesperación, también al principio se había negado a llevarla con él y ya llevaban varios días viajando juntos. El lobo podía volver a cambiar de opinión una vez más. ¿Acaso no le había dicho que era una buena cocinera? Podía cocinar para él y entre dos era más rápido recoger el campamento. Sí, se dijo llevándose otro trozo de pescado a la boca. Ella haría su vida más fácil y él estaría contento de llevarla consigo.

—¿Más? —le ofreció el último lomo con una sonrisa.

Él dudó unos segundos, como si se sintiera ligeramente desconcertado por esa sonrisa; finalmente, asintió con la cabeza al tiempo que le tendía el plato.

❀

Al sentir el leve roce de unos dedos fríos en los labios, amartillar el revolver y clavar la boca del cañón debajo de la barbilla de la persona

que estaba arrodillada junto a él fue todo uno. Las primeras luces del alba le permitieron reconocer los ojos azules de su acompañante y no se resistió cuando ella, con mano firme y sin dejar escapar el más mínimo sonido, apartó el cañón del revólver. Taima no necesito ni una sola palabra para hacerle saber que estaban en peligro antes de desaparecer con el mismo sigilo por detrás de unos arbustos.

Zane, ahora completamente alerta y con un revólver listo en cada mano, siguió inmóvil con los oídos bien atentos a los sonidos del nuevo día que comenzaba. Ahí estaba. Lo reconoció en el acto. El trino cercano de un pájaro y la respuesta casi inmediata de otro. Después de la guerra civil, había participado en suficientes escaramuzas durante algunas de las guerras indias como para no saber a qué tipo de peligro se enfrentaba. Si no hubiera sido por la silenciosa joven, era más que probable que en esta ocasión hubiera acabado con la garganta abierta de un tajo certero, y el cuero cabelludo colgando del cinturón de un joven guerrero. Se obligó a hacer a un lado esa desagradable idea y, sin hacer el menor movimiento que indicase que estaba despierto, se concentró en las dos sombras, algo más oscuras que los arbustos que las rodeaban, que se arrastraba hacia él de un modo casi imperceptible. Cuando las sombras estuvieron a apenas metro y medio de donde él estaba tumbado, abrió fuego con rapidez y rodó sobre su cuerpo hasta situarse a cubierto detrás de una pequeña roca cercana. Cuatro disparos, dos aullidos de dolor. Bingo.

Esperó unos segundos antes de salir despacio de su escondite. La luz del amanecer iba cobrando intensidad y pudo distinguir el cuerpo semidesnudo de un indio, ahora completamente inmóvil, y otro que se retorcía en el suelo, apretándose el muslo entre gemidos de dolor unos metros más allá. Comprobó que el primero estaba muerto antes de volverse hacia el segundo. En ese preciso momento, un alarido destinado a helar la sangre del más templado sonó su espalda. Ya Zane se giraba sobre los pies, revólver en ristre, para enfrentarse a esa nueva amenaza cuando, de entre el grupo de arbustos que quedaban a su espalda surgió un destello metálico que cortó el aire con un sonido sibilante antes de clavarse en la mano que sostenía en alto el *tomahawk*.

Taima. Sorprendido, la vio acercarse hasta el indio que gimoteaba sujetándose la mano atravesada por el pequeño cuchillo, de la que no paraba de manar sangre, y la oyó intercambiar unas palabras con él en una lengua desconocida. A juzgar por sus gestos, ella insistía en algo, pero aquel guerrero con sobrepeso no parecía dispuesto a ceder hasta que, finalmente, ella lo agarró de la larga melena negra y le dio un violento tirón de pelo. El indio gritó, pero ella le dio otro tirón, al tiempo que decía algo en tono firme y hasta que el guerrero no asintió

con la cabeza, no lo soltó.

Visiblemente satisfecha, su compañera de viaje sacó de la alforja el trapo que usaban para agarrar el asa de la cafetera sin quemarse, lo rasgó con ayuda del pequeño cuchillo que había recuperado, y cuya hoja se había apresurado a limpiar en el pantalón de su víctima, e hizo lo último que Zane habría esperado ver esa noche: le vendó la mano al herido. Luego se acercó al otro hombre, que seguía gimiendo, y examinó el agujero que tenía en el muslo. Pese al aparatoso sangrado, no era grave, así que limpió la herida con la misma eficiencia, antes de doblar un trozo del paño y hacer una compresa para detener la hemorragia y sujetarla con firmeza con otra tira de tela.

Luego se dirigió hacia dónde estaban las monturas de los indios. Con un par de palmadas en las grupas hizo huir a dos de los pequeños appaloosa y llevó al tercero, agarrado por las largas crines, hasta donde estaban los dos heridos. Volvió a decir algo, señaló a Zane, y dijo algo más. Al parecer fue suficiente porque los dos indios se subieron al caballo todo lo rápido que pudieron y desaparecieron de allí al galope.

Taima miró a su alrededor y soltó un suspiro satisfecho. No parecía demasiado impresionada por el cadáver que miraba al cielo con los ojos muy abiertos.

—Mejor irnos ahora —dijo con voz serena antes de empezar a recoger las mantas.

Zane frunció los labios en una inapreciable sonrisa y, obediente, se apresuró a ensillar al bayo.

4

Ese día no pararon ni siquiera a comer y, ya bien entrada la noche, se detuvieron en un alto desde el que podían distinguirse las luces parpadeantes de lo que parecía un pueblo de no más de una veintena de casas.

—Hoy ha sido un día difícil, así que descansa. Yo prepararé la cena.

Notó que ella lo miraba sorprendida, pero no solo no le obedeció sino que en cuanto se volvió a desensillar a *Otto*, empezó a buscar ramas para encender un fuego. Zane lanzó un suspiro impaciente antes de acercarse a ella, sujetarla por los muslos sin hacer caso de la exclamación sobresaltada que soltó, echársela al hombro como si fuera un fardo y depositarla sin demasiada delicadeza en el abrigo que les serviría esa noche de refugio.

—He dicho que descanses.

Su tono no admitía réplica, así que, pese a que saltaba a la vista que ella habría preferido ayudarlo con los quehaceres habituales del campamento como era su costumbre, se quedó allí sentada mientras lo observaba ir y venir. No tardó demasiado en cepillar al caballo, atender al resto de sus necesidades, encender la fogata y tener lista la cena, y Taima recibió la taza de café y el plato de gachas calientes que le tendía con una enorme sonrisa.

La examinó a la luz vacilante del fuego. Los cardenales del rostro no eran tan visibles en la penumbra y sus modales habían mejorado considerablemente desde aquella primera comida juntos. Después de ese día largo y duro, en el que apenas habían comido unas tiras de carne salada, debía de estar tan hambrienta como él. Sin embargo, ya no se abalanzaba sobre la comida como una fiera hambrienta, sino que usaba la cuchara y masticaba despacio sin dejar de mirarlo, tomando nota de todos sus gestos.

—¿Quienes eran esos? ¿Los conocías?

Ella asintió en silencio antes de tragar y contestar:

—Uslu y sus amigos. No esconder el pelo que tu me cortar, seguir rastro.

—Ya veo. ¿Uslu es tu enamorado? —Ella lo miró con el ceño fruncido, era evidente que no entendía la palabra—. ¿Tu hombre?

—Ah, eso. No, no. —Negó con gesto firme con la cabeza antes de lanzar una risita, como si le hiciera gracia la idea—. No mi hombre. El quiere, yo no. Me odia también.

Zane siguió comiendo sin apartar los ojos de su rostro.

—Se ha tomado muchas molestias para recuperar a una mujer a la que odia, ¿no te parece?

Ella se encogió de hombros con su gesto habitual.

—Todas las mujeres de la tribu decir no, solo quedar yo. Sus inviernos serán fríos. —De nuevo, lanzó una risita malvada.

—¿Qué le dijiste?

Dejó la cuchara en el plato y empezó a enumerar con los dedos de una mano.

—Decir: deja de seguir a mí o la próxima vez clavar mi cuchillo en tu corazón. Decir: nunca casar contigo, ahora pertenecer al lobo negro. —Sacó otro dedo más—. Decir: Ir o el lobo negro hacer contigo lo mismo que hacer con Yana. Decir: El lobo negro ser el más fuerte de los guerreros. Decir...

Zane hizo un gesto con la mano.

—Está bien. Ya es suficiente. Me hago una idea.

Ella se miró el quinto dedo, se encogió de hombros, cogió de nuevo la cuchara y siguió comiendo con apetito.

—¿Por qué espantaste a los caballos?

—Un solo caballo suficiente para llegar al poblado, más caballos tal vez decidir seguirnos.

—Eres una chica lista.

Al oír aquel nuevo y, al parecer, igualmente inesperado cumplido, una cálida sonrisa de dientes blancos dejó a la vista el pícaro hoyuelo de la comisura. Zane frunció el ceño, y ella recuperó la seriedad en el acto.

—Bien. Ahora duerme, mañana en cuanto amanezca me acercaré a ese pueblo.

—Yo ir contigo, ¿sí? —Lo miró suplicante.

—No. No puedes ir a ningún sitio así vestida. No pongas esa cara. Trataré de comprarte algo que haga que la gente no salga corriendo al verte.

—Pero...

—No voy a discutir. Duérmete de una vez —dijo impaciente.

A Taima no le gustaba ese tono de voz; no le gustaba la idea de que la dejara allí mientras él iba solo al pueblo; no le gustaba pensar que tal vez se había cansado de ella y aquella era tan solo una excusa para abandonarla a su suerte; no le gustaba nada de eso, pero sabía que si protestaba solo conseguiría que él se enfadara.

«Por favor, padrenuestro —Taima siempre rezaba a ese «padrenuestro» que, como el idioma inglés, era algo que siempre había estado en su cabeza, aunque no tenía ni idea de dónde venía—, no dejes que se marche sin mí».

❀

El escándalo con el que preparó el desayuno esa mañana distaba mucho de su habitual sigilo y le hizo saber, sin asomo de duda, que estaba furiosa. Zane frunció los labios en una de sus inapreciables sonrisas. No podía negarse que la jovencita era espabilada y había resultado una ayuda inestimable en los últimos días.

—Creo que ya no queda un solo habitante en ese pueblo que no sepa que estamos aquí. —Ella levantó la mirada de la cafetera al oír el irónico comentario.

—¿Por qué no llevar contigo? —protestó como había hecho ya en media docena de ocasiones.

—¿Por qué no me llevas contigo? —la corrigió como había empezado a hacer en los últimos días.

Pero al parecer, Taima no estaba para lecciones.

—Llevar, llevas, qué importa. —Dejó una taza junto a él con tanta brusquedad que unas gotas de café le salpicaron los pantalones.

—Cuidado... —Pese al tono suave, la amenaza era evidente y, esta vez, ella le tendió el plato con las galletas con mucha más suavidad.

Terminaron de desayunar en silencio. La joven tenía la boca fruncida en una mueca de descontento y, aunque ya no hacía tanto ruido, era evidente que seguía enfadada. Zane le lanzó una mirada por entre de los gruesos párpados y los ojos ambarinos brillaron divertidos. Unos minutos más tarde, se caló el sombrero negro hasta las cejas y se subió de un salto al caballo.

—Por favor...

Zane bajó la mirada hasta los dedos delgados que se aferraban con fuerza a la tela del guardapolvo, antes de detenerla en los grandes ojos suplicantes. La paciencia no era lo suyo, pero trató de hablar con calma; en el fondo, no le gustaba la expresión acorralada que ensombrecía el rostro juvenil.

—Te he dicho que volveré. No tienes nada que temer. Te he dejado la manta, un poco de café y azúcar para que no se te haga tan larga la espera.

Señaló los objetos que había a un lado de la hoguera apagada antes de clavar los talones en los flancos del animal, lo que la obligó a soltarlo. Al paso, enfiló por el camino que bajaba al valle. Unos quinientos metros más adelante, se giró de repente, apuntó a un álamo

que crecía a un lado del camino y disparó al suelo.

—Sal.

La joven salió de detrás del grueso tronco, a menos de tres palmos de donde la bala había hecho saltar una piedra. Tenía el rostro empapado de lágrimas.

—¡Llevar contigo! ¡Por favor, por favor!

Zane soltó un juramento, enrolló las riendas alrededor del pomo de la silla, se bajó del caballo y se acercó a ella en dos zancadas. No estaba acostumbrado a que lo desobedecieran. Furioso, la sujetó de los brazos; tenía ganas de sacudirla hasta que le castañetearan los dientes, pero al ver la profunda desolación que asomaba en los grandes ojos azules, suspiró con impaciencia y procuró hablar en un tono de voz lo más suave posible.

—Te he dicho que volveré. Yo siempre cumplo mi palabra. —Pero ella se limitó a parpadear varias veces, en un intento infructuoso por contener las lágrimas—. Bien. Ya veo que no me crees.

Miró a su alrededor, soltó un nuevo juramento, se llevó una mano a la cartuchera, sacó uno de los revólveres y se lo tendió agarrándolo del cañón.

—Si te doy esto, ¿me creerás cuando te digo que volveré? Es la primera vez que dejo una de mis armas lejos de mi alcance.

Taima miró el revólver reluciente con los ojos muy abiertos, antes de volver de nuevo la mirada hacia él y asentir con la cabeza.

—Bien —repitió—. Ahora prométeme que no me seguirás y que esperarás aquí como una buena chica.

Volvió a asentir en silencio. Entonces él le entregó el revolver, regresó a dónde lo esperaba el caballo mordisqueando unas hojas de salvia, se subió a la grupa de un salto y se alejó en dirección al pueblo sin volver la vista atrás mientras la joven, inmóvil en mitad del camino, contemplaba la espalda erguida del jinete vestido de negro hasta que se perdió entre los árboles. Con el revólver apretado contra su pecho, Taima regresó al campamento arrastrando los pies.

El sol empezaba a ponerse cuando Zane regresó al campamento. La tarde era fría y le sorprendió que el fuego siguiera apagado. No había ni rastro de la chica. De pronto, se le ocurrió que quizá había aprovechado para largarse; era muy propio de los nativos decir una cosa y hacer la contraria, y ella se había criado como uno de ellos. Chasqueó la lengua con fastidio. Bien. Si eso era lo que quería, mejor para él; al fin y al cabo, la presencia a su lado de una cría semisalvaje no era más que un problema añadido y él ya tenía los suficientes.

Se bajó del caballo y, cuando ya se inclinaba para aflojar la cincha de la silla, descubrió un bulto envuelto en la manta que le había dejado a la joven esa mañana, pegado a la pared de roca. Sin hacer ruido, caminó hacia allí y se acuclilló junto a él. Con el mismo cuidado, cogió una de las esquinas de la manta y la apartó dejando a la vista el rostro delicado y la maraña de cabellos dorados mal cortados. La chica dormía aferrada al revólver que sostenía debajo de la cabeza a modo de almohada. Una idea un tanto peligrosa que, sin embargo, le arrancó una de sus raras sonrisas.

—Taima...

Pese a que pronunció su nombre con desacostumbrada suavidad, los ojos azules se abrieron al instante, alerta y asustados a un tiempo, hasta que comprendió que era él quien la había sorprendido con la guardia baja. Entonces, soltó el revólver, le echó los brazos al cuello y se apretó contra él murmurando palabras ininteligibles. Zane soportó aquel apasionado recibimiento con estoicismo, antes de sujetar las manos que se aferraban con fuerza a su cuello y soltarse con delicadeza. Luego cogió el revólver y se lo guardó en la cartuchera.

—Veo que, pese a que te he dejado mi arma, no estabas muy segura de que volvería.

Ella soltó una risita y negó con la cabeza. La tristeza había desaparecido de golpe de su rostro, que ahora lucía una expresión de intensa felicidad.

—Pues aquí me tienes. Además te he traído algo. —Zane se incorporó y regresó junto a *Otto*, que esperaba paciente con la silla todavía en la grupa.

Taima se levantó de un salto y se acercó a ellos sin poder disimular su curiosidad. Divertido al ver su expresión expectante, sacó una gran bolsa de papel de una de las alforjas y se la tendió.

—Para ti. —Se notaba que no estaba acostumbrada a recibir regalos, porque no parecía saber qué hacer con aquella bolsa—. Ábrela, vamos.

Impaciente, Taima desgarró el papel le dio la vuelta y sacudió la bolsa hasta que cayó al suelo todo lo que había en su interior. Con ojos de asombro, cogió un par de calzoncillos largos y los examinó de arriba abajo, luego hizo lo mismo con la camisa blanca, los pantalones de pana y los calcetines.

—En la otra alforja llevo otra bolsa igual que esta, para que tengas una muda completa. También te he comprado esto. —Le tendió una abrigada parka de piel de borrego, un sombrero de ala ancha marrón con una cinta acabada en una placa metálica, que ella admiró boquiabierta durante varios minutos, y un par de botas de cuero—. Pensé en comprarte unos mocasines, pero se acerca el invierno y creo que es mejor que te acostumbres a usar botas. He comprado varios

pares de calcetines; si las botas te quedan muy grandes, puedes usarlos unos encima de otros.

Ella seguía arrodillada en el suelo, admirando todos aquellos tesoros. De pronto, alzó los ojos hacia él con una muda pregunta.

—Por supuesto que es todo tuyo —dijo él adivinando sus pensamientos—. Así que vete detrás de esos árboles y vístete. Tengo ganas de recuperar mi camisa.

El rostro delgado, cuyos pómulos ya no se marcaban tanto como en los primeros días, se iluminó con una cálida sonrisa. Taima cargó todas las prendas y las botas en los brazos y desapareció detrás de los árboles que él le había indicado.

A Zane le dio tiempo a hacer muchas cosas antes de que ella volviera a salir ya completamente vestida. Taima se acercó a él con timidez y esperó muy quieta el veredicto. Él la miró de arriba abajo. Las prendas le quedaban un poco holgadas, pero había calculado que con la dieta más constante que llevaba ahora lo más probable era que ganara un poco de peso. Tenía una figura delgada y erguida, como la rama de un sauce joven y, si no hubiera sido porque los pezones de los pequeños pechos se le marcaban contra la tela de la camisa blanca de un modo nada masculino, con el sombrero calado hasta las cejas sobre los revueltos cabellos cualquiera la habría tomado por un golfillo de no más de trece o catorce años.

—Bien. Solo hay dos pequeños detalles...

Ella abrió un poco más los grandes ojos azules, llena de interés.

—Primero —señaló con un dedo largo y moreno las botas de cuero —, te has puesto las botas del revés. Esa va en ese pie y la otra en este.

Taima bajó los ojos hasta sus botas negras y asintió con la cabeza antes de sentarse en el suelo, sacarse una bota y luego la otra y ponérselas de nuevo en el orden correcto.

—Muy bien. El otro detalle... —se detuvo y carraspeó un par de veces, incómodo.

Una vez más, ella lo miró con interés.

Zane rebuscó en la alforja hasta que dio con lo que estaba buscando y se lo lanzó al regazo.

—Es una venda.

Ella miró el rollo de tela sin comprender.

—Tendrás que vendarte... —Hizo un gesto con el dedo, rodeándose el torso, pero a juzgar por su expresión, ella seguía sin entender lo que quería decirle. Volvió a aclararse la garganta y trató de ser más claro —: Tendrás que vendarte el pecho. Si no, nadie te tomará por un hombre y una mujer por estos andurriales está expuesta a demasiados peligros.

Por fin, los ojos azules se iluminaron. La joven se puso en pie con la venda en la mano y se alejó de nuevo hacia los árboles. Varios

minutos más tarde, volvía a salir convertida, esta vez sí, en un muchacho rubio de rostro travieso.

—Bien, a partir de ahora serás Tam. No es un nombre habitual, pero le va bien a un golfillo como tú. Me dirigiré a ti como si fueras un chico en todo momento, así será más fácil que no me equivoque cuando estemos en compañía.

—Tam... —Taima paladeó su nuevo nombre—. Mi gustar.

—Me gusta —la corrigió como de costumbre.

—Me gusta —repitió con docilidad.

5

—¿No quieres saber a dónde vamos? —Le preguntó el lobo una noche, después de que terminaran de comer el guiso de liebre que él había cazado unas horas antes.

Taima se encogió de hombros; el lobo negro y ella viajaban juntos y eso era lo único que importaba. Lo vio fruncir los labios, como si su falta de interés le divirtiera.

—Pese a tu evidente desinterés, te lo diré. Vamos a casa de mi hermana.

Esa inesperada migaja de información personal sí que despertó su curiosidad.

—¿Tener una hermana?

—Pareces sorprendido. Sí, tengo una hermana, incluso tuve unos padres hasta hace no mucho —dijo irónico.

Lo cierto era que Taima estaba sorprendida. De modo inconsciente siempre había pensado en el lobo negro como un ser surgido de la nada; como los espíritus de la naturaleza que los miembros de la tribu adoraban.

—Contarme más. —Se acomodó contra el tronco que tenía a su espalda, dispuesta a disfrutar de una buena historia.

De nuevo, la boca de labios un poco crueles se frunció unos segundos y dijo como si hubiera adivinado sus pensamientos:

—No te hagas ilusiones, no soy un gran narrador de historias. Mi hermana es siete años más joven que yo, así que nunca hemos estado demasiado unidos. De hecho no nos vemos desde hace casi cinco años.

Taima hizo un cálculo rápido en su cabeza en un intento de traducirlo a lunas y, aunque se rindió enseguida, tuvo claro que la última vez que se vieron había sido hacía mucho tiempo.

—Después de la guerra nos escribimos algunas cartas.

Taima asintió, aunque no tenía ni idea de a qué se refería con eso de las cartas. Una vez más, él pareció leerle los pensamientos.

—Las cartas son como señales de humo. Tú escribes algo en un papel y le llega a otra persona, aunque esté muy lejos. ¿Entiendes?

Taima asintió varias veces con los ojos brillantes. De repente, las

cartas le parecían un tema todavía más interesante. Algunas noches, el lobo sacaba un objeto del bolsillo de su chaqueta y se quedaba mirándolo mucho rato a la luz de las llamas. Cuando le había preguntado, le había dicho que era un libro de un tal «Shecspir» que le había acompañado desde que se marchó de su hogar. Por supuesto, le había preguntado qué era un libro y, con la paciencia que le mostraba algunas veces, se lo había explicado. Asimismo le había hablado de la lectura y de la escritura y, aunque no lo había entendido todo, Taima se había prometido a sí misma que algún día ella también aprendería a leer y a escribir.

—Y ¿qué escribes? ¿Que los enemigos atacar?

—Sí, se puede informar de un ataque enemigo, del nacimiento de un hijo, no sé...

—Que una víbora picar.

—Sí, eso es.

—Que tener fiebres malas, pero ya estar mejor, que el frío llegar y el río congelarse, que echar de menos el sonido de una voz, que...

—Sí, en una carta puedes dar cualquier tipo de información —la cortó en seco.

—¿Tú me enseñar? Querer escribir una carta a ti.

Esta vez, el lobo sonrió de verdad y los dientes, muy blancos, relucieron a la luz vacilante de la hoguera. Parecía más joven y mucho menos peligroso, y Taima parpadeó deslumbrada.

—Es demasiado complicado.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Tú enseñar. ¡Di sí!

La sonrisa se borró de golpe de la boca masculina.

—No voy a prometerte nada —dijo y se hizo el silencio mientras él se llevaba la taza de café a los labios.

Taima se maldijo por sacar a relucir su mal genio. Ahora no le contaría nada más de esa hermana misteriosa.

—Lobo...

El se limitó a mirarla; los ojos ambarinos más impenetrables que nunca.

—Contar historia hermana, ¿sí? —Clavó en él una mirada suplicante.

Por unos segundos, pensó que él se levantaría y se iría a dormir. Sin embargo, exhaló un profundo suspiro y dijo resignado:

—Está bien. —Taima le lanzó una cálida sonrisa y, una vez más, notó que él le miraba la boca con el ceño fruncido—. En una de sus últimas cartas, me escribió que su marido conocía al dueño de unas tierras en venta a pocas millas de Oregon City.

O-re-gon-ci-ty. Despacio, Taima repitió el topónimo en su cabeza; sonaba muy bien.

—John, el marido de mi hermana, conoce la zona y dice que es una tierra fértil al abrigo de los vientos y con mucha agua. Llevo muchos meses pensando en establecerme en un sitio. Así que vamos hacia allí.

—¿Establecerme?

—Echar raíces. Dejar de ir de aquí para allá. Empezar una nueva vida.

Antes de que ella pudiera seguir preguntando, se levantó y se alejó en dirección al arroyo que discurría a pocos metros. Saltaba a la vista que había dado la historia por concluida y a ella no le quedó más remedio que conformarse con esa escasa información.

Echar raíces... podía entender esas palabras. El lobo negro estaba cansado de vagar sin rumbo. Los lobos solitarios a veces decidían volver a su territorio y hacerse un hueco en la manada. Si al final compraba esas tierras el lobo dejaría de viajar y, seguramente, buscaría una hembra para formar una familia y, entonces, ¿qué pasaría con Taima? ¿Se desharía de ella?

La idea le ponía la carne de gallina. No recordaba haber sido nunca tan feliz como en esas dos semanas que había pasado viajando con él: sin gritos, sin palizas, con abrigo en las noches frías y abundante comida, pero, sobre todo, había disfrutado de la compañía de aquel hombre vestido de negro que la había rescatado de una muerte segura y terrible. Ver todos los días ese rostro que despertaba en ella las mismas emociones que los primeros rayos de sol del amanecer; cabalgar pegada a las anchas espaldas; charlar con él y que él mostrara interés por lo que le contaba; aprender de sus gestos y de su forma de hablar... No, no quería que él la mandara lejos. Ella pertenecía al lobo, ¿acaso no le había dicho Meda hace muchas, muchas lunas, que cuando el lobo negro apareciera ella, Taima, tendría que seguir sus huellas? No, nunca lo dejaría voluntariamente. El lobo era su destino.

❀

El aire olía a lluvia. Zane ajustó la cincha de *Otto* una vez más, aunque no era necesario. Lo cierto era que sentía algo parecido a la mala conciencia; la expresión suplicante de los grandes ojos azules no se le iba de la cabeza. Ya había observado en los días que llevaban viajando juntos que Taima era una joven avispada, con muchas ganas de aprender. Se fijaba mucho en lo que él hacía y procuraba imitarlo en todo: ya no engullía la comida, había aprendido a encender el fuego con los fósforos, a guardar las provisiones en las alforjas de modo que sabía siempre dónde estaba cada cosa. No había tenido que

recalcar de nuevo la importancia de la higiene personal; ella era la primera que en cuanto había un arroyo cerca, cogía la pastilla de jabón y corría a asearse. Lavaba a cada poco las prendas que le había comprado y, aunque le repetía a menudo que él se ocupaba de las suyas, en más de una ocasión le había lavado la camisa. Lo cierto era que resultaba de gran ayuda a la hora de montar y recoger el campamento. Era muy trabajadora y lo hacía todo con una sonrisa en los labios, sin dejar de canturrear esa machacona canción infantil.

Quiero escribir una carta a ti. Tú enseñar. ¡Di sí!

Su petición o, más bien, la orden de enseñarla a escribir, pronunciada con ese mezcla de autoritarismo, emoción y entusiasmo tan difícil de resistir, le había recordado que en algún momento tendría que decirle que los caminos de ambos se separarían más pronto que tarde. No podía hacerse cargo de una jovencita semisalvaje, por mucho que ella pareciera pensar que sí. Enseñarla a escribir, nada menos. Una tarea curiosa para un tipo que en los últimos cinco años apenas hecho otra cosa que luchar y matar.

Zane movió la cabeza antes de agacharse a coger las alforjas para atarlas a la silla. Primero tendría que enseñarle a leer. Las manos enguantadas que sujetaban las alforjas se detuvieron a medio camino. ¿De verdad estaba pensando lo que creía que estaba pensando? Chasqueó la lengua, impaciente consigo mismo. ¡Qué tontería!, no iban a estar tanto tiempo juntos como para que ella aprendiera a leer y a escribir. Sin embargo, se dijo casi al momento, tal vez pudiera enseñarle el abecedario y algunos otros rudimentos básicos; tampoco resultaría una tarea agotadora y le ayudaría a pasar el rato mientras siguiera anocheciendo tan pronto. Sería una forma sencilla de agradecerle su ayuda.

—Listo.

Se volvió a mirarla y la vio esparcir las cenizas de la fogata con la punta de la bota, para asegurarse de que no quedaba ningún rescoldo. Llevaba su atuendo masculino y se había puesto el sombrero. Cualquiera que la viera la tomaría por un muchacho imberbe.

—Ponte esto. Va a llover.

Le tendió una tela encerada. Taima la cogió como si no supiese muy bien qué hacer con ella. Zane se acercó, le quitó el sombrero y le pasó la tela, abierta también a los lados como un poncho, por la cabeza. Los ojos amarillentos se clavaron en los trasquilones y frunció el ceño.

—Tendrás que pasar por el barbero.

Ella lo miró interrogante.

—¿El barbero?

Zane sujetó uno de los mechones dorados entre el índice y el pulgar y le dio un leve tirón.

—Para que arregle este desaguisado.

Taima pareció entenderlo, porque se pasó una mano por los cortos mechones.

—Mi gustar así.

—Hum.

Sin más, Zane se quitó su propio sombrero, se puso la otra tela encerada y volvió a calárselo hasta las cejas. De un salto, subió a lomos de *Otto* y le tendió la mano para ayudarla a subirse también. Taima obedeció con su acostumbrada agilidad y, una vez arriba, extendió la tela encerada para protegerse lo mejor posible de la lluvia, pues empezaban a caer las primeras gotas, pero cuando terminó seguían sin moverse.

—Esta noche —dijo al cabo de un rato—, si no estás muy cansado, recibirás tu primera lección.

—¿Primera lección?

—Lectura y escritura. Espero que resultes un alumno aplicado.

Ella no dijo nada, pero en cuanto golpeó los flancos de *Otto* con los talones para que se pusiera en marcha, los brazos femeninos le estrecharon la cintura con fuerza y notó que apoyaba la mejilla en su espalda.

❀

La siguiente semana apenas dejó de llover. El frío y la ropa húmeda a todas horas resultaban bastante desagradables, pero no la oyó quejarse ni una sola vez. Taima seguía haciendo sus tareas sonriente, sin dejar de tararear esa cancioncilla, y era capaz de encender un fuego con la leña empapada, incluso cuando él ya se había dado por vencido. Debía reconocer que no resultaba una carga sino todo lo contrario. Así que cuando conseguían encontrar un refugio adecuado, en cuanto terminaban de cenar, cogía su taza de café y se sentaba junto a ella. Sacaba el libro del bolsillo de la chaqueta, una libreta y un pequeño lápiz que también llevaba siempre consigo, y a la luz vacilante de las llamas empezaba la clase.

El volumen de *Las tragedias* de William Shakespeare, con esa letra tan diminuta, quizá no era lo más adecuado para que una persona diera sus primeros pasos con la lectura, pero no tenía otra cosa a mano y él no era de los que buscaban el camino fácil; se había propuesto que aprendiera a leer y estaba decidido a triunfar.

La rapidez con la Taima había aprendido el abecedario le hacía pensar que, tal vez, alguien se lo había enseñado cuando era niña; pero además, la joven tenía una memoria excepcional, era inteligente y muy observadora, hasta tal punto que, a veces, Zane se veía

obligado a recordarse a sí mismo que el notables progreso de su alumna no se debía tan solo a su habilidad como profesor.

❀

Tres días más tarde, empezaba a anochecer cuando el lobo detuvo el caballo en lo alto de una colina. A sus pies se extendía un pequeño valle semioculto por una espesa niebla.

—Ya casi hemos llegado. —Taima se estremeció; a pesar del frío y de la humedad que se le metía hasta en los huesos, le hubiera gustado retrasar ese momento varias semanas más—. En breve podrás disfrutar de ropa seca y una comida caliente —añadió como si comprendiera su estado de ánimo y tratase de animarla, pero ella no contestó.

Una vez más, espoleó los flancos del bayo y, poco después, volvió a tirar de las riendas frente a una casita de madera de cuya chimenea, construida en piedra, salía una invitadora columna de humo. A unos metros se alzaba un pequeño establo.

—Esta es.

Taima bajó de un salto. El lobo la imitó y, después de atar las riendas de *Otto* a un poste, se acercó a la casa y golpeó la puerta con el puño un par de veces. Escucharon un ruido en el interior, como de pasos apresurados y, finalmente, la puerta se abrió una rendija; lo suficiente para mostrar el cañón amenazador de un rifle.

—¿Que quiere? —preguntó una voz masculina.

—John, ¿ya no me conoces?

Se hizo un silencio.

—¡Zane! —El hombre de la casa dejó el rifle apoyado en la jamba y abrió del todo, y ambos intercambiaron un firme apretón de manos —. ¡Sally, no vas a creer quién ha venido!

Una mujer, visiblemente encinta, apareció en la puerta secándose las manos en el delantal que llevaba atado por debajo del pecho.

—Zane, qué sorpresa. —La evidente falta de entusiasmo contrastaba con la efusiva recepción de su esposo.

—Veo que te alegras de verme. —El lobo parecía divertido, pero a Taima no le gustó esa mujer, que no debía ser mucho mayor que ella, que miraba a su hermano con tanta frialdad.

—Después de más de cinco años, no esperaba esta visita, la verdad.

La joven entrecerró los ojos al oírla. Definitivamente, no le gustaba esa mujer.

—He estado ocupado. —Se limitó a decir el lobo, quien no hizo el menor esfuerzo por explicarle qué había sido eso que lo había tenido tan ocupado.

—Bueno, pasa... —En ese momento, su cuñado descubrió la figura de la joven en segundo plano—. Quiero decir, pasad, no os quedéis ahí. Bastante mojados estáis ya.

—Este es Tam. No es muy hablador.

Los ojos de la pareja se posaron de inmediato en ella, que se limitó a devolverles la mirada con el rostro inexpresivo.

Entraron en la casa. No era muy grande, pero resultaba cómoda y acogedora. Constaba de una pequeña sala con una moderna cocina de hierro, una mesa de madera con cuatro sillas a juego y un par de sillones frente a la chimenea. En una de las paredes se abrían dos puertas.

—No es un palacio, pero es más que suficiente para nosotros y más adelante iremos haciendo las ampliaciones que sean necesarias. Además de nuestro dormitorio tenemos el de... —John dio unas cariñosas palmadas sobre el vientre de su mujer; se notaba el orgullo en su voz—. Vosotros podéis dormir en él. No hay cama, pero os apañaréis con unas mantas en el suelo.

—Yo dormiré en el establo. Tam ronca. —El vocabulario de la aludida había aumentado de forma considerable en las últimas semanas, por lo que le lanzó una mirada cargada de reproche, pero él la ignoró—. Voy a ocuparme de *Otto*, ¿tienes hueco en el establo?

—Claro, vamos, te acompaño.

Los dos hombres salieron dejándolas solas, y las dos mujeres se miraron con desconfianza en medio de un silencio incómodo.

—Y tú, ¿de dónde has salido? —Lo rompió por fin la hermana del lobo en un tono no demasiado cordial.

Taima hizo un gesto vago con la mano.

—Por ahí.

Su interlocutora frunció las delicadas cejas. Era bajita y entrada en carnes y, salvo en el color castaño oscuro de cejas y pelo, no se parecía nada al lobo, se dijo Taima con desdén. Otro motivo más para que no le gustase.

—Desde luego no eres muy hablador. ¿Llevas ahí una muda de ropa? —señaló con el dedo las alforjas que Taima sujetaba en la mano y esta asintió—. Entonces pasa aquí y cámbiate. Estás empapado.

Abrió una de las puertas y la hizo pasar a una pequeña habitación en la que el único mueble que había era una cuna hecha a mano. A pesar de ello, resultaba un alivio estar por fin en un sitio completamente seco. En cuanto la otra se fue, Tamia se cambió de ropa y dejó las prendas mojadas tendidas en el suelo. Dudó unos segundos antes de quitarse también el sombrero y dejarlo colgado de uno de los barrotes de la cuna. Luego se pasó una mano por el pelo húmedo y confió en que aquella antipática mujer no se daría cuenta de que, en realidad, no era un muchacho.

Al parecer la hermana del lobo no notó nada extraño y le hizo una señal para que se sentara en uno de los sillones que estaban frente al fuego encendido mientras ella terminaba de preparar la cena. Taima tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos del sillón. No estaba acostumbrada a estar ociosa, por lo que unos minutos más tarde, incapaz de resistirlo más, se levantó y, sin decir una palabra, le quitó de las manos la pesada olla que llevaba y la dejó sobre la mesa. Sally la miró sorprendida, era evidente que no estaba acostumbrada a que los hombres echaran manos en las tareas del hogar.

—Gracias.

Por primera vez, le sonrió y, por primera vez también, Taima descubrió un ligero parecido con el lobo, por lo que le devolvió la sonrisa. Pero, como sucedía también cuando le sonreía a este, su hermana se quedó mirándole la boca con el ceño fruncido.

Por fortuna, la llegada de los hombres en ese preciso instante puso fin a otro momento incómodo. Sally les obligó a lavarse las manos en el cubo de agua que había dejado junto a la cocina y, por fin, se sentaron todos a la mesa. Taima estiró la mano para coger uno de los panecillos calientes, que tenían una pinta deliciosa, pero la mirada asesina de su anfitriona la hizo detenerse en el acto con la mano en el aire.

—En esta casa se bendice la mesa antes de comer.

Taima no tenía ni idea de qué le estaba hablando y le lanzó Zane, que estaba sentado frente a ella, una mirada de socorro, pero este se limitó a fruncir los labios de forma casi imperceptible; un gesto que hacía siempre que algo le divertía.

Sally y su esposo se dieron la mano y bajaron la mirada.

—Bendice, Señor, los alimentos que vamos a recibir. Amén.

—Amén —respondieron John y su cuñado.

Una vez más, la mirada de su anfitriona se posó en ella, amenazadora.

—¿A... mén? —dijo por fin, titubeante.

La mujer resopló exasperada antes de posar la mirada en su hermano.

—¿Puede saberse de dónde has sacado a este pequeño pagano? No me lo ha querido decir.

El lobo, que acababa de servirse unas patatas cocidas de una fuente, se encogió de hombros.

—Lo salvé de una pelea con unos tipos mucho más grandes que él.

—Así que también es aficionado a las peleas... —Movió la cabeza con aire desaprobador y, deseoso de conservar la paz, su esposo cambió de tema en el acto.

—Las tierras de las que te hablé siguen en venta, Zane, pero no durarán demasiado. Hay rumores de que el ferrocarril llegará en unos

años a Sweetmeadow, y ya sabes lo que eso significa.

—Precisamente he venido a verlas. Mañana mismo me acercaré y, si me gustan, cerraré el trato sobre la marcha. ¿Os importa que deje aquí a Tam? No le gustan mucho las ciudades.

Taima lo miró con reproche, pero él fingió no darse cuenta.

—¿Aquí? —Se notaba a la legua que a su hermana no le hacía ninguna gracia.

—Sí, aquí —los ojos ambarinos la miraron con frialdad—. Serán solo unos días si la cosa va bien. En todo caso, no más de una semana.

—Claro, si la cosa va bien...

—Por supuesto que Tam puede quedarse aquí —intervino John con su amabilidad habitual; se notaba que estaba decidido a evitar una discusión a toda costa—, de hecho me vendrá bien un poco de ayuda para poner la cerca. Sally sale de cuentas en unas semanas y se cansa enseguida.

Su esposa apretó los labios al oír aquello, pero era un comentario tan razonable que no había mucho que pudiera decir al respecto. Así que se levantó y empezó a recoger los platos con cierta brusquedad.

—No hagáis caso de su mal humor —dijo John en voz muy baja cuando se alejó hacia la pila de piedra para dejar los cacharros—. Está muy asustada al ver que se acerca la hora del parto y es su manera de disimular. Le he prometido que en dos semanas iré a la ciudad y traeré a la comadrona. Ya he hablado con ella y está dispuesta a alojarse en la habitación pequeña hasta que llegue el momento.

—¿Qué estás cuchicheando?

Sally dejó el plato con el pastel de arándanos que acababa de sacar de la despensa encima de la mesa con un golpe seco.

—Nada, amor, Tam y Zane acaban de decirme lo buenísima cocinera que eres y yo he tenido que confesar la enorme suerte que tengo por haberme casado contigo cuando podías haber elegido entre más de media docena de pretendientes. —Su esposo la cogió de la mano y le besó la palma.

—Tonto...

Visiblemente apaciguada, su mujer le sonrió con calidez y empezó a cortar porciones de pastel y a repartirlas. Taima saboreó el delicioso pastel sin dejar de darle vueltas a una idea que se le acababa de ocurrir: Sally seguía sin caerle bien, pero debía reconocer que sentía cierta envidia al ver la complicidad que reinaba entre ella y su esposo.

En cuanto terminaron de cenar, los dos hombres se sentaron en los sillones frente a la chimenea. Zane aceptó el cigarro de la caja que su cuñado guardaba para ocasiones especiales y fumaron en silencio.

Taima se levantó para ayudar a Sally a recoger y, sin hacer caso de sus protestas, empezó a lavar uno de los platos que había apilados en el fregadero de piedra y lo dejó en el escurridor con cierta

brusquedad; estaba claro que esa noche no iba a haber clase. Además, por primera vez desde hacía casi un mes, el lobo iba a dormir lejos de ella y, encima, pretendía dejarla en aquella casa varios días mientras él se marchaba a ver esas dichosas tierras. No era justo, se dijo frotando con más fuerza de la necesaria.

—¡Cuidado, muchacho, lo vas a romper!

Taima se obligó a calmarse y siguió fregando con más suavidad.

6

Apenas despuntó el alba, Taima, vestida de arriba abajo pero con las botas en la mano, abrió la puerta de su habitación sin hacer el menor ruido y, con el mismo sigilo, atravesó la salita y salió afuera.

En el porche se puso las botas y se dirigió al establo. El lobo ya se había puesto el guardapolvo negro y el sombrero y estaba apretándole la cincha a *Otto,* que movía la cabeza arriba y abajo impaciente.

—Quieto. —Como de costumbre el lobo no alzó la voz, pero el gigantesco bayo se calmó en el acto.

—Llevar contigo.

Él se giró con rapidez con una mano sobre la culata de uno de los revólveres que llevaba en la cartuchera.

—¿Cuantas veces tengo que decirte que no te acerques con tanto sigilo? —dijo con aspereza.

—Perdón. —Pero no estaba arrepentida en absoluto—. Voy contigo, ¿sí? —Lo miró suplicante.

—No. —Volvió su atención a la cincha, ignorándola por completo.

Furiosa, Taima golpeó el suelo con una de las botas.

—¡No dejar sola aquí, no gustar tu hermana!

Una vez más los extraños ojos amarillentos se posaron en los suyos con una frialdad que la hizo morderse el labio inferior, pero aunque tuvo que hacer un gran esfuerzo, no retrocedió ni un milímetro.

—Pues entonces vuélvete con tus amigos los salvajes.

Semejante indiferencia le causó un dolor tan agudo, que Taima se llevó una mano al corazón y lo miró con los labios temblorosos.

El lobo debió de notar que había herido sus sentimientos porque lanzó un suspiro exasperado, se volvió de nuevo hacia ella y sujetándola por los hombros le dijo en un tono mucho más suave:

—Todavía no estás lista para presentarte en público y yo necesito concentrar toda mi atención en lo que voy a hacer allí. La gente es muy cruel y si se entera en compañía de quién has vivido los últimos años te harán la vida imposible. Quédate aquí unos días y aprende de mi hermana como has aprendido de mí.

—Pero ella no me gustar... —La boca sensible tembló una vez más.

Lo vio apretar los labios con ese gesto tan suyo y comprendió, aliviada, que ya no estaba enfadado.

—De lo que se deduce que yo sí te gusto —dijo burlón.

A Taima ni siquiera se le pasó por la cabeza la necesidad de disimular y asintió con firmeza.

—Tu ser el lobo negro —dijo como si eso lo explicara todo.

Los dientes blancos destellaron en una sonrisa apenas perceptible.

—Menuda zalamera estás hecha. —Ella volvió a asentir con la cabeza, aunque no tenía ni idea de lo que significaba aquello.

El lobo esbozó de nuevo una de esas atractivas sonrisas un poco torcidas y Taima tuvo la sensación de que el oscuro establo, en el que apenas conseguían entrar los primeros rayos de sol, se había iluminado de repente.

—Entonces —le dio una leve sacudida—, ¿te quedarás aquí y le echarás una mano a mi hermana y a su marido?

Cuando el lobo la miraba así, era muy difícil negarle nada y Taima soltó un profundo suspiro.

—Sí, pero yo no feliz.

—Sí, pero no me hace feliz —la corrigió.

—Sí, pero no me hace feliz —repitió obediente; aunque por su aspecto abatido cualquiera habría dicho que acababa de caerle todo el peso del mundo sobre los hombros.

—A mí me hace feliz saber que estarás a salvo.

Al instante, recuperó la alegría.

—¿Eso hacer feliz a ti?

—Muy feliz —dijo burlón y con el dorso de uno de los dedos enguantados le hizo una caricia distraída en la mejilla—. En fin, ya he perdido demasiado tiempo. Despídeme de mi hermana y de John.

De un salto, se subió al caballo y partió sin volver la cabeza una sola vez mientras Taima, con la mano posada en la mejilla que él acababa de acariciar, se quedaba mirándolo anhelante hasta que montura y jinete se perdieron de vista. Regresó a la casa arrastrando los pies y casi se chocó con John que salía en ese momento.

—¿Ya se ha ido Zane? —Taima asintió en silencio, estaba segura de que si intentaba pronunciar una palabra se le saltarían las lágrimas. John la miró comprensivo—. Anda desayuna algo y te sentirás más animado. Voy a ordeñar a la vaca y luego, si quieres, puedes ayudarme a revisar la cerca del prado donde tengo a las yeguas que han parido este año con sus potrillos. ¿De acuerdo?

Una vez más, ella asintió sin decir nada y entró en la casa. Olía a café recién hecho. Sally estaba sentada a la mesa y mordisqueaba una galleta con la mirada perdida. Al verla entrar, pareció regresar al presente y la miró con el ceño fruncido.

—No sé por qué Zane te deja aquí. No sabemos nada de ti, ¿y si

resulta que eres un ladrón?

Aquel ofensivo comentario la hizo olvidarse de su tristeza.

—Yo no robar —dijo furiosa.

—¿Por qué hablas tan raro?

Taima que se había servido un poco de café en un cuenco le lanzó una mirada asesina, antes de llevarse una galleta a la boca y engullirla de un bocado.

Sally lanzó una exclamación de desagrado.

—¡Menudos modales!

Taima la ignoró y cogió otra galleta. Esta vez, la mojó unos segundos en el café.

—Amén —dijo antes de darle un mordisco desafiante.

—¡Pequeño estúpido! —«Pequeño estúpido». Como siempre que oía una nueva expresión que le gustaba, Taima tomó nota mental. Sally se levantó con torpeza y cogió el plato de las galletas—. No pienso dejar que te las comas todas.

Taima miró las galletas con pesar. La hermana de lobo era una pequeña estúpida, sí, pero cocinaba muy bien.

❀

Taima descubrió que le gustaba la vida en la pequeña granja. Si no hubiera sido por la ausencia del lobo, habría sido completamente feliz. Dar de comer a las gallinas y buscar los huevos, ordeñar a la vaca como le había enseñado John eran tareas muy agradables. También había aprendido a revisar y arreglar una cerca de alambre de espino, y un montón de cosas sobre los caballos que criaban los Ridge. Le gustaba trabajar con John; era un hombre amable que, al contrario que el lobo, hablaba por los codos, y aunque a veces Taima se perdía un poco con las historias que contaba, procuraba grabar en su memoria toda la información posible.

Ese día, después de revisar y terminar de arreglar por fin todo el perímetro de la cerca, habían regresado a la casa a media tarde, cansados y sudorosos. Se estaban lavando las manos en la bomba del patio cuando oyeron un grito desgarrador. De inmediato, John salió corriendo en dirección a la casa con ella pisándole los talones.

—¡John, John, por fin has llegado! —Sally muy pálida y con las mejillas empapadas de lágrimas, estaba acurrucada en un rincón de la sala y se apretaba la barriga con las manos.

Su marido se alborotó el pelo sin saber qué hacer.

—Sally, amor mío. No puede ser, aún quedan tres semanas.

—Está viniendo, John. —Una fuerte contracción la hizo chillar de nuevo y, cuando por fin pasó el dolor, dijo sin aliento—: John, ve a

la... ciudad y trae a... la comadrona.

—Pero, Sally, ¿cómo te voy a dejar sola? —El rostro de su esposo había perdido cualquier rastro de color, pero trató de pensar un plan. Al cabo de un rato se volvió hacia Taima y dijo—: Tam, tú irás a Creek Valley y buscarás a la comadrona, si no sufres ningún contratiempo calculo que mañana al anochecer estaréis de vuelta.

—¿Cómo va a ir él? —dijo su mujer sin dejar de respirar agitadamente—, no sabe el camino. Además, Mrs. Abott se negará a venir con un muchacho desconocido que apenas sabe hablar como un buen cristiano.

Una vez más, John se pasó ambas manos por los despeinados cabellos con gesto desesperado, era evidente que no se le iba a ocurrir ninguna otra solución por lo que Taima decidió que había llegado el momento de intervenir.

—Yo quedar aquí, yo saber qué hacer.

Dos pares de ojos se clavaron en ella con incredulidad.

—Qué vas a saber tú —dijo Sally con desdén antes de lanzar otro alarido cuando llegó una nueva contracción.

—Tú, John, marchar a la ciudad, ¡ahora! —Taima hablaba con tanta autoridad que su anfitrión asintió con la cabeza, cogió el rifle y se dirigió a la puerta.

—¡John! No irás a dejarme con este... con este...

Pero antes de que pudiera encontrar un apelativo lo suficientemente rotundo, Taima empujó al hombre, todavía indeciso, fuera de la casa y cerró la puerta. Luego cogió la olla más grande que encontró, vació en ella los dos cubos de agua que Sally tenía siempre junto a la cocina y la puso a hervir. Miró a su alrededor y descubrió unos paños de cocina, entonces se sacó el cuchillo que llevaba en la bota y los hizo tiras.

—¡Pero ¿qué haces?! —Su anfitriona la miraba indignada sin dejar de apretarse el vientre con las manos, pero Taima no contestó y desapareció en el interior del dormitorio principal, donde con un rápido movimiento arrancó la colcha de retales que cubría la cama, dejando tan solo la sábana bajera. Otro de aquellos chillidos que helaban la sangre la llevó de nuevo a la sala. Se agachó junto a Sally, la cogió de un brazo y tiró de ella.

—Ven.

Ella se resistió, pero Taima le pasó las manos por debajo de los brazos y, sin contemplaciones, la obligó a ponerse en pie y a caminar hasta la cama. Pese a que la otra no paraba de forcejear, consiguió que se tumbara y trató de subirle las faldas.

—¡¿Cómo te atreves?! ¡John! ¡John! —chilló sin dejar de darle patadas.

Harta de aquella mujer, Taima le soltó una bofetada. Debía ser lo

último que esperaba y consiguió el efecto deseado. Sally dejó de luchar y se llevó una mano a la mejilla dolorida mirándola boquiabierta.

—Tú quieta. Yo mirar. Yo ser una mujer como tú.

Con rapidez, se desabrochó los botones de la camisa y le mostró el pecho vendado. Los ojos de Sally se clavaron en el vendaje que rodeaba ese torso inconfundiblemente femenino, llenos de incredulidad, y Taima aprovechó su estado de *shock* para subirle las faldas hasta la cintura, sacarle los pololos de algodón por las piernas y separárselas. Sally soportó sus manejos sin moverse, con los ojos clavados en el techo de la habitación. Al cabo de un rato, Taima se incorporó.

—Todavía pronto. Esperar.

Los asustados ojos castaños se clavaron en su rostro.

—¿De verdad has hecho esto antes?

—Muchas veces. Meda, la mujer medicina de la tribu, enseñar.

—¿Mujer medicina? ¿Tribu? ¿Qué quieres decir?

Taima decidió que, ya que la hermana de Zane sabía uno de sus secretos, no importaría demasiado que le contara algún otro.

—Yo vivir con los Nei Me hasta que el lobo llegar.

—¿Nei Me? —De pronto, Sally empezó a comprender y la miró aterrorizada—. ¿Te refieres a los Nez Percés? ¿Esos salvajes con la nariz atravesada con un pendiente que arrancan cabelleras?

Pero Taima ya estaba cansada de tanto palique, así que le lanzó una mirada amenazadora.

—Sí, yo salvaje, y si tú no obedecer yo arrancar la tuya, ¿entender?

Con los ojos muy abiertos, Sally asintió completamente acobardada. Satisfecha, Taima dio una nueva orden:

—Ahora preparo tisana. Tú no mover.

Un poco más tarde, la ayudó a incorporarse para que bebiera la tisana que había preparado con la mezcla de hierbas y raíces que Meda daba siempre a las parturientas para que se relajaran y que las contracciones fueran más fluidas.

—¿Vas a envenenarme?

Taima resopló con fuerza y le pegó la taza a los dientes.

—¡Beber!

La parturienta no pudo resistirse a esa orden y se bebió el contenido de la taza con rapidez.

—Ahora quitar ropa.

—¡No, déjame!

Sally la apartó de un manotazo dispuesta a luchar, pero en ese momento, sufrió otra dolorosa contracción que la hizo lanzar un grito ensordecedor y, cuando al fin pasó, se sentía tan débil que no se

resistió cuando Taima le quitó el vestido y el corsé y la dejó solo con la camisa de batista.

—Ahora esperar. Cuando llega dolor, no luchar contra él.

En las siguientes horas, Taima estuvo muy ocupada. Quemó palitos de madera en un cuenco, mientras repetía una y otra vez las palabras que Meda pronunciaba en aquellos trances, y el humo impregnó la habitación con un olor acre y picante. Sin hacer el menor caso de la paciente que, entre contracción y contracción, le gritaba que se dejara de conjuros y hechicerías, colgó también unas cuerdas de una de las vigas de madera del techo de la habitación, revisó la altura hasta que quedó satisfecha, les hizo un nudo en los extremos y tiró de ambas para comprobar que eran capaces de aguantar su peso. A cada rato iba a comprobar que hubiera agua caliente disponible, cambiaba a menudo las compresas de la frente sudorosa de la parturienta para remojarlas de nuevo con el agua fría de alguno de los cubos que había llenado en la bomba del patio y, con un ungüento que sacó del mismo lugar donde guardaba las hierbas, a cada rato le daba friegas en el abdomen distendido. De vez en cuando, se ponía entre sus piernas para revisar cómo iba el parto y en la última de esas revisiones, cuando los primeros rayos de sol comenzaban a trazar los contornos de los muebles de la estancia, se puso en pie y anunció:

—Ya viene. Levantar.

Sally que apenas acababa de recuperarse de la última contracción, que a cada rato eran más seguidas, susurró sin fuerzas:

—Déjame en paz.

Una vez más, Taima la ignoró y cogiéndola por debajo de los brazos la obligó a ponerse en pie y la llevó hasta donde colgaban las cuerdas. La soltó, se puso en cuclillas y se agarró a los extremos.

—Hacer así.

—No pienso hacerlo. —Su interlocutora negó con la cabeza, jadeante—. ¡No pariré como una salvaje!

Sin inmutarse, Taima que había vuelto a ponerse en pie, se sacó el cuchillo que guardaba en la caña de la bota y con un rápido movimiento le pegó el filo al cuello.

—Ahora —dijo con una calma amenazadora.

Sally obedeció sin dejar de temblar. Se acuclilló como había hecho Taima y, en cuanto una nueva contracción la hizo estremecer, se agarró a las cuerdas como si le fuera la vida en ello y gritó con todas sus fuerzas.

Taima, que se había arrodillado frente a ella, le arremangó la camisola y se la sujetó debajo del pecho. Luego le cogió el rostro entre las manos y la obligó a clavar los ojos, medio enloquecidos de dolor, en los suyos.

—Ser bueno gritar. Bebé nacer pronto. Respira. Respira.

Sally asintió un par de veces antes de lanzar un nuevo alarido. Taima bajó la mirada y vio la parte superior de una pequeña cabeza asomando entre los muslos ensangrentados.

—Ya casi. Otro dolor y empujar. Empujar con todas tus fuerzas, ¿entender?

Los ojos castaños de su paciente destellaron con algo parecido al odio.

—¡Sí, maldita sea, te entiendo perfectamente!

Taima la soltó.

—¡No te vayas! —chilló Sally histérica— ¡No se te ocurra dejarme ahora!

—Yo aquí.

En ese momento, una contracción todavía más potente que las anteriores sacudió el cuerpo de Sally amenazando con partirla en dos.

—¡Empujar!

Con un alarido que desgarró el aire, la hermana del lobo empujó con todas sus fuerzas y un bulto, envuelto todavía en la gelatinosa placenta, salió disparado y aterrizó en los brazos de Taima.

Al verlo, Sally, con gruesas lágrimas rodándole por las mejillas y todavía agarrada a las cuerdas, se dejó caer en el suelo extenuada. Taima, después de liberar al recién nacido de la placenta, le dio un golpe seco en la espalda que, al instante, desencadenó un llanto furioso. Luego anudó el cordón y lo cortó con el cuchillo con el que la había amenazado. Lavó al niño con el agua caliente y las tiras de tela que tenía preparadas antes de envolverlo apretadamente en un chal que había encontrado sobre la cuna y depositarlo en los brazos de su agotada madre.

—Llorar fuerte. Ser gran guerrero —dijo al tiempo que se apartaba los cortos mechones de la frente sudorosa.

Las dos mujeres se miraron y se sonrieron por primera vez. Al cabo de un rato, Taima cogió de nuevo al niño sin hacer caso de las protestas de la madre, entró en el dormitorio y lo dejó sobre el colchón. Luego regresó a la sala, la ayudó a ponerse en pie, la acompañó de nuevo a la cama y cuando estuvo tendida sobre ella le acercó el niño al pecho.

—Se parece a John, ¿no crees? —dijo Sally en un susurro feliz sin dejar de mirar a su hijo maravillada.

Los ojos de Taima se detuvieron unos segundos en el rostro enrojecido del bebé –que se había quedado dormido con los labios pegados al pezón materno— y el cómico penacho de pelo oscuro que coronaba la diminuta cabeza, y se limitó a encogerse de hombros con escepticismo, pero la orgullosa madre no vio su gesto porque, ella también, acababa de quedarse profundamente dormida.

Taima se frotó los ojos; estaba muy cansada, pero aún tenía

muchas cosas que hacer. Primero limpiaría todo aquello, enterraría la placenta y el cordón en un sitio adecuado para no enfadar a los espíritus protectores del pequeño, y después iría a dar de comer a los animales y ordeñaría la vaca.

Al cabo de un par de horas, regresó a la habitación, comprobó que madre e hijo seguían durmiendo plácidamente y, sin ni siquiera quitarse las botas, se tendió sobre las mantas que le servían de lecho y se quedó dormida al instante.

7

Anochecía cuando oyeron el relincho de un caballo en el patio. Taima abrió la puerta y vio a John bajarse de un salto del caballo y correr hacia la casa sin preocuparse de la mujer que viajaba sentada en la grupa del animal.

—¿Cómo está? —preguntó jadeante con el aire de alguien que está seguro de recibir una mala noticia.

—Dentro, esperar a ti. —Se limitó a decir Taima haciendo un gesto en dirección al dormitorio.

El pobre hombre empujó la puerta del dormitorio sin la menor consideración, pero el inesperado espectáculo que se encontró hizo que se quedara inmóvil a unos metros de la cama. Su esposa, vestida con un camisón limpio, el pelo oscuro recogido en una trenza impoluta y una expresión de arrobo en el rostro, le daba el pecho a su hijo.

—Sally... —La voz masculina se quebró. Su mujer levantó de inmediato la vista y su rostro se iluminó al verlo.

—¡John, por fin has llegado! Ven a conocer al pequeño Johnny. —Le tendió la mano que tenía libre, con una sonrisa emocionada.

Su marido se acercó, cayó de rodillas junto a la cama y ocultó el rostro en la mano que le tendía.

—Sally... —sollozó—. Pensé... pensé que no llegaría a tiempo.

—Tranquilo, amor, está todo bien.

Al cabo de un rato, John levantó la cabeza y contempló fascinado al pequeño, que succionaba con avidez uno de los oscuros pezones.

—¿Seguro que está bien? —dijo en un susurro, como si temiera asustarlo.

—Es perfecto, mira. —Sally abrió un poco el chal para que lo viera mejor, pero al pequeño Johnny no pareció gustarle que lo molestaran, porque apartó unos segundos la boca del pecho de su madre para soltar un alarido furioso.

Sus padres rieron embobados.

—Es perfecto —repitió las palabras de su mujer—. Gracias, amor mío.

John apoyó la mano en la mejilla de su mujer y la besó en la boca con profunda ternura.

Taima, que había asistido a toda la escena apoyada en el marco de la puerta, se dijo que John no se parecía nada a los guerreros de la tribu. Nunca había visto a ninguno de ellos llorar por el nacimiento de un crío. Sin dejar de mirarlos con curiosidad, se preguntó que significaba ese extraño gesto de pegar la boca de uno a la del otro. ¿Le estaba ese hombre robando el aire a su esposa? En ese caso, ¿por qué parecía ella tan contenta? Frunció el ceño y se prometió que, en cuanto estuviera a solas con la hermana del lobo, le preguntaría.

Al cabo de un buen rato, Sally abrió los ojos y descubrió que Taima los observaba con interés apoyada en el marco la puerta con los brazos cruzados frente al pecho. Con una exclamación ligeramente avergonzada, apartó a su marido y dijo:

—John, además de a Dios, tienes que darle las gracias a Tam. No sé qué habría sido de nosotros si ell... —se detuvo a tiempo—; quiero decir, si él no hubiera estado aquí.

Su esposo se incorporó y se acercó a ella con la mano extendida. Taima miró la mano sin saber muy bien que hacer, pero él le cogió la suya y se la apretó con fuerza mientras empujaba su brazo arriba y abajo, como si fuera la bomba del agua.

—Gracias, Tam. Nunca podré pagarte...

—¡Socorro! ¡Bájenme de aquí!

Para alivio de Taima, los chillidos de la mujer que seguía subida a la grupa del caballo, acabaron con ese extraño ritual que le estaba dejando la mano dolorida.

—¡Dios mío! Me había olvidado de la comadrona.

John salió corriendo y la ayudó a bajarse del caballo sin dejar de disculparse. Sally y Taima soltaron una risita divertida, pero la entrada de la furiosa mujer, toda vestida de negro y con un viejo maletín de cuero del mismo color en la mano, hizo que recobraran la seriedad en el acto.

—¡Nunca me han tratado así!

—Perdone, Mrs. Abott —repitió John por enésima vez—, ha sido la emoción de ver que mi esposa y mi hijo están bien.

—Seré yo quien decida sobre ese aspecto.

La mujer se acercó a la cama y apartó las sábanas con gesto brusco, al instante Sally apretó el niño contra su pecho con más fuerza.

—Estamos bien. Gracias a Tam. No es necesario que nos vea nadie más —dijo con firmeza.

La mujer frunció la nariz aguileña con gesto desdeñoso, y la gruesa verruga que tenía en una de las aletas se hizo más prominente.

—¿Quién es esa tal Tam?

—Ese es Tam —Sally señaló a Taima y aclaró de manera innecesaria—. Es un chico.

La mujer se volvió a mirar a Taima que seguía observándolo todo de brazos cruzados y lanzó una exclamación escandalizada:

—¿Quiere decir que este... este muchacho, ha visto... la ha visto...?

Pero Sally, que al parecer ya estaba harta del desagradable aspecto de la recién llegada, del olor a ginebra barata que la rodeaba como una miasma infecciosa, y de su no menos desagradable tono de voz, no la dejó terminar la frase.

—Tam es experto en partos. Ha ayudado a venir al mundo a sus diez hermanitos —mintió sin parpadear siquiera—. No he podido estar en mejores manos. Le agradezco mucho que haya venido hasta aquí, Mrs. Abott, pero su presencia ya no es necesaria. Esta noche dormirá en el cuartito adyacente y mañana, a primera hora, John la llevará de vuelta a Creek Valley. No se preocupe, mi esposo le pagará lo que acordaron.

Pero Mrs. Abott no parecía muy conforme con ese súbito cambio de planes y les hizo saber su opinión a gritos, lo que despertó al pequeño Johnny que al instante empezó a berrear con furia.

—¡John saca de aquí a esta horrible mujer, aunque sea a rastras! —ordenó su esposa sin dejar de acunar al pequeño tratando de calmarlo.

John miraba a ambas sin saber muy bien qué hacer. Nunca había empleado la violencia con una mujer, por lo que trató de razonar con Mrs. Abott, pero esta no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. Por fortuna, justo antes de que el volumen de gritos y lloros resultara insoportable, recibió una ayuda inesperada.

Cansada ya de esa mujer —que parecía un cuervo y que graznaba como otro—, Taima abandonó su posición de espectadora y decidió pasar a la acción. Con su sigilo habitual se acercó a Mrs. Abott por detrás, le rodeó el cuello con un brazo y pegó el filo del cuchillo en la piel arrugada.

—Otro gritar y... —No fue necesario que terminara la frase; en cuanto apretó el cuchillo un poco más, Mrs. Abott se calló de inmediato.

En cuanto cesaron los gritos, el pequeño Johnny dejó a su vez de llorar y, con un último suspiro furioso, apretó de nuevo el rostro congestionado contra el pecho materno y se quedó dormido casi en el acto.

—Gracias de nuevo, Tam —susurró la hermana del lobo visiblemente aliviada.

Taima se encogió de hombros y, sin separar el cuchillo del cuello de Mrs. Abott, dijo tan solo:

—Vamos. —La mujer obedeció sin resistirse.

Taima la llevó a la habitación que había ocupado ella hasta ese momento y la obligó a entrar.

—Pequeña estúpida... —masculló en cuanto cerró la puerta.

Regresó al dormitorio principal y se dirigió a John, que la miraba boquiabierto:

—Yo preparar cena ahora.

John consiguió cerrar por fin la boca.

—¿Necesitas ayuda?

Taima negó con la cabeza.

—Tu aquí con Sally y Johnny. Yo también preparar cena a mujer-cuervo.

Sally soltó una risita.

—Desde luego, esa mujer es lo más parecido a un ave de mal agüero que he visto en mi vida —dijo antes de inclinarse sobre su hijo y besar la pequeña cabeza.

Su esposo se sentó en el borde del colchón y los contempló a ambos, arrobado.

❀

Al día siguiente, John y Mrs. Abott —que no había pronunciado una sola palabra más durante el resto de su breve estancia en aquella casa— regresaron a Creek Valley a primera hora y, en cuanto Taima los vio partir, se apresuró a quemar unos palitos más en el cuenco; eso alejaría de la casa a los malos espíritus que acompañaban a la mujer-cuervo.

—Mujer-cuervo marchar. —Se apresuró a dar a Sally, que estaba amamantando a su hijo, la buena noticia.

—Ya era hora. ¡Horrible mujer!

Taima se disponía a marcharse ella también para ocuparse de los quehaceres diarios, pero la hermana de Zane la detuvo con un gesto.

—Espera un momento, quiero preguntarte algunas cosas.

Taima frunció el ceño.

—¿Qué cosas? —preguntó reticente.

Sally golpeó el colchón a su lado con impaciencia.

—Vamos, solo será un momento, te lo prometo. Siéntate.

De mala gana, Taima tomó asiento en el borde del colchón y lanzó una mirada al pequeño, que seguía mamando con ganas.

—Johnny mucho comer. Crecer sano y fuerte.

La hermana del lobo alargó la mano y cogió la suya.

—Gracias a ti —dijo una vez más—. No sé qué habría pasado si me hubiera asistido esa vieja bruja.

A Taima no le gustaba que la tocaran, por lo que se apresuró a

soltarse.

—No entiendo cómo has podido engañarme. —Sally movió la cabeza sin dejar de mirarla—. Se nota a la legua que eres una mujer.

Ella le lanzó una mirada inexpresiva.

—Ni siquiera eres mestiza —siguió diciendo la otra como si hablara consigo misma—. Eres tan blanca como John o como yo.

Taima resopló impaciente.

—Tener muchas cosas que hacer. —Hizo ademán de levantarse, pero Sally la agarró de la camisa y la obligó a quedarse donde estaba.

—Espera, solo quiero saber cuánto tiempo pasaste con los salvajes.

Taima hizo un gesto vago con los hombros.

—Muchas lunas.

—¿No recuerdas a tu familia? ¿Ni siquiera a tu madre?

Nuevo encogimiento de hombros.

—¿Por qué estás ahora con Zane?

—El lobo salvar a mí y va a me llevar a la tierra del manzano verde donde la hierba verde crece tan dulce.

—¿El manzano verde? —Su interlocutora arrugó la nariz con perplejidad, pero al cabo de un rato exclamó—: ¡Espera, la conozco! Eso es una canción infantil.

Cerró los ojos y se concentró unos segundos antes de empezar a tatarear la melodía machacona que Taima canturreaba a todas horas. Al oírla, esta le dirigió una de sus raras sonrisas, rematada por el atractivo hoyuelo en la comisura derecha de la boca.

—¡Tú también conocer!

De repente a Sally le vino a la cabeza la letra, una letra sin demasiado sentido:

All around the green apple tree
Where the green grass grows so sweet
Miss Margie, Miss Margie
Please turn back your back
He wrote you a letter
To turn back your back...

Taima la escuchaba embelesada.

—¡Sí! ¡Ser esa! La tierra del manzano verde donde la hierba crecer tan dulce. ¡Otra vez! —le rogó con los ojos brillantes cuando terminó.

Sally negó con la cabeza.

—Es solo una canción infantil —repitió—. Los niños giran en círculo cogidos de la mano y cuando dicen el nombre de alguno de ellos, este se da la vuelta y sigue girando agarrado de la mano de sus compañeros con la cabeza vuelta hacia afuera.

Taima frunció el ceño. No había comprendido nada.

—No importa en qué consiste el juego —dijo la otra con visible impaciencia—. Lo que importa es que no existe ninguna tierra del manzano verde.

Al oír aquello, los ojos de Taima pasaron del plácido azul de una mañana de verano a adquirir un tinte tormentoso.

—¡Claro existe! —Se levantó de la cama como impulsada por un resorte—. ¡Tú no saber nada, pequeña estúpida!

Y con este último dardo salió de la habitación hecha una furia.

❀

Manejando la horca con movimientos bruscos, Taima remplazó la cama de heno sucio que cubría el suelo del establo por otra limpia, sin dejar de mascullar insultos y amenazas entre dientes.

—Veo que no estás de muy buen humor.

La inesperada voz masculina la hizo volverse con rapidez.

—¡Lobo! ¡Tú volver!

El lobo acababa de entrar en el establo llevando a *Otto* de las riendas. El sombrero, las botas y el abrigo negro que le llegaba hasta los tobillos estaban llenos de polvo. Al verlo, el malhumor de Taima desapareció al punto y, sin soltar la horca, corrió a abrazarse a su cintura.

—¡Eh, cuidado! No tengo ningún deseo de quedarme tuerto y *Otto* tampoco. —Con suavidad, la apartó y la obligó a aflojar los dedos que se cerraban con fuerza alrededor del mango de madera. Luego apoyó la horca contra la pared del establo y la miró burlón mientras le quitaba la silla al animal—. Dime por qué estás de mal humor.

—Ya no mal humor. Ahora muy feliz —dijo con una sonrisa radiante.

—Confiesa, ¿estás enfadada con Sally? Sé bien cómo es a veces.

—No... Sí... Es solo... —titubeó unos instantes, pero Taima era incapaz de ocultar sus sentimientos y lo soltó de golpe—: ¡Tu hermana ser una pequeña estúpida!

Eso le hizo reír y los dientes blancos y regulares destellaron unos segundos en el rostro bronceado, cuyas mejillas necesitaban un buen afeitado.

—Indudablemente. ¿Qué ha hecho esta vez mi hermanita? —dijo colgando la silla y la brida de un gancho cercano.

La rabia, que se había volatilizado ante su inesperado regreso, se apoderó de nuevo de ella.

—¡Decir no existir! ¡Decir solo ser canción infantil! ¡Decir...!

El lobo hizo un gesto con la mano que detuvo aquel torrente de indignación al instante.

—¿Qué es lo que no existe según mi hermana?

—¡La tierra del manzano verde! —Subió un poco más el tono, impaciente por su falta de compresión—. Yo decir sí existir. Yo decir tu decir que me llevar y...

—Le dije que sí existía. Le conté que tú me dijiste que me llevarías. —La corrigió de modo automático.

Taima pegó una patada en el suelo; saltaba a la vista que no había elegido un momento nada propicio para hacer de maestro.

—¡Qué importar eso ahora! Yo decir...

Una vez más, él la cortó en seco.

—Sally tiene razón: ese lugar no existe y yo jamás te prometí que te llevaría allí.

El efecto de sus palabras fue instantáneo. Taima lo miró como si acabara de golpearla con el palo de esa horca que acababa de quitarle de las manos. Los grandes ojos azules se inundaron de lágrimas y la boca sensible tembló visiblemente, pero antes de que él pudiera decir nada más, se dio media vuelta y salió corriendo del establo.

❀

—¡Maldita sea! —masculló Zane al tiempo que cogía la horca para llenar el comedero de heno fresco. Añadió un puñado de avena de un saco que colgaba de la pared y, tras comprobar que el animal tuviera agua fresca a su alcance, salió del establo y se dirigió a la casa.

Encontró a su hermana inclinada sobre una cuna de madera. Todavía llevaba un camisón que le llegaba a los tobillos y se había echado un chal de lana sobre los hombros. A Zane le dio la sensación de que ya no estaba tan hinchada como cuando se había despedido de ella. En cuanto oyó el sonido de los tacones de las botas sobre los tablones de madera, Sally levantó la cabeza.

—¡Zane! No te esperaba tan pronto. —Se acercó a él y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla—. John dijo que si al final llegabas a un acuerdo sobre las tierras tardarías en resolver el papeleo.

—He tenido suerte, el abogado de Oregon City era un tipo eficiente y muy profesional.

—Así que las has comprado.

Zane se llevó una mano al ala del sombrero e inclinó la cabeza con un brillo burlón en los ojos.

—Veinte acres de tierra fértil y con manantial propio. Zane Leonard Wade, flamante ranchero, a tu servicio.

Ella no hizo caso de su sarcasmo.

—Me alegro de que dejes la vida que has llevado estos últimos años. Cuando terminó la guerra y John me dijo que ibas a dedicarte a

perseguir criminales... —Dejó la frase en el aire.

—Hablas como si fuera un cazarrecompensas cualquiera, hermanita. Te recuerdo que, antes de renunciar, fui ayudante del *sheriff* de Kansas City, nada menos.

—Lo que sea. —Sally zanjó la cuestión, impaciente—. Llevo años esperando recibir una carta en la que me anuncian tu muerte en un tiroteo con uno de esos criminales.

—Espero que te hayas alegrado al ver que tus predicciones no se han cumplido. —Una vez más, los ojos del color del ámbar tenían un brillo burlón—. Pero no hablemos más de mí, ¿no tienes nada que anunciarme?

Señaló la cuna con un gesto de la mano. Al instante, la expresión desaprobadora del rostro de su hermana fue sustituida por una mirada radiante.

—Acércate. —Zane obedeció y contempló al bebé que dormía plácidamente con el pulgar metido en la boca—. Zane, te presento a tu sobrino, John William Ridge. ¿No es una preciosidad?

Se apresuró a asentir, como se esperaba de él, y dijo con cierta torpeza:

—Parece sano. ¿Fue muy duro?

Sally hizo un gesto con la mano.

—Ni te lo imaginas, pero por supuesto, al final todo ese sufrimiento mereció la pena. Claro que si no hubiera sido por Tam...

Zane la miró sorprendido.

—¿Tam? ¿Qué tiene que ver él en esto?

—El parto se adelantó unas semanas y John tuvo que ir a Creek Valley a buscar a la comadrona, pero el pequeño Johnny no quiso esperar más. Por fortuna, Tam sabía todo lo que hay que saber y los dos estamos perfectamente. —Su hermana cambió de tema con brusquedad—. ¿Qué vas a hacer con ella cuanto te establezcas en tu rancho?

A él no se le escapó el pronombre personal y, de inmediato, la expresión risueña de los ojos ambarinos dio paso a un brillo cauteloso.

—Sí, sé que es una mujer —siguió diciendo Sally—. Tuvo que confesármelo para que yo empezara a colaborar.

Zane se quitó el sombrero y se pasó una mano por los negros mechones apelmazados.

—Sí, Taima es una mujer —dijo al fin—. Pensé que estaría más segura si la hacía pasar por un muchacho.

—¿Es tu querida? —preguntó su interlocutora sin rodeos. De inmediato, el rostro masculino adquirió una expresión peligrosa y ella se apresuró a añadir—: Está bien, no te enfades. Sé de sobra que no sois amantes. No hay que ser un lince para darse cuenta de que Tam es casi tan inocente como el pequeño Johnny.

—Es poco más que una niña.

Su hermana frunció el ceño.

—No te equivoques, Tam es una mujer y, ahora que lo pienso, te mira de un modo que...

—No digas tonterías —la interrumpió cortante—. Le salvé la vida y me está agradecida. No hay más.

Notó que su hermana hacía un esfuerzo considerable para no decir lo que realmente pensaba sobre ese asunto.

—¿Qué vas a hacer con ella? — repitió la pregunta que había hecho poco antes.

En los últimos días le había dado muchas vueltas a esa misma pregunta, pero Zane todavía no había encontrado una respuesta satisfactoria.

—Imagino —se aclaró la garganta, incómodo—, que la llevaré a Oregon City. El abogado que se encargó de los papeles me habló de un tal reverendo Reynolds que, al parecer, podría estar dispuesto a hacerse cargo de ella.

Sally abrió la boca y la volvió a cerrar y apretó los labios unos segundos, como si tratara de obligarse a hablar con calma.

—No puedes dejarla con el reverendo ese —dijo al fin.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué no? Tiene fama de ser una buena persona.

—¡Aunque fuera el mismísimo Jesucristo, no puedes dejar a Tam a cargo de un hombre! ¿Acaso no te has dado cuenta de lo hermosa que es?

Por lo visto su hermana había renunciado a mostrarse prudente. Y sí. La respuesta era sí; ya se había dado cuenta de que Taima era una chica hermosa y, cuando el pelo le creciera de nuevo y engordara un poco, estaba seguro de que lo sería aún más, pero se limitó a encogerse de hombros con el rostro más inexpresivo que nunca.

—Además, sigue siendo una pequeña salvaje. Nos amenazó a mí y a la comadrona con un cuchillo en el cuello, ¿cómo crees que tratarían los habitantes de Oregon City a una chica como ella? Estoy segura que en unos años acabaría en alguno de esos horribles burdeles que proliferan en cualquier ciudad.

—Y ¿qué quieres que haga? —dijo impaciente—. ¿Quedarme con ella? Yo también soy un hombre, y tú misma casi me has acusado de querer convertirla en mi querida o poco menos.

En ese momento el pequeño Johnny hizo notar su presencia y su madre se apresuró a cogerlo en brazos.

—Shh... Perdona, cariño, tienes razón al enfadarte, hablamos muy alto.

Se sentó en la mecedora que estaba frente al hogar apagado con el niño en brazos. Johnny se calmó casi al instante, arrullado por el calor

del pecho materno y el suave balanceo.

—Me gustaría que se quedara con nosotros, pero ahora con Johnny apenas voy a poder ocuparme de su educación —siguió diciendo en tono suave—. Tam me ha dicho que le estás enseñando a leer y a escribir.

—Al menos lo intento. Es una chica lista.

Sally se mordió el labio, se notaba que le había dado muchas vueltas al asunto.

—Hagamos una cosa —dijo al cabo de un rato—. Quédate con ella unos meses, digamos que los suficientes para darme tiempo a acostumbrarme a la maternidad. John me ha dicho que es muy trabajadora y podrá ayudarte a poner en marcha el rancho. Entre tanto, puedes seguir educándola; además de enseñarle a leer y a escribir, tendrás que hacer que deje de hablar como un piel roja. Después, puedes traerla aquí y yo trataré de hacer que empiece a comportarse como una mujer. Ya he hablado con John y está de acuerdo. ¿Qué opinas?

Zane lo consideró unos momentos; era una oferta generosa. No podía decirse que él, Zane Leonard Wade, fuese un hombre especialmente compasivo. Sin embargo, odiaba a cualquiera que se mostrara cruel con un animal indefenso, y la joven Taima le recordaba a un potrillo salvaje de aspecto frágil. Sabía que si la abandonaba a su suerte y la condenaba al destino que había descrito su hermana, le resultaría difícil perdonarse a sí mismo.

—Está bien. Te daré seis meses, ni uno más. ¿De acuerdo?

Sally asintió claramente satisfecha.

—Es un trato.

8

Zane se agachó y esquivó varias ramas del inmenso arce de hoja grande que crecía en el extremo sur de la pequeña granja.

—Me ha dicho John que seguramente estarías aquí.

Taima, que estaba sentada abrazada a sus piernas y con la barbilla apoyada sobre las rodillas, no dijo nada. Se había quitado el sombrero y las botas, y tenía más aspecto de pilluelo que de costumbre.

Zane se sentó a su lado y apoyó la espalda en el grueso tronco.

—Veo que sigues enfadado. —El expresivo bufido hizo que la comisura izquierda de la boca masculina se elevara unos milímetros y dijo burlón—: No pretenderás que me disculpe, ¿no?

Taima giró el rostro para mirarlo; en los grandes ojos azules ya no quedaba rastro de furia, solo tristeza.

—Yo no feliz —dijo en voz baja.

—No me siento feliz —la corrigió, pero ella se limitó a lanzar un hondo suspiro.

Si la joven se hubiera revuelto furiosa contra él, Zane se habría limitado a enarcar una ceja con indiferencia y a alejarse de allí con rapidez, pero esa evidente infelicidad resultaba mucho más difícil de resistir.

—En ocasiones la verdad no nos hace felices, pero no hay más remedio que afrontarla.

Taima se mordió el labio, como si estuviera digiriendo esa información.

—Ahora no saber dónde ir —dijo por fin.

—No sé a dónde ir. —Aquella inoportuna corrección la hizo levantar la cabeza y los grandes ojos azules lo miraron llenos de reproche. Una vez más, Zane se vio obligado a contener una sonrisa y dijo como quien no quiere la cosa—: Si al final aceptas mi proposición, tendrás que esforzarte con el manejo de los tiempos verbales.

Ella lo miró, súbitamente alerta.

—¿Qué ser...?

—¿Qué es...?

Taima inspiró profundamente y empezó la frase de nuevo:

—¿Qué es una propo... prepo... propo...?

—Proposición —la cortó una vez más en tono impaciente—. Es una oferta. Una idea que se me ha ocurrido.

Los ojos azules se iluminaron con una súbita esperanza y, una vez más, a Zane le sorprendió la desnudez con la que el rostro expresivo reflejaba todas y cada una de las emociones que afloraban en ella.

—¡Contar! —Se detuvo en seco y se corrigió a sí misma, titubeante, sin despegar los ojos del rostro masculino—: Cuén... ta... ¿me? —Él asintió sonriente y Taima repitió del tirón—. ¡Cuéntame!

—Buena chica. —Tiró con suavidad de uno de los cortos mechones dorados; lo que le valió una cálida sonrisa de adoración.

Zane apartó la mano de inmediato, frunció el ceño y dijo en tono seco:

—He pensado que te llevaré conmigo...

Taima le agarró la mano y se la apretó con fuerza sin dejar de repetir emocionada:

—¡Yo ir con el lobo! ¡Yo ir con el lobo!

Él se soltó con suavidad.

—Estarás seis meses conmigo.

—Sí, contigo.

El rostro femenino seguía siendo la viva imagen de la felicidad, y Zane comprendió en el acto que ella, como otros pieles rojas con los que se había cruzado en algún momento de su vida, tan solo tenía un sentido vago del tiempo. Puso las manos sobre los delgados hombros femeninos y le dio una pequeña sacudida.

—Escúchame bien —dijo con los ojos fijos en los suyos—. Estarás conmigo seis meses, ni un día más. Luego volverás aquí para que mi hermana te enseñe a comportarte como una mujer. Cuando ella considere que estás preparada, te llevará a Creek Valley y tratará de encontrar algún empleo adecuado para ti.

—Sí, yo ir con el lobo.

Taima asintió llena de entusiasmo, y a Zane le quedó la duda de si habría entendido algo de lo que acababa de decirle. Inquieto, se pasó la mano por los mechones oscuros, pero se dijo que ya se lo aclararía en unos meses, cuando su dominio del lenguaje hubiera mejorado lo suficiente.

—Bien. Prepara tus cosas. En cuanto estemos listos nos pondremos en marcha.

La joven se levantó de un salto y dio una vuelta sobre sí misma con los brazos extendidos.

—¡Yo ir con el lobo! ¡Yo feliz! —gritó con una enorme sonrisa de deleite antes de ponerse seria de nuevo y repetir más despacio—: Me siento feliz. Muy.

En la comisura de la boca de labios finos vibró un músculo y, una vez más, Zane le dio un suave tirón de uno de los cortos mechones.

—Eso está casi bien. Ahora, en marcha —repitió.

Taima asintió con vehemencia y caminó con él hacia la casa, aunque más que caminar, lo suyo era más bien un trote alegre que, de nuevo, le hizo pensar en un potrillo agradecido. Por unos segundos, las negras cejas casi se juntaron sobre el puente de la nariz patricia con evidente preocupación. Saltaba a la vista que la joven había concebido una ingenua adoración por él. Sin embargo, casi al instante desfrunció el ceño y se encogió de hombros. Aquello no era más que un encaprichamiento adolescente que se le pasaría en cuanto lo conociera un poco mejor. Zane Wade no albergaba ilusiones respecto a sí mismo; sabía bien en la clase de hombre en que se había convertido después de tres años en el ejercito y casi otros tantos como cazador de recompensas. El joven de tiernas emociones que había sido alguna vez quedaba ya muy lejos.

❀

A Taima no le llevó mucho tiempo recoger sus escasas pertenencias, a las que añadió el vestido, las enaguas, el corsé y los pololos que Sally le había regalado en una ocasión diciéndole que, después del embarazo, no creía que volvieran a servirle. Después de sufrir con cara de mártir el abrazo lloroso de la hermana del lobo y hacer una caricia distraída en la regordeta mejilla del recién nacido, estaba más que lista para partir.

Estaba a punto de subirse a la grupa de *Otto*, cuando John apareció tirando de las riendas de una pequeña yegua alazana de crines y cola casi blancas.

—Tam, esta pequeña dama es para ti.

Los ojos azules se abrieron llenos de asombro.

—¿Para mí?

—Es nuestra forma de darte las gracias —intervino Sally con una sonrisa trémula—. No quiero ni pensar qué habría pasado si tú no hubieras estado presente en el nacimiento de Johnny.

—Pero... —La joven alzó una mirada dubitativa hacia Zane, que ya estaba montado en el bayo, y él asintió con la cabeza.

—Acéptala y dale las gracias. Eres un chico afortunado; John es uno de los mejores criadores de caballos de la costa oeste. —En realidad, había sido Zane quien le había dicho a su cuñado que quería una montura para Taima, junto con los arreos y la silla necesarios, pero había insistido en hacerlo pasar todo como un regalo de parte de ellos. Su cuñado y su esposa se habían resistido en un principio, pero

finalmente habían aceptado a cambio de rebajarle el precio. Al final todos habían salido ganando: Sally y John, a quienes les venía bien el dinero para los gastos extras del pequeño, y él, porque conseguía para Taima un magnífico caballo a precio casi de saldo.

Incapaz de pronunciar una palabra, Taima se acercó a la pequeña yegua y le acarició la frente. De inmediato, los dulces ojos castaños se clavaron en los suyos: fue amor a primera vista.

—Oh —siguió acariciando al animal, maravillada, antes de volverse hacia John con una enorme sonrisa—. ¡Muchas gracias! Nunca... yo...

La emoción le impedía encontrar las palabras adecuadas, así que soltó una rápida parrafada en la lengua nativa y solo se detuvo cuando vio que John negaba con la cabeza, sonriente. Haciendo un gran esfuerzo, se calló y trató de expresarse en inglés:

—Yo solo tener cuchillo y círculo brillante. —Sally y su esposo fruncieron el ceño desconcertados—. De repente, el lobo llegar y ahora tener esto —recorrió las ropas que llevaba puestas con una mano—y sombrero y botas. Sally dar vestido y... y otras cosas —se sonrojó al pensar en lo que la hermana del lobo le había explicado cuando se los dio— y ahora también tener yegua para mí. ¿Solo mía? —Volvió a preguntar incrédula.

—Solo tuya —asintió John sin dejar de sonreír.

Taima sorbió con fuerza y se secó una lágrima con el dorso de la mano antes de tendérsela a John y estrechar la suya con fuerza varias veces como había aprendido.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

—Creo que le ha gustado. —John le guiñó el ojo a su cuñado.

—Sí, gustar mucho. ¡Muchísimo! —Impulsiva, se apretó contra el pecho masculino unos segundos antes de apartarse de nuevo con rapidez.

Con agilidad se subió al caballo y cogió las riendas dispuesta a partir a la carrera.

—Espera, te ajustaré los estribos—. John se agachó y acortó las cinchas con destreza—. Ya está.

Taima metió la punta de las botas en los estribos como había visto hacer al lobo. Al contrario que la mayoría de las mujeres indias, sabía montar a caballo, aunque nunca lo había hecho con riendas, silla y estribos. Eso también lo había aprendido espiando a los jóvenes guerreros; luego había probado a imitar sus movimientos cuando nadie la veía. En el prado cercano al campamento había un pequeño caballo manchado del que había acabado haciéndose amiga a base de ofrecerle los brotes de hierba más jugosos y, por fin, un día había conseguido montarlo. No había sido tarea fácil y le había costado innumerables caídas que, a menudo, la dejaban renqueante y llena de

moratones que le duraban semanas, pero al cabo de varios meses galopaba con la pericia de cualquiera de esos jóvenes guerreros que la despreciaban. Uno de ellos la había sorprendido en una ocasión y le había ido a Totsi con el cuento, lo que le había valido una de las peores palizas que recordaba. A pesar de ello, había seguido montando a escondidas; la increíble sensación de libertad que había sentido a lomos del pequeño caballo manchado era uno de sus recuerdos más felices.

En cuanto el lobo —después de lanzarle varias miradas por encima del hombro— se aseguró de que cabalgaba con soltura, puso su montura a un trote ligero y ella lo imitó. Cabalgaron a ese ritmo durante horas, pero Taima no notaba el cansancio. Por una parte echaba de menos poder agarrarse a la cintura del lobo y apoyar la mejilla en la espalda erguida, pero por otra, cabalgar detrás de él y saber que esa preciosa yegua, cuyo trote resultaba tan cómodo y que parecía saber en todo momento lo que se esperaba de ella, era suya casi le hacía desear que no llegaran nunca a su destino.

Al anochecer acamparon cerca de un arroyo y Taima, después de ocuparse de *Nizhoni* —un nombre muy apropiado, en su opinión, pues era la yegua más hermosa que había visto nunca—, recogió ramas y piñas y, mientras encendía una fogata se dio cuenta de cuánto había echado de menos esos días al raso, llenos de compañerismo, en los cuales cada uno hacía sus tareas sin necesidad de palabras.

—Estar... —se detuvo y lo intentó otra vez, titubeante—. ¿Está muy... lejos tu nueva casa de Oregon City?

Zane terminó de masticar el trozo de sabroso estofado de conejo que ella había preparado antes de contestar.

—Aún nos queda un día entero cabalgando a un ritmo similar al de hoy.

Taima dejó el plato vacío y la cuchara a un lado, se abrazó las piernas y apoyó la barbilla sobre las rodillas. Se había quitado el sombrero y las llamas arrancaban destellos de los cortos mechones.

—Y ¿cómo ser? —Una vez más se corrigió casi al instante—: ¿Cómo es tu casa de Oregon City?

—Muy bien, Tam.

Aquella escueta muestra de aprobación le valió una de luminosa sonrisa que se borró en cuanto ella notó, como en otras ocasiones, que el lobo fruncía el ceño.

Zane terminó de comer y dio un largo sorbo de café antes de recostarse contra la silla de montar.

—En realidad, no está en Oregon City. Esa ciudad está a dos días a caballo. La población más cercana es Sweetmeadow, a menos de doce millas y, a pesar de su nombre, no tiene demasiado encanto; no es más que una ciudad como tantas otras que surgieron al calor de la fiebre

del oro. Unas cuantas casas, un almacén en el que se puede comprar casi cualquier cosa, barbería, un *saloon* y una capilla que hace las veces de escuela. Mis tierras —se detuvo un momento, saboreando las palabras— están en un valle protegido por montañas y pasa un arroyo cerca. Hay una casa de madera y un establo, ambos necesitan algunas reparaciones, pero espero que en unos días estarán habitables. Una vez listos la casa y el establo, sembraré un huerto y un campo de heno para alimentar al ganado: sobre todo vacas. Mis padres tenían una granja en Pensilvania y, pese a que en los últimos años mi vida ha tomado un rumbo muy distinto, espero no haber olvidado lo que aprendí entonces.

Taima lo miraba fascinada, nunca le había oído hablar tanto y con tanto entusiasmo. Por una vez, el brillo de los ojos ambarinos no resultaba sarcástico ni amenazador.

Zane se calló de pronto, como extrañado también por aquella inusual locuacidad.

—¡Contarme más!

—Cuéntame más —la corrigió distraído—, pero no ahora. Ahora tienes que descansar.

Ella habría querido protestar, pero conocía de sobra ese tono terminante. Con un suspiro, se arrebujó en la manta que había extendido a su lado, apoyó la cabeza en la silla y segundos después estaba profundamente dormida.

9

—Bienvenido a mis tierras, Tam. —Zane hizo un gesto teatral con un brazo, que abarcaba todo lo que se veía al frente.

El valle, protegido por altas montañas de laderas salpicadas de abetos en las que la nieve todavía moteaba las cumbres rocosas, como una joya en su estuche, estaba cubierto de pasto de color verde brillante cuyas puntas se mecían con suavidad al compás de la brisa. La cinta de agua que lo atravesaba con calma, más grande que un arroyo y más pequeña que un río, dibujaba sinuosos meandros a su paso.

A Taima se le erizó el vello de la nuca y, de inmediato, le vino a la mente la letra de su canción favorita:

All around the green apple tree,
where the green grass grows so sweet...

En mitad de todo aquello se alzaban un cobertizo y una sólida construcción de troncos sin desbastar junto a la que crecía un roble blanco que, si bien no se parecía al manzano de la canción, era un ejemplar de gran tamaño capaz de dar una buena sombra que sería de agradecer en verano.

De nuevo se pusieron en marcha y ella lo siguió de cerca, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos. Se detuvieron junto a la construcción de mayor tamaño. Zane se bajó de un salto del caballo y ató las riendas en el poste clavado junto a un abrevadero de piedra con bomba de agua. Taima lo imitó de inmediato.

—La bomba todavía funciona, lo comprobé en mi visita anterior.

El lobo empujó la puerta atascada con el hombro y se hizo a un lado para dejarla pasar. Deslumbrada por el sol, Taima parpadeó varias veces tratando de acostumbrarse a la penumbra que reinaba en el interior. Olía a cerrado y a excrementos de ratón.

—Espera, abriré los postigos.

Con esfuerzo, Zane abrió los postigos de la ventana y la luz de la mañana iluminó una habitación de buen tamaño. El suelo, a diferencia

de la mayoría de las granjas de los colonos de la zona, no era de tierra batida, sino de tablones de madera rústica clavados sobre rastreles. En una de las paredes había un hogar construido con piedras unidas con argamasa. De las esquinas y las vigas del techo colgaban espesas telarañas que daban testimonio del tiempo que la casa llevaba deshabitada. No había apenas muebles: una polvorienta cocina de hierro fundido, una alacena de pino, una mesa y dos sillas. Una de las puertas de la alacena colgaba medio desprendida, y cuando Taima se apoyó en la mesa comprobó que estaba coja.

La casa tenía dos habitaciones más. Una era un cuarto desnudo con una pequeña ventana. La otra habitación era más grande y luminosa. Una gran cama de latón, que alguna vez debía de haber sido dorado y que carecía de colchón, ocupaba buena parte del espacio, también había una cómoda y comprobaron que uno de los cajones abiertos servía de hogar a una familia de ratones. Volvieron a la sala principal.

—Y bien, ¿qué te parece? —Zane se volvió hacia ella con una de las negras cejas enarcadas.

—Me gusta mucho —respondió en el acto con los ojos brillantes.

Su evidente entusiasmo lo hizo reír.

—Se nota que estás acostumbrado a contentarte con poco. Pero, estoy de acuerdo —golpeó la sólida pared de troncos con aire satisfecho—, tiene potencial. En el cobertizo hay una vieja carreta que todavía está en buen estado, mañana iremos al pueblo a comprar provisiones y herramientas. Hoy haremos inventario.

Taima frunció el ceño.

—Una lista con lo que tenemos y lo que necesitamos —respondió él a su muda pregunta—. Ahora será mejor que nos instalemos y preparemos algo de comer.

Descargaron las alforjas. Taima ocupó el cuarto pequeño y Zane dejó caer las suyas en el suelo del principal. Luego se ocuparon de los caballos. El establo, aunque amplio, estaba en peores condiciones que la casa. Zane miró los agujeros del techo con el ceño fruncido.

—Será una de las primeras cosas de las que tendré que ocuparme.

Regresaron a la casa y se pusieron manos a la obra. Abrieron las ventanas de par en par para ventilar y mientras el lobo —después de quitarse las cartucheras y colgarlas de uno de los postes de la cama— desalojaba sin piedad a la familia de ratones, Taima cortó con su cuchillo varias ramas de una retama cercana y fabricó una escoba, tosca pero eficaz, con la que barrió el suelo a conciencia. Luego se la pasó a Zane para que eliminara las telarañas que estaban más altas.

Había un cubo oxidado junto a la cocina. Taima lo cogió y salió afuera. En la granja de la hermana del lobo había aprendido a hacer funcionar una bomba, así que llenó el cubo y regresó a la casa,

sujetando el asa con las dos manos.

—Espera, te ayudo.

El lobo le arrebató el pesado cubo y, una vez más, Taima pensó en lo diferente que era de los guerreros de la tribu, que se habrían dejado desollar vivos antes de echar una mano a sus mujeres con las tareas domésticas. En cambio el lobo daba igual que empuñara un revólver o una escoba; vestido de negro de la cabeza a los pies, seguía teniendo el mismo aspecto peligroso y nadie se habría atrevido a reírse de él.

Zane sacó una camisa vieja de sus alforjas y la hizo tiras, y entre los dos fregaron todas las superficies a conciencia. La cocina fue lo que les llevó más tiempo, pero cuando por fin quedaron satisfechos, el lobo salió a coger leña de un montón que había en el cobertizo y le enseñó a encenderla. Poco después, sentados a la mesa, ahora impoluta, devoraron hambrientos los huevos revueltos con beicon que él mismo preparó en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué te parece una pequeña siesta antes de seguir? —dijo con un bostezo antes de dar otro sorbo al café.

Taima negó con la cabeza.

—No siesta, mucho que hacer.

Su interlocutor frunció las negras cejas por encima del arco de la nariz.

—Eres un pequeño negrero. —Taima se pasó una mano por los revueltos cabellos y asintió sonriente—. No, no es ningún cumplido.

Ella soltó una risita cascabelera. Pese a su expresión amenazadora, sabía de sobra que estaba bromeando. No estaba acostumbrada a que nadie bromeara con ella y esa era una de las cosas que más le gustaban del lobo.

Por la tarde adecentaron el establo antes de salir a dar una vuelta por los alrededores. El lobo apuntaba en una libreta las tareas pendientes y el equipo necesario para llevarlas a cabo, y la lista amenazaba con volverse interminable. Cuando por fin decidió que por el momento sería suficiente, empezaba a anochecer. Taima estaba tan cansada que ni siquiera pudo terminarse el plato de gachas de avena. Al ver que se le cerraban los párpados, el lobo la mandó a la cama en un tono que no admitía réplica. Tan solo le dio tiempo a quitarse las botas y a tumbarse en la manta que había extendido en el suelo de la pequeña habitación antes de quedarse profundamente dormida.

❀

Al día siguiente los primeros rayos del alba la despertaron. Había dormido completamente vestida y se olisqueó la axila con desagrado. De inmediato, cogió una camisa limpia, una muda y la pastilla de

jabón que el lobo le había regalado. Sin hacer el menor ruido, salió afuera dispuesta a darse un baño en el arroyo pese a que la mañana era fresca. A menos de un kilómetro, el escaso caudal se remansaba en una pequeña poza de aguas más profundas que quedaba a resguardo de miradas indiscretas gracias al cordón de arbustos y árboles que la rodeaba.

De pronto, una cabeza oscura surgió del agua con un chapoteo y Taima se apresuró a esconderse detrás de uno de esos arbustos. Al instante se tranquilizó; al parecer el lobo había tenido la misma idea que a ella. Empezó a retroceder con cautela; no quería interrumpir la intimidad de su aseo, pero en ese momento, él se incorporó y caminó con paso resuelto hacia la orilla.

Taima parpadeó un par de veces, incapaz de apartar la mirada de ese pecho de piel mucho más clara que la de los guerreros de la tribu, aunque igual de musculoso, y los ojos azules siguieron con curiosidad la línea de vello oscuro que bajaba en línea recta desde los pectorales y desaparecía por debajo del agua. Nunca antes había visto a nadie con pelo en el pecho y se preguntó, distraída, si todos los hombres blancos serían iguales. Entonces, el resto del poderoso cuerpo masculino abandonó la cobertura pudorosa del agua y, de la sorpresa, Taima no pudo evitar que se le escapara una exclamación ahogada.

El lobo debió de oírla porque, de inmediato, cogió las cartucheras y los calzoncillos, que estaban colgados de una rama, y se puso a cubierto detrás de unas frondosas retamas. Taima se mordió el labio inferior sin dejar de maldecir su estupidez, pero antes de tener siquiera tiempo de pensar en retroceder y largarse por donde había venido, el inconfundible sonido de un revolver al ser amartillado hizo que girara despacio la cabeza hacia la derecha y se quedó mirando con los ojos muy abiertos el cañón del arma que la apuntaba justo en medio de ellos.

—¡Tam! Tú sí que eres un pequeño estúpido, podía haberte matado.

La furia que brillaba en los ojos ambarinos la hizo estremecer y sintió una profunda sensación de alivio cuando vio que bajaba el arma despacio.

—Perdona. Yo... —incapaz de encontrar las palabras adecuadas, Taima le enseñó la muda limpia que llevaba colgada del brazo y la pastilla de jabón.

Sin embargo, el lobo la comprendió al instante y dijo en un tono mucho más calmado:

—Veo que hemos tenido la misma idea.

Ella tragó saliva y asintió en silencio.

—Está bien. No hace falta que parezcas tan asustado. Simplemente, habrá que establecer turnos. A veces se me olvida que

no eres un muchacho y no me gustaría ofender tu pudor —dijo burlón.

Ella volvió a asentir, aunque no estaba muy segura de saber a qué se refería. El debió de darse cuenta porque, una vez más, el casi inapreciable movimiento del pequeño músculo junto a la comisura de su boca traicionó su diversión.

—En fin. Si te das la vuelta un momento, terminaré de vestirme y tendrás la poza para ti solo.

Taima se apresuró a hacer lo que le pedía y, al cabo de unos segundos, el lobo ya estaba listo.

—A partir de ahora —dijo mientras se terminaba de abrochar la hebilla de las cartucheras en torno a las estrechas caderas—, el primero que llegue a la charca que ate un pañuelo de la rama de ese sauce, así el otro sabrá que debe esperar unos minutos.

Taima miró la rama que le señalaba y asintió con fuerza. Le parecía una buena idea.

—Bien. Iré a preparar el desayuno. Disfruta de tu baño.

Se lo quedó mirando hasta que la alta figura desapareció detrás de unos árboles y se llevó una mano al pecho: el corazón todavía le latía como loco.

❀

Un par de horas más tarde estaban subidos a la destartalada carreta, y Zane le dio a *Otto* —que en un primer momento había resoplado con fuerza al ver rebajada su dignidad a la de simple bestia de carga— la orden de ponerse en marcha. Tras casi dos horas de traqueteo por un camino lleno de baches avistaron las primeras casas de Sweetmeadow. El pueblo consistía en una simple calle con algunas construcciones a ambos lados, pero para Taima, acostumbrada a un par de docenas de tipis, resultó una novedad bastante impresionante. Zane detuvo la carreta frente a un establo, bajó de un salto y le hizo una seña para que lo siguiera. Entre los dos liberaron a *Otto* y dejaron la carreta en el patio como les indicó el dueño.

—Vendremos a buscarlo en un par de horas —dijo Zane después de acordar con él el precio.

Salieron a la calle y, tras caminar un centenar de metros, se detuvo de nuevo frente a un edificio del que colgaba un letrero vertical pintado con unas rayas blancas y rojas.

—Antes que nada nos ocuparemos de ese nido que tienes en la cabeza.

Taima se llevó la mano al sombrero que cubría los mechones irregulares y frunció el ceño.

—Aquí no hay ningún nido.

—Eres demasiado literal. Vamos entra.

Taima lo siguió con cierto recelo al interior del edificio donde un hombre grueso con un mandil no demasiado limpio, salió a recibirlos sin dejar de suavizar el filo de una navaja contra un pedazo de cuero que colgaba del mismo mandil.

—Buenos días, ¿qué deseaban?

Zane se llevó una mano a la mandíbula, oculta bajo una espesa barba negra.

—Yo quiero un buen afeitado y el chico necesita un corte de pelo decente. Tam, quítate el sombrero.

La aludida obedeció de mala gana.

—¡Santo cielo, joven!, ¿quién le ha hecho semejante carnicería?

Taima aguantó los comentarios escandalizados y el roce de los gruesos dedos del barbero en sus cabellos con un brillo tormentoso en los ojos entrecerrados; le estaba costando reprimir las ganas de echar mano de su propio cuchillo, que como de costumbre llevaba escondido en la caña de la bota, y clavárselo en la enorme barriga. Sin embargo, presentía que si hacía algo así el lobo no se sentiría muy contento, por lo que se contuvo a duras penas.

Como si hubiera adivinado esos pensamientos ligeramente homicidas, Zane arqueó una ceja en una muda advertencia y dijo en tono burlón:

—Creo que será mejor que empiece por él; el chico no es demasiado paciente.

—Sí, aquí hay mucho trabajo por hacer. —El tipo, quien por fortuna no se había dado cuenta del peligro del que acababa de escapar, movió la cabeza con desaprobación, al tiempo que le hacía una seña a un hombre más joven que barría del suelo los pelos que había dejado el cliente anterior—. Kevin, mi ayudante, se hará cargo de su afeitado mientras tanto.

Sentada en uno de los aparatosos sillones de la barbería, Taima miraba su reflejo en el espejo con desconfianza. El gordo le había humedecido el pelo con agua y ahora estaba contemplando los mechones mojados con gesto de concentración. Sin abandonar el espejo, desvió la mirada y la posó en el lobo, que estaba sentado junto a ella en el otro sillón con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. El tal Kevin le había embadurnado la barba con una cosa blanca y ahora... Taima se levantó de un salto y, con la rapidez de un gato salvaje, agarró la muñeca del ayudante del barbero y se la retorció hasta que soltó la navaja.

—¡Ay! ¡¿Estás loco?! ¡¿Qué demonios haces?! —chilló en un tono agudo, nada masculino.

—Creo que ha pensado que se disponía a rebanarme el pescuezo; lo cierto es que el chico se preocupa mucho por mí. Tam, siéntate en

tu sillón y no te muevas de ahí hasta que yo te diga. —El tono acerado no admitía réplica, y Taima, después de lanzarle una muda mirada de reproche, se dejó caer en el sillón como un fardo.

Sin inmutarse y con la barba todavía cubierta de espuma, Zane se levantó, se agachó para coger la afilada navaja del suelo y se la tendió al ayudante, que temblaba visiblemente.

—No se preocupe, ya no habrá más interrupciones.

El tipo abrió la boca dispuesto a hacerle saber lo que pensaba de esas interrupciones, pero algo debió de ver en los ojos amarillentos porque la cerró de nuevo y cogió la navaja con dedos trémulos.

—Mi pulso... No sé si podré...

—Sí. Podrá.

Con la misma calma, Zane volvió a sentarse en el sillón, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos de nuevo como si no hubiera pasado nada. Al cabo de unos segundos de duda, el ayudante del barbero deslizó la navaja por la garganta que se le ofrecía, confiada, sin mayores contratiempos.

Taima estaba tan concentrada en el recorrido de esa navaja sobre la garganta morena que apenas prestó atención al hombre gordo quien —una vez que se recuperó de la sorpresa de ver a uno de sus clientes abalanzarse sobre su ayudante— había recuperado el gesto de concentración y, de vez en cuando, daba un tijeretazo aquí y allá con aire de prestidigitador.

—Listo.

La voz del barbero le hizo arrancar la mirada del rostro del lobo, que el ayudante acababa de tapar con una toalla empapada en agua caliente, y posarla de nuevo en su reflejo. Apenas se reconoció.

—Entiendo su asombro. —El tipo la contemplaba a su vez con cara de satisfacción—. Ha pasado de parecer un fantoche a convertirse en un muchacho muy apuesto; las jovencitas se volverán locas cuando le vean.

Taima no le prestó la menor atención; estaba demasiado concentrada en admirar su reflejo. Se pasó los dedos por los dorados mechones, que ahora parecían más suaves y brillantes, y sonrió con una inconsciente coquetería que hizo que el hombre que estaba detrás de ella frunciera el ceño. A Zane, a quien el ayudante acababa de limpiar los últimos restos de espuma del rostro, no se le escapó su desconcierto y se apresuró a intervenir:

—Debo felicitarle. No creo que ni siquiera en Oregon City haya un artista como usted.

El desmesurado halago consiguió distraer al hombre al instante.

—Hace años trabajé con el gran Matt Benedict; hay cosas que no se olvidan. —Se encogió de hombros con falsa modestia.

Después de pagar sin regatear la exhorbitante cantidad que les

pidió «el artista», salieron de la barbería y se dirigieron a la tienda. Antes de entrar, Zane le hizo una última advertencia:

—Ni se te ocurra montar uno de tus numeritos.

—Yo no montar... —empezó indignada, pero él la cortó sin miramientos.

—Chitón. Será mejor que hables lo menos posible.

—Pero...

Con una mirada inflexible, el lobo la apuntó con el índice y a Taima no le quedó más remedio que apretar los labios, bajar la cabeza y seguirlo al interior del almacén en silencio.

10

El lobo compró tantas cosas en el almacén que a Taima le daba vueltas la cabeza. Los ojos de los tenderos, un matrimonio de mediana edad, de rostros honestos y ropas que delataban su pertenencia a algún tipo de secta puritana, brillaban mientras Zane hacía su pedido de semillas, herramientas, alimentos, alambre, clavos... La lista era interminable. Compró también un colchón de matrimonio y una cama más pequeña para el cuarto de su ayudante.

—Yo no necesitar... —Trató de protestar Taima, que estaba más que acostumbrada a dormir en el suelo.

—¡Chitón!

La buena mujer frunció ligeramente el ceño al verlo tratar con semejante aspereza al guapo mozalbete que lo acompañaba y, al notar la expresión sombría de los grandes ojos azules, le sonrió y le ofreció un tarro de cristal lleno de bastones de caramelo.

—Coja uno, joven.

Taima intercambió una mirada con el lobo y al ver que este asentía de modo casi imperceptible, alargó la mano, sacó uno de esos bastones de alegres colores y se lo quedó mirando sin saber muy bien qué hacer con él.

—Coma, coma. Estos dulces tienen mucho éxito entre la juventud. Incluso mi marido, que de joven ya tiene poco, es incapaz de resistirse, ¿verdad, cariño?

Su esposo asintió sonriente mientras procedía a pesar un puñado de clavos de una caja de cartón llena de ellos que había sacado de uno de los estantes.

—¡No lo muerda! —aconsejó el hombre—, lo divertido es chuparlo y que dure mucho tiempo.

Dubitativa, Taima lo olisqueó antes de llevárselo a la boca y chupar la punta con desconfianza. De pronto, abrió los ojos maravillada y una lenta sonrisa distendió los labios sensuales.

—Estar... Está muy bueno.

—Ya se lo advertí. —Sin dejar de sonreír, la mujer añadió varios rollos de cuerda al montón del mostrador, que no paraba de crecer.

La comisura izquierda de la boca de Zane se alzó unos milímetros al ver la expresión de deleite de la joven, que ahora chupaba el caramelo con fruición. En ese momento, sus ojos se posaron en una caja de chocolates Whitman's y, seguro de que Taima tampoco había probado nunca el chocolate, añadió también la caja al montón.

Al cabo de más de una hora, todos los paquetes estaban listos. Después de sacar un abultado sobre del bolsillo interior del guardapolvo, Zane contó un puñado de billetes y se los tendió a la mujer.

—Me pasaré dentro de un rato con la carreta para recogerlo todo.

—Por supuesto, cuando desee, Mr. Wade. Ha sido un placer hacer negocios con usted. —El tendero se inclinó en una especie de reverencia.

Zane se había fijado en una pequeña casa de comidas que estaba junto a la oficina de correos.

—Veré si tengo correo y después comeremos algo —dijo al salir del almacén.

El hombre que dormitaba detrás de un escritorio sobre el que había una pequeña máquina de telégrafo, bajó los pies de la mesa con lentitud, se incorporó despacio y examinó con actitud cansina las hileras de casillas de madera repletas de sobres que había en la pared del fondo. Finalmente, le entregó dos cartas que, después de echarles un vistazo, desaparecieron también en el interior del guardapolvo negro.

—Ahora a comer.

En cuanto vio entrar en su local a aquel hombre alto y atractivo, vestido de negro de la cabeza a los pies, la dueña de la casa de comidas, una viuda joven y todavía de buen ver, con su pelo rojizo y sus curvas exuberantes, salió a recibirlo con una sugerente sonrisa. Zane se quitó el sombrero de inmediato y le hizo una seña a Taima para que lo imitara. La mujer los condujo a una mesita para dos cerca de la ventana, donde tomaron asiento.

—Veo que son forasteros. Bienvenidos a Sweetmeadow, espero que disfruten de los sencillos platos de comida casera que preparamos por aquí.

—Estoy seguro de ello —respondió Zane con una breve inclinación de cabeza.

—Soy Linda Harris y esta es mi hija Violet.

Una joven morena y pizpireta de la edad de Taima, que llevaba un delantal blanco atado a la cintura sobre un vestido azul pálido bastante favorecedor, sonrió a esta con coquetería, pero ella no le devolvió la sonrisa.

—Yo soy Zane Wade y este es Tam.

—Tam, qué nombre tan raro. —La irritante risita que soltó Violet

hizo que la aludida entornara los ojos y Zane apretó los labios para que no se le escapara una sonrisa.

—Les aconsejo que pidan el guiso de ternera —dijo Mrs. Harris—, es nuestra especialidad. Mientras se deciden, ¿desean algo de beber?

—Agua, una cerveza y dos raciones de guiso de ternera. —Zane decidió por ella y se ganó otra de esas sugerentes sonrisas, que encendían de indignación los grandes ojos azules.

Por fin, las mujeres los dejaron solos.

—¿Qué mosca te ha picado ahora? —preguntó el lobo al notar su ceño fruncido.

—No me picar ninguna mosca.

Su interlocutor chasqueó la lengua.

—Es una expresión. Significa: ¿por qué estás enfadada?

—No me gustar esas mujeres.

—Ah, ¿no? —Zane extendió la servilleta sobre sus muslos y ella lo imitó.

—No. Parecer dos pequeñas estúpidas.

—Vaya, tu expresión favorita —dijo mirando a su alrededor sin prestarle demasiada atención—. Y ¿por qué, si puede saberse? Han sido muy amables.

—La del pelo rojo sonreír todo el rato como una tonta y la del pelo negro sonreír como... —Titubeó unos segundos tratando de dar con las palabras adecuadas—. ¡Como zorro astutol

Los blancos dientes de su interlocutor destellaron un segundo en el rostro recién afeitado.

—Así que como un zorro astuto...

—¡No reír! —dijo enfadada.

—Será «no te rías». Y, por cierto, ya va siendo hora de que cuides los tiempos verbales, si no voy a dejar de hablar contigo. —Al ver que Taima abría la boca para protestar, la cortó en seco—: Ahora, cállate, una viene hacia aquí.

En efecto, Mrs. Harris se acercaba con una bandeja y un sugerente contoneo de caderas. Agachándose mucho para que el forastero pudiera admirar el suave canal de su escote, dejó sobre la mesa el agua, la cerveza, los dos platos con el guiso de ternera y una cesta de pan. Luego, en vez de alejarse a atender al resto de las mesas, se dirigió a él ignorando a Taima por completo:

—Así que ha comprado el rancho del valle.

Zane enarcó las cejas, al parecer en Sweetmeadow las noticias volaban.

—En efecto.

—Llevaba mucho tiempo a la venta.

—Eso creo. —Zane cogió la cuchara y señaló su plato—. ¿Le importa?

—Por supuesto que no, coma antes de que se le quede frío. —Acompañó las palabras con un mohín sensual de sus labios rojos.

Al oír el bufido exasperado que soltó Taima, las comisuras de la boca masculina se alzaron de nuevo. La mujer, que también lo había oído, se volvió a mirarla.

—¿Es su hijo?

—No, Tam es mi ayudante.

—Ah, al ver su expresión cualquiera diría que es un hijo celoso de las conquistas de su papá —dijo con una risita maliciosa, y el puño del supuesto hijo se cerró con fuerza alrededor del mango de la cuchara.

Los ojos ambarinos le lanzaron a Taima una fría mirada de advertencia antes de que su dueño cambiara a un tema más impersonal.

—¿Hace mucho que abrió el negocio?

Siguió charlando con ella un rato, ignorando el rostro cada vez más tormentoso de su «ayudante». Por fortuna, en ese momento los comensales de otra de las mesas llamaron la atención de la mujer, quien se alejó de mala gana para atenderlos, y consiguieron terminar de comer en paz. Zane le pidió a Violet café y la cuenta y, poco después, se levantaban para marcharse.

Sin embargo, la viuda los interceptó antes de que llegaran a la puerta.

—Entonces, ¿les ha gustado el guiso?

—Mucho —asintió Zane.

—¡Violet! —Se volvió hacia su hija—. Ven aquí a despedir a tu amiguito.

La joven, que no había dejado de intentar coquetear con Taima cada vez que le servía agua o le traía más pan, se acercó sonriente.

—Espero que volvamos a vernos —dijo Violet mirándola a los ojos, pero no recibió respuesta.

—A mí también me gustaría que nos viéramos de nuevo. —Una vez más, toda la atención de la pelirroja estaba focalizada en Zane, quien se llevó una mano al ala del sombrero con gesto cortés.

—No lo dudo, Sweetmeadow es un pueblo pequeño.

La sonrisa sensual adquirió una súbita rigidez. Saltaba a la vista, que esa no era la respuesta que había esperado.

Por fin salieron de allí y caminaron hasta el establo. Zane compró una mula —un ejemplar joven y fuerte que el dueño le ofrecía— y con la ayuda de este la sujetó a las varas de la carreta. Con *Otto*, cuyas riendas había atado al otro extremo, trotando detrás, regresaron al almacén donde cargaron los paquetes y los dos colchones enrollados para facilitar el transporte. Poco después, Zane arreaba a la mula y se ponían en marcha, solo para tirar de las riendas con fuerza apenas cincuenta metros más adelante y evitar por muy poco que la carreta

no aplastara al tipo que un par jóvenes vaqueros acababan de arrojar a su paso.

Taima estuvo a punto de salir disparada por encima de la mula, pero se agarró con todas sus fuerzas en el último momento y se quedó sentada en el pescante con el corazón latiéndole a toda velocidad. Los dos culpables, sin embargo, parecían muy divertidos por la situación.

Sin decir una palabra, Zane le pasó a la joven las riendas, bajó de la carreta y ayudó al hombre a levantarse del suelo polvoriento.

—¿Se encuentra bien?

El tipo se tambaleó un poco, pero consiguió guardar el equilibrio. Se pasó una mano por el grasiento pelo gris antes de bajar los ojos inyectados en sangre a la botella que sujetaba en la otra. Al ver que seguía intacta, esbozó una sonrisa que dejó ver varios huecos en la dentadura amarillenta y asintió con la cabeza.

—Sí, gracias, amigo —dijo con lengua estropajosa.

—Vaya suerte has tenido, viejo borracho.

—Poco te ha faltado esta vez para encontrarte frente a frente con tu manoseado Creador, ¿eh, O'Hara? —Sin dejar de reír, el más alto se acercó y le dio al viejo un doloroso pescozón.

Zane se giró despacio. El tipo metió los pulgares en el bolsillo del chaleco de seda floreado, más propio de un petimetre que de un vaquero, y se lo quedó mirando en actitud chulesca.

—¿Crees que ha sido gracioso? —preguntó con suavidad y el brillo amenazador de los ojos, que ahora tenían un tono amarillo muy raro en unos ojos humanos, hizo que la sonrisa se borrara en el acto de los labios burlones.

—Yo... Esto... —Los dos jóvenes intercambiaron una mirada nerviosa antes de que el del chaleco se aclararse la garganta con fuerza y consiguiera decir del tirón—. ¿Qué puede importarle? Ha sido culpa del viejo; ya le advertimos de lo que le pasaría si volvíamos a verlo molestando por aquí.

—Ah, bueno, si le habíais avisado...

Creyendo que le daba la razón, el vaquero volvió a sonreír.

—Ese viejo borracho es una desgracia para Sweetmeadow. Estamos hartos de verlo lloriquear abrazado a una botella.

El aludido se llevó el dorso de la mano a la mejilla y se secó una gruesa lágrima que había dejado a su paso una línea más clara en el rostro arrugado y manchado de polvo.

—Yo era un buen granjero y antes, en Irlanda, un buen profesor, pero mi Nelly murió y... —Las lágrimas brotaron con fuerza una vez más.

—Ahí va otra vez. —El del chaleco soltó una risotada—. Todo el día lloriqueando por esa perra mestiza que vivía con él.

—¡Bastardo! —El irlandés trató de golpearlo con la botella, pero la

generosa cantidad de alcohol que llevaba en el cuerpo hizo que perdiera el equilibrio, y solo la mano de Zane, que lo asió del brazo con firmeza, evitó que diera con sus huesos en la calle polvorienta una vez más.

—¿Ha visto cómo se pone?

El puño de Zane, al impactar de lleno contra la mandíbula mal afeitada del vaquero, cortó en seco sus carcajadas y lo derribó al suelo.

—¡Hijo de...! —Su amigo echó mano del revolver que le colgaba de la cadera, pero antes de que los dedos rozaran siquiera la culata, notó el frío de un cañón en medio de los ojos.

Con un rápido movimiento, Zane le arrebató el revolver y se agachó para hacer lo mismo con el del vaquero del chaleco floreado, que seguía gimiendo en el suelo sin dejar de acariciarse la dolorida mandíbula.

—Ahora coge a tu amigo y largaos de aquí. —El suave susurro resultaba más amenazador que una docena de gritos.

El tipo se apresuró a obedecer y se inclinó para ayudar al otro a ponerse en pie. Una risita maliciosa hizo que el del chaleco levantara la mirada con rapidez. Sus ojos se cruzaron con unos burlones ojos azules, y la sonrisa desdeñosa del muchacho rubio, que estaba sentado en el pescante de la carreta con las riendas en la mano, le dolió todavía más que el puñetazo y mientras se alejaba apoyado en el brazo de su amigo, se juró que si no podía vengarse de aquel pistolero vestido de negro lo haría de ese afeminado hijo de perra.

—Tendrá que vigilar su espalda, capitán. Simon y Peters son escoria, en especial Peters, el del chaleco. —O'Hara parecía haber recuperado un tanto la sobriedad después del altercado.

Sin inmutarse, Zane lanzó los dos revólveres debajo del edificio más próximo. Después, se sacudió las palmas y se volvió hacia el hombre que seguía de pie, abrazado a la botella.

—Ha dicho que es un buen granjero. —O'Hara asintió vacilante—. A Tam y a mí no nos vendría mal un poco de ayuda. He comprado la propiedad del valle. Si en una semana se presenta sobrio y aseado, le daré casa, trabajo y un salario justo.

El hombre abrió la boca, atónito por el ofrecimiento, y la volvió a cerrar sin decir nada.

—Piénselo.

Zane se subió a la carreta y arreó a la mula y, en esta ocasión, dejaron atrás Sweetmeadow sin problemas.

11

Empezaba a ponerse el sol cuando llegaron al valle. Entre los dos vaciaron la carreta y distribuyeron el contenido entre la casa y el establo.

—No necesito esto. —Taima señaló la cama que ahora ocupaba buena parte del pequeño dormitorio.

—Ya es hora de que duermas como una persona civilizada. Toma esto también. —El lobo le tendió una prenda blanca.

Taima la desdobló y vio que era una camisa que le llegaba casi a los pies. Le entró la risa.

—Tu te confundir. Ser... es muy grande.

—Es una camisa de dormir.

Lo miró con interés.

—¿Para qué? Tener esto —con el pulgar se sacó parte del calzoncillo largo por el cuello de su propia camisa—o, si no, dormir vestida.

—Utilizar una camisa de dormir es una parte importante de dormir como una persona civilizada —una vez más la amenazó con el índice—y vigila esos tiempos verbales, ¿quieres?

Sin prestar demasiada atención a la última parte, Taima digirió esa información con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Tú usar...? —Se corrigió de inmediato—¿Tú usas una como esta?

No sabía por qué, pero no se imaginaba al lobo vestido con una. De nuevo soltó una risita burlona. Sin embargo, su interlocutor estaba muy serio y carraspeó un par de veces. Por primera vez, Taima tuvo la sensación de que no sabía muy bien qué contestarle.

—Eso no importa ahora. Hazme caso, te sentirás mejor durmiendo con ropa limpia.

Ella asintió, obediente.

—Ahora comamos algo rápido y a la cama, ha sido un día muy largo.

—¿No leer...? ¿No leemos hoy tampoco? —Taima no pudo ocultar su desilusión.

El lobo soltó un gruñido impaciente, pero el brillo peculiar de los ojos ambarinos le dijo que no estaba enfadado.

—Eres insaciable —movió la cabeza con resignación—. Anda, vamos.

Después de una cena frugal, a base de pan y mantequilla acompañados de café, Taima retiró los pocos cacharros sucios de la mesa y los lavó a toda velocidad mientras el lobo iba a buscar el libro. Se sentaron de nuevo a la mesa y el lobo, después de acercar un poco más la lámpara de aceite, abrió el libro por la señal.

Taima adoraba esos momentos de tranquilidad después de un día ajetreado cuando, a la luz de la fogata o, como en ese momento, a la de una lámpara de aceite, se sentaban muy juntos frente al libro hasta el punto de que las cabezas de ambos casi se tocaban. El lobo leía en voz alta uno de los párrafos y luego era su turno. Le encantaba el modo en el que esa voz grave era capaz de dar vida a esos bichitos negros —ahora sabía que se llamaban letras— que correteaban por la página. Vacilante, su propia voz lo imitaba a trompicones, pero, pese a lo que por su aspecto amenazador cabría esperar, el lobo tenía mucha paciencia y la felicitaba a menudo. No había nada que le gustase más que leer la aprobación en aquellos extraños ojos, por lo que Taima se esforzaba al máximo. Ahora también sabía que el libro de «Shecspir» se titulaba *Hamlet* y, aunque muchos detalles del argumento se le escapaban, era capaz de entender a la perfección el tema central: la venganza.

—Creo que *Hamlet* es un pequeño estúpido —dijo después de terminar de leer uno de los párrafos sin dejar de mover la cabeza con desaprobación.

—Según tú, el mundo está poblado por esos encantadores seres. —El lobo la miró burlón.

Ella le golpeó el brazo con suavidad.

—No te reír de mí. *Hamlet* siempre duda, siempre es... —Hizo un gesto impaciente con las manos, tratando de encontrar la palabra adecuada.

—¿Indeciso? —Sugirió él.

—Sí —asintió satisfecha. —Es un pequeño estúpido indeciso.

El lobo se rió.

—Pobre hombre, si Shakespeare levantara la cabeza...

Encantada de haberlo hecho reír, Taima golpeó la mesa con las palmas de las manos y gritó:

—¡«Shecspir» también es un pequeño estúpido!

El lobo la miró con fingida indignación.

—Por favor, un poco de respeto.

Taima le dirigió una cálida sonrisa y, como había notado en otras ocasiones, los ojos del lobo se oscurecieron al posarlos sobre su boca.

De inmediato, su expresión se volvió impenetrable y ella también recuperó la seriedad en el acto.

—Casi me olvido otra vez. —Como si de pronto sintiera la necesidad de alejarse de ella, el lobo se puso en pie, entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Desconcertada, Taima se quedó mirando el libro abierto unos segundos antes de poner la señal y cerrarlo. El lobo reapareció poco después y le tendió una bolsita de terciopelo. Incapaz de explicar esos repentinos cambios de humor, Taima cogió la bolsa con extrañeza, abrió el cordón con dedos torpes y sacó el medallón y la cadena de oro.

—Llevé la cadena a una joyería cuando estuve en Oregon City para arreglar el cierre, pero siempre me olvido de devolvértela.

Taima acarició el brillante medallón con los ojos húmedos; era su posesión más preciada. Había pensado que no volvería a verlo y, de repente, ahí estaba, de nuevo entre sus manos.

—Gracias —dijo en voz muy baja.

—No hay de qué. ¿Quieres...? —De nuevo carraspeó como si se sintiera incómodo—. ¿Quieres que te lo ponga?

Ella asintió en silencio, sabía que si trataba de decir algo la voz le saldría temblorosa. El lobo se puso detrás de ella y cogió los dos extremos de la cadena. Le costó abrochar el cierre y el tacto de esos dedos cálidos en la nuca le produjo un escalofrío.

—Listo —dijo al fin con voz ronca y se apartó de ella.

Taima se levantó de la silla sin dejar de acariciar el medallón con dedos trémulos.

—Gracias —dijo una vez más antes de desaparecer a toda prisa en su dormitorio.

12

Una semana después, acababan de terminar el desayuno cuando oyeron una voz masculina.

—¿Hay alguien en casa?

—Es O'Hara.

El lobo se había acercado a la ventana con los dedos rozando la culata de uno de los revólveres. Daba igual que estuviera clavando un madero del establo o abriendo surcos con el arado en la zona en la que había decidido cultivar el huerto, Taima sabía que solo se desprendía de las cartucheras para dormir y, aún en ese momento, jamás las dejaba fuera de su alcance. Abrió la puerta y salió a recibir al recién llegado. Taima se caló el sombrero y lo siguió afuera a toda prisa.

O'Hara no se había bajado del caballo, un penco tuerto y casi tan viejo como él, y pese a estar bastante más aseado que la última vez que lo vieron —incluso se había anudado un pañuelo limpio de un rojo furioso en torno al cuello— no tenía muy buen aspecto. Seguía teniendo los ojos inyectados en sangre y las manos que sujetaban las riendas temblaban visiblemente.

—Espero que su oferta siga en pie —dijo con aire digno.

Zane asintió con la cabeza.

—Siempre y cuando sigas respetando mis condiciones.

Sin hacer ruido, Taima entró de nuevo en la casa, cogió el cazo que había sobre la cocina, que todavía estaba caliente, vertió un poco de agua en una taza y añadió un puñado de hierbas mientras oía a los hombres discutir las condiciones. Cuando la infusión estuvo lista, salió afuera y se la tendió al hombre en silencio.

—¿Qué es esto? —dijo con desconfianza.

—Tú beber. Te librará de los malos espíritus.

O'Hara la miró de arriba abajo, muy sorprendido, pero se llevó la taza a los labios y dio un pequeño sorbo. Cerró los ojos unos segundos y se bebió el resto.

—Muchas gracias. Mi Nelly... —Empezó con voz ronca, se detuvo y carraspeó con fuerza antes de continuar—: Mi Nelly preparaba un

brebaje muy parecido.

—Tam es experto en hierbas y curas varias.

—Tam... —repitió O'Hara sin apartar la mirada de ella y no dijo más.

—Vamos le ayudaré a instalarse.

O'Hara bajó del caballo con cierta torpeza y lo cogió de las riendas. Zane lo acompañó a los establos, que habían terminado de reparar un par de días antes, y lo condujo a la pequeña habitación en la que se guardaban los arneses. Taima y él la habían limpiado a fondo; habían quitado las telarañas de todos los rincones y sacudido el viejo jergón. Al parecer el lobo estaba seguro de que O'Hara se presentaría y, como de costumbre, no se había equivocado.

—No es gran cosa, pero creo que se sentirá a gusto.

O'Hara miró a su alrededor y colgó el sombrero de uno de los ganchos clavados en la pared.

—Es más que suficiente para mí.

Poco después, los tres trabajaban en el huerto bajo el sol implacable de mediados de agosto. Taima, como había hecho en los últimos días, guiaba al caballo mientras Zane iba detrás con el arado. O'Hara mientras tanto seleccionaba las semillas de los sacos y las enterraba en la tierra fértil con el mimo de un amante. Tan solo se detuvieron para comer un poco de carne fría y algo de fruta bajo la sombra de un árbol antes de seguir con la tarea y, cuando las escasas nubes empezaban a teñirse de rosa, el viejo terminó de plantar la última semilla. Tras sacudirse las manos, se puso en pie con dificultad y le crujieron las rodillas.

—Espero que mañana seré capaz de levantarme de la cama —dijo con una sonrisa cansada y se alejó cojeando hacia el establo.

Taima entró en la casa, levantó la tapa del guiso que estaba cocinándose a fuego lento y lo olisqueó con deleite. Él lobo y ella se turnaban para volver un poco antes de terminar la jornada y poner la cena en marcha.

—Dice mejor comer allí. Yo llevar ahora comida y preparar tisana, así no doler los huesos.

El lobo la hizo a un lado con un suave golpe de cadera y añadió al guiso unas hojas de laurel.

—Desde el principio.

Taima puso los ojos en blanco, pero volvió a empezar, obediente:

—O'Hara dice es mejor comer en su cuarto. Yo llevar... —chasqueó la lengua con impaciencia—. Le lleva... ¿ré? —El lobo que se había llevado una cuchara a la boca para comprobar el punto de sal, asintió con la cabeza sin mirarla y Taima sonrió satisfecha—. Llevaré comida y una tisana y mañana esta... estará bien.

—Muy bien. Esto está listo.

En cuanto Taima volvió de los establos empezaron a comer.

—Ya terminar... terminamos —se corrigió y empezó a contar con los dedos— la casa, el establo, el huerto... y ¿mañana?

—Aún falta el riego.

—¿Riego? —Taima arrugó la nariz.

—Las plantas necesitan agua para crecer.

—Yo saber eso, no ser estúpida —movió la cabeza, exasperada—. Tener... tenemos cubos.

—Mucho trabajo y pocas manos para hacerlo. Necesitamos ser eficientes. —Ella esperó a que continuara la explicación—. Llevo días pensando en el diseño de un sistema de riego a base de zanjas y pequeñas compuertas, creo que funcionará.

Los ojos ambarinos tenían un brillo irresistible, pensó Taima reprimiendo el impulso de apartar el mechón de pelo oscuro que le había resbalado sobre la frente bronceada. Saltaba a la vista que el lobo disfrutaba haciendo planes y mejoras en su propiedad.

—Eres muy sabio —dijo con admiración al tiempo que su boca se abría en un enorme bostezo.

Él la miró burlón.

—Y tú eres un jovenzuelo muy cansado. Hoy nos saltaremos la clase. —Detuvo sus protestas con un simple gesto de la mano—. Ha sido un día duro. Vamos, a la cama. Yo recogeré.

—Está bien. —Se levantó de la mesa de mala gana, aunque lo cierto era que estaba agotada.

No era que la vida que había llevado con la tribu hubiera sido un camino de rosas, nada más lejos de la realidad. Totsi siempre la había hecho trabajar duro, pero hacerlo codo con codo con el lobo dejaba huella. Era un hombre lleno de energía y no resultaba fácil seguirle el ritmo; desde el amanecer hasta que se ponía el sol, en los últimos días no habían parado. Sin embargo, nunca se había sentido tan viva. Ver como, poco a poco, aquel maravilloso lugar —que en lo más profundo de su corazón sabía que era ese mismo valle en el que la verde hierba crecía tan dulce, con el que había soñado desde que tenía memoria— empezaba a tomar forma bajo la dirección incansable del lobo y el duro trabajo de ambos la llenaba de felicidad.

Entró en su dormitorio y vertió un chorro de agua del aguamanil el la jofaina. Era otro de los objetos que él le había regalado y Taima había descubierto que pocas cosas resultaban tan agradables como asearse después de un día de duro trabajo, ponerse la camisa de dormir y meterse entre las sábanas. Sin embargo, pese a que la cama también le gustaba, todavía no había logrado acostumbrarse a la suavidad del colchón, por lo que, la mayoría de las veces, amanecía tumbada sobre una manta que echaba en el suelo.

❀

Los días eran cada vez más cortos y, casi sin darse cuenta, llegó el otoño. Zane, Taima y O'Hara formaban un buen equipo y el pequeño rancho iba tomando forma poco a poco. Zane había comprado medio centenar de vacas de raza Angus y las cabezas sin cuernos salpicaban el verde de los prados con un alegre toque rojizo.

O'Hara no había mentido; tenía amplios conocimientos sobre la cría de ganado, y Zane y él intercambiaban a menudo puntos de vista sobre el asunto. Después de las primeras semanas, el irlandés había dejado de lado la costumbre de ir los domingos a Sweetmeadow a emborracharse, por lo que la tez surcada de profundas arrugas había perdido el tono amarillento, los ojos ya no estaban inyectados en sangre y las manos no le temblaban como las de un anciano. Todos los días después de cenar y antes de la sesión de lectura, Taima le llevaba una infusión y ambos se sentaban en el rudimentario banco situado en la puerta del establo, que no era más que un tronco de buen tamaño colocado sobre dos tocones, mientras el irlandés daba pequeños sorbos. Ambos se sentían cómodos con su mutua compañía. Unas veces, O'Hara le hablaba de su Nelly, a la que echaba terriblemente de menos; otras le explicaba cosas sobre el nacimiento de los terneros o el cuidado de las gallinas que ahora ocupaban el gallinero que Zane había construido para ellas y, en otras ocasiones, simplemente se quedaban en silencio contemplando el cielo cuajado de estrellas.

Taima sospechaba que O'Hara sabía que era una mujer, pero él nunca había dicho o hecho nada que la pusiera en una situación incómoda y la mayoría de las veces hasta ella misma se olvidaba del asunto. Le gustaban sus ropas de hombre, eran cómodas y bonitas y no echaba en absoluto de menos las largas faldas que llevaban las mujeres de la tribu. Además, como mujer nunca se había sentido querida; en cambio a Tam la mayor parte de la gente lo apreciaba. Bueno, se corrigió con un encogimiento de hombros: al menos el lobo y O'Hara lo apreciaban.

Mrs. Harris sin duda la odiaba, aunque no era de extrañar; Taima también la aborrecía. Desde el día en que comieron en la casa de comidas, todos los domingos sin excepción, después del servicio religioso, ella y su hija, vestidas con sus mejores galas y con una cesta en la que se enfriaba un bizcocho recién horneado, les hacían una visita subidas en una anticuada calesa de la que tiraba un robusto caballito. Taima debía reconocer que ambas componían un cuadro muy vistoso y, cada vez que las veía aparecer por el camino, se la llevaban los demonios. Sabía bien lo que venía a continuación: después de lanzarle una sonrisa de lo más falsa, Mrs. Harris le diría a

Violet que fueran a dar un paseo, a lo que siempre añadía el mismo comentario: «Pero prometed que os portaréis bien; ¿eh?» con una risita irritante. La mirada de advertencia que le lanzaban los ojos ambarinos le avisaba de que sería mejor no protestar, por lo que se metía las manos en los bolsillos, bajaba la cabeza y, después de dar una patada a la piedra más cercana, se alejaba con Violet en dirección al río. Esta hacía caso omiso de su mal humor, y sin dejar de parlotear y de coquetear, daban un paseo interminable mientras la irritante joven descartaba de plano todos sus intentos de regresar cuanto antes a la casa.

—Déjelos tranquilos, quieren estar solos —dijo con un inusual tono de exasperación una vez que se mostraba más insistente de lo habitual. Ese día Violet estaba más silenciosa de lo que solía y no había coqueteado con ella ni una sola vez.

—¿Para qué querer... quieren estar solos? Poder... podemos charlar los cuatro.

Violet giró la cabeza y la miró con el ceño fruncido. El sombrero de paja enmarcaba el bonito rostro de forma muy favorecedora; aunque ese día estaba más pálida que de costumbre y los labios rojos se fruncían de vez en cuando con un gesto de dolor.

—¿Por qué habla tan raro?

—No hablar... ¡No hablo raro!

—Sí que lo hace —insistió ignorando su evidente fastidio—. Cambia los tiempos de los verbos y a veces usa la palabra que no es y...

—¡Yo no hago eso, pequeña estúpida!

Su interlocutora se detuvo en mitad del camino y la miró indignada.

—¡Es usted un grosero! Nunca un joven me había tratado así.

—Me da igual. ¡Contesta!

Violet abrió la boca y la volvió a cerrar; en los grandes ojos oscuros ya no había furia sino una curiosa mirada especulativa que hizo que Taima se sintiera incómoda.

—¿De verdad no lo sabe? O es muy inocente o muy estúpido —dijo burlona, aunque casi al instante su rostro se contrajo con un gesto de dolor.

Taima frunció el ceño. Desde luego era extremadamente inusual que esa tonta la tratara con semejante desprecio; por lo general se esforzaba al máximo por resultar agradable, hasta el punto de llegar a extremos ridículos, y no solía hacer caso de sus frecuentes desplantes.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes dolor?

—No. No es nada. —Involuntariamente, Violet se llevó la mano al vientre.

—¿Tienes un bebé en la tripa? —preguntó a bocajarro.

—¡Cómo se atreve! ¿Insinúa que soy una... una...? —Apretó los labios con fuerza para no dejar escapar la palabra que pugnaba por salir de ellos.

—¿Una qué? —La miró con sincera curiosidad.

—No pienso decir esa palabra. Pero para su información le diré que es todo lo contrario.

Una vez más, Taima frunció el ceño al oír aquello.

—Entonces es la sangre lunar —dijo después de pensarlo un rato.

El rostro de su interlocutora enrojeció hasta la raíz del cabello, dio una patada en el suelo y chilló fuera de sí:

—¡¿Cómo se atreve...?!

Taima hizo un gesto impaciente con la mano.

—Tú esperar aquí. Tengo lo que tu necesitar. Volver enseguida —dijo de modo entrecortado antes de echar a correr hacia la casa.

—¡Espere...!

Pero fue inútil y, al ver que aquel extraño joven ya estaba muy lejos, Violet lanzó un bufido, se sentó en una piedra plana que había junto a un abeto, se recostó contra el tronco y cerró los ojos mientras se apretaba el vientre con las manos con gesto de dolor. Al cabo de unos minutos, la voz de Taima que se había acuclillado junto a ella la hizo abrir los párpados.

—Bebe.

Le tendió una taza casi llena de líquido humeante, pero Violet la rechazó con un gesto.

—No quiero nada, gracias, tengo el estómago revuelto.

—Bebe.

Algo en los grandes ojos azules hizo que cogiera la taza y se la llevase a los labios. Estaba caliente, pero no quemaba y el sabor de la infusión no resultaba desagradable. Bebió con ganas y le devolvió la taza vacía.

—Gracias.

Se quedaron en silencio. Solo se oía el alboroto de los pájaros y el sonido sibilante de las hojas de los árboles agitadas por la brisa. Al cabo de un buen rato, Taima dijo:

—¿Mejor?

Violet la miró sorprendida.

—La verdad es que sí.

Por primera vez desde que se conocían, Taima le sonrió. Al ver esa sonrisa en la que se marcaba un atractivo hoyuelo a un lado de la boca, Violet se incorporó con expresión de sobresalto y de un manotazo le quitó el sombrero.

—¿Eh, qué haces? —Taima recogió el sombrero del suelo y le sacudió el polvo con fuerza.

—Por eso eras inmune a mis encantos... —dijo Violet para sí,

tuteándola por primera vez, sin apartar la vista del rostro furioso—. Menos mal, es un alivio saber que no estoy perdiendo facultades.

Taima la miró sin expresión, no entendía qué farfullaba esa loca. La otra debió de comprenderlo porque la señaló con un dedo acusador:

—¿Puede saberse por qué te haces pasar por un hombre? —Ahora fue el turno de Taima de ponerse muy pálida. Si bien no le importaba que O'Hara conociera su secreto, que lo supiese Violet era muy distinto. Algo le decía que el lobo no se pondría nada contento cuando se enterase—. Bueno, no pongas esa cara, no se lo diré a nadie...

El rostro de Taima se iluminó al oír aquello, pero el comentario posterior hizo que se ensombreciera de nuevo.

—Con una condición, claro está.

—Tener... tengo dinero.

El lobo había insistido en darle una paga. La primera vez, ella se había puesto furiosa y le había gritado que no quería nada más que lo que ya le había dado. Luego había escondido las manos detrás de la espalda, negándose en rotundo a coger los billetes que le tendía. Al ver su reacción, el lobo había entrecerrado los párpados y, sin levantar la voz, había dicho en un tono acerado que le había erizado el vello de la nuca, que él no había luchado tres años y derramado la sangre de un montón de pobres diablos para tener ahora un esclavo en su casa, y que si no aceptaba el dinero tendría que marcharse. Taima no había entendido muy bien de qué le hablaba, pero la última frase no había dejado lugar a dudas y, con las lágrimas rodándole por las mejillas, le había suplicado que no la echara del valle. Entonces el lobo le había tendido el dinero sin decir una palabra y ella lo había cogido con dedos trémulos. Luego él había sacado un pañuelo limpio de uno de los bolsillos y, con una delicadeza que le había arrancado un suspiro, le había enjugado las lágrimas antes de darle a ella el pañuelo y salir de la habitación. Así que ahora guardaba algunos billetes en un tarro de cristal debajo de la cama y, cuando se lo había contado a O'Hara, el irlandés le había explicado ciertos conceptos relacionados con el dinero y cómo este movía el mundo. Así que repitió—: Tengo dinero, poder darte...

Violet chasqueó la lengua con impaciencia.

—No quiero tu asqueroso dinero.

—¿Entonces...?

—Quiero que sigamos como estamos. Que mamá siga pensando que eres un chico y que mi relación contigo favorecerá sus planes con Zane.

Al oír aquello, Taima se puso alerta.

—¿Qué planes?

Pero Violet siguió a lo suyo sin hacer caso de su interrupción:

—Desde que piensa que me gustas, me deja más libertad y ahora puedo ver a Ted más a menudo.

—¿Ted? —Taima no entendía los saltos que daba aquella conversación, pero pensaba que su interlocutora tenía la misma cara que un gato que se relamiera los hocicos con anticipación.

—Mi novio. Mamá no lo aprueba porque solo es un vaquero, pero Ted tiene planes.

—Tú dices —Taima la interrumpió una vez más en tono desdeñoso — todo el mundo tiene planes. ¿Qué planes tiene tu madre con el lobo?

—¿El lobo? —El ceño de Violet se alisó casi al instante—. Claro, el lobo. Son los ojos, ¿verdad? A mí también me recuerda a uno. Zane es muy atractivo, pese a ese aura de peligro que lo rodea, o quizá precisamente por eso, la verdad...

Taima se llevó las manos a los oídos.

—¡Ah, no más hablar! ¡Decir los planes ya!

Violet puso los brazos en jarras y movió la cabeza con desaprobación.

—Hombre o mujer, lo cierto es que resultas muy maleducada. —Al ver que Taima cerraba los puños con gesto amenazador, se apresuró a contestar—: Está bien, está bien, te contaré los planes de mi madre: quiere casarse con Zane.

—¡Casarse! ¿Quiere que el lobo ser su hombre? —Los ojos azules se abrieron horrorizados.

—Su hombre. —Violet puso los suyos en blanco—. Sí, eso es.

Como una centella, Taima se agachó y sacó el cuchillo de la bota.

—Entonces yo la matar —dijo como si fuera lo más normal del mundo.

Su interlocutora le dirigió una mirada en la que había cierta fascinación malsana.

—Deja ese cuchillo, no puedes matar a mi madre —dijo por fin.

Taima alzó la nariz con rebeldía.

—¿Por qué no? Es fácil. Haría así y... —Se pasó la hoja del cuchillo por el cuello con un gesto expresivo.

Violet soltó un bufido impaciente.

—La gente normal no va matando por ahí, se nota que eres una salvaje. —Una vez más los ojos oscuros se iluminaron con un destello de súbita comprensión y dijo muy excitada—: ¡O sea que es eso! ¡Tú eres uno de esos niños!

—¿Qué niños? —preguntó Taima, confundida por aquellos continuos cambios de tema, metiendo de nuevo el cuchillo en la caña de la bota.

—¡He oído hablar mucho sobre ello! —Violet daba pequeños saltitos de pura excitación—. De vez en cuando los salvajes atacan

alguna granja aislada, matan a los adultos y se llevan a los niños para criarlos y que crezcan tan salvajes como ellos.

Taima la miró enfurruñada.

—Yo no ser una salvaje. El lobo me enseñar... —Se detuvo y volvió a empezar más despacio—: El lobo... me está... enseñan... ¿do? —Al ver que Violet asentía sin dejar de mirarla con fijeza —continuó con más seguridad—, me está enseñan...do a leer y escribir.

Su interlocutora cerró de golpe la boca que se le había abierto de puro asombro al ver que ella no negaba la mayor.

—Así que creciste entre salvajes... —Movió la cabeza como si aún no pudiera creerlo del todo—. Vamos a sentarnos ahí y me lo cuentas todo.

Se sentó en la piedra que había ocupado antes y le hizo un gesto impaciente a Taima para que se sentara junto a ella. Esta obedeció de mala gana y durante la siguiente media hora contestó con monosílabos a los cientos de preguntas que la joven le hacía sin darle un respiro.

—Vaya —dijo Violet, por fin, casi sin aliento—. Nunca imaginé que fuera a encontrarme un caso como el tuyo. Es tan emocionante...

—¿Vas a contar a tu madre? —Taima le lanzó una mirada acusadora.

—Ya te he dicho que no le voy a contar nada. Seguiremos como hasta ahora. —El suspiro de alivio que lanzó su interlocutora le pasó desapercibido—. En realidad, es una suerte que haya descubierto tu secreto. Necesito hablar con alguien que no sea una de las chismosas muchachas del pueblo y tú necesitas una amiga como el comer.

Las cejas rubias se arquearon con escepticismo.

—Mira, Tam... —frunció el ceño—. ¿Cómo te llamas en realidad?

—Taima.

Violet pensó unos segundos antes de asentir con firmeza.

—Da igual, te seguiré llamando Tam, así no meteré la pata. Mira, Tam —repitió muy seria—, ahora vas a vivir con gente civilizada y me doy cuenta de que hay muchas cosas que ignoras. Te vendrá bien tener una amiga que te aconseje y en la que puedas confiar.

Taima digirió aquel comentario y, por fin, asintió con la cabeza.

—Y tú... —vaciló unos instantes y siguió con cierta timidez—, amiga, ¿me decir... me dirás como hacer para que el lobo no casar con tu madre?

—¿Lo amas? —Taima la miró sin comprender—. ¿Estás enamora...? ¿Quieres que el lobo sea tu hombre?

Su interlocutora la miró deslumbrada, como si nunca antes se le hubiera pasado semejante idea por la cabeza.

—Mi hombre... —Los labios juveniles temblaron y una lágrima se deslizó despacio por su mejilla. Se la secó con impaciencia y negó con

la cabeza—. No ser posible. El lobo ser... es... es...

Hizo un gesto con los brazos, como si le fuera imposible explicar todo lo que el lobo representaba para ella.

Violet la miró con lástima.

—Es cierto que no lo tienes fácil. Salta a la vista que Zane es un hombre cultivado, atractivo y seguro de sí mismo y tú... —Vaciló como si no quisiera herir sus sentimientos, pero por fin pareció decidir que lo mejor sería ser sincera—. Tú solo eres una chica muy joven y muy ignorante.

Taima asintió sin rencor. De todas formas, hasta que Violet no lo había mencionado, ni siquiera se le había ocurrido la posibilidad de que el lobo se fijara en ella.

—Pero... —De pronto, Violet recobró toda su animación y dio una fuerte palmada que la sobresaltó. Le enmarcó el rostro con las manos, al tiempo que impedía sus intentos de apartarse, y la examinó con fijeza antes de emitir el veredicto—: Pero eres muy guapa. La juventud y la belleza no son atributos desdeñables y si te pules un poco... ¡quién sabe!

Taima la miró un poco asustada; no entendía mucho de lo que aquella chica tan rara le decía, pero le gustaba la idea de tener una amiga. Nunca había tenido una.

—Entonces, ¿no tener que matar a tu madre?

—No. Olvídate de eso. A los hombres no les gustan las mujeres violentas.

—¿No?

—A los hombres les gustan las mujeres dulces y complacientes, que los llenen de halagos y los miren deslumbradas como si fueran lo más maravilloso de la creación.

Taima torció el gesto.

—¿Tu Ted también ser así?

La sonrisa de Violet estaba teñida de ternura.

—En absoluto. Mi Ted es el chico más dulce y encantador que existe. Está convencido de que es el hombre más afortunado del mundo porque yo me he fijado en él. Algo que confieso que me encanta y que espero que siga pensando toda su vida.

—Ah.

—No pretendas entenderlo todo al instante —dijo Violet con aire redicho, como si le sacara muchos años y varios más de madurez—. Ya irás aprendiendo. Lo importante es que sigamos como hasta ahora para que nadie sospeche nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Taima le lanzó una sonrisa esperanzada.

—Bien, será mejor que regresemos. Mi madre debe de estar imaginando todo tipo de picardías.

Sin embargo, cuando regresaron a la casa, no parecía que nadie las

hubiera echado de menos. A Linda Harris se la veía muy a gusto sentada en la silla que su anfitrión había sacado al porche y charlando con este sin dejar de lanzarle miradas provocativas mientras Zane, apoyado con aire despreocupado en la veranda de madera que rodeaba la casa, la escuchaba con aparente atención.

—Ya estamos aquí.

Mrs. Harris se interrumpió de inmediato al oír la voz de su hija.

—Violet, querida, no tenemos prisa, podíais haber seguido paseando juntos un rato más. —Pese a la deslumbrante sonrisa con la que las recibió, su voz traicionó una indisimulable irritación.

—Tam todavía tiene tareas pendientes, pero me ha invitado a volver el domingo que viene —se colgó de su brazo, coqueta—, ¿verdad que sí?

—Sí. —Por una vez, Taima no se la sacudió de encima con impaciencia y notó que el lobo la miraba con cierta extrañeza.

Mrs. Harris los miró a ambos con expresión satisfecha antes de volverse de nuevo hacia su anfitrión.

—Entonces, volveremos el próximo domingo. Le traeré la tarta de zanahorias como le prometí, Mr. Wade. Es mi especialidad.

Zane inclinó la cabeza, las acompañó a donde habían dejado la calesa y con la ayuda de Tam apenas tardó unos minutos en enganchar a esta el pequeño caballo.

—Hasta la vista. —Mrs. Harris chasqueó el látigo y se pusieron en marcha mientras su hija se volvía una vez más a decir adiós agitando la mano.

Taima le devolvió el saludo con entusiasmo hasta que, de pronto, notó que el lobo la miraba pensativo.

—¿Pasar... pasa algo?

—Creía que no te caían bien.

Ella se encogió de hombros con aparente indiferencia.

—La chica no estar... no está mal.

El lobo parecía divertido.

—Y ¿qué me dices de la madre?

Taima apretó los labios unos segundos, pero no pudo contenerse.

—¡Es una pequeña estúpida! —dijo con rotundidad. Asustada, levantó la mirada hacia él, pero para su alivio el lobo no parecía ofendido; es más, le pareció que contenía una sonrisa.

—Vamos —dijo muy serio, sin embargo—, cenaremos algo, leeremos un rato y nos acostaremos temprano. Mañana hay mucho que hacer.

13

Zane golpeó el último clavo, se colgó el martillo de las cartucheras y se irguió para contemplar con satisfacción el trabajo de la mañana mientras se levantaba un poco el sombrero y se secaba la frente empapada en sudor con la manga de la camisa. Tras varios días de dura labor, por fin una cerca de alambre de espino rodeaba por completo uno de los prados donde, si las cosas no se torcían, encerraría con sus madres a los terneros que nacieran en primavera.

—Da gusto verlo. —O'Hara, que también se había quitado el sombrero y se secaba el rostro con el vistoso pañuelo colorado que siempre llevaba al cuello, pareció leerle los pensamientos.

Sí, se dijo, Zane. Los tiempos de perseguir bandidos y de disparar antes de que te dispararan a ti parecían muy lejanos.

—Hace demasiado calor para estas fechas. Voy a refrescarme en el arroyo y creo que dormiré allí una buena siesta.

Los ojos ambarinos contemplaron la figura ligeramente encorvada y de andar cansino de O'Hara hasta que desapareció detrás de un recodo del camino. Luego se dirigieron al muchacho que, a pocos metros de él, pasaba el heno de la carreta a uno de los comederos del ganado con la ayuda de una horca que era casi más grande que él.

Como de costumbre, Tam se había quitado el sombrero y el sol arrancaba destellos de los mechones dorados. Zane frunció el ceño. Tendría que insistir en que se encasquetara el maldito sombrero siempre que fuera al pueblo o cuando recibieran visita. Con la cabeza desnuda, su condición femenina se hacía más evidente cada día que pasaba. Además había ganado algo de peso y, aunque seguía siendo una joven espigada, las caderas se le habían redondeado y el pantalón no podía ocultar ese trasero, ligeramente respingón, que nadie con ojos en la cara tomaría por el de un muchacho imberbe.

Sospechaba que O'Hara hacía tiempo que había descubierto su secreto, pero el viejo era discreto y no había hecho el menor comentario y, aunque lo había vigilado de cerca, jamás había sorprendido el menor rastro de lascivia en su mirada. Todo lo contrario, su actitud era muy similar a la de un abuelo orgulloso de su

nieto.

En ese momento, Tam, que se había parado unos segundos a descansar, se dio cuenta de que la estaba mirando y agitó la mano, sonriente. Una vez más, Zane notó cómo se iluminaba el rostro femenino cada vez que posaba la mirada en él, y la ligera inquietud que nunca estaba lejos cuando pensaba en la situación de la joven le asaltó de nuevo. Quedaban poco más de dos meses para que la llevara de vuelta con su hermana. Tam jamás había hecho ningún comentario sobre aquel asunto y, muchas veces, Zane se preguntaba si era consciente de que, en unas pocas semanas, su vida cambiaría de modo drástico y se alejaría, tal vez para siempre, de ese valle que ella parecía amar casi tanto como él.

No. La verdad es que no esperaba con impaciencia que llegara ese momento. Tam había resultado una valiosa ayuda, y la cantidad de dinero que le pagaba al final de cada semana apenas compensaba las horas de duro trabajo y el ánimo infatigable y siempre alegre que había mostrado en esos últimos meses.

También había hecho grandes avances en el uso del lenguaje y la lectura, aunque la escritura todavía se le resistía. De pronto, recordó el gesto de concentración y la punta de la pequeña lengua rosada asomando entre sus labios cuando trataba de trazar las letras y no pudo evitar que la comisura de su boca se alzara unos milímetros. Sí, no podía negarse que Tam era muy diligente. Tenía una curiosidad insaciable y un cerebro rápido, aunque, en su opinión, su mejor virtud era que, salvo en las raras ocasiones en que fruncía el ceño y apretaba los labios con esa expresión tan suya, que se parecía mucho a la de Luna de nieve, la mula a la que ella misma había bautizado, siempre estaba alegre. Por lo general los ojos azules relucían de contento mientras tatareaba sin cesar esa enloquecedora melodía infantil y, después de tantos años de pensar que el mundo no era más que un agujero lleno de podredumbre, gozar a diario de esa inocente alegría de alguna manera lo ayudaba a dormir mejor por las noches.

—¿Tienes hambre? ¡Yo sí! ¿Comemos?

La voz juvenil lo arrancó de sus pensamientos.

—¿No te basta con el desayuno que has devorado hace menos de tres horas? Eres un pozo sin fondo —dijo con fingida severidad.

Ella asintió muy sonriente, como si fuera un cumplido, clavó la horca en el heno que quedaba en la carreta y sacó de la parte trasera una bolsa de tela, antes de dirigirse a paso rápido en dirección a la exigua sombra de un roble, cuyas hojas pardas ya habían empezado a caer.

Zane la siguió más despacio y se sentó a su lado sobre la hierba, con las piernas cruzadas.

—¿O'Hara? —Tam lanzó una mirada inquisitiva a su alrededor.

—Se ha ido a dormir la siesta.

Tam asintió.

—Le guardaré algo para luego —dijo mientras sacaba las tiras de carne seca y las galletas que constituían el menú habitual, así como el jarro de barro, sellado con un tapón de corcho, en el que el agua conservaba cierta frescura.

—Hmm... —Suspiró con placer cerrando los ojos al dar un mordisco a una de las galletas—. Tus galletas son las mejores.

—¿Comparadas con cuáles? —preguntó burlón.

Tam movió la cabeza.

—También he comido las de tu hermana. Las tuyas mejores.

—Son mejores.

—Sí, eso —dijo dando otro mordisco a la suya.

Aprovechando que había cerrado los ojos de nuevo, Zane la observó con disimulo. No sabía si era por el barro con el que se había rebozado desde que era una niña o la loción que ella misma elaboraba con flores y hierbas, pero jamás había visto una piel tan perfecta como la suya. Pese a que le gustaba trabajar sin sombrero durante horas, la piel de Tam tan solo estaba ligeramente bronceada y, salvo unas pocas pecas en el puente de la nariz, no había descubierto en ella ni una sola imperfección.

De pronto, abrió los ojos y lo pilló mirándola.

—¿Qué miras? —preguntó sonriente.

Al ver el hoyuelo que, como siempre que sonreía con calidez, aparecía en la comisura de su boca, Zane notó un pinchazo de deseo. No era la primera vez que le ocurría y, aunque suponía que era porque hacía tiempo que no había estado con una mujer, le irritaba pensar que no tenía tanto control sobre sus impulsos primarios como siempre había creído.

Para él, Tam no era más que una cría inocente. Las mujeres por las que se había sentido atraído hasta ese momento siempre habían tenido experiencia; a veces incluso mayor que la suya. Linda Harris era más de su estilo y no le disgustaba su belleza pelirroja, pero al contrario que otras viudas con las que, en otras épocas de su vida, había pasado unos meses de diversión antes de despedirse amigablemente, sabía de sobra que la viuda de John Harris tenía en mente el matrimonio y él no tenía ninguna intención de caer en esa trampa. Por eso no había sucumbido a sus nada disimulados intentos de seducción. Quizá tendría que acercarse algún domingo a Sweetmeadow con O'Hara y pasarse por el *saloon*, pero en las escasas ocasiones que había pagado a una prostituta por sus servicios, la experiencia le había dejado un regusto amargo.

—Ahora pareces enfadado.

De nuevo, la voz juvenil lo arrancó de sus pensamientos.

—Estaba pensando. —Los ojos azules lo miraron expectantes y después de dudar unos segundos decidió que había llegado el momento de poner las cosas claras—. Sabes que dentro de dos meses y una semana volverás con Sally, ¿verdad?

La mirada azul, por lo general de una claridad cristalina, se volvió turbia de repente.

—¿Lo sabes? —insistió. Ella se encogió de hombros sin mirarlo—. Es mejor enfrentarse a las cosas que tratar de esconder la cabeza en el suelo como dicen que hacen las avestruces.

Tam dejó sobre el muslo la galleta que estaba comiendo como si, de pronto, hubiera perdido el apetito.

—¿Tam?

—He pensado... —dijo al fin en voz muy baja sin despegar los ojos de sus dedos, que jugueteaban con la galleta mordisqueada. Se detuvo.

—¿Qué es lo que has pensado? —Pese a que le había hablado con suavidad, Zane notó que tragaba saliva convulsivamente.

—Violet... —comenzó de nuevo, titubeante, pero una vez más se detuvo.

—Vamos, Tam, dime de una vez qué es lo que has pensado. —El tono impaciente la hizo pasarse la lengua por los labios, que habían perdido su habitual tono sonrosado.

—Violet, me ha contado... cosas. —Se detuvo y al ver que él no decía nada prosiguió sin dejar de juguetear con la galleta con dedos nerviosos—. Decir... me ha dicho... que los hombres necesitan...

Un chorro de sangre inundó su rostro y buena parte del cuello delicado.

—¿Qué es lo que necesitamos los hombres?

La vio inspirar con fuerza antes de decir a toda velocidad:

—Una mujer, para... para... hacer cosas en... en la cama.

Zane apretó los puños, pero habló en tono sereno:

—¿Sabes qué es lo que un hombre y una mujer hacen en la cama?

Taima asintió titubeante.

—Se besan y luego... luego nace un bebé. Violet dice que así hacen los amantes.

El atractivo rostro masculino resultaba impenetrable.

—A ver si lo entiendo. ¿Te estás ofreciendo a... a ser mi querida a cambio de quedarte en el valle? —Ella asintió sin mirarlo, su rostro seguía encendido—. ¿O tal vez quieres casarte conmigo?

En esta ocasión, se apresuró a negar con la cabeza.

—Violet decir que su madre querer casar contigo, pero que se notar que tú no querer —dijo atropelladamente. Los nervios la habían hecho tener una recaída y volvía a hablar como un piel roja—. Pero ella decir haber otra posibilidad: ser amantes y que así más fácil para los hombres. Así que yo me quedar en el valle y hacer esas cosas

contigo, ¿sí? —Lo miró esperanzada.

—No.

La expresión de desolación en el rostro juvenil resultó casi cómica, pero Zane no sentía ningún deseo de reír. Notaba que le invadía un furia hirviente, algo nada habitual en él ya que, en los últimos años, su vida había dependido a menudo de su capacidad para controlar sus emociones al milímetro.

—¿Violet sabe que eres una mujer?

Taima se mordió el labio inferior con fuerza unos segundos antes de asentir con la cabeza.

—Sí, se dio cuenta. Ahora ser... es mi amiga. —Lo miró recelosa, como si tratara de adivinar hasta qué punto estaba enfadado con ella, pero el rostro de su interlocutor no dejaba traslucir la menor emoción.

—Y ¿qué te ha contado *tu amiga* —recalcó sarcástico— sobre esos «besos» de los que hablas?

Despacio, Taima volvió a humedecerse los labios con la lengua, ajena por completo a lo provocativo que resultaba ese gesto.

—Yo ver a tu hermana. Vi a John pegar... pegó la boca a la de ella como si querer robarle el aire, pero tu hermana no parecía asustada, sino muy contenta —cada vez hablaba más rápido— y yo preguntar... y me decir... me dijo que los espo... esposos besaban a sus es... esposas y las esposas a sus esposos y que era muy agradable y Violet dijo que no hacer falta que un hombre estar casado con una mujer para la besar y...

—¡Basta! No quiero oír nada más de lo que dice esa amiga tuya cuyos estándares morales no parecen muy elevados.

Pese a que se notaba que se le había escapado la última parte del comentario, Taima trató de protestar:

—Pero...

Zane la apuntó con el índice.

—Ni una palabra más. A partir de este momento olvidarás todo esas estúpidas ideas sobre besos, camas y amantes.

Los ojos azules tenían esa mirada obstinada que empezaba a conocer demasiado bien.

—Pero ¡yo querer vivir aquí! ¡Yo querer que tú me besar!

—No sabes lo que dices.

—¡Sí sé! Violet dice...

—¡Basta he dicho! No quiero oír ni una tontería más de las que dice esa insufrible sabelotodo. En cuanto acabe el plazo, volverás con mi hermana, ¿entendido? —Zanjó el asunto sin contemplaciones y se puso en pie.

Taima conocía esa expresión, pero cada vez más asustada al pensar que sus posibilidades de quedarse con él en el valle se desvanecían, se puso en pie ella también y, pese a que su cabeza apenas le rozaba la

barbilla, puso los brazos en jarras y lo desafió con temeridad:

—¡No! ¡Yo quedarme aquí! ¡Contigo! Hacer todo lo que tú quieras, pero quedarme.

Las chispas doradas que brotaban de los ojos ambarinos deberían haberla puesto sobre aviso, pero la desesperación la había vuelto ciega y sorda a las señales de peligro.

—¿Tienes idea de lo que supondría someterte a mis «besos», como tú los llamas, solo para no tener que marcharte de aquí?

—¡Me da igual, me da igual! ¡No quiero irme!

Ahora las lágrimas rodaban por las mejillas femeninas, pero los ojos azules seguían fijos en él con un rabioso desafío. Al verlo, la extraña furia que le hacía hervir la sangre se desbordó sin control. Zane dio un paso adelante, hasta que rozó los muslos esbeltos con los suyos, entonces la agarró por el cuello de la camisa y, con puño de hierro, la alzó hasta que las puntas de las botas apenas rozaban el suelo.

—Vamos a ver si en verdad te da igual.

No levantó la voz, pero la gelidez de su tono, en profundo contraste con la furia ardiente que despedían los ojos ambarinos, hizo que a Taima la recorriera un perceptible estremecimiento. Ella trató de golpearlo con los puños, pero igual que un halcón que desciende, inexorable, sobre su presa, Zane aplastó la boca contra la suya con rudeza.

Sin embargo, pese a la furia que sentía, no había perdido el dominio de sí mismo. De hecho, tenía un plan: arrancar de raíz de una vez para siempre cualquier idea romántica que Taima pudiera albergar respecto a él. Quería que comprendiera con hechos, más que con palabras, que esos «besos» con los que la joven, en su ingenuidad casi infantil, fantaseaba podían ser todo menos agradables. Sin embargo, lo que pasó a continuación, esta vez sí, escapó por completo a su control.

En cuanto sus labios tocaron los suaves labios femeninos, ella dejó de debatirse, cerró los ojos y las pequeñas manos se aferraron con fuerza a la pechera de su camisa. De inmediato, su propia boca, en contra de su voluntad —pues hasta ese momento solo había pretendido darle un escarmiento que la pusiera frente a frente con la realidad de la vida— suavizó la presión. La dureza dejó paso a la delicadeza, la fuerza a la pericia, la presión al leve roce de su lengua hasta que la boca inocente le permitió el paso, incapaz de resistirse a esa enloquecedora insistencia.

Zane se apretó más contra el cuerpo de esa niña-mujer, que se aferraba a su camisa como si pensara que de no hacerlo sus rodillas cederían mientras los labios inexpertos trataban de devolverle las caricias con una torpe presión, y la dolorosa ola de deseo que lo asaltó

como una cuchillada le hizo recobrar la cordura. De inmediato, le soltó el cuello de la camisa, aunque siguió sujetándola por los brazos, consciente de que ella temblaba con tanta violencia que, de no hacerlo, habría caído al suelo, y le dio una ligera sacudida.

—Espero que hayas aprendido la lección —dijo con voz ronca.

En ese momento, los párpados delicados, rematados por rizadas pestañas oscuras que ofrecían un llamativo contraste con el oro viejo de sus cabellos, se abrieron muy despacio y la expresión que asomó en los iris azules, cuyo brillo era ahora más intenso que nunca, estuvo a punto de hacerle gritar de frustración.

No había duda de que había fracasado, se dijo maldiciéndose a sí mismo. En vez de hacerla apartarse de él llena de miedo y repugnancia como había sido su intención, lo que asomaba en esos ojos, incapaces de doblez alguna, era un más que evidente despertar del deseo.

Sin dejar de maldecir entre dientes, la soltó con brusquedad y se alejó a grandes zancadas en dirección a la mula que, sujeta aún a la carreta cargada de heno, mordisqueaba los tallos de unas flores que crecían cerca.

¿En qué demonios estaba pensando?, se recriminó al tiempo que se sentaba en el pescante y desenrollaba las riendas con gestos bruscos. No debería haberla besado. Puede que Tam fuera poco más que una cría, pero llevaba demasiado tiempo sin una mujer y la cosa había estado a punto de salirse de madre. Mucho se temía que también había creado una situación incómoda sin necesidad.

En realidad, ¿por qué se había puesto tan furioso?, se dijo unos segundos después, un poco más calmado. Se notaba a la legua que ella no tenía ni idea del disparate que le proponía. Maldita Violet. ¿Qué buscaba metiendo esa clase de ideas en la cabeza de Tam. El pobre... —se corrigió de inmediato—. La pobre no era más que una inocente. Una inocente muy peligrosa, le susurró una vocecita en algún rincón de su cerebro. Zane chasqueó el látigo con impaciencia. Tonterías. Tam solo era peligrosa para sí misma; no quería ni pensar qué habría ocurrido si le hubiera hecho una proposición semejante a un tipo menos íntegro que él. A partir de ahora, se prometió, tendría mucho cuidado con ella. Lo último que quería era darle falsas esperanzas.

No se volvió a mirarla en ningún momento, pero el enervante cosquilleo que sentía en la nuca le hizo saber que los grandes ojos azules seguían clavados en él.

14

El lobo estaba muy enfadado. De alguna manera, incluso antes de hacerle su malhadada proposición, Taima ya sabía cuál iba a ser su respuesta. Él no sentía nada por ella. No había que ser muy lista para darse cuenta. Con ella nunca coqueteaba, como hacía con la viuda Harris, sino que la trataba como si realmente fuera un muchacho.

—¡Pero no lo soy! —dijo rabiosa, al tiempo que lanzaba una piedra a la charca.

Sin embargo, después de ese arrebato se quedó sin energías. Lo cierto era que no soportaba que él la mirara con esa frialdad. Ya no había risas compartidas; ya no le decía con fingido enfado que se callara de una vez cuando tatareaba su canción favorita; ya no había lecciones de lectura a la acogedora luz de la lámpara...

«¡Yo no feliz!».

Le habría gustado gritarlo a los árboles, cuyas ramas desnudas se mecían empujadas por el viento, pero ya no era la misma Taima a la que el lobo le salvó la vida aquel día junto al río. Ahora sabía muchas más cosas; para empezar, que esa frase estaba mal construida y, para seguir, que nadie moría por no ser feliz, como había pensado en el preciso instante en el que el lobo le recordó que quedaban pocos días para que les dijera adiós al valle y a él —no concebía el uno sin el otro— y sintió un dolor agudo en el corazón. Y para terminar, sabía que quería volver a sentir la boca del lobo contra la suya, la presión de esos labios firmes, la audacia de su lengua. Sin darse cuenta, se llevó una mano a la boca y se acarició los labios con las yemas de los dedos; casi podía sentir su calor todavía.

El viento sopló con más fuerza y se estremeció. A pesar de que el otoño llegaba a su fin y el agua estaba helada, seguía acudiendo allí casi todas las mañanas antes del desayuno a darse un chapuzón. Hasta ese momento, sus sentidos habían estado tan embotados que, aunque solo se había puesto la camisa después del baño, no había sentido ningún frío. Taima lanzó un profundo suspiro y se levantó para ir a donde había dejado el resto de la ropa.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

La voz desconocida la dejó paralizada. Había estado tan embebida en sus negros pensamientos que no había oído acercarse al hombre que ahora estaba a menos de dos metros de ella, parado junto al montón de su ropa, con una mano apoyada con displicencia en la empuñadura del revolver que le colgaba de la cadera. Reconoció en el acto aquel chaleco floreado; era el mismo que llevaba el tipo a quien el lobo había golpeado en el pueblo. Taima se arrepintió de no que haber hecho caso de las advertencias de este y haber dejado el cuchillo lejos de su alcance, y maldijo en silencio.

—Llevo días espiándoos a ti, al viejo borracho y al pistolero, pero lo último que esperaba era esta agradable sorpresa.

Chaleco-floreado avanzó unos pasos hacia ella, que retrocedió despacio con las manos ocultas tras la espalda, sin apartar en ningún momento la vista de su atacante, hasta que chocó contra un arbusto. Los dedos de Taima se cerraron de inmediato en torno a la rama —en la que había reparado unos segundos antes— que se había desprendido del pino que crecía justo encima y esperó con el corazón latiéndole a toda velocidad.

—Así que eres su querida... —dijo el tipo, sonriente—. Ha sido listo al hacerte pasar por un muchacho, me has engañado pero bien.

La mirada lasciva que acompañó a su afirmación, que la recorrió desde los pies descalzos, subiendo por las piernas desnudas y los muslos apenas tapados por el ruedo de la camisa, hasta detenerse en la piel del escote que los botones abiertos dejaban a la vista, hizo que Taima se sintiera sucia. Por primera vez, entendió la reacción del lobo; quizá ser la querida de alguien no era algo agradable. De hecho, a juzgar por el modo en que aquel hombre pronunciaba la palabra, resultaba más bien denigrante.

—Vete antes de que venga el lobo —dijo en tono sereno.

—¿El lobo? ¿Ahora me sales con cuentos? —Soltó una carcajada desagradable y se acercó un poco más.

—Ha matado a muchos tipos más listos que tú.

Eso lo hizo detenerse y la sonrisa se borró de su rostro.

—¿Te refieres a tu amante, al pistolero?

Taima estuvo a punto de negar que fuera su amante, pero finalmente lo juzgó innecesario y se limitó a asentir en silencio.

Sin embargo, el tipo del chaleco pareció recuperar su buen humor y mirando a un lado y a otro del bosquecillo dijo burlón:

—No veo a nadie. Ni siquiera al viejo borracho, pero —su voz se volvió amenazadora al tiempo que sacaba el revolver de la cartuchera — si se te ocurre gritar, dispararé. Para cuando ellos lleguen, yo estaré muy lejos de aquí.

En ese momento, con una increíble rapidez que le impidió reaccionar, Taima blandió la rama y golpeó el brazo que sujetaba la

pistola con todas sus fuerzas. Chaleco-floreado soltó un aullido de dolor, el arma se le disparó y una bala rozó el cuero cabelludo de la joven antes de que esta emprendiera la huida.

En esta ocasión, el tipo sí reaccionó y salió corriendo de inmediato detrás de ella. Taima esquivaba las ramas de árboles y arbustos con agilidad, y oyó a su espalda las furiosas maldiciones de su perseguidor cada vez que una rama que ella había soltado con fuerza lo golpeaba. Ya no estaba habituada a correr descalza y las afiladas piedras se le clavaban dolorosamente en las plantas de los pies; sin embargo, no bajó el ritmo ni un segundo. Por desgracia, chaleco-floreado estaba en forma y cada vez se acercaba un poco más. En un momento dado, los dedos masculinos la asieron por la manga de la camisa, pero ella dio un brusco tirón y cambió de dirección. Ni el ruido de la tela al desgarrarse ni el brutal juramento que lanzó el hombre que la perseguía la detuvieron.

Los árboles cada vez estaban más separados entre sí; dentro de poco dejarían el bosquecillo atrás y saldrían a campo abierto. Taima no se hacía ilusiones, sabía que sin las botas estaba en clara desventaja y que era cuestión de tiempo, no demasiado, que su perseguidor la alcanzara; pero a pesar de ello no aflojó el paso.

Los pulmones le ardían, pero él estaba cada vez más cerca. Lo único que lamentaba, se dijo Taima sin dejar de correr, era que iba a morir sin haber hecho las paces con el lobo. En ese preciso instante, un disparo resonó como un cañonazo y oyó el sonido de un cuerpo al rodar por el suelo; sin embargo siguió corriendo todavía unos metros más hasta que, por fin, se atrevió a echar un vistazo por encima del hombro. Lo que vio hizo que frenara su carrera en el acto. Chaleco-floreado se retorcía en el suelo, agarrándose la pierna sin dejar de chillar mientras, a lo lejos, el lobo se acercaba a galope tendido a lomos de *Otto* empuñando un rifle, seguido a mucha distancia por O'Hara, quien animaba a gritos a su viejo penco en un intento infructuoso de que fuera más rápido.

Segundos después, el lobo llegó a su altura y se bajó del caballo de un salto. En dos zancadas se acercó a ella, le sujetó el rostro entre las manos y, sin dejar de fruncir el ceño, examinó la herida del cuero cabelludo, que no paraba de sangrar. Luego los ojos ambarinos se deslizaron por el hombro desnudo y lleno de arañazos, que el rasgón de la camisa dejaba al descubierto, bajaron por las piernas también llenas de rozaduras y, por último, se detuvieron en los pies ensangrentados. Apretó los labios y, sin decir una palabra, la cogió de la cintura y la depositó a horcajadas sobre la grupa de *Otto*.

Con una exclamación, Taima trató de bajarse la camisa que se le había subido de un modo indecente sin conseguirlo, pero el lobo ya no le prestaba la menor atención. Se había agachado junto al herido y,

cogiéndolo por el cuello de la camisa, lo había obligado a ponerse en pie sin hacer caso de sus alaridos de dolor, y lo había derribado de nuevo de un puñetazo que, a juzgar por el crujido siniestro, debía de haberle roto la nariz. El lobo se agachó de nuevo dispuesto a repetir la jugada, pero la oportuna llegada de O'Hora y su viejo caballo, que parecía a punto de reventar, evitó una carnicería mayor.

—Ya basta, capitán, no merece la pena colgar de la soga por una alimaña como Peters.

El aspecto del lobo era terrible —con el puño cerrado, los nudillos excoriados y manchados de sangre, y una expresión que habría hecho huir en desbandada a un aguerrido regimiento— y, por unos segundos, Taima dudó de que fuera a hacer caso del consejo del irlandés. Sin embargo, lo vio respirar hondo varias veces. Despacio, abrió la mano y extendió y flexionó los dedos varias veces, antes de volverse hacia O'Hara para darle una orden.

—Échalo sobre su caballo y que este lo lleve de vuelta a Sweetmeadow. Lo he visto atado a unos diez metros al sur de la charca. Si tiene suerte, no se desangrará por el camino y, si no... —Se encogió de hombros con indiferencia.

No parecía que O'Hara fuera a dejar aquella posibilidad al azar porque ya se había inclinado sobre el herido y le había desgarrado una buena tira de la camisa para hacerle un torniquete. Taima se dijo que lo hacía por ese Dios bondadoso del que le había hablado muchas veces. Ella, en cambio, prefería a los dioses de los Nei Me, que aceptaban con agrado el ingenio cruel que empleaban los guerreros para acabar con sus enemigos.

En ese momento, el lobo se subió detrás de ella y, sin esfuerzo, la alzó de la silla y la colocó de lado sobre la montura. Luego se quitó el guardapolvo, le tapó las piernas con él y remetió los extremos debajo de su cuerpo y, a continuación, hundió el talón derecho en el flanco del animal al tiempo que tiraba de las riendas en la misma dirección, obligando a *Otto*, que seguía muy excitado tras la persecución, a dar media vuelta.

Sintiéndose mucho más cómoda, Taima apoyó la mejilla sobre la suave tela de la camisa negra de su rescatador y cerró los ojos al tiempo que aspiraba con deleite el familiar olor a sudor limpio, a cuero y al jabón que usaba el lobo para afeitarse. Regresaron a la casa en silencio y, una vez allí, él volvió a cogerla en brazos, la llevó a su dormitorio, la depositó con suavidad sobre la cama y le ahuecó la almohada detrás de la espalda. De inmediato, volvió a salir y regresó al cabo de unos minutos con un paño de algodón, una palangana llena de agua caliente y unos vendajes, y se sentó en el borde del colchón. Con los labios apretados y sin romper el silencio, empezó a limpiar la herida del cuero cabelludo. Poco a poco, el agua de la palangana se

iba tiñendo de rojo, pero, al menos, la herida había dejado de sangrar.

—¿Dónde está ese potingue que usas para las ampollas y los cortes?

La voz grave espabiló de golpe a Taima, que había ido cayendo en una agradable somnolencia. Los dedos del lobo eran tan suaves que, pese al dolor que sentía, no le hubiera importado que siguiera curándole durante el resto de su vida. Se lo dijo y poco después volvió con el tarro de cristal en el que guardaba el emplasto que ella misma preparaba con hierbas, y que lo mismo servía para desinfectar una herida que para descongestionar los pulmones de un enfermo.

Con mucho cuidado, el lobo extendió un poco en el surco rojizo antes de proceder a vendarle la cabeza con habilidad. Luego dirigió su atención a los arañazos de brazos y piernas. Los lavó y los cubrió asimismo con una fina capa de aquella loción cremosa. En todo ese tiempo no pronunció ni una sola palabra y, por más que se esforzaba en escrutar el rostro severo, Taima era incapaz de adivinar sus pensamientos. Cuando la sujetó por uno de los tobillos para estudiar el estado de las plantas de sus pies, Taima ya no pudo contenerse más.

—¿Estar... estás muy enfado conmigo? —Lo miró suplicante.

—¿Por qué habría de estarlo? —dijo seco—. No es culpa tuya que ese cerdo te haya atacado.

Una vez más se hizo el silencio mientras él, como si no tuviera nada mejor que hacer en un día de labor, procedía a limpiarle con idéntica minuciosidad las plantas de los pies. Cuando terminó de quitar los restos de mugre, soltó una maldición que la hizo encogerse.

—Tienes varias chinas clavadas. Tendré que sacarlas con el cuchillo, lo siento.

Ella lo miró perpleja. ¿Por qué lo sentía? Le estaba muy agradecida de que se tomara tantas molestias por ella, pero antes de poder decir nada, él se levantó de nuevo para ir a buscar un cuchillo y cambiar el agua sanguinolenta de la palangana por otra limpia. También trajo un vasito lleno de un líquido ambarino.

—Bébete esto.

Taima cogió el vaso y olisqueó el contenido; no le gustó. Al ver que trataba de devolvérselo. El lobo negó con la cabeza.

—Bébetelo. Todo. —El tono no admitía discusión, así que Taima se lo bebió de un trago y la aspereza del *whisky* al bajarle por la garganta la hizo toser. Los grandes ojos lagrimeaban y lo miraron con reproche —: Te ayudará con el dolor. Ahora, no te muevas.

El lobo había tenido razón, se dijo Taima apretando los dientes con fuerza; aquello dolía mucho. Sin embargo, no trató de apartar el pie y de su garganta no escapó una sola queja.

—Has sido muy valiente —dijo su improvisado enfermero cuando, después de aplicarle el emplasto, terminó de vendar el segundo pie y

lo depositó con cuidado sobre la colcha. Al ver que hacía ademán de levantarse, Taima, a quien el *whisky* le había dado valor, lo agarró de la muñeca.

—Lobo tú... —empezó titubeante, pero una vez más, el efecto desinhibidor del alcohol la hizo lanzarse a pedir explicaciones sin poder evitar que su tono traicionase cierta impaciencia—, ¿cuánto tiempo más vas a estar enfadado conmigo?

Semejante modo de plantear la pregunta hizo que un músculo vibrara en la comisura de la boca masculina y, aunque apenas perceptible, a ella no se le escapó el sutil temblor. Al comprender que no estaba tan enfadado como parecía, sintió un alivio intenso.

—¿Por qué crees que estoy enfadado contigo? —Preguntó el lobo a su vez, al tiempo que se acomodaba de nuevo en el borde del colchón.

Taima agachó la cabeza y un furioso rubor inundó su rostro.

—Porque te besé —dijo con valentía.

El lobo le puso el dedo debajo de la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Hum. Creo recordar que no sucedió exactamente así.

Pero aunque seguía roja como un pimiento, Taima asintió con firmeza, dispuesta a hacer una confesión en toda regla.

—Sí, te besé y no te gustó y, aunque a mí si me gustó, te prometo por la Santa Madre de Dios —repitió de carrerilla una de las frases favoritas de O'Hara— que no volver... no volveré a hacerlo. Me perdonas, ¿sí?

Una vez más la mirada azul contenía una súplica irresistible, y antes de que Zane pudiera asentir o negar, añadió en un tono tan bajo que a él le costó entenderla:

—Cuando chaleco-floreado me perseguir... me perseguía, solo podía pensar en una cosa... —Se mordió el labio inferior unos segundos y notó que el lobo se había quedado muy quieto esperando a que terminara la frase—. Solo podía pensar que no quería morir antes que tú me perdonar... antes de que tú me perdonaras.

A Taima le dio la sensación de que su interlocutor adquiría una extraña rigidez y pensando que lo había ofendido una vez más le apretó la muñeca, que no había soltado, con más fuerza. Sin embargo, él se desasió con suavidad, le enmarcó el rostro con ambas manos y la miró con fijeza a los ojos:

—Tam, no hay nada que perdonar. No estoy enfadado contigo.

Una vez más, ella frunció el ceño con impaciencia; ¿acaso el lobo pensaba que era tonta y que no se daba cuenta de las cosas?

—Sí, sí lo estás.

—Te digo que no —dijo soltándola.

Sin disimular su irritación, ella empezó a enumerar con los dedos de la mano.

—Ya no te ríes conmigo, ya no cabalgas conmigo, ya no lees

conmigo, ya no hablas conmigo... ¡ya no nada conmigo! —terminó acusadora.

—Tienes razón en una cosa: he tratado de castigarte, o tal vez, de castigarme a mí mismo —Taima le lanzó una mirada de triunfo que se borró al oír su siguiente comentario—, pero no porque estuviera enfadado contigo, sino...

—Sino...

Su evidente impaciencia le arrancó una sonrisa que hizo que el estómago femenino hiciera una de esas cosas raras.

—Sino porque estoy enfadado conmigo mismo.

Esa inesperada revelación hizo que lo mirara boquiabierta.

—¿Por qué?

El lobo soltó un profundo suspiro. Saltaba a la vista que no se sentía cómodo confesando sus errores, pero aún así hizo un esfuerzo y terminó de explicarse:

—Tam, soy casi diez años mayor que tú y tengo cien veces, o quizá sería mejor decir, mil veces más experiencia que tú de la vida. Estás sola y bajo mi protección, no tienes a nadie a quién acudir y me he aprovechado de ti. Créeme —movió la cabeza de lado a lado—, no me siento orgulloso de mí mismo.

Ella lo miró unos segundos como si le costara comprender lo que acababa de decir.

—Fue mi culpa —dijo zanjando la cuestión con aire obstinado.

—Por lo que veo estás decidida a convertirte en una mártir. —El brillo burlón de los ojos ambarinos resultaba irresistible y Taima sintió que se derretía.

—No sé qué ser... que es eso —suspiró abstraída, con los cinco sentidos concentrados en el atractivo rostro del hombre que estaba sentado a su lado.

Una vez más, él sonrió.

—No importa. Lo importante es que volvemos a ser amigos, ¿no es cierto?

El rostro juvenil se aclaró por completo.

—Amigos. Sí.

—Volveré a reír contigo —enumeró con los dedos como había hecho ella— hablaré contigo, leeré contigo y... ¡demonios, no recuerdo la otra cosa!

—Y cabalgarás conmigo —terminó por él con una sonrisa radiante.

—¡Eso! —El lobo se golpeó los muslos con las palmas de las manos y se puso en pie—. Cabalgaré contigo.

—¿Te vas ya? —Taima no pudo ocultar su decepción.

—Estaba arando uno de los prados cuando oí el disparo, la pobre Luna de nieve debe de estar preguntándose qué demonios me ha pasado. —El lobo la apuntó con el dedo—. No quiero que te levantes

de la cama. Cuando vuelva te prepararé algo de comer, ¿entendido?

Ella asintió obediente.

—¡Lobo! —lo llamó cuando él ya había abierto la puerta del dormitorio y se disponía a salir. Él se volvió y levantó las cejas en una muda interrogación—. Solo quería decirte... gracias.

El lobo se la quedó mirando unos segundos con gesto impenetrable antes de darse media vuelta y salir.

Taima se recostó contra la almohada y cerró los ojos con un suspiro; pese a que le dolía todo el cuerpo se sentía extrañamente feliz.

15

La semana siguiente la vida en el valle recobró su pulso habitual: trabajo duro y la satisfacción de ver crecer las cosas poco a poco. En los prados, además de casi cien cabezas de ganado, pastaban también media docena de yeguas preñadas. Además, acababan de terminar de sembrar el heno que utilizarían para el engorde del ganado y, aunque por el momento en el cielo, de un azul resplandeciente, no había ni rastro de nubes, O'Hara había pronosticado lluvias en los próximos días.

Taima, recuperada ya de su pequeña odisea, a veces pensaba en chaleco-floreado y —pese a que era consciente de que si aquel tipo la hubiera alcanzado antes de que el lobo hubiera puesto fin a sus andanzas las cosas no habrían pintado nada bien para ella— casi agradecía su inesperada aparición: gracias a ese desagradable incidente, su relación con el lobo había vuelto a la normalidad.

Noviembre llegaba a su fin. Los días se iban haciendo más cortos y regresaban antes a la casa, aunque eso no significaba que no siguieran trabajando pues, mientras Zane realizaba las tareas habituales, como engrasar los arneses y las armas, ella trataba de descifrar alguna de las recetas de un librito lleno de dibujos que él le había regalado después de una de sus visitas quincenales a Sweetmeadow. Los dos primeros intentos no habían resultado demasiado mal; el lobo incluso la había felicitado calurosamente, y aquellas alabanzas habían dado alas a una pasión por la cocina que, hasta entonces, había ignorado que sentía.

Taima adoraba cuando llegaba el crepúsculo y volvían a la casa, cansados pero felices. Adoraba la luz que desprendían las dos lámparas de aceite que él encendía nada más llegar, que iluminaba la estancia con un cálido resplandor mientras afuera los rayos de sol se apagaban poco a poco. Adoraba el agradable calor que proporcionaba la cocina de hierro ahora que las noches tendían a ser cada vez más frías, y adoraba también los deliciosos aromas que iban inundando la estancia a medida que preparaba la cena. Esos momentos eran sus favoritos. Sin perder de vista la olla que tenía al fuego, aprovechaba para observar al lobo sin que él se diera cuenta. Era de las pocas

ocasiones en las que se quitaba el sombrero, que colgaba de uno de los ganchos que él mismo había clavado con un par de certeros martillazos a un lado de la puerta de entrada. Taima adoraba el rebelde mechón de pelo oscuro que resbalaba a cada rato sobre la frente inteligente y el modo en que él lo apartaba con aire ausente, una y otra vez, su atención concentrada de lleno en la tarea que llevaba a cabo. En esos momentos, relajado por completo, parecía más joven y Taima no podía evitar suspirar sintiendo un vago anhelo de algo a lo que no era capaz de dar nombre.

Luego, cuando ella volvía de llevarle la cena a O'Hara, comían sin dejar de charlar. En realidad, era ella la que charlaba sin ton ni son; de un pájaro de plumaje encarnado que se había posado en una rama, del modo en que su preciosa *Nizhoni* acudía corriendo cada vez que silbaba de una cierta manera, del juramento que había lanzado el viejo O'Hara cuando la vaca a la que estaba ordeñando lo había tirado del taburete... El lobo se limitaba a escucharla con aire divertido, haciendo de vez en cuando algún comentario que la hacía reír.

Sí, se decía Taima con satisfacción, adoraba esos momentos. La verdad era que adoraba la vida en el valle, en la que cada día era mejor que el anterior. Una vida tranquila en la que nada hacía prever que las cosas iban a dar un giro inesperado apenas unos días más tarde.

❀

El grito de advertencia de Taima, que regresaba de buscar los huevos que las gallinas escondían por todo el corral, lo puso sobre aviso. Zane, que acababa de atarse las cartucheras después de comprobar que las recámaras de los revólveres estuvieran cargadas de balas, cogió también el rifle que guardaba cerca de la puerta y salió al exterior.

Tres jinetes se acercaban por el camino levantando una nube de polvo. Estaban demasiado lejos para que pudiera reconocer a ninguno de ellos, pero tras el ataque que había sufrido la joven hacía poco más de una semana no había bajado la guardia ni un segundo. Sujetando el rifle con ambas manos, le hizo una seña con la cabeza a Taima, que se acercaba a paso ligero tratando de que no se le cascara ninguno de los huevos que llevaba en el sombrero, para que entrara en la casa. Sin embargo, después de dejar el sombrero con los huevos encima de la mesa, la joven cogió el pequeño revolver con el que el lobo la había enseñado a disparar y salió de nuevo sin hacer ruido.

Toda la atención de Zane estaba concentrada en los jinetes, por lo que no se dio cuenta de que ella lo había desobedecido. Reconoció a

Johanson, el dueño del almacén donde hacía las compras cada quince días y al *sheriff*, a quien apenas había visto de lejos en un par de ocasiones, por la estrella de latón que llevaba sujeta a un lado del pecho. Sin embargo no tenía la menor idea de quién era el tercer hombre, un tipo delgado, de pelo gris, vestido de modo similar a Johanson y con aspecto de gárgola.

El *sheriff* detuvo el caballo a un par de metros de donde estaba esperándolos y los otros lo imitaron.

—Buenos días, Wade. —Se llevó el índice y el pulgar al ala del sombrero.

—Buenos días. —Se limitó a responder Zane con el rifle todavía en la mano.

Notó que los ojos de la vieja gárgola no se apartaban de un punto a su espalda y, sin dejar de vigilar ni un segundo a esos hombres que se habían presentado en su propiedad sin ser invitados, se las arregló para ver qué era lo que despertaba semejante interés.

—Maldición —masculló al ver a Taima con la espalda contra la pared, apuntando a los recién llegados con un revólver y el rostro vacío de expresión.

—Suelta el arma, jovencito —dijo el *sheriff* sin apartar los ojos de ella.

—No es ningún jovencito. —La voz de la gárgola, parecida a un chirrido, era tan desagradable como el resto de su persona.

Zane, a quien no se le había escapado aquel curioso comentario, preguntó en tono sereno sin apartar las manos del rifle:

—¿Qué quieren?

Algo en la actitud del hombre que tenía delante, que no se había movido ni un milímetro de su sitio, debió de hacerle pensar al *sheriff* que lo mejor sería dejarse de rodeos.

—Un hombre llamado Peters lo acusa de haberle disparado.

—¿Lleva un chaleco de flores?

El *sheriff* pareció desconcertado por la pregunta.

—Sí, creo que sí —dijo por fin.

—Entonces sí, yo le disparé. ¿Alguna cosa más?

Saltaba a la vista que aquella conversación no estaba discurriendo por los cauces que el *sheriff* había imaginado, por lo que se aclaró la garganta con fuerza varias veces antes de decir:

—Peters ha estado varios días al borde de la muerte.

—¿Solo al borde? Lástima.

Las mejillas carnosas del *sheriff* enrojecieron.

—Sweetmeadow es una ciudad tranquila. Aquí no queremos este tipo de incidentes.

—¿Quizá sus habitantes prefieren que las alimañas campen a sus anchas?

Los ojos ambarinos estaban clavados en él y aquella mirada, pálida y fija, hizo que el hombre se secara el rostro sudoroso con un pañuelo que sacó del bolsillo.

Johanson, el tendero, intervino en ese momento en tono amable:

—Por supuesto que los habitantes de Sweetmeadow no aprecian a los hombres como Peters, Mr. Wade. No hemos venido aquí para detenerlo, ¿no es cierto, *sheriff*?

—No, aunque no me gusta que nadie se tome la justicia por su mano —dijo este tratando de afirmar su autoridad.

—Me temo que era él o Tam; no tuve tiempo de pensar en lo que le gustaría a usted.

El cáustico comentario hizo que el rostro carnoso enrojeciera de furia, pero una vez más, la oportuna intervención de Johanson hizo que la sangre no llegara al río.

—Lo entendemos, Mr. Wade. Por supuesto que lo entendemos. Varios hombres y mujeres de Sweetmeadow han tenido en el pasado algún desagradable encontronazo con ese tal Peters. No creo que nadie vaya a lamentar el estado en que han quedado su rodilla y su nariz.

—¿A qué han venido entonces?

Pese a que no había levantado la voz, el aspecto de Zane resultaba tan amenazador que esta vez fue el turno del afable Johanson de aclararse la garganta varias veces, pero antes de poder seguir con la explicación volvió a sonar el desagradable chirrido que emitía la gárgola.

—Venimos por la muchacha. —Con un dedo, de uña larga y sucia, señaló a Taima, que seguía apoyada en la pared de troncos sin soltar el revólver.

El peligroso destello de los ojos ambarinos hizo que Johanson se apresurara a intervenir de nuevo.

—Fue Peters, cuando recuperó el conocimiento, quien nos dijo que el muchacho... —carraspeó incómodo una vez más— era en realidad una muchacha.

—¿Y? —Aquel simple monosílabo hizo que, una vez más, el *sheriff* tuviera que enjugarse el rostro con el pañuelo.

—*«¡No vestirá la mujer hábito de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que esto hace!»* —gritó la gárgola de repente; las dos chapetas coloradas en los afilados pómulos eran el único toque de color en el rostro exangüe.

—Cálmese, reverendo Wilson. —A Johanson no se le había escapado el modo en que el pulgar izquierdo del hombre vestido de negro, que hacía un rato había bajado el cañón del rifle, acariciaba ahora la culata del revólver—. Los gritos jamás conducen a nadie a buen puerto.

Así que la gárgola aquella era un reverendo. Debería haberlo

imaginado, se dijo Zane sin dejar de acariciar la culata con la yema del pulgar. Nunca había sentido demasiada simpatía por ninguno de aquellos charlatanes que, por lo general, eran más proclives al pecado que la mayoría de su grey.

—Lo que el reverendo Wilson quiere decir —prosiguió el tendero en su tono más afable, tratando de afrontar aquel tema espinoso con la mayor delicadeza—, es que sería un escándalo que esta jovencita y usted, Mr. Wade, siguieran viviendo en pecado a la vista de las almas cándidas de Sweetmeadow.

Harto ya de aquella conversación, Zane hizo un gesto impaciente con el rifle.

—Me temo que tienen ustedes una mente muy sucia. Será mejor que se larguen de mis tierras. Ahora.

—¡No dejaremos a la pequeña ramera aquí para que el diablo se frote las manos! ¡*Sheriff*, haga algo!

El *sheriff*, que al parecer tenía bastante más sentido común que el reverendo, no se movió.

Una risita burlona hizo que el reverendo se volviera con rapidez y posara en Taima esos ojos acusadores que parecían arder como brasas.

—¡No te rías, pequeña ramera! —La rabia le hacía soltar salivazos y tenía los pómulos cada vez más rojos—. *«¡Y sobre su frente había un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. Y vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los testigos de Jesús...!».*

El cañón del rifle de Zane se clavó en las partes pudendas del reverendo, cortando en seco aquel encendido recital del Apocalipsis.

—Una palabra más sobre rameras o cosas raras y le condenaré al celibato eterno —dijo en tono sedoso.

—¡Wilson, cállese de una vez o hará que nos maten a todos!

El *sheriff* también parecía a punto de sufrir una apoplejía. Por el rabillo del ojo había visto a O'Hara quien, atraído por las voces, había salido del establo y ahora ocupaba una posición estratégica detrás del abrevadero con una carabina —una reliquia del siglo anterior— lista para disparar.

—¡Hagan el favor de dejarme hablar a mí! —Al parecer, Johanson era el único que conservaba la calma—. Perdone, Mr. Wade, todo esto se nos ha ido un poco de las manos. No dudo que es usted un hombre de honor y por lo poco que he tratado con el..., con la... —se detuvo y carraspeo con fuerza.

—Con... ¿Tam? —sugirió con burlona amabilidad.

—Eso, con Tam —El tendero pronunció aquel nombre neutro con evidente alivio y empezó de nuevo—. Por lo poco que mi señora y yo hemos tratado con Tam, estoy seguro de que es una criatura del todo

inocente. Sin embargo, no podemos permitir que las cosas sigan como hasta ahora.

—No tendrá que preocuparse, Tam volverá pronto con mi hermana.

—¿Con su hermana? —La expresión de Johanson se aclaró de golpe.

—Y ¿qué quiere decir «pronto»? —terció el reverendo mirándolo con desconfianza.

—En principio iba a ser a final de mes, como acordamos, pero su suegra ha caído enferma y mi hermana ha tenido que irse a Salem a cuidarla. En cuanto regrese con su marido, enviaré a Tam con ellos.

Hasta ese momento, no le había comentado a Taima el contenido de la carta de su hermana que había recibido hacía unos días. Solo esperaba que no empezara a dar saltos de alegría o algo por el estilo; la gárgola no le quitaba los ojos de encima.

—Según su propia declaración, ese «pronto» puede convertirse en meses.

El tendero debía de estar pensando lo mismo que el reverendo porque, una vez más, el rostro amable se ensombreció.

Zane se encogió de hombros con indiferencia.

—Me temo que en ese caso solo hay dos soluciones posibles. —Johanson movió la cabeza con pesimismo—. Una posibilidad es que el... la... es que Tam pase esos meses hasta que su hermana regrese en casa del reverendo Wilson y su esposa. No es la primera vez que se hacen cargo de algún huérfano y, en la mayoría de los casos, enseguida les encuentran trabajo como sirvientes en alguna de las mansiones de Oregon City. En ese sentido no habría el menor problema, el reverendo Wilson está muy bien relacionado.

El aludido asintió con un orgullo nada cristiano.

Zane no tuvo problemas para imaginar a Taima encerrada a pan y agua en un cuarto oscuro hasta que se aprendiera de memoria tres capítulos de las escrituras o a la gárgola golpeándola con una vara de avellano a la menor provocación.

—No dejaría ni a un perro a su cargo. —Le pareció oír un profundo suspiro de alivio a su espalda—. ¿Cual es la segunda opción?

Había hablado sin rastro de acritud, por lo que al reverendo tardó unos segundos en captar el significado de aquel comentario.

—¡Engendro de Satanás! ¡¿Cómo se atre...?!

—¡Chist, Wilson! ¡Cállese de una vez! —dijo el *sheriff*, cuyos ojos iban de la mano de Zane, muy cerca de la culata del revólver, al rostro del que hasta hacía muy poco había sido el borracho del pueblo y que ahora sostenía aquella arma de museo sin que le temblara el pulso.

Como si no hubiera habido ninguna interrupción, Johanson prosiguió:

—La segunda opción es que se case usted con el... con la... con Tam.

Una vez más, a su espalda sonó una exclamación de sorpresa.

—Y ¿si no...? —Una amenaza nada disimulada latía en aquellos puntos suspensivos.

—Si no —dijo el tendero con la misma afabilidad—, mi esposa y yo no volveremos a abastecerlo. Ni harina ni soga ni alambre ni semillas... no le venderemos ni un simple clavo más.

Esta vez sí que consiguió alterar a Zane, quien maldijo entre dientes a aquel viejo puritano que sabía dónde golpear para hacer más daño. Oregon City quedaba a dos días a caballo; a más de cuatro en una carreta. No podía perder tanto tiempo yendo y viniendo a comprar lo necesario. Notó que una furia ciega lo invadía, pero luchó por conservar la calma.

—Entre Tam y yo no existe ninguna relación *pecaminosa*. —Casi escupió la palabra—. Hice que se vistiera de chico precisamente para evitar ese tipo de especulaciones. ¿No le parece una exageración obligarnos a contraer matrimonio a la fuerza? En unos meses Tam se irá del valle, yo estaré solo y su conciencia podrá descansar tranquila.

—Créame, Mr. Wade, que soy el primero en lamentarlo —respondió su interlocutor sin hacer caso de su sarcasmo—. Es usted uno de mis mejores clientes y mi mujer aprecia mucho a el... la... a Tam. Pero nuestras creencias nos impiden ceder en este asunto. Puede elegir mandarla a casa del reverendo Wilson o casarse con ella, o si no... La decisión está en sus manos.

No hizo falta que insistiera en su amenaza, Johanson sabía de sobra que negarle un acceso rápido a los productos de primera necesidad era un castigo letal para un ganadero que daba sus primeros pasos.

O'Hara intervino por primera vez.

—Capitán, necesitamos comprar en el almacén. Si tenemos que desplazarnos hasta Oregon City cada vez que necesitamos algo... —No terminó la frase.

Su patrón se volvió hacia él con una expresión tormentosa que habría hecho acobardarse al más pintado. O'Hara, sin embargo, mantuvo el tipo, aunque el *sheriff* notó que tragaba saliva. Zane dio media vuelta y se acercó hacia donde estaba Taima.

—Ya lo has oído, no tienes muchas opciones que digamos: reverendo o matrimonio; es decir, la sartén o las brasas. Sin embargo —bajó la voz para que los otros no pudieran oír lo que decía—, se me ha ocurrido una tercera alternativa: puedo darte dinero. El suficiente para que empieces una vida nueva en algún otro lugar.

Taima se encogió de hombros y dijo con sencillez:

—¿A dónde iré?

Él la miró con fijeza y dijo por fin:

—¿Prefieres casarte conmigo?

—Tú no quieres casarte. —Ella se encogió de hombros—. No hagas caso de estos hombres, son estúpidos.

—Evidentemente, pero nuestra posición es... digamos que es delicada.

—¡Venga, niña, di que sí! —gritó O'Hara desde su puesto detrás del abrevadero, sin soltar la carabina ni un segundo—. No encontrarás un hombre mejor que el capitán ni aunque buscases cien años.

—Me temo que O'Hara exagera un poco, pero si no soy yo, tendrá que ser el encantador reverendo.

Ella le lanzó al aludido una mirada incendiaria.

—No te preocupes. —Zane bajó la voz un poco más, al tiempo que tomaba entre las suyas la mano que no sujetaba el revólver—. Te prometo que haré lo posible para anular este matrimonio; si jugamos bien nuestras cartas en unos meses serás libre y yo no tendré más problemas con Johanson. ¿Confías en mí?

Taima quien, presumiblemente, no había entendido una palabra de lo que había dicho se encogió de hombros una vez más.

—Por supuesto que confío en ti. —Y añadió con la misma sencillez desarmante—. Confiaría al lobo mi vida entera.

Zane notó que se le erizaba el vello de la nuca al oír aquello. Estar a cargo de una joven tan ingenua y a la vez tan deseable como ella —no había olvidado el aspecto que presentaba medio desnuda ni la longitud de sus piernas ni la suavidad de su piel cuando la había curado y, a menudo, se despertaba a media noche, después de soñar que la besaba como en aquella otra ocasión, presa de un ataque de deseo que lo avergonzaba profundamente— era una gran responsabilidad. Había pensado que no tendría que aguantar esa tortura mucho más tiempo, pero la carta de su hermana había trastocado sus planes por completo. Para más inri, todo parecía conducirles al mismo punto: a pronunciar unas palabras que, irremediablemente, la atarían a él para siempre ante los ojos, si no de Dios —a saber cómo era el dios en el que creía la gárgola aquella—, sí de los hombres. En ese preciso momento, se prometió a sí mismo que protegería a Taima de todo y de todos, incluido él mismo. Le apretó la mano con fuerza unos segundos antes de soltarla y volverse hacia los hombres que seguían esperando una respuesta.

—Nos casamos —dijo en voz alta.

En el rostro del reverendo, al contrario que en el de Johanson y el del *sheriff*, que no podían disimular su alivio, se reflejó una profunda desilusión. Estaba claro, se dijo Zane —sintiendo por primera vez en su vida unas ganas irracionales de descerrajarle un tiro a sangre fría a un hombre que no suponía ninguna amenaza—, que aquel tipo no

podía soportar la idea de que se le hubiera escurrido su presa entre los dedos en el último segundo.

—Me alegro mucho. —El tendero se frotó las manos, seguramente feliz de pensar que acababa de arrebatar un par de almas del infierno —. Entonces, lo mejor será celebrar el matrimonio de inmediato.

—Un momento. —La voz cristalina de la joven, que hasta ese momento ningún integrante de aquella especie de comité de autoproclamadas autoridades de Sweetmeadow había oído, les produjo un leve sobresalto y hasta Zane se volvió de nuevo a mirarla sorprendido. Al ver que los ojos de todos los hombres estaban fijos en ella, añadió muy digna—: Voy a cambiarme. No tardar... tardaré mucho.

Sin hacer caso de las miradas perplejas, Taima corrió hacia el interior de la casa y cerró de un portazo.

16

Con rapidez, se puso las ropas que le había regalado la hermana del lobo tratando de recordar el orden en el que iba cada prenda. Tuvo que luchar con las cintas del corsé, que finalmente arrojó a la otra punta de la habitación, y con los pequeños botones del vestido. Por fin, después de mascullar unas cuantas maldiciones, se miró con ojo crítico en el pequeño espejo de mano con el que el lobo se afeitaba de vez en cuando y salió afuera.

En cuanto la vieron reaparecer, los hombres, en especial el gordo de la estrella y cara-de-calavera, dejaron de discutir al instante y la miraron con una desagradable fijeza. Sintiéndose extrañamente consciente de sí misma, una sensación que, por otro lado, no le gustaba en absoluto, Taima caminó despacio hasta donde se encontraba el lobo sin dejar de tironearse la falda con nerviosismo.

—Permíteme. —En cuanto llegó a su lado, el lobo se giró hacia ella y con dedos hábiles, desabrochó un par de botones de la hilera que bajaba por el cuello y los volvió a abotonar en el orden correcto. Debió de leer la muda pregunta que había en sus ojos, porque añadió —: Estás muy guapa.

Taima le lanzó una luminosa sonrisa, ajena por completo a las miradas de los hombres de Sweetmeadow, que la examinaban de arriba abajo con incredulidad. El vestido, de un color azul un tanto desvaído por los lavados, le quedaba bastante holgado y era muy corto. Como no tenía otros zapatos, se había vuelto a poner las botas polvorientas, lo que, si bien iba en beneficio de su modestia al ocultar los tobillos, le daba al conjunto un aspecto peculiar, aunque, no podía negarse —sin el sombrero que por lo general cubría las ondas doradas que ya le llegaban casi a la barbilla—, eminentemente femenino.

En ese momento, O'Hara se acercó a ella, colocó sobre la rubia cabeza una corona hecha con ramas de hiedra que había entretejido a toda prisa y dio un paso atrás para contemplar su obra. Tal vez el aspecto de la joven resultara un tanto extravagante, pero nada podía disimular la belleza inocente de los rasgos delicados, que el sencillo adorno se encargaba de realzar.

—A mi Nelly le encantaban las coronas de flores. Estás preciosa, niña —dijo con voz ronca.

Taima se apretó contra él unos segundos.

—Gracias, dada.

O'Hara sabía que, para ciertos pueblos indios, esa palabra significaba «abuelo» y sorbió con fuerza tratando de contener la emoción.

—¡Vamos, no tengo todo el día!

El chirrido de la gárgola rompió de golpe el hechizo.

—Capitán, ayúdeme a sacar la mesa.

O'Hara no parecía dispuesto a dejar que aquella ceremonia improvisada pasara sin pena ni gloria y su patrón, que en todo ese tiempo no había dicho una sola palabra, lo siguió al interior de la casa. Bajo la guía del irlandés, pusieron la mesa a la sombra del roble. Luego O'Hara corrió al establo y regresó con una cruz de madera y una biblia que colocó sobre el improvisado altar.

—El capitán y la niña, aquí. Usted, Johanson, y el *sheriff* a este lado. Yo me pondré en este otro. Dele la mano a la niña, capitán.

Una vez que todo estuvo a gusto de aquel improvisado maestro de ceremonias, O'Hara le hizo una seña al reverendo Wilson —quien, sin que nadie le dijera nada, se había puesto al otro lado de la mesa que hacía las veces del altar, había apartado con ostensible desprecio la Biblia de O'Hara y había abierto la suya— y este empezó recitando unos salmos que hablaban del pecado y la condenación.

La mano del lobo era seca y cálida, y Taima se aferró a ella cada vez más nerviosa. Lo sentía rígido a su lado; después de decir que se casarían no había pronunciado una sola palabra más. El lobo no era un hombre que aceptara con agrado que lo obligaran a hacer algo en contra de su voluntad, y saltaba a la vista que lo último que quería era casarse con ella. No era una pequeña estúpida para hacerse ilusiones; además, el día en que la besó se lo había dejado muy claro. Pero ella no le había obligado, le recordó una vocecita desconocida que resonó en algún punto de su cabeza. Habían sido esos tres hombres. Ella no tenía la culpa de que, al final, se fuera a cumplir su deseo más profundo. Un sueño tan imposible en apariencia —ser la esposa del lobo; no tener que abandonar nunca el valle— que ni siquiera había intentado fantasear con él y, sin embargo, ahí estaban el lobo y ella con las manos unidas mientras cara-de-calavera leía en alto pasajes de ese libro tan gordo con la misma entonación monótona con la que el chamán de la tribu recitaba los conjuros en la ceremonia de la lluvia.

Unos días después de su infortunada proposición, mientras contemplaban el brillo de las estrellas en el cielo nocturno, le había preguntado a O'Hara el significado del matrimonio en el mundo de los blancos. El viejo irlandés se había pensado la respuesta y, después de

un tiempo que a Taima se le antojó muy largo, le había contado cómo había insistido en casarse con su Nelly —pese a lo mal vistos que estaban los matrimonios mixtos por aquellos parajes— en presencia de un sacerdote católico que vivía a más de una semana a caballo de su granja. Pero a él no le importaba lo más mínimo el color de la piel de ella ni lo que dijera la gente, le había dicho con una gran sonrisa de añoranza en el rostro. Lo único que le importaba; lo único que tenía absolutamente claro, era que quería vivir para siempre al lado de aquella pequeña mujer que iluminaba sus días y sus noches, y contraer matrimonio con ella bajo la mirada de Dios Todopoderoso era el único modo de hacer realidad ese deseo. Lo que dijo y, sobre todo, el modo en que lo dijo, hizo que un escalofrío la recorriera de arriba abajo.

Para siempre.

Ahí estaba la palabra clave.

Sin embargo, el lobo le había dado a entender que no tendría que ser para siempre, ¿cómo era eso posible? ¿Acaso el dios de cara-de-calavera no era el mismo Dios Todopoderoso del viejo O'Hara?

En ese momento, notó que cara-de-calavera se había callado por fin y que la miraba acusador, como si esperara algo de ella, pero Taima se limitó a devolverle la mirada con los ojos muy abiertos.

—Vamos, buen hombre, repita la pregunta.

Indignado por el tono de Zane, el reverendo apretó los labios con fuerza y repitió:

—¿Aceptas a Zane Leonard Wade como tu legítimo esposo?

Taima asintió con la cabeza.

—¡En voz alta!

—¡Sí! —casi chilló haciendo que, por primera vez, los ojos ambarinos brillaran con algo parecido a la diversión.

—Y, tú, Zane Leonard Wade, ¿aceptas a...?

—Taima —le informó el aludido con calma.

—Taima. —El reverendo frunció la nariz ganchuda como si algo oliera mal—. Taima, ¿qué?

—Solo Taima.

El reverendo intercambió una mirada con Johanson, quien asintió con la cabeza.

—Zane Wade, ¿aceptas a Taima como tu legitima esposa?

—Sí, acepto —respondió en el mismo tono tranquilo.

—Los anillos.

Johanson y el *sheriff* se miraron con aire culpable.

—¿A nadie se le ha ocurrido traer un anillo? —El tono agudo de cara-de-calavera resultó más desagradable que de costumbre.

—Yo tengo... —El irlandés se llevó una mano a una cadena de la que colgaba la alianza de cobre que había pertenecido a su mujer. Taima sabía, porque él mismo se lo había dicho, que le gustaba

sentirlo contra su corazón.

—Gracias, O'Hara, no será necesario —lo interrumpió el lobo, al tiempo que se sacaba del meñique, no sin esfuerzo, un pequeño anillo. Luego cogió la mano de Taima y lo deslizó en el dedo anular de su mano izquierda—. Era de mi madre.

Taima bajó la mirada a la pequeña banda de oro que ahora le rodeaba el dedo y que, sorprendentemente, le quedaba perfecta y notó una opresión en el pecho.

—Entonces, por el poder que mana del Altísimo, os declaro marido y mujer. Ahora firmen aquí los novios y los testigos.

En cuanto el certificado matrimonial y una copia estuvieron listos, el reverendo Wilson guardó el original entre las páginas de la Biblia, la cerró con un golpe seco y se alejó en dirección a su montura sin despedirse.

—¡Se le ha olvidado decir que podía besar a la novia! —gritó O'Hara en su dirección.

—¡Que haga lo que quiera, yo me largo de aquí! ¡*Sheriff*, Johanson!

Los aludidos se apresuraron a darles la enhorabuena —el tendero estrechó la mano de Zane y le dio a Taima unas palmaditas paternales en la mejilla—, antes de alejarse con rapidez en dirección al lugar en el que habían dejado atados los caballos. A los pocos minutos, los tres jinetes habían desaparecido trás de una nube de polvo.

—En fin, ya está hecho —Zane se encogió de hombros y se dio media vuelta—, será mejor que terminemos con las tareas del día.

—Capitán, ningún matrimonio está «hecho» hasta que el novio no besa a la novia.

—Vamos, viejo, no te pongas sentimental. Esta ceremonia ha sido una farsa. Nos han obligado a casarnos bajo amenazas.

—Yo he oído un intercambio de votos y no he visto que nadie le apuntara con una pistola ni a la niña tampoco. Puede que para los herejes protestantes como ese reverendo Wilson el matrimonio no sea un sacramento, pero los votos han sido pronunciados delante de una Biblia, así que, por lo que a Dios y a mí respecta —dijo el irlandés con gesto terco—, ustedes dos están casados y bien casados. Así que, insisto, capitán, debe besar a la novia.

Zane le lanzó a la joven una mirada indecisa, pero por fin, pareció tomar una decisión.

—Está bien, viejo tozudo. —Se acercó a Taima y le sujetó el rostro entre las manos—. ¿Quieres que te bese, esposa mía?

Ella ignoró el tono burlón y asintió con la cabeza, sin poder evitar sonrojarse.

—Sea pues. —Inclinó la cabeza hasta posar la boca en esos labios rosados que su dueña le ofrecía con los ojos cerrados.

Los labios firmes apenas rozaron su boca, pero ese inapreciable contacto fue suficiente para que Taima volviera a sentir el extraño ardor de la primera vez y, cuando él se separó, todavía se quedó un rato con los ojos cerrados.

—Y ahora todo el mundo a trabajar. Os prometo que esta noche lo celebraremos como es debido.

La voz profunda del lobo la sacó por fin de esa especie de trance, y abrió los párpados con lentitud.

—Vamos, niña, será mejor que nos pongamos manos a la obra o, si no, el capitán hará él solo el trabajo de diez hombres.

El irlandés le lanzó una mirada bondadosa, como si comprendiera a la perfección lo que ella estaba sintiendo y, con un profundo suspiro, Taima se puso en marcha detrás del hombre, alto y elegante pese a sus gastadas ropas de faena, que se alejaba a largas zancadas. El mismo hombre que causaba estragos en sus entrañas con un simple roce de sus labios.

Fiel a su promesa, cuando terminaron la faena Zane sacó una pata de jamón curado y un barril de cerveza que guardaba para una ocasión especial. La noche era clara, pero hacía frío, por lo que encendieron una hoguera cerca del roble blanco y, sentados alrededor del fuego sobre las mantas de los caballos, dieron cuenta de aquellos manjares entre charlas y risas. Cuando terminaron de cenar Taima, que probaba la cerveza por primera vez, estaba bastante achispada. O'Hara, que había rechazado la jarra que le ofrecía su patrón y tan solo se había mojado los labios para brindar por los novios, fue en busca de su violín y empezó a tocar un aire irlandés muy movido. De inmediato, Zane sacó a bailar a Taima y las risas de ambos mientras esta trataba de seguir los pasos con torpeza rompieron el silencio de la noche una y otra vez. Los bailes y las canciones siguieron hasta que, a medianoche, Zane les recordó que al día siguiente se levantaban poco después del alba.

—Da igual, quedémonos un rato más. —Taima, a quien tanto ejercicio le daba mucha sed, se llevó la enésima taza llena de cerveza a los labios—. ¡Toca otra más, dada!

—Trae aquí, ya has bebido suficiente. —El lobo le arrebató la taza sin hacer caso de sus protestas.

—El capitán tiene razón, niña. Mañana hay que madrugar.

—¡No, querer... quiero seguir! Solo una canción más, ¿sí?

—No.

Taima le lanzó a su flamante esposo una mirada de reproche.

—Pero estamos cere... cele... *cerebrando* nuestro matrimonio. —Cada vez le costaba más enfocar la mirada y notaba que las palabras hacían algo raro cuando salían de su boca.

O'Hara soltó una risita mientras apagaba los rescoldos de la hoguera con la punta de la bota.

—Niña, has bebido demasiada cerveza. Mañana te vas a arrepentir, te lo dice un experto.

—Dada, solo una más. —Taima se volvió hacia el irlandés y unió las manos frente al pecho en actitud suplicante.

—Se acabó por hoy, esposa. Las esposas deben obedecer a sus esposos. Siempre. Eso es lo bueno o lo malo, depende del lado en el que caigas, del matrimonio.

Una vez más, ella le lanzó una mirada de reproche.

—Pero yo no...

Zane no la dejó terminar. Con un rápido movimiento, se agachó la cogió por los muslos y se la echó al hombro como si fuera un saco de grano. Furiosa por semejante traición, Taima empezó a patear, pero una fuerte palmada en las nalgas, una vez más cubiertas por los pantalones de hombre, la hizo lanzar un grito, más que de dolor, de indignación.

—¡No pegar! ¡Yo ser tu esposa! —Estaba tan furiosa que ni siquiera intentó conjugar bien los verbos.

—Vamos, niña, pórtate bien —le aconsejó el irlandés sin dejar de reír mientras se alejaba con el violín debajo del brazo rumbo al establo.

—¡Buenas noches, O'Hara!

—¡Buenas noches, capitán!

Enseguida llegaron a la casa, Zane cogió la lámpara que había dejado encendida encima de la mesa de la cocina con la mano libre, abrió la puerta del dormitorio pequeño y la dejó caer en la cama sin demasiada delicadeza.

—¡Ay!

Pese a que estaba mareada, Taima trató de incorporarse, pero el hombre que se había sentado en un lado del colchón, se lo impidió.

—Estate quieta.

Taima obedeció.

—Solo quería bailar una más. —Hizo un puchero—: Solo una... más, una cor... cortita.

Su flamante esposo le sacó una bota, que lanzó a un extremo de la habitación y luego la otra. Le siguieron los calcetines.

—Era mi... boda... —lloriqueó—. Yo estar cere... cele... *cerebrando*. ¡No es justo!

Los dedos de Zane le desabrocharon la gruesa chaqueta y, pese a su resistencia, consiguió sacarle primero una manga, luego la otra y la

chaqueta fue a reunirse en el suelo con las botas y los calcetines.

—¡Querer bailar más!

Trató de apartar las manos masculinas, que ahora luchaban con la hebilla del cinturón, pero fue inútil, él se lo quitó también y lo lanzó sobre el montón de ropa.

—¡Tú cruel! ¡Yo no feliz!

—Hum. Creo que será mejor que me detenga aquí.

Todavía con la camisa y los pantalones puestos, Taima se hizo un ovillo y masculló una frase apenas inteligible.

—Yo solo querer... quería... *cerebrar* un poco más. Un po... qui... to... so...

Ni siquiera consiguió acabar la frase antes de quedarse profundamente dormida.

Zane observó la pequeña figura ovillada sobre la cama estrecha y un músculo vibró cerca de la comisura de su boca. Taima tenía un aspecto indefenso y tierno. Un mechón del color del oro oscuro le había resbalado sobre un ojo; lo apartó con suavidad y lo sujetó detrás de la pequeña oreja.

—Buenas noches, esposa —dijo con voz ronca y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos. Luego se puso en pie, la tapó bien con la colcha, cogió la lámpara y salió de la habitación sin hacer ruido.

17

A la mañana siguiente, Taima abrió los ojos y, de inmediato, tuvo la sensación de que la luz que inundaba la habitación le atravesaba el cerebro como un hierro candente.

—Oh... —Se apretó la cabeza con ambas manos—. Mi cabeza...

—Veo que ya estás despierta.

El lobo, completamente vestido, se asomó por la puerta. Al verlo, Taima casi saltó de la cama, pero una horrible sensación de mareo hizo que volviera a dejarse caer hacia atrás con un gemido.

—Ya no pareces tan contenta como anoche. —El lobo se había apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho y la miraba divertido.

Taima se tapó los ojos con el brazo para no ver su gesto burlón.

—No reír... no te rías —dijo con una voz débil que fluctuaba entre la amenaza, la súplica y la autocompasión—. Voy a morir, seguro...

—La gente no se muere por una resaca.

—Yo ser... seré la primera.

—Te he dejado el desayuno prepara...

—No hablar de comida, por favor —gimió.

Le pareció oír la risa de aquel hombre malvado, que se divertía con su desgracia.

—Anda, prepárate una de tus tisanas y tómate el día libre.

Al oír aquello, Taima se incorporó de inmediato y dejó colgar las piernas por el borde del colchón. Apoyó los pequeños pies descalzos sobre las frías tablas de madera y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se puso en pie. Al instante, la cabeza empezó a darle vueltas y si no llega a ser por los rápidos reflejos del lobo, que la sujetó justo a tiempo, se hubiera caído de bruces. Con un gemido, apoyó la frente en el pecho masculino y, de inmediato, los fuertes brazos la rodearon.

—No volver... volveré a beber cerveza. ¡Nunca más! —lloriqueó.

Al notar el leve temblor del pecho masculino, comprendió que, una vez más, él se reía de ella. Pero en esta ocasión no le importó; el solo hecho de aspirar el familiar aroma del lobo resultaba más reconfortante que una docena de tisanas. Por fin, de mala gana,

levantó la cabeza al cabo de un rato y susurró con los ojos bajos:

—Siento haber sido una mala esposa.

—¿Quién ha dicho eso?

Con los ojos clavados en la hebilla de plata de su cinturón, Taima fue enumerando con los dedos de una mano todas sus faltas:

—Quería bailar más y te desobedecí, *tuves* que cargar conmigo...

—«Tuviste que cargar conmigo» —la corrigió.

— Sí, eso, *tuves*... tuviste que quitarme la chaqueta, las botas, los calcetines...

—El cinturón...

—Sí —suspiró arrepentida—, eso también.

En ese momento, el lobo le puso un dedo debajo de la barbilla y le hizo levantar el rostro hacia él con delicadeza.

—La de anoche fue una gran celebración. Me divertí mucho bailando con mi esposa, no podría haber deseado una mejor.

La súbita sonrisa, en la que no faltaba el atractivo hoyuelo, iluminó la habitación con un cálido resplandor.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

—Yo también creo que tú ser... eres el mejor esposo del mundo.

El músculo de la comisura de la boca masculina vibró una vez más.

—Somos un matrimonio bien avenido, ¿no crees?

Taima no estaba muy segura de qué significaba eso, pero sonaba bien, así que asintió con firmeza.

—Bien, tengo que irme y, te lo aviso —le puso las manos sobre los hombros y le dio una leve sacudida para reforzar sus palabras—, no quiero verte hoy en los pastos. Descansa, recupérate y esta noche me cuentas lo que has hecho en tu día libre, ¿de acuerdo?

Una vez más, ella asintió sonriente.

—De acuerdo. Eres muy bueno conmigo.

—Hasta luego entonces.

En un rápido movimiento que la pilló completamente desprevenida, el lobo inclinó la cabeza y la besó de lleno en la boca antes de salir de la habitación. Paralizada, Taima se llevó las yemas de los dedos a los labios. Una vez más, la cabeza le daba vueltas, pero en esta ocasión la sensación no iba acompañada de ganas de vomitar. Todo lo contrario: ese beso había resultado la mejor medicina. De pronto, volvía a tener ganas de bailar. El ruido de la puerta al cerrarse la hizo salir de su arrobo.

—Oh. Me gusta —dijo en voz alta—. Me gusta mucho que el lobo, mi esposo, me besar... que me bese.

Sintiéndose mucho más animada, fue a la cocina y se preparó una tisana que se bebió a sorbitos mirando por la ventana, sin dejar de

canturrear su canción favorita.

❀

El siguiente domingo solo Violet se acercó al valle en la calesa y, aunque le dijo a Zane que su madre se encontraba indispuesta con un resfriado y no había podido venir, cuando estuvieron a solas junto al río le confesó a Taima que, en cuanto se marchó Mrs. Johanson después de darle la noticia de que Zane Wade había contraído matrimonio con aquel chiquillo antipático que había resultado no ser un chiquillo en absoluto, su madre había enloquecido y había empezado a arrojar platos y tazas al suelo hasta que Violet, temerosa de que acabara con toda la vajilla de la casa, se acercó por detrás, le sujetó los brazos y la obligó, entre mimos y amenazas, a acostarse en la cama, donde Mrs. Harris pasó el resto del día aullando como un perro herido. El resto de la semana no se había pasado ni un solo día por la casa de comidas, pese a que habían tenido mucho trabajo. Según su hija, no le había gustado nada enterarse de que, cuando ella ya pensaba que se había tragado el anzuelo hasta el fondo, el pez se había soltado de repente.

Al oír aquello, Taima se había limitado a decir con desdén que el lobo no era ningún pez estúpido y que su madre, en cambio, sí que era una pequeña estúpida. Violet, que en ocasiones acababa un poco harta de su madre, no le quitó la razón y con su indiscreción habitual siguió contándole que cuando la había visto enganchar el caballo a la calesa le había prohibido a gritos que fuera a ver a esa desvergonzada salvaje que seguramente había empleado todas sus tretas de sucia ramera para meterse en la cama de un hombre como Zane y engañarlo como a un chino, pero como podía imaginar, ya que allí estaba con ella, no le había hecho el menor caso, pues se moría por conocer de primera mano hasta el último detalle.

Taima, a quien todos esos insultos —salvo uno de ellos— le resbalaban, señaló con dignidad que ella ya no era una salvaje, que sabía leer y que cada vez escribía mejor, que el día de su boda había llevado un vestido muy bonito y que el lobo le había dicho que estaba muy guapa.

—Entonces, si tan guapa te encuentra, ¿por qué no te lleva a la cama?

A Taima le entraron ganas de sacudir a su amiga con fuerza.

—¿No escuchas? Ya te he dicho que sí, que después de *cerebr*... celebrar nuestro matrimonio me llevó a la cama.

—Pero acabas de decirme que te dejó en *tu* cama —enfatizó el posesivo— y que luego te quedaste dormida como un tronco.

Su interlocutora puso los ojos en blanco y replicó con sarcasmo, como si pensara que era idiota:

—Pues claro. ¿Qué se hace en una cama?, pues dormir.

—No el día de tu boda.

—Ah, ¿no? —La miró perpleja.

—Ya te conté que los hombres y las mujeres hacen otras cosas en la cama, en especial cuando están casados.

Taima hizo un gesto airoso con la mano.

—Sí, sí, claro que yo saber... claro que lo sé, se besan y tienen un bebé. Pero... ¿sabes qué? El lobo me besar... me ha besado, ¡tres veces! —Le enseñó tres dedos con una mirada de triunfo. Luego se palmeó el abdomen plano con aire soñador—. Igual ya hay un lobezno en mi barriga.

Violet soltó un bufido

—¡Por Dios! Por si no lo sabías, eres más inocente que un niño de pecho.

—¡No lo soy! —dijo ofendida.

—Incluso Ted quiere que nosotros... —Una oleada de rubor inundó las pálidas mejillas que Violet siempre tenía buen cuidado en proteger del sol, pero al instante debió decidir que sería mejor enfocar el asunto desde otro ángulo—. ¿No has visto nunca a los animales?

—Pues claro que sí. Vivo en un rancho, *por si no lo sabías.* —Imitó las palabras y el tono redicho de su amiga.

—Has visto a un caballo cubrir a una yegua, ¿no?

—Pues claro, mil veces, qué te crees que... —Se calló de repente y abrió mucho los ojos, horrorizada—. Los humanos hacen *¿eso?*

—Te has criado entre salvajes, deberías saber más de estas cosas. —Violet frunció los labios con aire de superioridad.

Taima se puso roja de furia.

—Los salvajes, como tú decir... dices, no hablan de «estas cosas». Si los guerreros y sus *squaws* hacen *eso* lo hacen en sus tipis y nadie los ve. Además, si *eso* es verdad, yo no quiero hacerlo. —Negó varias veces con la cabeza—. Yo ver... he visto a los garañones morder el cuello de las yeguas hasta arrancarles la piel.

—Ay, mujer, los hombres son más delicados. —De pronto, Violet frunció el ceño, se quedó un rato pensando y añadió—: Al menos algunos de ellos. Ese que te persiguió no creo que hubiera sido muy tierno, que digamos, si te hubiera atrapado.

Taima la miró perpleja.

—¿Chaleco-floreado? Pensé que solo quería matarme.

—Si te pilló medio desnuda, como nos contó Mrs. Johanson, me extrañaría que fuera a conformarse con eso, pero no te preocupes —Violet puso su mejor cara de mujer de vuelta de todo—, estoy segura de que Zane Wade no se comportará como uno de esos patanes.

Siempre he pensado en él como un hombre de mundo, inteligente y culto; por eso mamá está tan colada por él, en Sweetmeadow no abundan los tipos así.

Taima se rascó la cabeza, abrumada, necesitaba tiempo para digerir tanta información.

—Entonces... tengo que... tengo que meterlo en mi cama y... ¿hacer lo que... lo que hacen los caballos?

—Mejor en su cama, que es más grande, y no, no necesariamente como los caballos. —A pesar de su aparente sofisticación y de las confusas explicaciones de Ted, no parecía que Violet tuviera demasiado claro lo que ocurría dentro de las camas—. Ted dice siempre que su madre dice que, cuando un hombre y una mujer se aman de verdad, es lo más bonito del mundo.

El rostro de su interlocutora se nubló de golpe.

—Pero el lobo no me ama.

—A mí también me extrañaba que un hombre como Zane Wade se haya enamorado de ti. ¡No porque no seas preciosa y encantadora cuando quieres! —Se apresuró a añadir al ver que los labios de su amiga temblaban—. Sino porque a pesar de tu edad sigues pensando y comportándote como una niña. Solo tu adoración por el lobo, que sigue inmutable desde el día en que lo conociste, indica que eres capaz de sentir como una adulta.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Taima, y se la secó con impaciencia.

—Algo te querrá si se ha casado contigo. —Trató de animarla.

—Solo lo hizo porque le obligaron —susurró en un tono casi inaudible—. Además, me prometió que haría lo posible por anu... anu... —Chasqueó la lengua, frustrada.

—¿Anular? —sugirió su amiga.

—Sí, eso. —Esbozó una sonrisa, pero al momento recuperó la expresión sombría—. Anular el matrimonio.

—Vaya.

Aquel sucinto comentario no auguraba nada bueno.

—Ser... es malo, ¿no?

Violet movió la cabeza con pesimismo.

—No pinta bien.

Se quedaron un rato en silencio mientras Taima rumiaba esas palabras. Al cabo de un rato, levantó la barbilla y dijo desafiante:

—Pues entonces hacer... haré que me ame —dijo con más seguridad de la que realmente sentía a juzgar por el modo en que le temblaron los labios y se le empañaron los ojos.

—¡Así se habla! —Violet, que pese a su frivolidad era una buena amiga, le pasó un brazo por los hombros, la apretó contra sí y ambas soltaron una risita que, en el caso de Taima, encerraba también un

sollozo.

❀

Los días se volvían cada vez más fríos y en las ramas de los árboles apenas quedaban ya hojas. Muchas mañanas, la escarcha lo cubría todo con un manto crujiente y tenían que romper el hielo que se formaba en la superficie del abrevadero con el mango del hacha. El ritmo de trabajo en el exterior se había hecho más lento; ahora consistía principalmente en alimentar a los animales, montar a los caballos, hacer las reparaciones necesarias en el establo o la alambrada, cortar leña y prepararse para el duro invierno.

De vez en cuando, Taima salía a recolectar hierbas y frutos del bosque mientras O'Hara y el lobo iban de caza. En una de estas ocasiones, los hombres regresaron con un venado, una pieza de buen tamaño que despellejaron y descuartizaron con habilidad. Después, siguiendo las indicaciones de la joven, construyeron unas estructuras fabricadas con palos de las que Taima colgaba grandes tiras de carne para que el viento, el sol y el humo constante de las brasas, que ella se encargaba de mantener siempre encendidas como habían hecho las mujeres de la tribu desde tiempos inmemoriales, las secaran.

Como los días eran cada vez más cortos, pasaban más tiempo en la casa donde, a la cálida luz de las lámparas de aceite, Taima repasaba alguna prenda con aguja e hilo, preparaba la cena o hacía conservas mientras Zane ponía a punto el cuero de los arneses y las sillas de montar frotándolos con grasa animal, afilaba las herramientas o limpiaba las armas. Unas veces trabajaban en silencio, pero en otras muchas ocasiones la alegre cháchara de Taima inundaba la acogedora estancia mientras su interlocutor la escuchaba con expresión divertida y contestaba con paciencia a las incesantes preguntas de la joven.

Por supuesto las lecciones de lectura o escritura seguían adelante, pero a menudo se convertían en juegos y las risas de ambos atravesaban los vidrios nuevos de las ventanas y llegaban a los oídos del viejo O'Hara quien, hiciera la temperatura que hiciese, todas las noches hacía una ronda nocturna sin dejar de dar profundas caladas a su vieja pipa. Al oírlos, una sonrisa se dibujaba en el rostro arrugado del viejo irlandés que, invariablemente, elevaba una plegaria a los cielos y les pedía a sus inquilinos que llevaran a buen puerto aquel extraño matrimonio entre el hombre hermético, que había llegado a admirar, y la niña inocente a la que quería como a una nieta.

❀

Apoyados en la cerca de madera, Zane y O'Hara contemplaban a Taima —de la que los ojos azules y la pequeña nariz, de punta enrojecida por el frío, eran casi lo único que quedaba a la vista bajo las numerosas capas de abrigo que llevaba puestas—, que jugaba con su yegua *Nizhoni* con la alegría de un joven potrillo. A los ojillos astutos del irlandés no se les escapó la casi inapreciable sonrisa que se dibujó por un segundo en la boca de labios severos del hombre que estaba a su lado y se dijo que, aunque hasta ahora se había resistido como gato panza arriba a hacer ningún comentario, había llegado el momento de decir lo que pensaba.

Habían pasado más de tres semanas desde que el reverendo Wilson había unido en santo matrimonio a esa extraña pareja y, por lo que él podía apreciar —dado que pasaba mucho tiempo observándolos con disimulo—, las cosas seguían igual. No había que ser muy listo para adivinar que la niña seguía siendo una novia tan virginal como el día de su boda. Así que, después de darle unas cuantas vueltas, decidió que lo mejor sería comenzar con un pequeño rodeo táctico.

—Da gusto la manera que tiene la niña de disfrutar de lleno cada día sin apurarse por el siguiente.

Por unos segundos, pensó que no iba a recibir respuesta, pero al cabo de un rato, su patrón dijo en tono perezoso, sin apartar la mirada de las cabriolas de yegua y ama:

—A veces me recuerda a un animal joven que se siente feliz simplemente por el hecho de estar vivo.

A O'Hara no le pareció un comentario propio de un esposo enamorado. Claro que, por otra parte, sabía de sobra que el capitán no estaba enamorado de la chiquilla, aunque ella bebiera los vientos por él. Ese matrimonio no había bajado del cielo, como se decía en su añorada patria; sino que tan solo había sido un acuerdo terrenal. Una pena, sí, pero que algo empezara mal no significaba, necesariamente, que tuviera que continuar así, se dijo tan optimista como de costumbre. A veces trataba de adivinar cuáles eran los sentimientos que ese hombre tan reservado abrigaba hacia la niña, pero todos sus intentos se chocaban contra esos ojos impenetrables del color del oro desvaído de una moneda antigua.

Lo cierto era que no parecía un hombre descontento de su suerte, aunque en una ocasión le había comentado que cada vez que iba al almacén de Sweetmeadow y veía el rostro santurrón de Johanson, tenía que reprimir el impulso de darle un puñetazo. Le había pillado a menudo observando a la niña, pero no había logrado averiguar lo que pasaba por su cabeza cuando la miraba, aunque tenía la sensación de que disfrutaba con la cháchara de la chiquilla, la más de las veces intrascendente y, en ocasiones, salpicada por una ingenua crueldad que parecía divertirlo.

Cogió aire y trató de hacer una nueva y discreta aproximación al tema que le interesaba.

—Me imagino que ya no pensará mandar a la niña con su hermana.

Una vez más, su interlocutor tardó un rato en contestar.

—Aunque lo pensara, me temo que es una posibilidad que cada vez se vuelve más remota.

—Claro, ahora están casados. Los esposos no deben separarse.

Notó que el capitán le dirigía una mirada por el rabillo del ojo.

—Me temo que esa no es la razón. —Al irlandés le pareció detectar un rastro de ironía en la voz profunda—. En su última carta mi hermana me comunicaba que su suegra no estaba mejorando, por lo que su esposo y ella habían decidido que lo mejor era que fuera a vivir con ellos a la granja. Estima que la situación podría alargarse medio año, o quizá más.

Hum. Eso eran buenas noticias, se dijo O'Hara reprimiendo las ganas de frotarse las manos. Como si le hubiera leído el pensamiento, el capitán añadió:

—Una lástima; había confiado en que mi hermana la enseñaría a comportarse como una joven civilizada.

O'Hara lanzó un bufido.

—Civilizada o no, la niña le da mil vueltas a cualquiera de esas jóvenes.

La comisura de la boca de su patrón subió unos milímetros.

—No creas que a mí me gusta la idea de que el impredecible Tam se convierta en una mujer como otra cualquiera, pero estaba y, para ser sincero, todavía lo estoy, convencido de que pasar tiempo con una mujer que le enseñe a comportarse como tal es la única manera que tiene de librarse de convertirse en una paria.

El irlandés rechazó la idea con un gesto de la mano.

—Nadie en su sano juicio se atrevería a tratar a su esposa como a una paria.

—¡¿A qué *Nizhoni* es la yegua más bonita del mundo?!

La voz de Taima los interrumpió y, en cuanto el capitán y él asintieron con la cabeza, la joven lanzó una carcajada que se convirtió en una espesa nube de vaho y corrió de nuevo detrás del travieso animal, que jugaba a alejarse unos metros en cuanto se le acercaba.

Después de aclararse la garganta un par de veces, O'Hara volvió a la carga:

—Hay que reconocer que para una chiquilla criada entre salvajes, que no tiene familia ni casi ninguna posesión que no le haya proporcionado usted, no es un mal negocio tener un hogar y un esposo que la proteja.

—Vamos, O'Hara, déjate de rodeos y dime de una vez a dónde

quieres ir a parar.

Pese a que la voz sedosa encerraba una velada amenaza, el irlandés reunió todo su valor y, por fin, se lanzó a un ataque directo.

—Creo que debería consumar el matrimonio —afirmó con una osadía que a él mismo lo dejó sin aliento.

El silencio que se hizo entre ambos resultaba más frío que el gélido viento que se había levantado.

—¿No crees que te estás pasando de la raya? —dijo su patrón con la misma suavidad.

O'Hara tragó saliva convulsivamente, pero a pesar del temor que sentía, recitó de corrido sin que le temblara la voz:

—«Varón y mujer los hizo Dios. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa. Y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino una sola carne...».

Cerró los ojos, anticipándose al golpe que, estaba seguro, estaba por venir, pero lo único que oyó fue un profundo suspiro. Así que abrió los ojos y, temeroso, miró de reojo al hombre que estaba su lado. El capitán seguía con los ojos fijos en los las evoluciones de la yegua y de su dueña.

—Te contestaré solo porque sé que tu preocupación por la chica es sincera.—El corazón del irlandés empezó a recobrar un ritmo más sosegado—. Taima no es más que una niña que no sabe absolutamente nada del mundo y estoy convencido de que le haría un flaco favor si me aprovechara de esa ignorancia.

—Es una joven muy bonita, ¿acaso no la desea? —preguntó incrédulo.

—Aunque esto tampoco es de tu incumbencia, te contestaré una vez más: llevo más de un año sin una mujer y ahora, de pronto, tengo a una, que como bien dices es muy bonita, al alcance de la mano. Una que, a juzgar por el modo en que responde cuando la beso, no pondría la menor resistencia a mis avances, así que mentiría si te dijera que no la deseo.

El irlandés se rascó la cabeza por debajo del sombrero.

—¿Entonces?

—Sé que si la hago mía, como me pide el cuerpo, lo más probable es que, algún día, ella me reproche que no le haya dado la oportunidad de decidir por su cuenta.

El irlandés lanzó otro sonoro bufido cargado de desdén.

—Vamos, capitán, ¿cuántas mujeres deciden por su cuenta en estas tierras salvajes? Como bien sabe, en el Oeste las mujeres no tienen demasiadas opciones: matrimonio o una soltería que, en la mayoría de los casos, las conduce a la pobreza o a la prostitución. El matrimonio es sin duda la elección más ventajosa, aunque muchas den el paso con los dedos cruzados para que el hombre que a partir de ese momento

tendrá un poder casi de vida y muerte sobre ellas no resulte un animal. Usted está lejos de ser un animal.

—No sé de dónde has sacado la idea de que me conoces tan bien... —murmuró su interlocutor, irónico, con los ojos todavía clavados en Taima quien, por fin, había conseguido subirse a la grupa desnuda de la yegua y la hacía ponerse de manos mientras se asía con fuerza a las largas crines blancas con una sonrisa salvaje en los labios.

—Sé que podría hacerla feliz; los dos podrían ser felices. La niña lo quiere.

Su patrón soltó una risa en la que no había rastro de humor.

—Sí, me quiere. He sido el primer hombre... creo que incluso sería más preciso decir sin temor a exagerar, que he sido la primera persona que la ha tratado con amabilidad. No es raro que me tenga cariño.

—¡Ella lo ama!

Por primera vez, su interlocutor se volvió hacia él y lo miró con impaciencia.

—¡Por Dios, O'Hara, no es más que una niña! Una niña abandonada para la que cualquier muestra de cariño, aún la más insignificante, es como una gran fiesta.

Enojado por semejante ceguera, el irlandés perdió los estribos.

—¿Sabe lo que le digo, capitán?: ¡que es usted un majadero con una idea de la caballerosidad de lo más necia!

Su patrón entornó los párpados y se limitó a mirarlo en silencio. Al cabo de un rato, incapaz de soportar un segundo más la gelidez de esos extraños ojos, O'Hara balbuceó una disculpa y se alejó con los hombros inclinados en dirección al establo.

❀

Zane lo siguió un rato con la mirada, antes de volver a fijar los ojos en la intrépida jinete y abstraerse de nuevo en sus pensamientos.

En realidad, aunque no apreciaba esa forma de dirigirse a él, no estaba enfadado. Sabía que O'Hara le había cogido mucho cariño a Taima y que, además, tenía unas ideas absurdamente sentimentales sobre el matrimonio. Pero, por absurdas o no que fueran sus ideas, empezaba a pensar que quizá ese viejo impertinente tenía algo de razón.

Al fin y al cabo, ¿qué esperaba él del futuro? ¿El amor? Frunció la boca en una mueca desdeñosa; eso no era para él. Puede que en el caso de su hermana hubiera funcionado, pero salvo por un enamoramiento pasajero en su adolescencia, sus relaciones con las mujeres siempre habían estado marcadas por la necesidad de un desahogo físico antes que por un sentimiento o una emoción. La

mayoría de esas mujeres habían pasado por su vida sin pena ni gloria, a otras las había apreciado sinceramente, pero en cuanto se ponía de nuevo en camino, las olvidaba al instante. No, a esas alturas, después de toda la podredumbre que había visto desde que se marchó de casa para luchar en una guerra que enseguida le mostró su cara más absurda y violenta, no creía en el amor. Al menos en ese amor del que hablaba a todas horas ese irlandés loco. Sin embargo, creía en otras cosas: creía en la lujuria, esa fuerza imparable que gobernaba el mundo desde sus inicios, creía en la camaradería, creía en el cariño entre dos personas que comparten un proyecto en común...

Taima y él compartían su amor por el valle, su deseo de verlo prosperar sin escatimar ningún esfuerzo. La joven se había revelado como una ayuda inestimable, no solo por su trabajo, que había sido intenso y a veces también ingrato; sino por esa alegría de vivir y ese optimismo a prueba de bombas ante cualquier revés que la caracterizaban y, que en más de una ocasión, le habían servido a él para ver las cosas desde una perspectiva menos sombría. Además, en el apartado del cariño podía decirse que sentía una curiosa ternura por aquella niña-mujer, transparente como el agua de un arroyo, cuyos ojos traicionaban hasta la más insignificante de sus emociones.

La consideraba una compañera de trato fácil y divertida; no recordaba haberse aburrido nunca a su lado. Todo lo contrario; acostumbrado a la soledad de los últimos años en los que, siempre en movimiento siguiendo el rastro de algún forajido, podía pasar semanas enteras sin pronunciar una sola palabra, apreciaba como se merecía la alegre compañía de la joven. Lo cierto era que podía haber sido mucho peor; podía haberse visto atrapado por una mujer como la viuda Harris, con la que, al cabo de media hora de conversación, tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no bostezar.

Por último estaba la lujuria o el deseo que, unos minutos antes, había admitido que sentía por ella delante de ese irlandés entrometido. Sí, la vieja lujuria. Esa que había sido causa de actos terribles desde mucho antes de que al rey David se le antojara la mujer de Urías o de que Helena se encaprichara de Paris. Una lujuria que, debía admitirlo, cada vez le costaba más controlar.

Sí. Era muy posible que O'Hara tuviese razón. Lo cierto era que podía haber salido mucho peor parado, así que, tal vez, ya era hora de dejar atrás aquellos escrúpulos sin sentido.

—¡Viene alguien!

El grito de Taima hizo que Zane se pusiera alerta de inmediato. Con rapidez, se acercó a donde había dejado el rifle y, acunándolo como si fuera un recién nacido, fijó la vista en el coche de caballos que se acercaba a gran velocidad por el camino, dejando a su paso dos líneas oscuras de huellas simétricas sobre la escarcha.

18

—¡Lleva a *Nizhoni* al establo, no quiero que se enfríe! —le gritó Zane por encima del hombro mientras se encaminaba hacia la casa a largas zancadas.

Taima parecía a punto de protestar, pero debió pensárselo mejor porque hundió los talones en los flancos de la yegua y partió a galope en dirección al establo.

En cuanto el coche se detuvo, empezaron a caer los primeros copos con lentitud. La pareja de caballos piafaba y su piel oscura brillaba sudorosa como si el cochero, cuyo rostro estaba envuelto en una gruesa bufanda y tenía el sombrero calado hasta las cejas, les hubiera imprimido un ritmo vivo.

Zane esperaba ya junto a la entrada de la casa con el rifle en los brazos cuando la puerta vehículo se abrió y un pie pequeño, enfundado en un impoluto botín de cuero negro que asomaba por la pernera del no menos elegante pantalón de franela a rayas, tanteó unos segundos hasta que logró encontrar el apoyo del escalón. Después de algunos quejidos y gruñidos, el visitante, un tipo bajito y calvo de exuberantes patillas blancas, que tiritaba en un inusual abrigo de astracán, consiguió descender del vehículo.

Dos copos de nieve aterrizaron en lo alto de cráneo pelado y el hombrecillo se apresuró a encasquetarse el bombín que llevaba en la mano antes de tenderle esta a Zane, quien lo miraba en silencio.

—¿Mr. Zane Wade?

—¿Quién lo pregunta? —se limitó a decir Zane sin hacer amago de estrecharle la mano que el otro le tendía.

Al ver que el recibimiento no era amistoso, el hombre bajó despacio la mano y se aclaró la garganta con fuerza.

—Mi nombre es Henry J. Scott, soy abogado y represento los intereses de Mr. Howard Jr. Barrington de Baltimore. —Esperó unos segundos como si pensara que aquel nombre le resultaría familiar, pero Zane siguió mirándolo con ojos inexpresivos, por lo que, después de aclararse la garganta una vez más, el hombre prosiguió—: Hace un par de semanas, Mr. Barrington vio un anuncio en el *Baltimore Daily*

Comercial.

Esa información consiguió despertar su interés; pero se limitó a decir con indiferencia:

—¿Un anuncio?

—En efecto. Un anuncio... podríamos decir que bastante misterioso.

En ese momento un violento estremecimiento sacudió el cuerpo del hombrecillo que, además, estornudó tres veces.

—Será mejor que entre Mr. Scott.

El rostro sin apenas arrugas mostró un alivio manifiesto.

—Se lo agradezco, Mr. Wade, ha sido un viaje largo y penoso, y yo ya tengo una edad. Si no hubiera sido porque llevo casi cincuenta años al servicio de Mr. Barrington...

No fue necesario que acabara la frase. Después de darle instrucciones al cochero para que llevara el carruaje y a los agotados caballos al establo, Zane lo hizo pasar y le ofreció la mecedora que estaba frente al fuego. Con movimientos precisos, avivó las brasas de la cocina y, sin preguntar, preparó té y le tendió una taza y un platillo con unas galletas que había horneado Taima el día anterior.

El hombre dio un sorbo al té caliente, mordisqueó una de las galletas y cerró los ojos con evidente placer.

—Deliciosa...

Zane esperó a que el hombre diera cuenta de la galleta y se terminara el té, antes de rellenarle la taza. Luego acercó una de las sillas del comedor, se sentó a horcajadas con los brazos apoyados en el respaldo y preguntó tratando de disimular su impaciencia:

—Me estaba hablando de un anuncio misterioso.

Los ojos agudos del abogado brillaron, era evidente que había notado su interés.

—En efecto. Un anuncio con una fotografía en la que se veía un medallón de peculiar diseño y, como única información adicional, la dirección de una oficina de Correos en Oregon City. En cuanto Mr. Barrington vio el medallón me hizo llamar de inmediato y me encargó investigar el asunto sin perder un segundo. Llevo más de treinta días viajando sin apenas respiro, alternando entre el ferrocarril y el coche de caballos; incluso en más de una ocasión me he visto obligado a hacer parte del trayecto a lomos de uno de esos animales—. Se sacudió los elegantes pantalones como si todavía le doliera pensar en ello—. Por fin, hace tres días llegué a Oregon City y me dirigí sin tardanza a la oficina de Correos. Allí me dieron su nombre y su dirección, Mr. Wade, y sin detenerme siquiera a pasar la noche en algún hotel para darme el baño con el que llevo soñando desde hace más de un mes, alquilé un coche de caballos una vez más y me puse en marcha de nuevo.

En ese momento se abrió la puerta y una ráfaga de aire frío acompañada por un puñado de copos de nieve se coló dentro, seguida de cerca por Taima.

—¿Todo bien, lobo? —La joven clavó los ojos en él con visible ansiedad.

—¿No saludas?

Taima se volvió hacia el hombrecillo que acababa de levantarse de la mecedora como impulsado por un resorte y que la miraba con expresión de incredulidad.

—Hola, soy...

Pero no tuvo tiempo de terminar la frase.

—¡Miss Eloise! —Henry J. Scott que había empezado a avanzar hacia ella se detuvo en seco moviendo la cabeza y chasqueó la lengua con impaciencia, al tiempo que parpadeaba varias veces como si se le hubiera metido algo en el ojo o tratara de disimular una súbita humedad—. Por supuesto que no, pero por un momento... —Le tembló la voz y, visiblemente avergonzado, carraspeó media docena de veces hasta que consiguió decir en un tono algo más firme—: Es usted el vivo retrato de su madre.

La joven miró a Zane con cara de no entender nada.

—Tam, déjanos solos un momento. Prometo que luego te lo contaré todo.

—¿Lo prometes de verdad? —Frunció el ceño, desconfiada.

—Estaría mal prometerlo de mentira.

Taima se mordió el labio inferior, como si no estuviera muy segura de que obedecer fuera la mejor opción. Por fin, de evidente mala gana, inclinó la cabeza en dirección al visitante y salió de la casa.

Zane se volvió de nuevo hacia el abogado y lo pilló sonándose con un delicado pañuelo.

—Veo que el disfraz de muchacho no le ha engañado ni por un momento.

El abogado dobló el pañuelo con cuidado, se lo guardó en el bolsillo y se sentó de nuevo.

—Su madre jugaba en mis rodillas cuando era una niña. —Sorbió una vez más y se quedó mirando las llamas con fijeza. Zane tuvo que contenerse para no meterle prisa, pero al cabo de un rato, el abogado añadió como si hablara consigo mismo—: Cuando vi la fotografía del periódico, el pasado me golpeó con fuerza. Han pasado casi diecisiete años en los que no hemos dejado de buscarla ni un solo día. Ni Mr. Barrington ni yo nos resignábamos a no volver a tener noticias, pero la esperanza se iba desvaneciendo a cada día que pasaba...

Al ver que volvía a quedarse en silencio, Zane decidió intervenir:

—Miss Eloisa era la hija de Mr. Barrington y Tam es a su vez la hija de esta, ¿no es así?

—¿Tam? —El abogado arrugó la nariz y dijo en tono grandilocuente—: Su nombre es Emma Marie Barrington, la única heredera de una gran fortuna.

Al oír aquello, Zane se puso rígido.

—Será mejor que no se precipite en sus conclusiones, tal vez sea todo una mera coincidencia.

—No tengo la menor duda de que es ella. En el medallón está grabado el escudo de armas de la familia; por línea paterna, los Barrington están emparentados con el marqués de Halifax, uno de los pares más ilustres de Inglaterra —lo dijo con el mismo orgullo que si estuviera hablando de un antepasado suyo mientras se llevaba una mano al bolsillo interior del abrigo, que todavía no se había quitado, y sacaba una cartera de cuero. Después de buscar unos segundos, le tendió una fotografía de bordes irregulares—. Aquí puede ver a Miss Eloise un par de años antes de que conociera al maldito Dylan Worth y se casara con él sin hacer caso de los que la avisamos de que ese hombre no era más que un soñador peligroso. En esta fotografía tendría más o menos la edad que tiene su hija ahora.

Zane examinó con fijeza la cartulina amarillenta. De pie en medio de un campo de amapolas, la joven que, al contrario de lo que se estilaba en los retratos de la época, sonreía de lleno a la cámara —una sonrisa cálida que él conocía demasiado bien—, era casi idéntica a Taima.

—Bien, ¿qué opina ahora? —preguntó el abogado con una mirada socarrona cuando le devolvió la fotografía sin hacer ningún comentario.

—Tiene razón. No hay duda. —Henry J. Scott volvió a guardarla con reverencia en la cartera que después se metió en el bolsillo—. ¿Por qué dice que el hombre con el que se casó era un soñador? Tal vez, si ella era tan rica como dice usted, no fuera más que un mercenario.

El hombrecillo soltó un hondo suspiro.

—Ya nos hubiera gustado a Mr. Barrington y a mí que Dylan Worth hubiera sido un mercenario. De haber sido así, el joven matrimonio se habría quedado en Baltimore, asistiendo a los eventos sociales y disfrutando de la vida sin preocupaciones, y mi empleador hubiera disfrutado a su vez viendo crecer a sus nietos.

»Dylan Worth también pertenecía a una de las mejores familias de Maryland, pero desde muy joven se le había metido en el cuerpo la fiebre del Oeste; había leído demasiadas noveluchas sobre los pioneros y deseaba emular sus gestas. Bah. —El hombre chasqueó la lengua con desdén—. Por lo que he podido ver en este viaje, el Oeste no es más que una interminable extensión de tierras sin civilizar llena de personajes brutales en unos casos, e ignorantes y maleducados en el

resto.

Después de ese desahogo, Henry J. Scott, sacó de nuevo el pañuelo y se dio unos toques para limpiarse unas gotitas de saliva de la comisura de la boca.

—Veo que no tiene buen concepto de nosotros... —Los ojos ambarinos destellaron burlones.

—Todo lo contrario, Mr. Wade. Usted ha sido uno de los pocos hombres civilizados con los que me he cruzado en este penoso periplo.

—Me halaga usted.

—Búrlese si quiere, no estoy tratando de adularlo.

Zane hizo un gesto con las manos para tranquilizarlo.

—No tengo ningún interés en hablar de mí, así que continúe con la historia, por favor.

—Miss Eloise estaba muy enamorada de aquel joven cabezota, y a este no le costó demasiado convencerla de partir en busca de esas imaginarias tierras «de las que mana leche y miel». Por aquel entonces, Emma ya había cumplido un año y, aunque Mr. Barrington y yo mismo le advertimos en innumerables ocasiones de lo peligrosa que podía resultar aquella descabellada aventura, tanto para ella como para la pequeña; no conseguimos hacerla desistir. Su respuesta siempre era la misma: aquel era el sueño que su esposo había acariciado toda su vida y ella lo amaba demasiado para hacerlo renunciar a él.

—Una mujer admirable.

El abogado esbozó una sonrisa llena de nostalgia.

—Sí que lo era. Demasiado admirable para acabar así.

—¿Cómo se enteraron?

—En los siguientes cuatro años llegaron varias cartas, no demasiadas, claro está; entonces las comunicaciones no eran como ahora. Por ellas supimos que habían comprado una granja modesta, donde nació el el pequeño Howard Dylan Worth, pero cuando ya parecía que se asentarían en ese lugar alguien les habló de unas tierras increíbles más al oeste, en el estado de Oregon, donde, en palabras de Miss Eloise: «la hierba crecía verde y dulce». Así que decidieron vender la granja y trasladarse allí. —Henry J. Scott le dirigió una mirada sagaz—. Imagino que a lo largo de su vida se habrá cruzado alguna vez con hombres así; hombres que no son capaces de establecerse en ningún lugar, que siempre quieren alcanzar lo que está al otro lado del arcoíris. —Sus palabras rezumaban amargura.

—En efecto, he conocido a alguno así.

—El viaje era peligroso, así que decidieron unirse a una de esas interminables caravanas de colonos pensando que así estarían más seguros. No les valió de mucho... —Apretó los labios unos segundos antes de seguir—. Una banda de salvajes, desconozco de qué tribu, los

atacó. Hubo una matanza. Tan solo un joven consiguió escapar y pedir ayuda. Cuando la patrulla de soldados llegó al lugar dos días más tarde... —De nuevo se hizo un breve silencio—. No creo que sea necesario que me extienda en los detalles escabrosos. La carta llegó a Baltimore casi seis meses más tarde. Un concienzudo coronel, que había hecho lo que estaba en su mano para informar a las familias en los casos en que esto había sido posible, nos hizo saber que los cuerpos de Dylan Worth, su esposa Eloise y un niño de unos dos años del que desconocía el nombre, habían sido enterrados en algún punto entre Iowa y Oregon. Sin embargo, no decía nada de la pequeña Emma.

«Desde entonces, Mr. Barrington ha estado buscándola sin descanso. Viajó hasta el lugar de los hechos y encargó unas lápidas para las tumbas, contrató a media docena de hombres para que encontraran su rastro, publicó anuncios en los periódicos locales y nacionales, empapeló con carteles todas las ciudades en cuarenta millas a la redonda... Fue inútil. Hasta que no descubrió su anuncio en el *Baltimore Daily Comercial* hace un mes y medio fue como si se la hubiera tragado la tierra. —Como si hablar tanto le hubiera resecado la garganta, el abogado se bebió de un trago lo que quedaba del té, ya frío, en la taza. Luego carraspeó con fuerza y añadió—: Es su turno de contarme lo que sabe.

A grandes rasgos, Zane le puso en antecedentes de todo lo que había ocurrido desde el día en que encontró a Taima a punto de ser violada a manos de aquellos rufianes. El abogado lo escuchó hasta el final sin decir una sola palabra. Entonces, se levantó de la mecedora y le tendió una mano que, en esta ocasión, Zane tuvo a bien estrechar.

—Mr. Wade, en nombre de Mr. Barrington y en el mío propio, le doy las gracias de corazón —dijo calurosamente—. Estoy convencido que cuando le cuente a mi empleador su caballeroso proceder, estará encantado de enviarle una cuantiosa suma para demostrarle su agradecimiento.

Zane entornó los párpados y la gelidez de su mirada hizo que Henry J. Scott retrocediera al instante y se dejara caer en de nuevo en la mecedora.

—No quiero ninguna recompensa.

—Perdone si le he ofendido, le ruego...

—No me ha ofendido. —Zane lo cortó en seco—. Hay una cosa que todavía no le he contado.

Hasta que no terminó de hablar, los ojos del abogado no se apartaron ni un segundo del rostro de su interlocutor, que no traicionaba la menor emoción.

—¡Casados! —fue lo único que consiguió decir.

Zane se limitó a asentir con la cabeza antes de levantarse, llenar

un vasito con una ración generosa de *whisky* y tendérselo. El abogado se apresuró a cogerlo y se lo bebió de un trago.

—Bien —dijo al cabo de un buen rato con una voz mucho más firme. El calor reconfortante del alcohol y la contemplación de las llamas parecían haberle despejado la mente—, mi idea era llevarme a Miss Emma cuanto antes a Baltimore para que conozca a su abuelo y pueda por fin olvidar la crueldad de esos años pasados en manos de los salvajes y recuperar la vida que, por derecho, le corresponde entre lo más selecto de la sociedad.

Zane lo miró con fijeza. Luego, sin pronunciar una palabra, se levantó de la silla, se acercó a la ventana y se quedó contemplando el hipnotizante baile de los copos de nieve que caían con lentitud.

Henry J. Scott siguió hablando sin dejar de mirar las llamas con el ceño fruncido, como si trasladar sus pensamientos a palabras lo ayudara a ver más clara la solución a aquel inesperado contratiempo.

—Sin embargo, esta sorprendente noticia altera mis planes por completo. El deber de una mujer es permanecer con su marido, por supuesto... Ahora entiendo que no quiera una recompensa, como esposo de la heredera universal de la fortuna de los Barrington...

El sutil desdén que latía en ese último comentario no pasó desapercibido, y Zane lo cortó con sequedad.

—No siga por ahí. —La amenaza que latía en la voz ronca era inconfundible—. No deseo recibir ni un céntimo de la fortuna de Mr. Barrington. Tengo mi rancho y unos ahorros en el banco. No necesito nada más.

Al instante, el abogado abandonó su contemplación de las llamas y se volvió a mirarlo con incredulidad.

—Es muy loable por su par...

—Un último detalle —lo interrumpió de nuevo—: El matrimonio no ha sido consumado.

—¿Está diciendo...? —Por primera vez, Henry J. Scott pareció superado por los acontecimientos.

—Ya le dije que nos obligaron a casarnos, si no a punta de pistola, sí con una serie de amenazas que prometían hacer nuestras vidas muy difíciles. Tal vez usted, como abogado, conozca una manera de anular el matrimonio.

—¿De veras quiere una anulación? —El abogado lo miraba boquiabierto—. Me temo que no me ha comprendido, Mr. Wade. Le estoy diciendo que Miss Barrington es la nieta de uno de los hombres más poderosos de los Estados Unidos de América.

Zane seguía mirando por la ventana como si no le hubiera oído. Las sombras se alargaban poco a poco; el rostro hermético quedaba en penumbra y tan solo se distinguía el contorno del severo perfil recortado por la luz menguante del atardecer.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea mejor para Tam. He llegado a apreciarla sinceramente. —El tono indiferente que empleó parecía desmentir sus palabras.

Por unos minutos, el silencio fue una presencia más en aquella habitación. Ambos hombres estaban profundamente sumidos en sus pensamientos, pero la súbita entrada de Taima, acompañada de una ráfaga gélida de viento, los arrancó de ellos con un sobresalto.

—¿Puedo entrar ya? Tengo frío y estoy muerta de hambre —dijo quejosa.

—Adelante. —Zane se apartó al instante de la ventana y le hizo una seña para que se sentara—. Ya he calentado las sobras del guiso de ayer. Mr. Scott se queda a cenar con nosotros.

Aquel anuncio no pareció hacerle demasiada gracia, pero esta vez la joven fue prudente y, sin decir nada, empezó a colocar platos y cubiertos sobre la mesa. Cuando estuvo todo dispuesto, Zane invitó al abogado a sentarse con un gesto de la mano. En cuanto todos se hubieron servido, Taima empezó a comer con apetito hasta que se dio cuenta de que el extraño que se había sentado enfrente de ella no le quitaba los ojos de encima.

—¿Qué mira? —dijo desabrida con la cuchara en el aire.

—Tam, esos modales... —Zane chasqueó la lengua varias veces, burlón.

Ella se apresuró a defenderse.

—Pero es él que no parar... no para de mirarme. Tú decir... dijiste que mirar fijamente a las personas es de mala educación.

El abogado se apresuró a intervenir.

—Perdóneme, jovencita, tiene usted toda la razón, pero es que me recuerda usted tanto a alguien...

Esas palabras parecieron apaciguarla.

—Ah, ¿sí? ¿A quién? —lo miró con curiosidad.

Ahora fue el turno de Zane de intervenir.

—Te dije que te lo contaría todo, pero será mejor esperar a mañana, Tam. Es tarde y quiero que duermas bien.

La joven se encogió de hombros; no parecía demasiado preocupada por esa posibilidad. Lo cierto era que tampoco parecía demasiado interesada en eso que él iba a contarle al día siguiente. Saltaba a la vista que para ella era más que suficiente que hubiera un «día siguiente» en el valle; todo lo demás le traía sin cuidado.

—Esta nevando —cambió de tema.

Zane se volvió a mirar por la ventana. En efecto, los copos caían ahora con mayor intensidad.

—Me temo que tendrá que pasar la noche aquí, Mr. Scott. Esta noche no hay luna y lo más probable es que el camino se congele. Mañana es casi seguro que habrá mejorado, no parece que vaya a ser

una nevada copiosa.

Henry J. Scott, que después de la sencilla pero deliciosa cena tenía aspecto de sentirse agradablemente amodorrado, aceptó el ofrecimiento al instante.

—Se lo agradezco sinceramente. Solo de pensar en ponerme de nuevo en camino me entran escalofríos. ¿Tendrá sitio para el cochero y para mí?

—Su cochero puede dormir en el establo con O'Hara y usted puede hacerlo en el dormitorio de Tam. —Al oír esto, la aludida abrió la boca dispuesta a protestar, pero él la cortó en seco—. Tú dormirás en mi cuarto.

—Pero...

Ahora fue el turno del invitado de intentar protestar, pero Zane también lo cortó en el acto.

—No se preocupe, aunque pueda parecer increíble, todavía me queda un rastro de honor —dijo sarcástico.

Una vez más, el abogado lo miró con fijeza antes de asentir en silencio con la cabeza.

—En ese caso, si no les importa me gustaría retirarme a descansar, mis viejos huesos me recuerdan a menudo que ya no tengo edad para estas aventuras.

19

Taima recogió los cacharros haciendo más ruido del necesario, pero al ver que el lobo no se inmutaba, decidió pasar al ataque.

—No sé por qué no le has dicho que duerma él también en el establo —dijo enfadada.

—No me gusta mostrarme descortés con un invitado.

—Bah, y ¿qué importa a nosotros ese hombre?

Le tendió la taza que acaba de fregar en el cubo con brusquedad, el lobo la cogió y procedió a secarla con calma.

—«Qué nos importa a nosotros ese hombre?» —la corrigió—. En serio, Tam, creo que deberías mostrar algo más de compasión por un viajero agotado.

—Bah —repitió ella.

Cuando terminaron de recoger, él le hizo una seña para que entrara en el dormitorio grande.

—Prepárate para ir a la cama, yo tardaré todavía un rato —dijo al tiempo que cogía el sombrero y la pelliza de la percha y salía al exterior.

De malos modos, Taima cogió la camisa de dormir y los artículos de aseo que había sacado previamente de su cuarto. Tomó una de las lámparas que estaban sobre la mesa y entró en el dormitorio principal. Después de dejar la lámpara sobre la cómoda, contempló la gran cama de hierro unos segundos con nerviosismo.

—Pareces una pequeña estúpida —se regañó a sí misma con impaciencia.

A toda prisa, se desnudó y se puso la camisa de dormir. Notó que le temblaban los dedos, pero sabía que no era por el frío que hacía en la habitación. Como hacía siempre antes de acostarse, echó un poco de agua del jarro en la palangana, se lavó la cara y las manos, y se enjuagó la boca con los polvos dentales que Zane le había enseñado a usar, antes de pasarse una ramita por los dientes —suave por un extremo y afilada por el otro— como hacían los miembros de la tribu. Luego tiró el agua sucia por la ventana y, de un salto, se metió en la cama y se tapó con la abrigada colcha hasta la barbilla.

Le pareció que el tiempo pasaba con una insoportable lentitud, pero por fin la puerta se abrió y el lobo, una vez más en mangas de camisa, entró en el dormitorio. El colchón se hundió cuando se sentó en el otro extremo de la cama. Se quitó una bota y la arrojó al suelo, donde aterrizó con un sonido seco, y luego hizo lo mismo con la otra; los calcetines siguieron el mismo camino. Después se sacó la camisa por la cabeza y la arrojó sobre la única silla que había en el cuarto. Taima comprobó que el lobo no usaba calzoncillos de cuerpo entero, como los suyos. Descalzo y con el torso desnudo, se acercó a la cómoda y, como había hecho ella, vertió un poco de agua en la palangana.

Los ojos de Taima no se despegaban de la alta figura que ahora se aseaba de espaldas a ella y, fascinada, observó los músculos de esa poderosa espalda que se ondulaban al compás de la luz temblona de la lámpara. Cuando terminó, se irguió de nuevo y se secó con una toalla que luego colgó de uno de los cajones de la cómoda. Las fuertes manos masculinas desabrocharon la hebilla del cinturón, desabotonaron la bragueta con rapidez y los pantalones aterrizaron encima de la camisa. Vestido tan solo con unos calzoncillos largos, Zane se volvió hacia ella y la pilló observándolo con los ojos azules más grandes que nunca.

—Tienes cara de susto. No te preocupes, no voy a seguir desnudándome, no quiero asustarte más. —Taima se sonrojó, pero no pensaba confesar que un día lo había visto bañarse desnudo en la charca.

El lobo apagó la lámpara y caminó hasta la cama en la más completa oscuridad.

Una vez más, Taima notó que el colchón se hundía bajo su peso y una ráfaga de aire frío hizo que se le pusiera la carne de gallina cuando él levantó la colcha para cubrirse. La joven tragó saliva y, pese a que la habitación estaba completamente a oscuras, siguió mirando al techo con fijeza.

—Tam, relájate, no tienes nada que temer.

La voz grave, tan cerca de su oído, le hizo dar un respingo.

—Estar... estoy relajada —dijo con evidente desprecio de la verdad.

El lobo no dijo nada y al cabo de un rato, ella habló de nuevo:

—Eres mi esposo. Saber... sé que es normal dormir juntos en una cama —dijo como si quisiera convencerse a sí misma de aquella supuesta «normalidad»—. Solo quiero que me digas sí... —Se detuvo incapaz de seguir.

—¿Qué es lo que quieres que te diga? —preguntó su compañero de cama con paciencia.

Taima cogió aire y lo soltó con fuerza antes de decir de golpe lo

que la había estado preocupando desde que él había dicho que compartirían la habitación.

—¡Quiero que me digas si vas a hacer como los caballos!

—Vaya, eso no lo vi venir —murmuró su interlocutor.

Taima no le oyó y siguió hablando atropellada:

—Y si lo vas a hacer..., ¡por favor, no me muerdas en el cuello!

Ya estaba. Por fin lo había dicho. Notaba que el pecho le subía y le bajaba a toda velocidad mientras esperaba su respuesta. Oyó un profundo suspiro.

—¿Puedes explicarme qué es eso de los caballos?

—Violet dice...

—Violet, ¿quién si no? —Lo oyó mascullar entre dientes.

—Violet dice que en la cama los hombres hacen como los caballos cuando cubren a una yegua.

—Madre de Dios.

—¿Eh?

—Nada, sigue.

—Pues eso, que ya viste cómo quedó el cuello de la yegua ruana cuando el garañón la cubrió. Tener... tuve que ponerle un emplasto de hierbas. Tardar... tardó tres semanas en cicatrizar. Pero Violet decir... dice también...

—Creo que me voy a ver obligado a tener unas palabras con tu amiguita —dijo en tono de fastidio.

—No, no, Violet dice que los hombres ser... son más delicados. Que los caballos —añadió como si pensara que el comentario necesitaba una aclaración.

—Vaya, todavía tendré que darle las gracias —dijo sarcástico, pero Taima estaba demasiado alterada por sus temores como para notarlo.

—Por eso quería saber. Quiero ser una buena esposa, pero...

—Pero no quieres acabar con el cuello hecho polvo, comprendo.

—¡Tú te reír de mí! —exclamó acusadora.

—Esos tiempos verbales...

—¡Me dan igual los tiempos verbales! Hablo muy seria.

—«Estoy hablando muy en serio».

Taima apretó los labios con fuerza. ¿Por qué ese hombre se lo tomaba todo a broma? Ella no tenía la culpa de ignorar ciertas cosas.

En ese momento, una mano cálida envolvió la suya y le dio un apretón reconfortante.

—Tam, deja de pensar en caballos y cosas raras. Ya te he dicho que puedes confiar en mí, ¿no es cierto?

—Y confío, solo que...

—Shh. Es tarde, ya hablaremos de todo mañana.

—Pero es que...

—Duérmete, pequeña, no tienes nada que temer, te lo prometo.

Taima nunca le había oído hablar en ese tono. Al instante, todos sus temores desaparecieron y se sintió avergonzada de haber albergado, siquiera por un momento, ese estúpido miedo hacia un hombre que siempre había sido tan bueno con ella.

—Ya no tengo miedo.

Le apretó la mano con fuerza y, cerrando los ojos, saboreó la increíble novedad de estar tumbada junto al lobo con los dedos entrelazados. Por un momento, al ver acercarse aquel coche de caballos a la casa había sentido un temor irracional; una especie de presentimiento extraño, pero ahora estaba mucho más tranquila, muchísimo más... Se le abrió la boca por culpa de un bostezo incontrolable y, un segundo después, estaba profundamente dormida.

❀

Taima se despertó en mitad de la noche y de inmediato notó que estaba en un sitio extraño. Se puso alerta de inmediato y, conteniendo la respiración, escrutó la impenetrable oscuridad. De pronto, su mano topó con una superficie de la que manaba un calor muy agradable y, en ese momento, cayó en la cuenta de dónde estaba y comprendió que esa cálida superficie no era otra cosa que el pecho desnudo del lobo. Aguzó los oídos, pero tan solo oyó el sonido de una respiración profunda y regular. El lobo dormía. Sin hacer el menor ruido, se apoyó sobre el codo y se incorporó unos centímetros; le habría gustado ser uno de esos espíritus capaces de ver en la oscuridad.

«Bueno», se dijo, «no puedo ver, pero puedo tocar».

Se quedó escuchando un rato más para asegurarse de que el lobo seguía dormido y, muy despacio, apoyó la palma de la mano en su pecho. Se mordió el labio inferior con fuerza, un poco asustada por su atrevimiento, pero al ver que no ocurría nada, se atrevió a acariciar con las yemas de los dedos ese vello oscuro que, desde que lo vio desnudo en la charca, la había fascinado. Ah. Justo lo que pensaba.

—¿Puede saberse qué estás haciendo? —El lobo sonaba completamente despejado, nadie habría dicho que acababa de arrancarlo de un sueño profundo.

Taima soltó un gritito y apartó la mano en el acto.

—Perdona, solo quería... —Se detuvo avergonzada.

—¿Qué querías? —El tono era seco, no quedaba en su voz ni rastro de la ternura que le había parecido detectar justo antes de quedarse dormida.

—Solo quería saber si... si el pelo que te crece en el pecho pincha.

Tuvo la sensación de que el hombre que estaba a su lado se relajaba un poco.

—¿Y?

—Y... y no pincha.

—Me quedo más tranquilo.

Una vez más notó que se burlaba de ella, pero esta vez no le importó, Taima estaba demasiado ocupada tratando de sosegar su corazón que latía a la velocidad de un caballo desbocado.

—Perdona —repitió contrita.

—Perdonada, ahora duérmete y procura no tocarme más; no debes tentar a la suerte.

—Sí, sí —se apresuró a decir, pese a que no había comprendido a qué se refería.

Muerta de vergüenza, Taima se volvió de espaldas a él y se desplazó hasta el extremo del colchón para no molestarlo más. Estaba convencida de que no volvería a dormirse, pero unos minutos después su respiración regular le hizo saber al hombre que esperaba inmóvil a su lado que el sueño la había vencido por fin. Entonces, se deslizó con el sigilo que un puma, se apretó contra la espalda femenina y la rodeó con los brazos. Oyó que ella murmuraba algo en sueños y se quedó muy quieto, pero la joven no se despertó.

—Dios me libre de las mujeres inocentes —dijo en un murmullo inaudible—, tienen más peligro que una manada de lobos famélicos.

Sonriente, besó los suaves cabellos que olían a jabón y se quedó dormido abrazándola.

La despertó un delicioso olor a café y, sonriente, se desperezó con voluptuosidad. Qué bien había dormido. Abrió los ojos y, al mirar por la ventana, se dio cuenta de que hacía ya un buen rato que había amanecido. Al instante, apartó la colcha y saltó de la cama, aunque al ver el valle cubierto de nieve comprendió que la mañana sería tranquila. Se vistió con rapidez y salió sin ponerse las botas. El desconocido estaba sentado a la mesa disfrutando del café caliente y los huevos con tocino que el lobo le había servido.

—Buenos días, señorita —dijo el hombre al verla.

Taima murmuró un saludo y fue a servirse una taza de café que se bebió de pie, apoyada en la pared con actitud hostil. El hombre pareció notarlo porque, en cuanto terminó, echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Regresaré a Sweetmeadow como acordamos y allí aguardaré sus noticias —dijo dirigiéndose al lobo.

Taima miró de uno a otro, inquisitiva, pero ninguno de los dos rostros varoniles le desveló el significado de esas misteriosas palabras.

Los hombres se estrecharon la mano, el visitante se despidió de ella con una inclinación de cabeza y el lobo lo acompañó afuera.

—Por fin —murmuró la joven sirviéndose una generosa ración de huevos con tocino y sentándose a la mesa después de rellenar la taza de café.

El lobo regresó al rato.

—Espero que no vuelva —dijo Taima con la boca llena.

Él la miró con el ceño fruncido.

—No resultas muy amable, la verdad.

Ella dio un sorbo al café y se encogió de hombros.

El lobo le dio la vuelta a una de las sillas y se sentó a horcajadas con los brazos apoyados en el respaldo.

—Tengo algo que decirte.

—Yo también —habló de nuevo con la boca llena—, estos huevos están para morir.

—¿Vas a jugar a ser graciosa?

La voz sedosa hizo que la sonrisa traviesa se le borrara en el acto. De pronto, Taima había perdido el apetito, así que dejó el tenedor en el plato y dijo con los ojos bajos:

—¿Podemos hablar otro día?

El lobo negó con la cabeza.

—Me temo que no. Es importante.

Taima tragó saliva. De repente volvía a tener la misma sensación de catástrofe inminente que había sentido al ver el carruaje. Así que se recostó contra el respaldo de la silla y se cruzó de brazos, como si pensara que estos constituirían una barrera protectora para lo que estaba por llegar.

—Verás... —empezó Zane, pero ella no lo dejó seguir.

—Hacer... hace un día precioso. Mejor salimos a cabalgar, ¿sí? —Hizo amago de ponerse en pie.

—Tam...

La joven reconoció la nota de advertencia y volvió a dejarse caer en la silla, enfurruñada.

—Está bien. ¡Habla ya! —Su interlocutor la miró con severidad—. Por favor —añadió en voz baja.

—Mr. Scott es abogado y ha venido desde Baltimore... —Taima lo miró sin interés; para ella un abogado, Baltimore o la luna eran más o menos lo mismo. El lobo lanzó suspiró y volvió a intentarlo—. Verás, después de cerrar la compra de estas tierras me pasé por las oficinas del periódico más importante de Oregon City...

—Periódico, saber... sé lo que es. —El lobo le había hablado de los periódicos y de las noticias que se publicaban en esas grandes hojas de papel para tener a la gente informada.

—Previamente había hecho una fotografía de tu medallón...

—Fotografía, también sé lo que es —asintió orgullosa, al tiempo que se llevaba una mano al cuello y acariciaba el medallón oculto bajo la camisa como si se tratara de un talismán.

—Chica lista, ¿te importaría no interrumpirme a cada rato?

El tono seco hizo que le lanzara una mirada de reproche, pero ya no volvió a interrumpirlo.

—Di orden para que se publicara un anuncio, en ese periódico y en otros de mayor alcance, cada semana y, por fin, al cabo de más de seis meses, el anuncio llegó a manos de la persona adecuada. —Taima, con el ceño fruncido, se esforzaba por entender aquella explicación—. Las manos de Mr. Howard Barrington, tu abuelo.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Mi abuelo?

—Sí, tu dada, el verdadero. No O'Hara.

—Entonces, esa Miss Eloise con la que me confundir es en verdad mi madre.

Pese a su ignorancia en muchos asuntos, el cerebro de Taima poseía una gran agudeza.

—Así es.

Rumió aquella inesperada noticia unos minutos.

—Entonces, yo tener... tengo un dada de verdad.

—En efecto.

—Y mi madre...

—Tu madre, tu padre y tu hermano pequeño murieron cuando los indios atacaron la caravana en la que viajabais.

Una vez más, la joven tardó un rato en digerir la información. Notaba algo raro en el estómago. No era que estuviera triste; aquello había ocurrido hacía ya muchos años y no recordaba a ninguno de los protagonistas, pero...

—Entonces, mi nuevo dada vendrá a visitarme, ¿sí? —aventuró sin quitarle la vista de encima.

—No. Mr. Barrington es muy mayor. Tendrás que ir a Baltimore a conocerlo.

—¡No! —Taima golpeó la mesa con las palmas de las manos y se puso en pie.

—Tam...

—¡No digas «Tam...»! —Imitó su tono—. Yo ser... soy tu esposa. Los esposos juntos siempre, yo no querer... no quiero ir a Baltimore.

—Tendrás que ir —dijo inflexible—. Debes aprender a comportarte como lo que eres: una mujer civilizada.

—¡No quiero! Soy tu esposa. Me quedar... me quedo en el valle.

El lobo se puso en pie a su vez y la desafió desde su altura.

—¿Crees que quiero por esposa a una pequeña salvaje?

La crueldad de su comentario la hizo jadear.

—¡Yo ya no ser...!

—«Yo ya no ser». —La remedó burlón—. ¿Te estás oyendo? Ni siquiera sabes utilizar los tiempos verbales correctamente.

Los ojos azules se inundaron.

—¡Basta! No te burlar... —Rabiosa al ver que él tenía razón alzó la voz—: ¡No te burles de mí!

Ahora las lágrimas se deslizaban sin control por sus mejillas.

—Tam... —El lobo extendió los brazos y la estrechó con fuerza contra su pecho. Ella luchó por liberarse, pero él era demasiado fuerte —. Vamos, Tam, no llores. No quiero discutir contigo.

—Y yo no querer... no quiero irme —sollozó—. Soy tu esposa, O'Hara decir... dice juntos para siempre.

—Shh, tranquila... —La mano del lobo se deslizaba arriba y abajo de su espalda y ella siguió llorando con desconsuelo apoyada en su pecho.

—¿Es por... por los... caballos? —preguntó entre hipidos.

—¿Los caballos...? Ah, los caballos. —Zane, que había apoyado la mejilla sobre sus cabellos sonrió con ternura.

—Ser... fue una tontería, no tener... tienes que enfadarte. Solo estaba un poco asustada, yo no...

—Tam, Tam, no estoy enfadado contigo.

—Entonces, ¿por qué querer yo irme del valle? —Su voz surgió como un grito. Esta vez no intentó corregir su forma de hablar; no podía pensar en nada que no fuera el dolor que sentía.

El lobo la cogió de los brazos y la apartó de él.

—Mírame.

Taima obedeció, tenía los ojos muy rojos y las mejillas empapadas.

—No quiero que te vayas, pero sé que debes hacerlo.

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

Él le apretó los brazos un poco más fuerte.

—¡Escuchame! En Baltimore te espera una vida sin penurias, llena de bailes y diversiones, todos te recibirán como a una heroína y...

—¡Me da igual! ¡Me da igual! ¡Yo no querer... no quiero ir!

Le dio una sacudida.

—¡Basta! —ordenó impaciente.

Vencida, Taima dejó de luchar y le lanzó una mirada tan llena de desolación que algo se retorció en las entrañas de aquel hombre cuyo corazón había estado durante años rodeado de una dura costra.

—Nunca querer... quisiste yo ser tu esposa —dijo en una voz tan baja que le costó oírla—. Violet tener... tenía razón. Tú ser... eres un hombre inteligente y culto, yo solo ser... soy una salvaje que no sabe nada.

Al oír aquello, el lobo le dio una nueva sacudida.

—¡No digas eso! ¡No se te ocurra decir eso! —Asustada por esa

furia insólita, Taima lo miró con los ojos muy abiertos—. Antes he dicho algo parecido porque quería convencerte de que tenías que marcharte, pero en realidad pienso que eres una mujer fuera de lo común, Tam; inteligente, valiente, leal, trabajadora... Por desgracia, la vida te ha repartido una mala mano. Sin embargo, ahora tienes la posibilidad de jugar bien tus cartas y ganar la partida. Ve a Baltimore, aprende todo lo que tu abuelo puede enseñarte, rodéate de la gente que te corresponde por tu nacimiento, baila, ríe, sé feliz...

—Y ¿quién cuidará de *Nizhoni* mientras yo divertirme tanto?

—Te prometo que la montaré todos los días.

—Y ¿quién cuidará de ti?

—No necesito que nadie me cuide, pero yo seguiré aquí. Cuando te hayas convertido en la mujer que estás destinada a ser, escríbeme o ven a buscarme. Si deseas seguir adelante con este matrimonio, seguiremos. Si te das cuenta, como seguramente harás, de que no quieres seguir casada conmigo, el abogado de tu abuelo buscará una salida para liberarte. Henry J. Scott es un tipo muy inteligente y no tengo duda de que la encontrará.

Taima se quedó mirándolo sin dejar de dar vueltas a esas palabras. Al cabo de un buen rato rompió el silencio y dijo con un hilo de voz:

—Y si me convertir... si me convierto en esa mujer que dices, ¿estarás orgulloso de mí?

Zane le enmarcó el rostro delicado con las manos y la miró directamente a los ojos.

—Siempre he estado orgulloso de ti.

En los ojos ambarinos brillaba la sinceridad. Las lágrimas volvieron a rodar con lentitud por las mejillas de Taima y le temblaron los labios.

—Entonces, volveré y... —sorbió con fuerza—. Y hablaremos.

El lobo la atrajo de nuevo hacia él y dejó que descargara contra su pecho la tremenda pena que la embargaba.

Parte de la correspondencia intercambiada por los protagonistas de esta historia entre los años 1865-1866*
*Nota del narrador

Baltimore, Maryland 21 de diciembre de 1865

Ola lobo e llegado. Mi avuelo es muy bueno aunque parece muy biejo y usa un baston. La casa es tan grande que podría bivir la tribu entera en ella. Ay mucho ruido por todas partes, por la navidad. Una istoria muy vonita que me conto dada O'Hara y dile que aqui no se ben las estreyas. Echo de menos a Nizhoni. A veces yoro pensando en ella y en el valle y en dada y en ti pero saber que tengo que ser fuerte. Aprendo muchas cosas. Tengo muchos bestidos nuevos de muger. Hiba a darle esta carta a Miss Linsay para corregir las faltas pero no quiero que la lea y asi beras los pogre proge progresos que ago. Tengo que parar. Biene la modista otra bez. Es una pequeña estupida pero mi avuelo quiere darme muchas cosas aunque yo solo quiero volver al valle.

Queda de ti afectísima tu ovediente esposa

Taima Emma Marie Barrington Wade

PS. (Ms. Lindsay me a enseñado a escrivir mi nombre completo y a despedirme)

❀

Green Valley, Sweetmeadow, Oregon 30 de enero de 1866

Mi querida y obediente esposa:

El valle, está cubierto por una capa de nieve de más de un metro de espesor que lo ha convertido en un reino encantado. De vez en cuando, los pinos, cansados de soportar tanto peso, sacuden las ramas y si estás debajo es muy posible que te des un desagradable baño helado.

Sin embargo, tanta nieve muchas veces es un inconveniente. O'Hara y yo nos las vemos y nos las deseamos para alimentar a los animales, aunque después de comprar el trineo al viejo Johanson, el trabajo ya no es tan pesado. He contratado a un chico del pueblo, pero sigo echando de menos a Tam, este muchacho no es ni la mitad de hábil que él y tampoco tiene tanto entusiasmo.

Me alegra saber que estás aprendiendo mucho y que tu abuelo te da todos los caprichos. O'Hara te manda un fuerte abrazo, dice que un día de estos te escribirá. Nizhoni también te manda saludos; al principio estaba inconsolable y te buscaba por todas partes, a O'Hara se le ocurrió colgar una de tus camisas en un gancho de la cuadra y ahora está mucho más tranquila. La monto todos los días, como te prometí. Nada como una larga cabalgada por esos interminables

prados nevados para empezar el día.

En fin, tengo que dejarte, una de las vacas preñadas está enferma y O'Hara y yo hacemos turnos para cuidarla. Mick, tu sustituto, es un inútil y si lo dejáramos de guardia lo más probable es que se quedara dormido.

Estoy muy orgulloso de ti.

Quedo de ti afectísimo, tu obediente esposo

Zane Leonard Wade

❀

Rancho Muller, Sweetmeadow, Oregon 13 de febrero de 1866

Queridísima amiga:

Perdona que no te haya escrito hasta ahora, pero han pasado tantas cosas que no se por dónde empezar. ¡Me he casado! Sí, como lo oyes. Ted y yo nos hemos casado por fin y ahora vivimos en una pequeña cabaña en el rancho de su padre. Creo que no puedo ser más feliz. Al principio mamá no quería, ya sabes que piensa que Ted es poco para mí, pero amenacé con fugarme con él si no daba su consentimiento y al final aceptó. Creo que le da miedo quedarse sin camarera en la casa de comidas. Ted me deja seguir trabajando allí con la condición de que lo deje cuando tengamos nuestro primer hijo. ¿Puedes imaginarme embarazada? Es de risa.

Al principio sentía mucha envidia cuando me contabas la cantidad de criados que trabajan en la gigantesca mansión de tu abuelo, los numerosos vestidos nuevos, las salidas al teatro y los bailes a los que asistes, pero ahora creo que no cambiaría por nada nuestra pequeña cabaña. He cosido unas cortinas azules y a Ted le han gustado mucho; dice que le dan a la habitación un toque muy hogareño. Creo que empezaré una colcha.

Imagino que estarás impaciente, así que, como me pediste, te daré noticias de tu lobo. Debo confesar que, en cuanto desapareciste, mi madre volvió de nuevo al ataque: Creo que prefería mil veces tener un amante como el lobo antes que un marido como el viudo Cassidy, ya sabes, ese ganadero que tiene cinco insoportables hijos varones. Sin embargo Zane no le hizo el menor caso y, muy educadamente, le dio a entender que no era bienvenida en el valle. Así que, una vez más, ha centrado su atención en el viudo.

Por lo que yo sé, tu esposo te guarda ausencias. Nadie le ha visto en el local de Polly y, cuando viene al pueblo, nunca lo he visto intercambiar más que media docena palabras con una mujer que no

sea Mrs. Johanson. En ese sentido puedes estar tranquila, pero hazme caso, ahora soy una mujer casada sé de lo que hablo. Lo que tu lobo necesita es una mujer sofisticada, misteriosa, que no caiga rendida a sus pies a la primera como haces tú. Quiero que trabajes en ello. Es importante que te muestres inalcanzable para llamar su atención.

Ya llega Ted. Prometo que seguiré escribiéndote.

Con todo mi cariño, tu amiga del alma

Violet

❀

Baltimore, Maryland 3 de marzo de 1866

Querido Lobo:

Por fin he recibido carta de ti, pensé que te abías olvidado de mí. Me habría gustado ver el valle cubierto de nieve cuando vino Mr. Scott tan solo cayó una pequeña nevada. Dale muchos besos a Nizhoni de mi parte dile que estoy deseando salir a cavalgar al amanecer. Aquí las señoritas no cavalgan no cazan no cortan leña no ordeñan a la vaca. Solo sonríen y son amables y cantan y tocan el piano y coquetean con los muchachos. No me gusta coquetear. El otro día en un baile ya boy a bailes aunque Miss Lindsay dice que estoy muy berde todabia el abuelo se rie y dice que a una heredera se le perdona casi todo tenía calor y un cavallero me acompañó a la terraza y me quiso besar y le di un puñetazo en la nariz y le ice sangre y se le manchó la corbata que era de seda que es una tela muy elegante y muy cara pero me alegré y me dijo que por mucho que mi abuelo tratara de disfrazarme de señorita no era más que una salvaje y yo le dije que ya no era una salvaje que sabía leer y escribir y que había aprendido a saludar y a bailar y a servir el té y que él era un estúpido y que si algún día se cruzaba con el lobo que tuviera cuidado porque yo era su esposa y le mataría. Espero que no te importe que le haya dicho eso. Se lo conté al abuelo y me dijo que las señoritas bien educadas no iban por ahí soltando puñetazos ni amenazando de muerte a los cavalleros, pero aunque tenía la cara seria sus ojos reían igual que los tuyos cuando me miras aveces. Luego dijo que no volviera a hablar de mi matrimonio porque no es balido y que Mr. Scott encontrará la forma de anularlo y es mejor que la gente no se entere ya no se reía y yo me enfadé porque sí es balido cara-de-calavera era un reverendo y dada O'Hara dice que lo que se promete delante de un reverendo es como si se prometiera delante de Dios y el reverendo Michaelson que es amigo de mi abuelo y me da la clase dominical dice que Dios lo sabe todo y es todavía

más poderoso que los wyakin de los Nei Me y... bueno, es largo de contar.

Hecho mucho de menos el valle y a todos y a ti aunque ya no yoro todas las noches. Miss Lindsay dice que mi caligrafía y mi ortografía han mejorado mucho espero que tú también lo pienses y que sigas orguyoso de mi y ya tengo que marcharme porque me han invitado a otro de esos tés tan aburridos y Miss Lindsey me hace señas y adiós.

Queda de ti afectísima tu obediente esposa que te hecha mucho de menos amén.

Taima Emma Marie Barrington Wade

❀

Green Valley, Sweetmeadow, Oregon 2 de abril de 1866

Querida niña:

Perdona que no te haya escrito antes. Hemos tenido mucho trabajo, pero todas las vacas preñadas han parido terneros sanos y como le he dicho al capitán: «Parece que Dios le sonríe». El se ha reído y ha contestado que nosotros dos también hemos hecho un gran trabajo. Creo que el capitán es un gran hombre, pero a veces se muestra un poco descreído.

Mick, tu sustituto, es una completa calamidad, pero no pierdo la esperanza de que algún día nos sorprenda, o al menos eso me digo, aunque confieso que empiezo a perder la fe.

Supongo que ya sabes que tu amiga Violet se ha casado con el pequeño de los Muller. Es un buen chico que viene de buena estirpe y será un ranchero tan bueno como su viejo.

El capitán nunca lo dice, pero creo que te echa de menos, aunque ya sabes lo difícil que es saber lo que piensa en realidad. Todos los días monta a tu yegua y conserva todas las cosas que no te llevaste tal y como las dejaste. Cuando llega una de tus cartas cenamos juntos y lee algunas partes en alto. Cuesta imaginar al pequeño Tam como una dama emperifollada que acude a bailes de sociedad y daría lo que fuera por poder verte por un agujerito.

Espero que no tardes mucho en volver, niña. El capitán necesita una mujer. Pasa demasiado tiempo solo y tú eres su esposa, es con él con quien debes estar.

Aquí llega Mick, a ver la que ha liado ahora. Te dejo, pero piensa en lo que te he dicho.

Con todo mi cariño.

O'Hara

❀

Baltimore, Maryland 8 de abril de 1866

Mi querida amiga Violet:

Me he alegrado mucho con tus noticias. Espero conocer a Ted cuando vuelva a Sweetmeadow dada O'Hara dice que es un buen chico y que será tan buen ranchero como su padre que es muy buen ranchero tambien y tambien quiero ver tu cabaña y las cortinas azules. Yo tambien estoy aprendiendo a coser, Miss Lindsay dice que una señorita tiene que saber coser. No me disgusta, pero odio bordar y se lo he dicho y el otro día tiré el bastidor con el lienzo por la ventana y se enfadó mucho y me dijo que se lo iba a decir al abuelo pero siempre dice eso y no lo hace porque es muy buena aunque un poco estúpida a veces. Espero que tu madre se case con el viudo Cassidy de una vez y deje al lobo en paz o si no le clavaré mi cuchillo aunque ahora soy una señorita y las señoritas no pueden llevar cuchillo dice Miss Lindsay. No me gusta mucho ser una señorita aunque los vestidos son hermosos y Norah, mi doncella, dice que soy una señorita muy guapa y me hace peinados muy bonitos porque me ha crecido mucho el pelo. Espero que el lobo tambien piense que soy guapa cuando me vea. Intentaré aprender a ser misteriosa como dices, aunque no sé por qué tengo que disimular que amo al lobo el reverendo Michaelson dice que es el deber de una esposa amar a su esposo. ¿Acaso tú no amas a Ted? ¿A él le gusta que te hagas la misteriosa? No sé es todo muy confuso.

Tu amiga del alma que te echa de menos por los siglos de los siglos.

Taima Emma Marie Barrington Wade

PS. ¿Cómo es estar casada de verdad? ¿Es como lo de los caballos?

❀

Green Valley, Sweetmeadow, Oregon 20 de mayo de 1866

Mi querida y obediente esposa:

La primavera ha llegado como una explosión. La flor de mono ha teñido el valle de amarillo y cuando llevamos el ganado a los pastos

de altura el amarillo se torna en un manto azul pálido por la presencia de millares de aguileñas azules. Siento de veras que te pierdas tan majestuoso espectáculo, pero por tus cartas sé que tu vida en Baltimore también está llena de belleza y alegría, de lo cual me alegro infinito.

Los terneros crecen fuertes y he recibido una buena oferta de un carnicero de Oregon City. Por lo demás, las cosas marchan bien y estoy pensando en ampliar la casa, aunque lo cierto es que no hay ninguna necesidad. Sin embargo, cuando se lo comenté a O'hara, este mostró tal entusiasmo por la idea que me temo que, aunque quisiera, ya no podría echarme atrás.

Por lo que a ti respecta, en efecto, he de decir que he notado una gran mejoría en tu última carta; a este paso, pronto estarás lista para escribir una novela, aunque me pregunto dónde la ambientarías, si en el campo o en la gran ciudad. Respecto a tu aventura en el baile, mi consejo es que, si algún otro se atreve a intentar besarte, le des un buen rodillazo en la ingle; es más efectivo y menos escandaloso, pues no hay riesgo de manchar de sangre la camisa o la corbata del mequetrefe de turno.

De nuevo debo dejar de escribir antes de lo que me gustaría, aunque pensé que por fin iba a estar un rato sin que nada ni nadie me molestara, pero hasta aquí llegan las voces que está dando ese desastre de Mick, así que será mejor que vaya a ver qué ha hecho esta vez.

Sigue así, sigo muy orgulloso de ti.

Se despide de ti tu afectísimo esposo deseándote salud y felicidad, ahora y siempre.

Zane Leonard Wade

❀

Rancho Muller, Sweetmeadow, Oregon 24 de junio de 1866

Queridísima amiga:

Te pido mil veces perdón por no haberte escrito antes, pero las mujeres casadas no tenemos tiempo para nada, o al menos yo no lo tengo, pero de todas formas pienso mucho en ti. Te imagino elegantemente vestida, bailando el vals a la luz de un millar de velas con un apuesto caballero en un salón lleno de flores o tocando la campanilla en el dormitorio de tu mansión para que acuda un criado a traerte el té de la tarde y, cuando pienso que voy a morir de envidia, me acuerdo del beso que me ha dado mi Ted antes de salir

de casa esta mañana o de que ayer repitió tres veces del asado que pasé horas cocinando y se me pasa al momento.

El otro día vino tu lobo al rancho. Debo reconocer que es un hombre increíblemente atractivo y (que no se entere Ted) tiene algo que hace que me tiemblen las rodillas, aunque, al mismo tiempo, también resulta inquietante. Quizá son esos fríos ojos del color del ámbar y esa forma de mirarte, como si pudiera adivinar hasta el último de tus pueriles pensamientos. Y que conste que no estoy diciendo que mis pensamientos sean pueriles, ¿eh?, al menos no todo el tiempo. Venía a hablar con mi suegro y, después de un buen rato, se dieron un firme apretón de manos. Ted me dijo que Mr. Wade le ha propuesto unir fuerzas para llevar el ganado a Oregon City y venderlo allí por un precio mejor del que consiguen en Sweetmeadow. Dice Ted que su padre le comentó que tu lobo es un tipo inteligente y con ambición, y que él admira a los tipos así y que, al paso que iba, Green Valley iba a convertirse en el rancho más rentable en muchas millas a la redonda.

En otro orden de cosas te diré que, por ahora, el bebé se hace esperar. Ted dice que no debemos preocuparnos, que todavía somos muy jóvenes y tenemos mucho tiempo por delante, y que disfrutemos de estar solos los dos. Y vaya si disfrutamos. No, querida amiga, hacer el amor no tiene nada que ver con lo que hacen los caballos. Hacer el amor con la persona a quien más quieres en el mundo es... lo más maravilloso que puedas imaginar y, aún así, te quedarías siempre corta, pero ya lo descubrirás tú misma porque rezo todas las noches para que tu lobo y tú volváis a estar juntos y que él se enamore perdidamente de ti. Mi suegra dice que si se pide con perseverancia se obtiene todo lo que se desea. Yo no estoy tan segura de que Dios vaya a darnos gusto solo por ponernos pesados, pero por probar nada se pierde.

Vuelve pronto, Taima, echo mucho de menos hablar cara a cara con mi mejor amiga y sé que, si por fin quedo encinta, me sentiré mucho más segura si tú estás a mi lado.

Y así he llegado al final de mi tiempo libre, pues todavía tengo que coser unas camisas de Ted antes de empezar a preparar la cena.

Con todo mi cariño, tu amiga del alma.

Violet

PS. Imagino que los cuellos de muchos de tus vestidos estarán rematados por cintas de ese encaje que es tan delicado como una telaraña... Creo que si tocara algo así, aunque solo fuera una vez en la vida, podría morir tranquila.

❀

Baltimore, Maryland 7 de julio de 1866

Querido dada O'Hara:

Estoy tan ocupada en tonterías como bailes, meriendas campestres, tés, compras y visitas al teatro que casi no tengo tiempo de escribiros, aunque vosotros tampoco es que seáis muy buenos corresponsales (has visto qué palabras uso ahora) que digamos. Desde que estoy aquí solo he recibido una carta del lobo, por lo que no creo que me eche de menos como tú dices.

Si me vieras ahora, dada, te caerías de espaldas (Ms. Lindsay dice que esa es una expresión muy ordinaria para una señorita, pero a mí me gusta). Ya no me parezco nada a Tam; ahora siempre llevo vestidos y zapatos con un poco de tacón y Norah, mi doncella (la mujer que me viste y me peina como si fuera una muñeca), dice que he heredado el estilo de mi madre. Mi abuelo también me habla a menudo de mamá y me da mucha pena no acordarme de ella.

Yo también quiero volver al valle, sueño con ello día y noche, pero también quiero que el lobo esté orgulloso de mí, así que me esfuerzo en aprender. Acabo de terminar de leer «Otelo» porque sé lo mucho que le gusta Shakespeare, pero ese hombre cruel me ha parecido todavía más estúpido que Hamlet y me han entrado ganas de clavarle mi cuchillo. No se lo digas al lobo. De todas formas, me daré toda la prisa que pueda en aprenderlo todo y volveré al valle lo antes posible y ya nunca saldré de él, aunque sé que echaré de menos a mi abuelo.

Dale un fuerte abrazo al lobo de mi parte, dile que pienso en él y en Nizhoni, ¿crees que mi yegua me recordará cuando me vea? A veces pienso que la vida en el valle, el lobo, tú... habéis sido solo un sueño.

Con todo mi cariño.

Taima Emma Marie Barrington Wade

❀

Baltimore, Maryland 3 de agosto de 1866

Querido lobo:

Ayer llegó tu carta fechada el 2 de mayo. El sobre estaba muy manchado y tenía una esquina rota, pero por lo menos ha llegado

porque otra vez pensaba que ahora sí que te habías olvidado de mí. Miss Linday me regañó porque di un grito al verla, pero cuando le expliqué que llevaba un montón de meses sin noticias de mi esposo, sonrió y me dio unas palmaditas en la mano. A Miss Lindsay le encantan las novelas sentimentales, sobre todo esas en las que las estrellas parecen decididas a separar a los amantes.

Me alegra mucho saber que las cosas van bien en el rancho, y que vas a ampliar la casa. Imagino que ya habrás empezado a hacerlo y tengo muchas ganas de verla. También me alegro de que pienses que mis cartas han mejorado, me esfuerzo mucho y Miss Lindsey dice que soy una de las mejores alumnas que ha tenido. El abuelo también está orgulloso de mí; hablamos mucho, sobre todo de mi madre y de los viejos tiempos, aunque no le gusta mucho cuando hablo de los años que pasé con los Nei Me, así que procuro no hacerlo, en eso es muy distinto a ti; a ti sí puedo contártelo todo.

El abuelo me ha dicho que dos hombres le han pedido mi mano. Uno de ellos tiene un montón de deudas y el otro viene de una mala estirpe, así que ha dicho no. Yo le he dicho que ya estoy casada contigo, pero cuando se lo digo hace como que no me oye. Espero que tú sigas queriendo estar casado conmigo porque, por lo que he oído espiando a las criadas, creo que los hombres de los bailes solo me quieren por el dinero del abuelo. Es triste pensarlo, pero como dice el reverendo Michaelson, hay que ser realista.

Por lo demás, hace unas semanas pasamos unos días en Washington; nunca había visto nada tan grande como el Capitolio. El abuelo tiene allí muchos amigos congresistas y hemos asistido a muchas cenas con gente muy interesante; al menos en ellas se habla de algo más que del próximo baile o los nuevos patrones llegados de París. Desde que hemos vuelto, el abuelo parece cansado. Todos los días le preparo una de mis tisanas, ¿sabías que aquí las hierbas se compran en una tienda? Resulta práctico, claro, pero echo de menos recolectarlas yo misma.

Tu consejo sobre rodillazos en la ingle llega tarde. Ya no he tenido que pegar más puñetazos. Después de ver el estado en que quedó la nariz de aquel estúpido, ahora todos los hombres me tratan con mucho respeto.

Tengo ganas de veros, de conocer a Mick, de galopar por los prados, de bañarme desnuda en la charca, de... Bueno, ya lo sabes, echo de menos hasta la última hoja y la última piedra del valle. Un día el abuelo dijo que tenía ganas de conocer a ese lobo del que tanto hablo y que pronto os haríamos una visita. Ese día no paré de cantar mi canción favorita y Miss Lindsey acabó con dolor de cabeza, pero por desgracia me temo que si esos planes llegan a hacerse realidad no

será «pronto», la salud del abuelo no está para hacer un viaje tan largo.

Debo terminar ya. El carruaje espera para llevarnos al teatro, por cierto, en Washington pasamos por el teatro Ford's dónde el año pasado un actor, ahora no me acuerdo de su nombre, asesinó al presidente Lincoln. Me habría gustado visitar el palco donde lo mataron y ver si quedaban restos de sangre, pero no fue posible. El abuelo me dijo que las auténticas señoritas no tenían esos gustos tan sangrientos, por lo que me temo que nunca seré una señorita «auténtica».

Con todo mi cariño,

Taima

PS. Te echo de menos.

❀

Green Valley, Sweetmeadow, Oregon 14 de septiembre de 1866

Querida Tam:

Veo que ya no te despides como mi obediente esposa, creo que lo echaré de menos, pero imagino que los tiempos cambian y hasta aquí han llegado las noticias de esas mujeres que se llaman a sí mismas «sufragistas» y que piden para sí el derecho al voto, como se les ha concedido ya a los esclavos liberados.

Siento oír que la salud de tu abuelo no es buena, pero espero que tus cuidados hagan que recupere las fuerzas cuanto antes.

Este año el otoño se ha adelantado en el valle. Muchos arces ya empiezan a cambiar de color, y los arbustos que rodean la laguna, que refleja el profundo azul del cielo, se han teñido de un bonito amarillo dorado, dándole la apariencia de una joya muy valiosa.

Como de costumbre, hemos tenido mucho trabajo en el rancho. El joven Mick parece que por fin empieza a madurar y ha sido de gran ayuda en las labores de siembra y con el ganado. La ampliación de la casa va más lenta, porque O'Hara y yo le dedicamos el poco tiempo que nos queda libre, pero los dos estamos muy contentos con la forma que va tomando. Espero que cuando vengas de visita ya esté terminada.

Respecto a lo de tus pretendientes, estoy seguro de que te equivocas. Incluso vestida de pilluelo estabas muy bonita, así que imagino que ahora, con esos vestidos que te compra tu abuelo, debes ser toda una belleza. Si alguien te quiere solo por lo que tú puedas darle, es porque no te merece. Así que no temas, porque aunque

decidieras no seguir casada conmigo, no tengo la menor duda de que, antes o después, encontrarás un hombre que te hará feliz.

Me he cruzado con tu amiga Violet y su marido en el pueblo, parecen una pareja feliz. Hemos estado un rato charlando de ti y me ha dicho que pronto te escribirá, que tengas paciencia. Me temo que es difícil mantener una correspondencia regular dado lo que tardan en llegar las cartas y el poco tiempo libre de que disponemos.

Sigue bien, saluda a tu abuelo de mi parte y dile que deseo que se reponga lo antes posible para que podáis retomar vuestros planes, dale la enhorabuena a Miss Lindsay por el gran trabajo que ha hecho contigo y sigue disfrutando de la vida sabiendo que Green Valley siempre estará ahí para ti.

Con cariño,

Zane

PS. Yo también te echo de menos.

❀

Baltimore, Maryland 25 de octubre de 1866

Estimado Mr. Wade:

Lamento ser el portador de malas noticias. Mi empleador, Howard Jr. Barrington, falleció hace apenas unas horas, Dios lo tenga en su Gloria. Su nieta ha estado cuidándolo día y noche. Ahora descansa agotada por la emoción y el desgaste que han supuesto estas últimas semanas, por lo que he decidido dirigirme a usted en su nombre.

Como albacea de Mr. Barrington, puedo adelantarle algunos detalles del testamento. Como usted bien sabe, Miss Emma es una joven para quien el dinero no significa absolutamente nada. Consciente de ello y de que tal vez abrumarla con una fortuna como la suya podría convertirse en una maldición, Mr. Barrington optó por legar buena parte de la misma a diversas causas benéficas y con la otra parte estableció un fideicomiso para su nieta y los hijos que esta pudiera tener en el futuro del cual usted, como su esposo legal, también es beneficiario, aunque no podrá tener el control directo sobre el capital que será administrado por un grupo de hombres de confianza de Mr. Barrington entre los que yo me encuentro.

En cuanto los términos del testamento hayan quedado establecidos, Miss Barrington y yo viajaremos a Sweetmeadow a fin de que los dos tengan un encuentro para decidir si desean continuar con su matrimonio. En caso de que deseen la anulación del mismo,

llevaré redactado el documento oficial pertinente, que tan solo tendrá que ser firmado por ambos en presencia de testigos. A partir de ese momento, cada uno podrá seguir su camino en total libertad.

Calculo que puede esperar nuestra llegada en las primeras semanas de enero.

Con mis mejores deseos de salud y prosperidad,

Henry J. Scott

Abogado

Baltimore, Maryland 27 de octubre de 1866

Querido lobo:

Ya sé que Mr. Scott te escribió para darte la noticia de la muerte de mi abuelo. Todavía no me lo creo. Habíamos hecho tantos planes..., castillos en el aire, como dice Miss Lindsay, porque el abuelo sabía que estaba muy enfermo. Ahora está en el cielo, esto lo dice el reverendo Michaelson, y lo echo mucho de menos, tanto, que me duele el corazón.

Por suerte el querido Mr. Scott se está ocupando de todo. Ya me ha dicho que me acompañará a Sweetmeadow en cuanto esté listo todo el papeleo del testamento y cuento los días que faltan para volver a veros, a ti y al valle.

Miss Lindsay no para de llorar. Quería mucho al abuelo y se ha encariñado conmigo, por lo que está muy triste de pensar que lo más probable es que no volvamos a vernos. De todas formas, le he dicho a Mr. Scott que se ocupe de que tanto a ella como a Norah, mi doncella, no les falte nunca de nada. Es lo único bueno que tiene ser rica, que puedes hacer felices a las personas que quieres.

Por lo demás, como habría dicho la pequeña salvaje que he sido hasta hace bien poco: «Yo no feliz». Baltimore en otoño resulta fría y oscura, y aunque Miss Lindsay me anima a aceptar las invitaciones que me hacen (desde que murió mi abuelo el número de mis admiradores ha aumentado misteriosamente), no tengo ganas de bailar ni de reír.

Solo quiero volver al valle, abrazaros a Nizhoni, a Violet, a O'Hara y a ti, pero el tiempo pasa muy despacio y me temo se me va a hacer muy muy larga la espera.

Con todo mi cariño.

Taima.

PS. Ahora que empieza el mal tiempo, no sé si llegará antes esta carta o yo.

20

Green Valley, enero de 1967

Los copos caían en racimos apretados y el viento amenazaba con arrancarle el sombrero. Zane descargó el resto del heno sobre la nieve, se abrió paso entre el ganado, que no paraban de mugir, arrojó la horca sobre el trineo, se subió al pescante y chasqueó el látigo.

—¡Arre! —Pese a que el viento ahogó su voz, la mula se puso en marcha de inmediato entre un alegre repiqueteo de cascabeles, deseosa de regresar cuanto antes al calor del establo.

La ventisca era cada vez más intensa, y golpeaba a hombre y bestia sin compasión. Zane se alegró de haber terminado con las tareas del día. Estaba helado y hacía rato que soñaba con la mecedora frente a la chimenea y una taza de té bien caliente. En cuanto se detuvo frente al establo, O'Hara y Mick, casi irreconocibles bajo las innumerables capas de ropa con las que combatían aquel frío infernal, salieron a recibirlo y se hicieron cargo en el acto de la mula y del trineo.

A Zane le llevó un rato recorrer a pie los escasos metros que lo separaban de la casa y, mascullando una maldición, cerró la puerta con firmeza, dejando fuera el frío y el viento. Avivó el fuego de la cocina, puso encima la tetera de hierro y echó un par de troncos más en la chimenea antes de quitarse la pelliza de borrego, sacudir la nieve incrustada, colgarla de una de las perchas de madera junto a la puerta, que habían sustituido a los primitivos clavos, y repetir la operación con el sombrero. Luego se sentó en la mecedora y, con esfuerzo, se sacó las botas congeladas, las dejó caer al suelo con un suspiro de alivio y extendió los pies, enfundados en unos calcetines húmedos, hacia las llamas.

Poco después, el pitido agudo de la tetera lo arrancó del sopor que se había apoderado de él. Se levantó para prepararse el té, abrió la alacena y sacó una cajita de madera y unas cuantas galletas de una lata. Las galletas estaban como piedras y tuvo que mojarlas en el té un buen rato para poder masticarlas; como de costumbre, dedicó un

recuerdo a las que preparaba Tam, que se deshacían en la boca.

Una vez que hubo entrado en calor, cogió la cajita de madera que había dejado a sus pies, en la que guardaba el pequeño montón de cartas que le había escrito Taima y, sentándose de nuevo en la mecedora, sacó la última que había llegado y la volvió a leer.

El cambio que había sufrido la correspondencia de la joven desde las primeras cartas, llenas de faltas de ortografía y de tachones, hasta esa última era espectacular. Con la carta abierta sobre el regazo y los ojos entornados clavados en el baile hipnótico de las llamas se preguntó si el cambio en su persona sería igual de espectacular y notó una curiosa sensación de disgusto. Había llegado a apreciar sinceramente a Tam, pero no sabía qué ocurriría cuando se encontrara cara a cara con la refinada Miss Barrington. Bueno, no tardaría mucho en averiguarlo; según lo anticipado por el abogado, la joven llegaría en cualquier momento y, una vez que se vieran de nuevo, ella tendría que tomar la decisión final.

¿Hacía bien en dejar en sus manos una decisión tan importante?, se preguntó como había hecho en un centenar de ocasiones. Había sentido cierto afecto por Tam, pero ¿seguiría sintiendo ese mismo afecto por Miss Barrington? Y, en caso afirmativo, ¿sería suficiente para pasar el resto de su existencia a su lado? Lo cierto era que la había echado de menos, aunque los rasgos juveniles se desdibujaban más y más en su cabeza cada día que pasaba. Recordaba los grandes ojos azules, la pequeña nariz salpicada de pecas, el color dorado oscuro de su pelo..., pero era incapaz de recordar el conjunto.

Sin embargo, quizá le estaba dando demasiadas vueltas al asunto sin necesidad. Pese a que en sus cartas había sonado muy segura, ¿quién le decía a él que no cambiaría de opinión en el último momento? Tal vez, cuando volviera a verlo lo compararía con los sofisticados caballeros con los que había salido en el último año y arrugaría la nariz con disgusto. A pesar de que las cosas marchaban bien, la vida en Green Valley distaba mucho de la vida regalada que había llevado en Baltimore; tal vez, una vez allí, añoraría los bailes y los tés esos de los que hablaba. Ahora era una mujer muy rica, y podía hacer lo que se le antojara. En el caso en que ella decidiera no seguir adelante con el matrimonio, ¿cómo se sentiría él? Durante el último año le había guardado ausencias como haría un marido fiel. ¿Lo había hecho por algún tipo de principio moral o, más bien, porque tenía tanto trabajo que caía rendido en la cama y lo último que tenía en mente era la posibilidad de un revolcón con alguna de las chicas de Polly?

Su hermana se había puesto muy contenta cuando le había dado la noticia de su casamiento, pese a que no le había ocultado las circunstancias en las que había tenido lugar. Desde que Taima la había

atendido en el parto, Sally tenía una alta opinión de la joven y no había encajado nada bien la noticia de que la hubiera dejado marchar a Baltimore. Había empleado casi las mismas palabras que O'Hara para expresar su desaprobación: «El deber de una buena esposa es estar al lado de su esposo». Lo que ninguno de esos dos parecía comprender era que, en realidad, Taima no había sido nunca su esposa, ni buena ni mala. Las pocas ocasiones en las que la había besado no cambiaban eso. Seguía pensando en ella como en una niña deliciosa, pero nada más.

Chasqueó la lengua con impaciencia, se puso en pie y estiró los brazos por encima de la cabeza. Lo mejor sería irse a dormir, se dijo al tiempo que la boca se le abría en un enorme bostezo. No tenía mucho sentido seguir dándole vueltas a ese asunto. Al fin y al cabo, había dado su palabra, una de las pocas cosas que para él eran sagradas, y se atendría a la decisión que tomara ella, fuera la que fuese.

❀

Zane dejó a *Otto* y a *Nizhoni* al cuidado de uno de los mozos que trabajaban en el establo público y se encaminó al único hotel que había en Sweetmeadow. La tarde anterior, Mr. Scott le había mandado recado con el hijo del dueño del hotel para decirle que, después de varias semanas de fatigoso viaje, Miss Barrington y él habían llegado por fin a Sweetmeadow y se alojaban allí. Luego añadía que ambos estarían encantados de recibir su visita a la mañana siguiente. Aquello sonaba más como una orden que como una invitación, pero, en cuanto amaneció, Zane ensilló a *Otto* y a la yegua alazana y, poco después, los tres marchaban rumbo al pueblo a paso ligero, sin hacer caso de los dos palmos de nieve que cubrían el camino.

Zane restregó las suelas de las botas manchadas de barro en el felpudo del hotel antes de dirigirse al pequeño mostrador de la recepción, donde el dueño escribía algún tipo de lista en un papel.

—Buenos días. He quedado con Mr. Scott y Miss Barrington, ¿puede avisarles de que ya estoy aquí?

—Buenos días, Mr. Wade. Mr. Scott acaba de salir a hacer unas gestiones, pero Miss Barrington está en la salita, acompáñeme, por favor.

El hombre lo condujo por el pasillo hasta una puerta y la abrió para que pasara. La salita, como indicaba su nombre, era pequeña y con el fuego que ardía en el hogar resultaba muy acogedora. Aparte del resplandor de las llamas, solo estaba iluminada por un par de lámparas de mesa, por lo que, al principio, Zane, que todavía estaba deslumbrado por la blancura cegadora de la nieve, no vio a nadie.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra que reinaba en la estancia, descubrió la silueta de una mujer que, de pie junto a la ventana, contemplaba aparentemente absorta el ajetreo de la calle. Los ojos ambarinos se posaron en el elegante sombrero que le cubría el pelo por completo, recorrieron el torso esbelto enfundado en una ajustada chaquetilla de terciopelo granate que terminaba en una cintura inverosímil, de tan estrecha que era, a partir de la cual la falda, del mismo material, caía en amplios pliegues a su alrededor. De inmediato, la descartó y siguió buscando por la habitación.

En ese momento, la mujer de la ventana se dio media vuelta y se lo quedó mirando.

—¿Buscaba a alguien? —La voz, grave y sensual, tenía el acento distinguido de las clases altas del Este.

Zane giró la cabeza hacia ella y, de pronto, se quedó muy quieto. La belleza de la desconocida cortaba el aliento, pero apenas unos segundos después, comprendió que la desconocida no era tal; los grandes ojos azules tenían el mismo brillo travieso que había visto mil veces en los ojos de Tam.

—¿Tam...? —preguntó vacilante, todavía no podía creer que esa mujer de rostro angelical fuera el mismo diablillo que se había despedido de él, con el rostro empapado de lágrimas, hacía algo más de un año.

Una cálida sonrisa distendió los labios sensuales, y el hoyuelo que tan bien recordaba se marcó más pícaro que nunca.

—Te he sorprendido, ¿verdad? ¿Crees que estoy guapa?

La comisura derecha de la boca masculina subió unos milímetros. No había duda; esa hermosa criatura no era otra que la pequeña Taima.

—Guapa no... —La sonrisa desapareció en el acto, para reaparecer más cálida que nunca en cuanto escuchó las siguientes palabras—: Estás bellísima.

—¿De verdad?

Zane se llevó una mano al corazón.

—De verdad.

—Bien —dijo claramente satisfecha y, antes de que él pudiera reaccionar, se arrojó contra su pecho y se abrazó con fuerza a su cintura diciendo con una voz en la que latía un sollozo—: Por fin. Te he echado tanto de menos...

De inmediato, los brazos de Zane se cerraron en torno al cuerpo esbelto y aspiró el exquisito aroma floral que desprendían los cabellos todavía ocultos debajo del elegante sombrerito, sintiéndose sorprendido por el ramalazo de inesperada ternura que lo asaltó.

En ese momento, Taima separó el rostro de su pecho, lo alzó hacia él, cerró los ojos y frunció los labios en una muda invitación. El

músculo delator vibró una vez más en la comisura de la boca masculina antes de que Zane posara una mano sobre la delicada mandíbula y se inclinara sobre esa otra boca que se le ofrecía llena de inocencia.

Solo pretendía darle un casto beso de bienvenida, pero en cuanto rozó con los labios esa boca sensual, un latigazo de deseo lo golpeó con fuerza y, sin pensar, apretó más el brazo alrededor de la estrecha cintura y la obligó a separar los labios con la punta de la lengua. Apenas oyó la exclamación que brotó de la garganta femenina; la sangre se le agolpaba en los oídos con un rugido que no tenía nada que envidiar al de un mar tormentoso, y siguió besándola con la misma pasión hasta que una tosecilla le hizo levantar la cabeza en el acto.

—Veo que ya se han reencontrado.

El comentario ocioso de Henry J. Scott, pronunciado en un tono ligeramente burlón, hizo que, por primera vez en años, Zane Wade notara el ardiente calor del rubor en la punta de las orejas. De mala gana, se apartó de Taima, que lo miraba aturdida, aunque siguió rodeándole la cintura con el brazo.

—Encantado de volver a verlo, Mr. Scott. —Al contrario que su esposa, había recuperado la compostura casi en el acto. Le tendió la mano que tenía libre y el abogado se la estrechó con firmeza.

—Buenos días, Miss Barrington. —El abogado posó los ojos en el rostro colorado de la joven—. Espero que haya dormido bien.

Su respuesta fue un balbuceo aturullado, que hizo que Henry J. Scott contuviera una sonrisa.

—Mrs. Wade, si no le importa.

Al oír esas palabras, pronunciadas en tono indiferente, el abogado entrecerró los ojos y examinó al hombre que tenía delante, cuya expresión no traicionaba ni uno solo de sus pensamientos.

—¿Está seguro?

Zane se giró para mirar a Taima.

—Después de este cálido recibimiento doy por sentado que deseas seguir casada conmigo, ¿no es así, esposa?

Pero ella parecía incapaz de pronunciar una sola palabra. Por fin, tragó saliva y se limitó a asentir con la cabeza.

—Miss Barring... quiero decir, Mrs. Wade, ya sabe que está en sus manos poner fin a este matrimonio si así lo desea. No tiene más que firmar el documento del que le hablé y los dos podrán seguir su camino sin mirar atrás.

Zane no se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento hasta que la vio negar con la cabeza, momento en el que soltó el aire despacio.

—No, gracias, Mr. Scott. —Su tono era firme y de nuevo percibió

ese distinguido acento de las clases altas que tanto le había sorprendido—. Como ya le dije a mi abuelo y a usted mismo en innumerables ocasiones, soy la esposa del lobo y quiero seguir casada con él.

El abogado los examinó a ambos con una mirada calculadora y dijo por fin:

—Bien, en ese caso, traeré los papeles del fideicomiso para que Mr. Wade los firme...

—No se moleste, Mr. Scott. Ya le dije que no voy a tocar el dinero de mi mujer.

Taima frunció el ceño.

—¿Por qué no? El reverendo Michaelson dice que los esposos tienen que compartir sus bienes.

—Te lo agradezco, Tam, pero prefiero seguir como estoy.

—Creo que en este caso se equivoca, Mr. Wade. Nunca se sabe cuándo puede necesitar ese dinero; un periodo de sequía que se alarga, una enfermedad del ganado, qué se yo... —Mr. Scott hizo un gesto con la mano.

—Mr. Scott tiene razón, la que no lo necesito soy yo. Así que si tú no lo quieres, yo tampoco. —Los labios sensuales se fruncieron en esa mueca testaruda que Zane conocía tan bien.

—Veo que te has vuelto una contestataria, esposa —dijo con un brillo burlón en los ojos.

Taima se encogió de hombros.

—Quizá. Ahora soy una señorita.

Zane enarcó una ceja.

—Así que, según tú, las señoritas pueden decirles a sus esposos lo que tienen que hacer...

—En este caso sí —respondió con aplomo—. Cuando yo no tenía nada tú me lo diste todo y ahora que yo tengo algo, quiero compartirlo contigo. Así hacen los esposos.

Al oír aquello, todo rastro de burla desapareció de su expresión. Con gesto serio, Zane cogió la pequeña mano de su mujer y se la llevó a los labios con un gesto galante.

—Será como tu dices, esposa. —Y depositó un cálido beso en el dorso.

Ella le dirigió otra de esas deslumbrantes sonrisas y, Zane tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no cogerla de nuevo entre sus brazos y besarla con la misma pasión con que lo había hecho hacía unos minutos, pero, una vez más, la voz del abogado le hizo recuperar el control.

—Bien está lo que bien acaba —dijo Mr. Scott frotándose las manos con aire de satisfacción—. Me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo. Subiré a mi habitación a coger los documentos. Imagino

que con el aspecto que tiene el cielo no pretenderá regresar hoy al valle, ¿no es así Mr. Wade?

La mano de su esposa se aferró a la manga de su camisa y le dio un ligero tirón.

—Oh, no, lobo —dijo en un susurro urgente—. Volvamos al valle hoy mismo. No puedo esperar más.

Los ojos ambarinos se clavaron en la ventana; en efecto, el cielo había adquirido un pesado tono plomizo que anunciaba una nueva nevada. Luego se posaron en el rostro suplicante de su mujer.

—Va nevar y todavía tienes que estar cansada del viaje, ¿seguro que no quieres que lo dejemos para mañana?

—Seguro. Me abrigaré bien.

Zane dudó unos segundos, pero finalmente, se volvió hacia Mr. Scott.

—Si no le importa, Mr. Scott, apresúrese. En cuanto firmemos los documentos que sean necesarios y mi esposa recoja algunas de sus cosas, regresaremos al valle.

—Y ¿qué pasará con el resto del equipaje de Miss Barring... digo de Mrs. Wade? —Era evidente que a Henry J. Scott no le gustaban las prisas, pero debió de comprender que su interlocutor había tomado una decisión y que sería inútil tratar de convencerlo de esperar al día siguiente.

A Zane no le costó adivinar los más íntimos temores de Henry J. Scott; seguramente en su primera visita el rancho del valle le había parecido un lugar agradable, pero en extremo modesto. Por entonces, la casa era pequeña y apenas estaba amueblada. Lo más probable era que le asustara la idea de que su querida Miss Barrington, acostumbrada en el último año a los lujos y las comodidades de la mansión de Baltimore, pudiera arrepentirse de su decisión.

—En cuanto escampe, puede traerlo usted mismo en el carruaje. No hay prisa, disfrute de las comodidades del hotel. Luego le invito a pasar todo el tiempo que desee en Green Valley, prometo mostrárselo a fondo. Creo que se quedará más tranquilo sabiendo que Mrs. Wade está en buenas manos.

Notó que Taima lo besaba en el brazo y se volvió hacia ella, sonriente.

—¿Satisfecha, esposa mía?

—Oh, sí. —El precioso rostro juvenil estaba radiante y se apoyó un poco más contra su brazo.

—En ese caso, estaré encantado de aceptar su invitación, Mr. Wade. —Dio la sensación de que al abogado se le había quitado un gran peso de encima—. Ahora iré a buscar esos papeles.

Salió a toda prisa de la habitación dejándolos de nuevo a solas.

—Y bien, esposa mía, ¿por dónde íbamos antes de que nos

interrumpieran?

Las mejillas de Taima adquirieron un atractivo tono rosado, pero, sin apartar los ojos de los suyos, se puso de puntillas, apoyó las palmas de las manos sobre el pecho masculino y, una vez más, le ofreció su boca.

21

Zane miró hacia atrás preocupado. Las rachas de viento aumentaban poco a poco de intensidad, pero Taima, bien envuelta en una favorecedora capa con capucha de terciopelo oscuro forrada de piel, lo seguía de cerca a lomos de la pequeña yegua. A mitad de camino empezó a nevar y, de nuevo, se arrepintió de no haberle hecho caso al abogado y haber esperado en una de las cómodas habitaciones del hotel a que mejorase el tiempo.

—¡¿Vas bien?! —gritó para hacerse oír por encima del viento.

—Perfectamente. —Le llegó en el acto la respuesta y, al volverse a mirarla una vez más, descubrió ese brillo salvaje en los ojos azules, que contrastaba de un modo violento con el aspecto de dama distinguida y formal que le daba la lujosa capa.

Les llevó el doble de tiempo de lo habitual llegar al rancho, pero, por fin, después de dejar los caballos en el establo al cuidado de O'Hara —que pareció derretirse al recibir también uno de esos cariñosos abrazos que su esposa prodigaba, bajo la mirada deslumbrada del joven Mick que la miraba boquiabierto, como si fuera incapaz de apartar los ojos de ella—, entraron en la casa y entre los dos empujaron la puerta hasta conseguir cerrarla.

—Hogar dulce hogar.

Satisfecho al ver que Mick había seguido sus órdenes de conservar un buen fuego en la chimenea hasta que él regresara, Zane dejó caer al suelo las pesadas alforjas en las que su esposa había guardado lo más necesario, se quitó la pelliza y el sombrero y, siguiendo el ritual de costumbre, los sacudió con fuerza antes de colgarlos en una de las perchas. Luego se volvió a ayudar a su esposa, que seguía con la capa puesta pese a que el terciopelo oscuro ahora estaba casi blanco y rígido por el frío, y miraba a su alrededor fascinada.

Zane trató de ver los cambios que se habían producido en el último año a través de los ojos de su mujer. La sala, ampliada de modo considerable por la reforma, ahora estaba separada de la cocina por un tabique y había muebles nuevos: un confortable sillón de cuero junto a la mecedora y un aparador en el que guardaba la vajilla

desparejada que usaba a diario.

—Ha quedado precioso. —Taima, que al menos se había quitado los guantes empapados, acarició con la mano el respaldo del sillón.

—Vamos, quítate eso o cogerás una pulmonía.

Zane apartó los dedos trémulos que luchaban en vano con las cintas congeladas, y él mismo deshizo el lazo del cuello y sacudió con fuerza la capa antes de colgarla en la otra percha. En cuanto terminó, entrelazó los dedos helados con los suyos que, salvo en contadas ocasiones, nunca perdían la calidez y la arrastró consigo para que viera el resto de las novedades.

Entre O'Hara y él habían abierto un hueco en una de las paredes de troncos y ahora la casa tenía dos dormitorios más y, gracias al empeño de Zane, que había copiado la idea del hotel de Sweetmeadow sin hacer caso de las dudas del irlandés, un cuarto de baño al fondo, con una letrina bien ventilada para no tener que salir al exterior en los fríos días de invierno y una enorme tina de cobre en la que poder disfrutar de un baño con agua caliente de vez en cuando.

—Oh. —Los grandes ojos lo miraban todo llenos de asombro.

—Como verás, salvo los de la sala, no he comprado muchos muebles. Quería que, si finalmente decidías quedarte, lo pusieras todo a tu gusto.

Una vez más, Taima giró el rostro y lo besó en el brazo.

—Me encantan los cambios que habéis hecho.

Los ojos azules tenían el brillo de las lágrimas y al verlo, un cierto nervioso, nada propio de él, lo invadió de repente y tuvo que aclararse la garganta con fuerza antes de decir:

—Ahora prepararé la cena y luego descansarás. Tienes que estar agotada. —La joven no lo negó y se tapó la boca para ocultar un bostezo, pero insistió en ayudarlo. Él no se lo permitió y la obligó a sentarse en la mecedora frente al fuego—. Quédate aquí hasta que la cena esté lista.

O'Hara había dejado un caldo en la fresquera, queso y algo de pan duro. Zane puso el caldo al fuego, le añadió el queso, el pan y una cebolla casi seca que encontró en el fondo de una cesta en la alacena.

—A comer —dijo en cuanto hubo terminado de poner la mesa, pero Taima no se movió.

Sin hacer ruido, se acercó al fuego y vio que su joven esposa estaba profundamente dormida. La contempló un rato en silencio. Taima había cumplido con creces la promesa de convertirse en una belleza. La piel de su rostro había perdido el tono dorado, y era de una blancura sin tacha. Las pestañas oscuras ocultaban los preciosos ojos azules y un mechón de pelo rubio oscuro se le había escapado del recogido y cosquilleaba los labios entreabiertos; con delicadeza, se lo colocó detrás de la oreja, pequeña y perfecta. Al cabo de un rato, la

sacudió del hombro con suavidad.

—Taima...

Las largas pestañas se agitaron y, por fin, abrió los ojos. Por unos segundos, no pareció ser consciente de dónde estaba, pero de pronto, los labios rosados se distendieron con lentitud.

—Lobo...

El amor que brillaba en los ojos azules era inconfundible y, por unos segundos, Zane sintió un escalofrío de algo muy parecido al miedo. Haciendo un esfuerzo, recuperó el control y dijo con suavidad:

—La cena está lista.

Ella se espabiló al instante.

—Perfecto, estoy hambrienta. —Se puso en pie de un salto y Zane se preguntó si la tierna emoción que había leído en sus ojos era real o solo la había imaginado.

Se sentaron frente a los cuencos humeantes y, en un silencio amigable, dieron buena cuenta de aquella sencilla pero deliciosa sopa. Cuando terminaron ella insistió en ayudarlo a recoger, luego Zane se agachó a coger las alforjas del suelo y la condujo al dormitorio principal.

—¿Necesitas algo? —Ella tenía los ojos fijos en la cama, que parecía llenar la habitación, y negó con la cabeza sin mirarlo—. Bien, entonces te dejaré tranquila y volveré dentro de un rato.

Zane regresó a la sala y se sentó en el sillón frente a la chimenea. Desde allí podía oír los ruidos que hacía ella mientras se preparaba para ir a la cama y tuvo que apretar los puños para refrenar su impaciencia; llevaba demasiado tiempo sin gozar del calor de una mujer. Pero Taima no era una mujer cualquiera, se recordó, era su esposa y, además, era virgen. Inspiró y espiró despacio. Era preciso que conservara el control; lo último que quería era asustarla con su ardor. Esperó hasta que los ruidos cesaron antes de ponerse en pie y dirigirse al dormitorio.

Taima se despertó desorientada, una débil claridad entraba por la ventana y, nada más abrir los párpados, sus ojos chocaron contra un vigoroso pecho masculino. Una fina línea de vello oscuro partía en dos la piel pálida que se tensaba sobre una amalgama de músculos bien definidos. Sobresaltada, miró hacia arriba y descubrió el brillo ambarino de unos ojos que la observaban con una intensidad que le resultó ligeramente inquietante mientras los labios firmes esbozaban una sonrisa perezosa.

—Buenos días... —La voz grave retumbó contra la palma de la

mano que tenía apoyada sobre el cálido pecho.

—Bue... nos dí... días —balbuceó mientras trataba de recordar frenética qué era, exactamente, lo que había pasado la noche anterior en esa cama.

—Nada de nada —dijo el lobo como si le hubiera leído los pensamientos.

Taima tragó saliva.

—¿Nada?

—Hmm, hmm. —Negó con la cabeza.

Nerviosa, se pasó la punta de la lengua por los labios, pero al ver el interés con el que los ojos ambarinos se clavaban en ellos, los apretó con fuerza.

—Voy... voy a preparar el desayuno. —Trató de incorporarse, pero los brazos del lobo la rodeaban y se lo impidió apretándola un poco más contra sí.

—No tan deprisa, esposa. Sigue nevando, así que hoy podemos quedarnos en casa todo el día. Si surge algo importante, están O'Hara y Mick para solucionarlo. Te recuerdo —añadió en un susurro ronco que hizo que se le pusiera la carne de gallina mientras, con dedos hábiles, le deshacía la trenza que se hacía siempre para dormir— que ayer íbamos a celebrar, por fin, nuestra noche de bodas.

—Y ¿no...?

—No. Cuando fui a acostarme dormías como un tronco.

—¿Por qué no me despertaste?

—Lo intenté, créeme, pero si no hubiera sido porque te latía una vena en la muñeca, habría pensado que estabas muerta.

—Entonces... —En el rostro femenino podía leerse algo que era mitad alivio mitad expectación.

—Entonces, te he dejado dormir, pese a que yo apenas he pegado el ojo, pero ahora... —Como había hecho ella, dejó el resto de la frase en el aire y le acarició la mejilla con la punta de la nariz. Sus dedos seguían enredados en los largos cabellos oro oscuro que ahora se desparramaban encima de la almohada.

—Ahora... ¿qué? —El corazón de Taima latía a toda velocidad con una mezcla de temor y anticipación.

—Ahora, esposa, deberás resarcirme. ¿Conoces el significado de esa palabra?

Su interlocutora chasqueó la lengua con impaciencia como si la duda la ofendiera y, alzando la pequeña nariz en el aire, dijo con su mejor acento de la costa Este:

—Pues claro, he leído a Shakespeare. Significa que tendré que compensarte.

—Ah, cómo me gusta tener una esposa tan culta. —Esta vez, el lobo deslizó la yema del pulgar por su labio inferior con lentitud.

La delicada caricia le produjo un escalofrío y Taima lo miró con el ceño fruncido, tratando de disimular su turbación.

—Te estás riendo de mí.

—¿Yo? —dijo con fingida sorpresa—. Te equivocas. Estoy muy serio.

La joven se mordió el labio inferior con fuerza, en un intento de mitigar el curioso cosquilleo que sentía.

—Y ¿cómo te...? Quiero decir que cómo... —Estaba tan nerviosa que no le salían las palabras.

—Quieres saber cómo puedes resarcirme, ¿no es así? —Ella asintió en silencio, con cara de susto—. No es complicado, solo tendrás que hacerme el amor.

Al instante le vinieron a la cabeza las palabras que su amiga Violet había escrito en una de sus cartas: «No, querida amiga, hacer el amor no tiene nada que ver con lo que hacen los caballos. Hacer el amor, con la persona a quien más quieres en el mundo es... lo más maravilloso que puedas imaginar y, aún así, te quedarías siempre corta», y notó que se ponía roja.

—Pero yo no sé cómo se hace el amor —dijo en un susurro hosco; no le gustaba sentirse en desventaja.

—Es fácil. ¿Ves tu mano? —Ella se miró la mano, que todavía estaba apoyada contra el pecho masculino y asintió—. Acariciame.

Taima contuvo el aliento unos segundos, antes de soltarlo y deslizar la mano por aquel pecho poderoso con mucho cuidado, como si temiera hacerle daño.

—¿Así? —preguntó dubitativa.

—Exactamente así. —La voz del lobo sonó todavía más ronca.

Al oírlo, Taima siguió acariciándolo con mayor confianza. Le gustaba el calor que desprendía esa piel que ahora era pálida y en verano adquiría el color del bronce pulido, y también el ligero temblor de los músculos bien definidos cuando los dibujaba con las yemas de los dedos. Muy concentrada en su tarea, trazó las líneas de las clavículas y los contornos de los pectorales, duros como piedras. Cuando pasó la yema del pulgar sobre una de las tetillas oscuras, esta se frunció al instante y el lobo lanzó una exclamación ahogada. Asustada, apartó la mano en el acto.

—¿Te he hecho daño?

—No.

—¿Estás seguro? —Lo miró preocupada.

Ahora fue el lobo el que le acarició el pezón con el pulgar por encima de la fina tela del camisón y, en esta ocasión, fue ella la que lanzó una exclamación.

—¿Te he hecho daño? —La miró con inocencia.

Taima lo miró sorprendida respirando a toda velocidad por los

labios entreabiertos.

—No... —Negó con la cabeza—. Creo... creo que no.

—¿No estás segura? —El pulgar masculino seguía trazando pequeños círculos sobre el pezón y de su garganta surgió un suave jadeo.

—N... no. —Su pecho subía y bajaba cada vez más agitado por debajo del camisón.

—¿Quieres que pare?

—¡No!

Los dientes blancos del lobo relampaguearon un segundo.

—Entonces, seguiré —susurró contra su boca antes de besarla de lleno en los labios mientras su dedo seguía torturando el erguido pezón por encima de la tela.

Cuando por fin esa mano cálida dejó de atormentar su pecho, Taima estaba medio mareada, pero el alivio o lo que fuera no duró mucho tiempo porque de inmediato el lobo la deslizó a lo largo de su costado y la introdujo bajo el ruedo del camisón, posándola en su muslo desnudo.

Una vez más, una exclamación escapó de sus labios.

—¿Sigo? —El ronroneo de su torturador le hizo cosquillas en el oído.

—No... ¡Sí!... No estoy... segura —dijo con voz entrecortada.

El lobo chasqueó la lengua varias veces.

—Vaya, eso resulta contradictorio; no sé muy bien qué hacer. —Pero a pesar de sus palabras, esos dedos osados siguieron su recorrido hacia arriba trazando círculos sobre la suave piel.

—¡Lobo!

—¿Quieres que pare? Una pena, justo ahora venía lo mejor...

Aquel ronroneo incitante sumado a esas cosas raras que los dedos masculinos hacían en una parte de su cuerpo a la que hasta ese momento no le había prestado demasiada atención amenazaban con volverla loca.

—¡No! Oh, no, por favor.

La súplica sonó como un sollozo. Taima se aferró al cuello masculino con todas sus fuerzas y se arqueó contra él mientras una pequeña explosión allí donde el lobo la estaba tocando sacudía su cuerpo. Cuando pasó, hundió el rostro en el cuello masculino respirando a toda velocidad.

—Hum. Parece que te ha gustado, entonces seguiremos.

¿Seguiremos? Taima jadeó desconcertada. ¿Acaso no habían terminado ya? No creía que pudiera soportar otra de esas extrañas explosiones.

—Lobo, yo...

—Lo sé, quieres seguir, pero te da vergüenza pedirlo. —Esta vez,

el lobo atrapó con ambas manos el ruedo del camisón y con un movimiento rápido se lo sacó por la cabeza.

Eso no se lo esperaba y Taima miró hacia abajo atónita.

—¡Lobo! Estoy... estoy desnuda —dijo en un susurro urgente como si pensara que alguien pudiera oírla.

—Oh, cielos, tienes razón, es terrible. Estás desnuda y yo todavía estoy vestido en parte. —Con la misma rapidez, se bajó los calzoncillos y los arrojó al otro lado de la habitación—. Mucho mejor. Ahora yo también estoy desnudo, así que nadie podrá escandalizarse por ello.

Ese comentario le arrancó a Taima una risita nerviosa, pero cuando él se pegó contra ella, el calor que emanaba de ese cuerpo, duro y viril, la hizo recuperar la seriedad al instante.

—¿Seguimos? —susurró provocativo en su oreja una vez más.

El juego perverso de aquel hombre, que se reía de ella sin disimulo, la estaba haciendo perder la cabeza. Taima sabía que en muchas ocasiones la mejor defensa era un buen ataque, así que, como hacía siempre ante una situación peligrosa, se dejó llevar por su instinto. Despacio, deslizó la mano por el costado masculino subiendo y bajando por cada una de las costillas hasta llegar a la cadera y posarla, por fin, en esas nalgas que tenían la misma consistencia que las rocas de granito pulidas por el flujo constante del agua del río. Sin embargo, una vez satisfecha su curiosidad no se detuvo ahí, sino que siguió explorando hasta llegar a esa dureza desconocida que ahora se apretaba contra su estómago y la acarició con delicadeza.

De la garganta del lobo surgió un gemido que no parecía de dolor y, envalentonada, Taima cerró los dedos en torno a esa parte de su cuerpo que había visto por primera vez aquel día en la charca y preguntó en el mismo tono inocente que él había empleado unos minutos antes:

—¿Quieres que pare?

—¡Ni se te ocurra, pequeña bruja!

En un movimiento relámpago, el lobo rodó con ella hasta quedar encima y la besó con un ardor que no había hecho más que aumentar con aquellos juegos previos. Taima se aferró a su cuello y le devolvió el beso con el mismo ardor. Siguieron besándose y acariciándose con un abandono cada vez mayor hasta que el lobo separó la boca de la suya, se incorporó sobre los antebrazos sin hacer caso de sus protestas y, aprisionándola en su mirada, susurró:

—Si sigo ya no habrá vuelta atrás, ¿quieres que pare?

Los ojos azules le devolvieron la mirada con la misma intensidad.

—No. Quiero ser tu esposa. Para siempre.

—Sea como tú quieres, esposa.

Taima nunca olvidaría los minutos que siguieron: la sorpresa de

sentir esa presión insólita a la entrada de su cuerpo, el súbito dolor, la lluvia de besos que él depositó a lo largo de su cuello mientras esperaba a que se le pasara un poco, sin dejar de acariciarla; la indescriptible sensación de tenerlo por fin dentro de ella, la infatigable delicadeza que mostró su esposo en todo momento, el calor creciente que la llevó hasta un estado que, sin ella saberlo, alguien había bautizado casi un siglo antes como «combustión espontánea»; el modo en que él la estrechó con fuerza contra su pecho hasta que se desvanecieron las últimas sacudidas de aquel terremoto devastador y, por fin, la extraordinaria felicidad de quedarse dormida entre sus brazos.

22

Los siguientes meses pasaron para Taima en una especie de ensueño. Violet tenía razón; hacer el amor con la persona a quien más amas en el mundo era lo más maravilloso que podía imaginarse y, aún así, nunca habría sido capaz de imaginar lo maravilloso que era realmente.

El lobo, tan frío en algunos sentidos, en aquel aspecto tenía un apetito voraz, y Taima a quien, salvo por las enseñanzas de Miss Lindsay —quien, por otra parte, jamás habría hecho referencia a un asunto tan peliagudo—, nadie había tratado nunca de inculcarle ningún tipo de convención social al respecto, no le iba a la zaga.

A la joven no le escandalizaba en absoluto que le hiciera el amor a todas horas, de día o de noche, en la cama o contra el tronco de uno de los robles que rodeaban la charca, medio vestidos o desnudos por completo. En cierta ocasión, el joven Mick había estado a punto de sorprenderlos en el establo y habían tenido que ocultarse precipitadamente debajo de una montaña de heno mientras el lobo le tapaba la boca con una mano para que su risa no los delatara.

A menudo, el lobo se burlaba de ella, llamándola «mi pequeña salvaje» mientras se preguntaba en alto, fingiendo preocupación, qué pensaría el reverendo Michaelson de esa actitud desvergonzada. Taima que en la mayoría de estas ocasiones solía estar apenas cubierta con una de las camisolas de encaje semitransparente de su ajuar de Baltimore y el cabello suelto sobre los hombros —una combinación que ya había notado que parecía enloquecerlo— lo miraba con una expresión entre inocente y contrita, aunque el brillo salvaje de los grandes ojos azules desmentía cualquier rastro de arrepentimiento, y en cuanto él terminaba su sermón puritano, le echaba los brazos al cuello y lo besaba hasta hacerle perder el control una vez más.

La joven había retomado sus tareas en el rancho sin hacer caso de las protestas de O'Hara, que consideraba que una dama no estaba para hacer según qué cosas, aunque los trabajos más duros de Tam recaían ahora en el joven Mick, quien la seguía por todas partes como un cachorro enamorado. Entre las labores del rancho; las veladas al calor

de la chimenea durante las largas noches invernales, en las que animadas conversaciones sobre todo tipo de temas —aunque la historia de la joven América, en la que el lobo era todo un experto, era uno de los favoritos de Taima— habían sustituido a las clases de lectura y escritura; y hacer el amor a todas horas, el invierno había dado paso a la primavera casi sin sentir. La nieve se derretía a toda velocidad y el valle se cubrió de flores, y Taima, quien todas las mañanas a primera hora salía a cabalgar a lomos de *Nizhoni* sola o en compañía del lobo, daba gracias al Dios cristiano y al dios de los Nei Me, por permitirle vivir en el paraíso.

Esa mañana los hombres habían estado ocupados con los terneros que acababan de nacer y sus madres, y ella había aprovechado para salir a recolectar plantas y hierbas medicinales para reponer las reservas que guardaba en tarros de cristal en la alacena, que el largo invierno había mermado. Con el zurrón de cuero lleno, se detuvo cerca del corral y miró a los hombres que trabajaban en él, aunque, de inmediato, sus ojos se posaron en el más alto de todos, que hoy llevaba una camisa azul, en la que el sudor pintaba algunas sombras, remangada hasta los codos dejando al aire los morenos antebrazos y unos polvorientos pantalones de faena, fabricados por un tal Levi Strauss —uno de tantos regalos que ella le había traído de Baltimore —, que ponían de relieve las largas piernas musculosas.

«Mío», saboreó el posesivo como hacía siempre.

Como si le hubiera quemado la nuca con el fuego de su mirada, el lobo se dio media vuelta y, al verla allí parada a lomos de *Nizhoni*, dejó lo que estaba haciendo y se acercó con ese caminar seguro y ligeramente amenazador que lo caracterizaba. Cuando estuvo junto a ella, se echó el sombrero un poco hacia atrás y clavó los ardientes ojos ambarinos en su rostro.

—Buenos días, esposa mía, creo que nunca te había visto tan bella como en este momento.

Taima frunció los labios en una mueca burlona.

—Muchas gracias, esposo, pero esta mañana me dijiste algo parecido y también ayer por la mañana y antes de ayer, si no recuerdo mal...

—No puedo evitar repetirme, esposa, eres una mujer muy bella. — En efecto, con la falda pantalón de paño marrón y la larga trenza rubia cayéndole por encima de uno de los senos que se marcaban debajo de la elegante camisa blanca, Taima estaba preciosa y el brillo ardiente de los ojos ambarinos al recorrerla con una mirada posesiva no dejaba lugar a dudas—. En especial, me viene a la mente tu imagen esta mañana cuando el primer rayo de sol del amanecer nos despertó...

Taima se mordió el labio inferior y enrojeció ligeramente.

Atesoraba en su memoria todas y cada una de las veces que habían hecho el amor, pero aquella mañana, después de poseerla una vez, el lobo, sin apenas dejarle tiempo para recuperarse, la había poseído una segunda como si no pudiera saciarse de ella y, cuando terminaron, Taima, sin aliento y sudorosa, había susurrado contra el pecho masculino las palabras «te amo».

—Veo que tú también te acuerdas.

Al oír su tono burlón recuperó la compostura, aunque sus mejillas seguían sonrojadas, y dijo en tono displicente:

—Vagamente tan solo.

La replica mordaz lo hizo echar la cabeza hacia atrás y soltar una explosiva carcajada. Aquel gesto era tan inusual en él que Taima lo miró fascinada y tanto O'Hara como Mick que, aunque trataban de disimularlo, estaban más pendientes de ellos que de lo que se traían entre manos en ese momento, clavaron en su patrón unos ojos incrédulos. Sin prestarles la menor atención, el lobo rodeó la esbelta cintura de su esposa con las manos y la bajó del caballo como si no pesara nada, pero en vez de dejarla en el suelo, la sostuvo en el aire.

—Eso ha dolido, esposa. Tendrás que resarcirme y ya sabes cómo me gusta que lo hagas... —De nuevo habló en voz baja y los otros, pese a que agudizaron los oídos, tampoco pudieron oír nada esta vez.

Taima contuvo una sonrisa, pero no pudo evitar que el hoyuelo se marcara en la comisura de su boca. Los ojos del color del ámbar se posaron en ese hoyito delator y, como si de pronto se hubiera olvidado de las miradas curiosas dirigidas hacia ellos, la atrajo hacia sí y la besó en la boca con avidez. Taima respondió a su caricia sin reservas y cuando, un rato después, se separó de ella con una ligera expresión de aturdimiento, los ruidosos silbidos de Mick y de O'Hara hicieron que las mejillas de Taima se incendiaran y que el rubor colorease las orejas masculinas, pero, como de costumbre, el lobo se repuso en seguida y, volviéndose hacia los otros dos, que se daban codazos sin disimulo ordenó:

—Se acabó el espectáculo, ¡todo el mundo a trabajar!

O'Hara se llevó una mano al ala del sombrero en un saludo burlón y se alejó hacia el establo, pero el joven Mick continuó mirándolo con una sonrisa maliciosa hasta que la intensidad de la mirada amarillenta de su patrón se la borró de golpe y, farfullando algo que sonó como una disculpa, se apresuró a seguir al viejo irlandés al establo.

Ya sin mirones inoportunos, Zane la sujetó por la punta de la trenza, rozando de paso el pecho juvenil en una caricia apenas perceptible que, sin embargo, hizo que las pupilas femeninas se dilataran.

—Llevamos meses de duro trabajo y he decidido que sería bueno tomarnos un descanso.

—¿Un descanso? —Aquel sorprendente comentario la hizo olvidarse por unos segundos de la punzada de deseo que el más leve roce de los dedos de su esposo producía en ella.

Su evidente sorpresa hizo que la comisura de la boca masculina se alzara en una media sonrisa de lo más atractiva.

—Veo que no soy mejor patrón que cualquiera de esos esclavistas del sur. Los trabajadores tienen derecho al descanso. Hace meses que no pisas el pueblo; este sábado se celebra el baile de primavera y quiero que los habitantes de Sweetmeadow te conozcan de una vez. Al parecer se rumorea que tengo a mi esposa secuestrada en el valle. Así que bailaremos hasta el amanecer y pasaremos la noche en el hotel. ¿Te apetece la idea?

A Taima lo que pensara la gente de Sweetmeadow le resultaba absolutamente indiferente. De hecho, no había pisado el pueblo porque no estaba segura de ser capaz de contener las ganas ponerles el cuchillo en la garganta al señor Johanson o a cara-de-calavera si se encontraba con ellos. En cambio sí que había ido en varias ocasiones a visitar a su amiga Violet al rancho de los Muller, que distaba apenas quince millas del valle, pero... ¡bailar con el lobo! Los ojos azules se iluminaron de modo instantáneo.

—¡Claro que sí! —Llena de felicidad, le echó los brazos al cuello y se abrazó a él unos segundos, pero antes de que el lobo pudiera devolverle el abrazo y besarla de nuevo, se separó de él y, de un salto, se subió a la yegua.

—¡¿A dónde vas?! —le gritó él al ver que hacía girar a *Nizhoni* y le clavaba los talones de las botas en los flancos para que se pusiera en marcha.

—¡Voy a decírselo a Violet! ¿Sabes lo divertido que será que vayamos juntas al baile?

Y antes de que él pudiera protestar, se alejó al galope. Zane se quedó ahí parado, admirando la espectacular habilidad de la amazona hasta que desapareció en una curva del camino.

—Y yo que esperaba celebrar la noticia como Dios manda... —Chasqueó la lengua y movió la cabeza esbozando una sonrisa irónica dirigida a sí mismo.

❀

Zane charlaba con el dueño del almacén y dos hombres más mientras observaba a su esposa desde lejos. No podía negarse que era la mujer más hermosa que había en aquel enorme establo, iluminado con docenas de lámparas y adornado con una ingente cantidad de ramas y flores para la ocasión. Ni siquiera la señora Harris, con su

masa de rizos pelirrojos apilados encima de la cabeza y aquel vestido demasiado escotado, que hasta ese momento había sido considerada la belleza oficial de Sweetmeadow, podía compararse. Solo su amiga Violet, con su delicada belleza morena, podía rivalizar con ella.

En ese momento, ambas jóvenes charlaban con animación sin dejar de sonreír y la mayoría de los presentes, en especial los del sexo masculino, no podían apartar la mirada del bonito cuadro que componían: Taima, alta y rubia, vestida con un elegante vestido de seda color zafiro que resaltaba la figura juncal y cuyo escote recatado ponía de relieve la piel cremosa de su pecho, y Violet, morena y bajita, con un sencillo pero favorecedor vestido de organdí que le caía en amplios pliegues por debajo del pecho, ocultando apenas un avanzado embarazo.

—Ya entiendo por qué tenía tan escondida a su esposa, pillín. —Uno de los hombres con los que conversaba, que tenía los pulgares enganchados en el cinturón de cuero que rodeaba la inexistente cintura sobre el que se desbordaba una aparatosa barriga, le guiñó un ojo.

Zane no pronunció una palabra, pero clavó los ojos —que a la luz de las lámparas adquirían un ardiente matiz amarillo— en el bromista con una frialdad que helaba la sangre y el tipo se aclaró la garganta un par de veces, visiblemente incómodo.

El señor Johanson, que quería tener la fiesta en paz, se apresuró a intervenir:

—Mrs. Wade ha sufrido un cambio espectacular en este último año. Mrs. Johanson y yo hemos comentado que nunca hubiéramos imaginado que pudiera producirse una transformación tan completa. Lo felicito.

—En todo caso es a Mrs. Wade a quien debe felicitar, yo no he tenido nada que ver. Si me disculpan. —Zane inclinó la cabeza y se alejó de ellos en dirección al padre de Ted, que charlaba con este unos metros más allá.

—Ese hombre me produce escalofríos. Esos ojos... —El hombre grueso que había hablado antes se enjugó la frente sudorosa con un pañuelo no demasiado limpio.

En ese momento, los dos violinistas colocaron los instrumentos sobre sus hombros y empezaron a tocar con gran animación. Los jóvenes revolotearon como moscones alrededor de las dos jóvenes y, poco después, uno de ellos bailaba una movida danza irlandesa con Taima, que seguía los pasos con una gracia que levantaba suspiros —unos de admiración y otros de envidia— a su alrededor. Violet en cambio rechazó los avances de un joven larguirucho y de otro bajito y ya con una considerable calvicie, y lanzó una mirada de socorro a su marido, que la vigilaba como un halcón, y que se acercó a ella de

inmediato para acompañarla a una silla y traerle una bebida.

Zane siguió hablando de negocios con el señor Muller, aunque los ojos ambarinos no se apartaban de su esposa, siguiendo sus evoluciones por el amplio espacio que constituía la pista de baile. Los jóvenes y no tan jóvenes no le daban respiro a Taima, que bailó todas las piezas infatigable. Un par de mechones de pelo habían escapado del recogido y se rizaban alrededor del rostro sonriente, cuyas mejillas lucían un suave tono rosado por el ejercicio. Estaba preciosa y a juzgar por el modo en que la rodeaban, como moscas alrededor de la miel, la mayoría de los hombres presentes en aquel lugar debían de pensar lo mismo.

—Su joven esposa ha causado sensación. —Comentó el señor Muller de buen humor.

—Eso parece y mucho me temo que me voy a ver obligado a poner orden —dijo su interlocutor en tono desapasionado. La música había cesado y un par de jóvenes, algo bebidos, se empujaban con violencia en su afán de llegar primero junto a su esposa.

—Vaya, vaya usted. La juventud puede resultar explosiva si se la deja a su suerte.

Zane cogió la bebida que le tendió una amable matrona y se dirigió hacia el corrillo que rodeaba a su esposa; la gente se apartaba a su paso como si le rodeara una coraza invisible.

—Querida, te he traído esto. —Le tendió el vaso de limonada.

—¡Lobo! —Como de costumbre, los ojos azules adquirieron un brillo especial al verlo y, agradecida, dio un largo trago a la refrescante bebida, pero enseguida le dirigió una mirada de reproche ignorando, como si no existieran, a los jóvenes que se arremolinaban a su alrededor suplicándole que les concediera el próximo baile.—. ¡No has bailado ni una sola vez conmigo!

—Precisamente venía a remediarlo. Señores, me temo que tengo que llevarme a mi esposa.

Sin hacer el menor caso de las protestas, Zane le rodeó la cintura con un brazo y la condujo con suavidad hacia una de las mesas en las que se desplegaban gigantescas bandejas llenas hasta los topes de carnes frías, maíz asado, ensalada de patata y varios pasteles de ruibarbo.

—Menos mal que me has rescatado; me duelen los pies de tanto bailar y de todos los pisotones que he recibido. Hay personas a las que se les debería prohibir pisar una pista de baile de por vida —dijo al tiempo que llenaba un plato casi hasta el borde.

—Creo que esto ha escapado a tu atención... —Su marido, solícito, añadió al montón un trozo de tarta de ruibarbo y se ganó una cálida sonrisa.

—Oh, gracias. Ya sé que las señoritas deben comer como pajaritos, pero en ese aspecto prefiero seguir siendo una salvaje. ¡Estoy hambrienta!

—Así que usted misma reconoce que es una salvaje... —La voz burlona de la viuda Harris, que se había acercado a ellos del brazo de un tipo corpulento, de rostro colorado y algo cargado de espaldas, borró la sonrisa de Taima en el acto.

—Mrs. Harris... —A pesar del plato repleto de comida que sujetaba en una mano, inclinó la cabeza con un gesto condescendiente digno de una duquesa.

—Mrs. Wade. —La viuda le devolvió el gesto con mucha menos gracia, pero al instante la ignoró y centró su atención en el hombre que estaba a su lado—. ¡Zane, qué sorpresa! Hace meses que no viene a comer a mi restaurante; le hemos echado de menos.

A Taima no le gustó nada el modo en que aquella estúpida pelirroja devoraba a su marido con la mirada. Claro que tampoco le extrañó lo más mínimo; aquel gordinflón rubicundo que la acompañaba resultaba una caricatura de hombre al lado de su esposo.

—Ahora que ha vuelto mi esposa, sería un delito no comer en casa. Es la mejor cocinera que conozco. —El lobo se llevó la mano que tenía libre a los labios y la besó en el dorso al tiempo que la miraba con rendida admiración.

Los ojos de la pelirroja destellaron furiosos y Taima tuvo que hacer un esfuerzo para contener una risita malvada. Sin embargo, la señora Harris se recuperó con rapidez y se volvió hacia ella una vez más con fingida solicitud.

—¿De veras? Y qué le prepara, ¿búfalo a la parrilla? ¿Serpiente hervida? La verdad es que no tengo ni idea de lo que comen los salvajes con los que se crió, pero no me importaría que me diera alguna idea nueva, estoy cambiando la carta de mi local.

Su acompañante carraspeó visiblemente incómodo.

—Linda...

El brazo que rodeaba la cintura de Taima la ciñó con más fuerza, pero la joven no se inmutó y replicó con su acento más refinado:

—Oh, es usted muy amable, Mrs. Harris, pero me temo que la receta de serpiente me la dejé en el poblado. Tuve que escapar de allí con cierta prisa, ¿no es así, querido?

Le lanzó al lobo una mirada de adoración y notó que la pelirroja rechinaba los dientes.

—Así fue, querida. Como siempre digo, las prisas no son buenas.

—El lobo soltó aquella perla de sabiduría con el rostro muy serio y Taima, una vez más, tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa.

Divertida, notó que la viuda apretaba los labios al ver la complicidad que reinaba entre ambos, pero se rehízo enseguida y volvió al ataque:

—Tengo entendido que la casaron casi a la fuerza, debe ser terrible encontrarse en semejante situación. —Mrs. Harris movió la cabeza como si se sintiera muy apenada por aquel destino cruel.

Taima hizo un gesto airoso con la mano descartando de plano semejante posibilidad.

—¿Terrible? —Dirigió una mirada de soslayo al acompañante de la viuda y sonrió maliciosa—: Todo depende, claro está, de quién sea el afortunado...

Los ojos de la pelirroja recorrieron con visible añoranza el rostro atractivo y la imponente figura del lobo quien, conteniendo una sonrisa, se había vuelto a hablar con un ranchero de grandes bigotes blancos. Taima notó que se ponía roja, como si el fuerte contraste entre el hombre que había sido su primera elección y el hombre con el que no le había quedado más remedio que conformarse, la llenase de rabia y, a juzgar por la última andanada que le lanzó llena de despecho, cuidando de que nadie más que ella pudiese oírla, sus conjeturas no iban desencaminadas:

—¿Afortunado o desafortunado...? Quizá habría que preguntar a Mr. Wade al respecto; no creo que resulte muy agradable que te obliguen a casarte en contra de tu voluntad. Vamos, Mr. Cassidy —dijo en un tono normal—, estoy viendo allí a Mrs. Johanson y deseo hablar con ella de unas cintas que le he encargado—. La viuda y su pareja se alejaron en aquella dirección mientras esas últimas palabras, cargadas de veneno, hacían un blanco perfecto en el corazón de la mujer a la que iban destinadas.

El hombre de los grandes bigotes se alejó, y Zane se volvió de nuevo hacia ella.

—Veo que Mrs. Harris te ha dejado por fin en paz. Nunca había visto poner a alguien en su sitio con tanta elegancia, esposa. Realmente estoy muy orgulloso de ti.

Taima esbozó una sonrisa desganada, y los ojos ambarinos se clavaron en los suyos, súbitamente alertas.

—¿Ocurre algo?

—No, no. —La joven hizo un esfuerzo para hablar con aire despreocupado—. Es solo que estaba pensando que Mrs. Harris ha tenido suerte de que yo ahora sea una señorita y no lleve encima mi cuchillo.

Aquella salida le hizo sonreír.

—En efecto, no sabe lo que afortunada que ha sido. —Le ofreció el

brazo con gesto galante—. ¿Te parece que nos sentemos para que puedas dar cuenta del contenido de ese plato con tranquilidad?

—Buena idea. Mira, allí al lado de Violet y su esposo hay unas sillas libres.

Tomaron asiento junto a ellos y pasaron un rato muy agradable charlando y riendo. Cuando los músicos, después de un largo descanso, cogieron de nuevo sus instrumentos, Taima había recuperado la alegría.

En cuanto sonaron las primeras notas, Zane se puso en pie y se inclinó ante ella.

—¿Me concede este baile, Mrs. Wade?

—Estaré encantada de bailar con usted, Mr. Wade.

Violet y su marido intercambiaron una mirada divertida y contemplaron a la espectacular pareja que se alejaba en dirección a la pista de baile y se unía a otras parejas que ya giraban al ritmo de un vals.

Al principio bailaron en silencio, sin dejar de mirarse a los ojos mientras Zane la guiaba con pericia.

—Bailas muy bien, esposa.

—Tú sí que bailas bien.

Los ojos ambarinos la miraron divertidos.

—Pareces sorprendida.

—Como no has bailado con nadie en toda la noche pensé que no sabías.

Con habilidad, Zane la hizo girar con rapidez para esquivar a una pareja bastante torpe que estuvo a punto de chocar con ellos.

—Entonces, ¿te gusta que bailemos juntos? —susurró sin apartar los ojos de los suyos.

Ella asintió sonriéndole con calidez.

—Es más, después de este vals no me gustaría tener que bailar con otro de esos torpes. Solo quiero bailar contigo.

El brazo que rodeaba su cintura la apretó un poco más contra sí. El lobo acercó la boca a su oreja y las palabras le cosquillearon en el interior del oído.

—Se me ocurre, esposa, que podríamos irnos a nuestra habitación del hotel y hacer algo todavía mejor que bailar...

Taima echó la cabeza un poco para atrás para mirarlo y arqueó las cejas con gesto de incomprensión, aunque el brillo travieso de los grandes ojos azules la traicionaba.

—No puedo imaginar a qué te refieres, esposo.

Este volvió a inclinarse sobre su oreja. A medida que hablaba, el color rosado de las mejillas de Taima se transformó un furioso rubor. A los numerosos espectadores que estaban pendientes de la atractiva pareja no se les escapó el modo en que los dedos delicados

abandonaban el hombro masculino y se enredaban en los rizos negros de su nuca, ni tampoco que el hombre que giraba con la preciosa joven entre sus brazos la apretaba contra sí un poco más. Algunos de ellos suspiraron con benevolencia, recordando los lejanos tiempos en los que ellos también habían sido unos recién casados, mientras que otros...

—¿Es que no les da vergüenza? ¡Solo les falta pedir que les traigan una cama!

—¡Mamá, por Dios, baja la voz!

Mrs. Harris bajó la voz, pero siguió diciendo en un susurro indignado:

—Mírala, no tiene ni un ápice de decencia. Tu amiga es una...

Violet la cortó en seco.

—¡Ni se te ocurra, mamá! Están casados y muy enamorados. Solo estás celosa; ya te gustaría a ti que Zane Wade te mirara como mira a Taima.

Indignada, su madre se giró dispuesta a decirle un par de cosas, abrió la boca y... la volvió a cerrar sin pronunciar una sola palabra. Violet no pudo evitar sentir lástima por ella, así que la agarró del brazo y tiró de ella hacia una de las mesas.

—Ven, vamos a beber algo. Me muero por una limonada y tú está claro que necesitas algo más fuerte.

—Por supuesto que yo no...

En ese momento, Mrs. Harris alzó los ojos y descubrió a Mr. Cassidy, que llevaba un buen rato charlando con el director del pequeño periódico local, un hombre casi tan aburrido como él, buscándola con la mirada. Instintivamente, bajó la cabeza y siguió a su hija sin rechistar.

23

—¿Cuánto tiempo dices que sería?

—No sabría decirte. Cada nacimiento es diferente, pero Violet sale de cuentas estos días. En todo caso, no creo que más de dos o tres semanas.

Taima iba de un lado a otro de la habitación que compartían, guardando prendas de ropa, bolsitas de cuero llenas de hierbas y otros utensilios misteriosos en unas alforjas. Pese a que se había vestido a toda prisa, los cabellos todavía le caían sueltos sobre la espalda. En una de esas idas y venidas, su esposo, que estaba sentado sobre la cama vestido tan solo con unos calzoncillos, la atrapó y la hizo sentarse sobre sus rodillas.

Taima lanzó una risita.

—Ahora no, lobo, no tengo tiempo. Ted Muller está esperando fuera. Violet me necesita.

—Yo también te necesito —gruñó el lobo al tiempo que su mano atrapaba uno de sus pechos.

—Pero tú... —Taima le sujetó el rostro entre las manos y lo miró a los ojos—. Tú no vas a tener un bebé.

Lo besó apasionadamente en la boca y se zafó de sus brazos antes de que él pudiera retenerla. Con rapidez se hizo una trenza y miró a su alrededor; no parecía que se hubiera olvidado de nada.

Zane se puso en pie, se acercó a ella y le rodeó la cintura con los brazos.

—Una semana —dijo con voz ronca y la besó en el cuello.

Con un suspiro de placer, Taima entrelazó las manos detrás de su nuca y lo besó debajo de la barbilla.

—Dos y media.

—Una y media, ni un día más... —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

Taima se apretó más contra él.

—Dos semanas. Te prometo que trataré de darme toda la prisa posible, pero si veo que voy a retrasarme te mandaré recado con alguno de los chicos Muller.

—Imagino que tendré que conformarme con eso —gruñó contra sus labios.

—Yo también te echaré de menos. —Se besaron largo rato y Taima tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para apartarlo—. Vamos, lobo, tengo que irme.

Zane la dejó ir de mala gana.

Taima cogió las alforjas, se puso el abrigo y el sombrero que colgaban de una de las perchas de la puerta de entrada y salió afuera.

—¡Ya estoy lista, Ted!

El marido de Violet la esperaba junto a su caballo y a *Nizhoni*, que ya estaba ensillada. La ayudó a colocar las alforjas sobre el lomo de la yegua y, cuando se disponía a ayudarla a ella, la puerta de la casa se abrió de nuevo y apareció Zane.

—Espera, yo lo haré.

Debía de haberse vestido a toda prisa, porque solo llevaba los pantalones, las botas y una camisa desabotonada que mostraba la parte superior del pecho moreno; a pesar de ello, no parecía sentir el mordisco del viento gélido que soplaba esa mañana. Con un movimiento fluido, la cogió de la cintura y la subió al caballo. Luego le ajustó los estribos.

—Gracias. —Taima le lanzó una de sus sonrisas más cálidas y los ojos ambarinos brillaron en respuesta.

—No te preocupes, cuidaré de ella.

—Más te vale, Muller.

Taima sonrió maliciosa al ver que Ted tragaba saliva y azuzó a la yegua al tiempo que agitaba la mano a modo de despedida.

—¡Adiós, lobo, volveré lo antes posible!

Indiferente al frío, Zane se los quedó mirando hasta que no fueron más que un par de puntitos oscuros en el horizonte.

❀

Llegaron justo a tiempo; esa misma noche, Violet se puso de parto y el amanecer alumbró un bulto, bien envuelto en varias toquillas, que dormía en los brazos de su agotada madre.

Después de limpiarlo todo y de despedirse del emocionado padre que, con los pelos de punta, de tanto mesárselos desesperado, y las profundas ojeras oscuras parecía que acababa de llegar de una noche de juerga, Taima se retiró a la pequeña habitación que le habían preparado y durmió de un tirón hasta que unos golpes en la puerta la despertaron. Al instante, saltó de la cama y se cubrió con una bata de terciopelo antes de abrir.

—¿Qué ocurre?

Ted, quien a juzgar por su aspecto no había pegado el ojo, habló en voz baja para no despertar a su esposa y al recién nacido.

—Un vaquero que acabamos de contratar. Tiene mucha fiebre, fuertes dolores de cabeza y vómitos y le ha salido una erupción en la piel. Mi hermano, dice que puede ser... tifus. —Por el modo en que pronunció la palabra, se le notaba el temor que le producía.

Taima había oído hablar del tifus y de otras enfermedades infecciosas durante su estancia en Baltimore y había asociado ese nombre a unas fiebres que diezmaron la tribu con la que vivía cuando ella tenía unos diez años. Por aquel entonces ya ayudaba a Meda, la mujer medicina, a preparar sus brebajes y entre ellas y otra media docena de mujeres, habían conseguido librar de la muerte a apenas de un tercio de los moradores del poblado.

Frunció el ceño tratando de recordar cuáles habían sido los tratamientos más efectivos.

—Hongos azules, estrella de fuego, raíces de...

—¿Eh?

Taima volvió al presente.

—¿Quién ha estado con el enfermo?

—Solo mi hermano.

—¿Has estado cerca de alguno de ellos?

Ted negó con la cabeza.

—Estos días he pasado más tiempo cerca de la casa por si Violet me necesitaba. Mi hermano me ha dado la noticia en el patio para no despertar al bebé.

—¿Dónde duerme el vaquero? ¿En el establo? —Ted asintió con la cabeza—. ¿Es amplio?

—Bastante.

—Bien. Dile a tu hermano que tendrá que quedarse allí por el momento, pero que es preferible que prepare una yacija a cierta distancia del enfermo y que no se acerque a él bajo ningún concepto. —Ted la miró sorprendido y Taima se apresuró a explicarle—. Cuando vivía con los Nei Me hubo una epidemia, no sé si será la misma enfermedad, pero observamos que si separábamos a los enfermos de los sanos no se propagaba tan rápido.

—Pero...

—¡Ted, ahora no hay tiempo para explicaciones! Dile a tu hermano lo que te he dicho. Yo me encargaré del enfermo y también lo vigilaré a él para ver si desarrolla alguno de los síntomas. En cuanto lo organices, coge la carreta y llévate al pequeño Teddy y a Violet con su madre.

—No puedo hacer eso. Si se entera tu esposo de que te he dejado sola en semejante situación me arrancará la piel a tiras.

—¡Y si no haces lo que te he dicho, seré yo la que te la arranque,

¿entendido?!

Los ojos azules tenían un brillo peligroso y Ted, que no estaba acostumbrado a que una mujer se enfrentara a él con semejante agresividad, asintió con la cabeza y salió disparado a hacer lo que le había ordenado.

Tres cuartos de hora más tarde, Taima, arrodillada junto al catre del enfermo, le levantaba la cabeza para ayudarlo a beber la infusión de plantas medicinales que acababa de prepararle.

❀

Llevaba diez días en los que apenas había dormido más de un par de horas seguidas. A los dos días de su estancia en aquel establo, Saul, el hermano de Ted, había empezado a mostrar los primeros síntomas. Por fortuna, parecía que la enfermedad no se había propagado a los otros habitantes del rancho.

Violet y su hijo estaban a salvo con la madre de esta y, según le había contado Ted a gritos desde la puerta, porque Taima no le permitía acercarse, su esposa estaba completamente recuperada y el pequeño crecía a toda velocidad. El esposo de Violet se ocupaba de proporcionarle agua fresca para las tisanas y el aseo de los enfermos y el suyo propio, y los alimentos necesarios, y se lo dejaba todo a una distancia prudencial.

Taima puso un trapo empapado en agua en la frente febril de Saul y, de nuevo, le asaltó el mismo pensamiento que la había atormentado desde el día que llegó a la pequeña granja. La culpa de esa inquietud, que no lograba acallar ni siquiera con el trabajo agotador que suponía cuidar día y noche de dos hombres muy enfermos, era de Violet y de su esposo. Desde que había consumado su matrimonio por primera vez, a la intensa felicidad que la embargaba, la acompañaba a menudo una inquietante sensación; una especie de runrún en su cerebro que la avisaba de que las cosas no eran tan bonitas como parecía.

Hasta el día en que su amiga se puso de parto, pese al tiempo que había pasado antes con la pareja, no había sido capaz de identificar el motivo de su inquietud. Hasta ese momento no había sido consciente de que las palabras «mi amor», «te quiero», «cariño», «amor mío», «te amo» no se les caían de la boca a ninguno de los dos y, por primera vez, había caído en la cuenta de que el lobo nunca se había dirigido a ella en esos términos. Cierto que a veces la llamaba «esposa» o «querida», pero siempre imprimía a esos apelativos un matiz burlón que, en realidad, nunca le había molestado. Sin embargo, a partir de aquel momento de lucidez, las palabras de la madre de Violet no habían dejado de atormentarla.

¿Afortunado o desafortunado...? Quizá habría que preguntar a Mr. Wade al respecto; no creo que resulte muy agradable que te obliguen a casarte en contra de tu voluntad.

A pesar de que sabía de sobra que el lobo se había visto obligado a casarse con ella contra su voluntad, no le había dado demasiadas vueltas al asunto. Al fin y al cabo, poder pasar al lado del hombre al que adoraba el resto de su vida era un sueño cumplido. Su sueño. Pero ¿qué pasaba con los sueños de él? Tal vez su negativa a consumar el matrimonio desde un principio no era más que un grito de auxilio, un grito que ella había ignorado porque no estaba dispuesta a dejarlo escapar. Desde la primera vez que lo vio, había querido al lobo para sí y todo lo demás no importaba. Pero importaba. Claro que importaba, ahora se daba cuenta. Ya no se conformaba con que el lobo la deseara o que siguiera a su lado por lástima; quería que la amase como ella lo amaba a él. Era consciente de que el lobo le tenía cariño; desde que lo conoció siempre la había protegido, y mucho se temía que había sido ese instinto protector el que lo había llevado a tomar la decisión de seguir casado con ella.

El enfermo susurró algo en su delirio, arrancándola por unos segundos de esos pensamientos venenosos; pero Taima era consciente de que ese veneno tan solo esperaba la oportunidad para penetrar de nuevo en su cerebro y emponzoñar los recuerdos felices de los últimos meses.

❀

Cuando se cumplieron las dos semanas que el lobo le había dado de plazo, tanto el vaquero como el hermano de Ted estaban fuera de peligro y en vías de recuperación, y Taima le anunció a este que volvía al valle.

—Quizá deberías mandar un mensaje a Zane para que venga a buscarte, no tienes buen aspecto.

En efecto, estaba pálida y demacrada, y las profundas ojeras que se le marcaban bajo los ojos hacían que estos parecieran más grandes que nunca.

—¿Qué aspecto quieres que tenga después de pasar dos semanas encerrada cuidando a dos enfermos? —dijo en tono burlón.

—Taima mi familia y yo nunca podremos agrade...

—Por Dios, Ted, no te pongas sentimental y hazme el favor de ensillar a *Nizhoni*, anda. ¿Has traído mis alforjas?

—Aquí las tienes, ahora mismo te traigo a tu yegua.

En cuanto lo hizo, Taima se subió de un salto sin esperar a que la ayudara.

—Estás muy pálida, ¿seguro que estás bien? Preferiría acompañarte, Zane nunca me perdonaría si te pasara algo.

—No insistas. No tardaré más de un par de horas y me vendrá bien que me dé el aire. —Sin esperar respuesta, la joven azuzó a la yegua y salió disparada—. ¡Adiós, Ted, dale recuerdos de mi parte a Violet y a Teddy!

—¡Se los daré! ¡Gracias por todo, Taima!

Pero ella ya estaba demasiado lejos para oírlo. Con un suspiro, Ted le dio una patada a una piedra y se encaminó hacia la casa sintiendo una desagradable sensación en la boca del estómago.

❀

Después de recorrer un par de millas a galope, Taima refrenó a *Nizhoni* con un suspiro de alivio. Los escalofríos no cesaban, pero, a pesar de ello, tiró de las riendas en dirección contraria al valle. En cuanto había notado los primeros síntomas la tarde anterior, había tomado una decisión que le desgarró el corazón: no regresaría al valle. También descartó quedarse en el rancho de los Muller. Los dos enfermos, los únicos que estarían a salvo de un contagio, estaban todavía demasiado débiles para cuidarla y no pensaba arriesgar la vida de Ted ni la de sus padres. Por supuesto, tampoco tenía la menor intención de arriesgar la vida del lobo.

Aquellos días había tenido mucho tiempo para pensar. Los últimos meses había disfrutado de una felicidad como nunca antes había conocido y había llegado a la conclusión de que debía conformarse con eso. Los dioses habían castigado su codicia, su afán por aferrarse al lobo, por tenerlo para ella sola. Por su bien iba a renunciar a lo que más amaba.

Desde que había tomado la decisión, sentía un dolor sordo en las entrañas y, al mismo tiempo, una gran paz. No se arrepentía nada. Por supuesto que nunca podría arrepentirse de los días pasados junto a él, pero tampoco de haber elegido la soledad como compañera de ahí en adelante. No pretendía dejarse morir, nada de eso. Haría todo lo posible por mantenerse con vida; solo que era realista y sabía que no iba a ser fácil cuidarse a sí misma sin ayuda de nadie. Lo siguiente sería alejarse lo más posible de allí y buscar un refugio conveniente. Había llenado hasta arriba un odre que encontró en el establo de los Muller con la infusión de hierbas que había usado para curar al hermano de Ted y al vaquero; esperaba que eso sería suficiente y si no... Se encogió de hombros con un gesto fatalista; había tenido una buena vida, en especial en los últimos años. Se consideraba muy afortunada.

Enfiló por un camino que llevaba a unas estribaciones rocosas a unas diez millas de distancia y luego dejó que el instinto del animal la guiase; estaba demasiado cansada para hacer nada más. Casi anochecía cuando la yegua se detuvo. La ausencia del suave balanceo la despertó del turbio duermevela del que entraba y salía desde hacía algunas horas. Miró a su alrededor confusa y descubrió una cavidad entre dos moles de granito.

—Buena chica. —Palmeó sin fuerzas el cuello del animal.

Estaba ardiendo de fiebre, pero apretó los dientes y se bajó del caballo. Tuvo que agarrarse a la silla y cerrar los ojos unos segundos para no caerse al suelo. Con paso vacilante se acercó a la pequeña cueva que, a juzgar por ciertos restos que encontró, había servido de guarida a algún animal. Por fortuna, ahora estaba vacía. Luchando en todo momento contra una horrible sensación de náusea, Taima le quitó la brida y la silla a *Nizhoni* y la dejó suelta. El animal enseguida se dirigió a un arroyo cercano, pero no se alejó demasiado.

La joven suspiró con alivio. Si al final sucedía lo peor, la yegua podría sobrevivir hasta que alguien la encontrara. Se enjugó el sudor que le cubría la frente con la manga de la chaqueta antes de continuar. Tuvo que detenerse a descansar varias veces, pero por fin consiguió depositar el pesado odre en el interior de la oquedad, junto a las alforjas y las mantas.

—Ahora el fuego —dijo en alto, como si esperase que el sonido de su voz fuera a animarla.

Cogió ramas, piñas y todo lo que encontró a unos metros a la redonda que pudiera servir para hacer una fogata y conservarla un tiempo encendida. Enseguida la noche se le echó encima. Apenas podía ver nada y, pese a que no había reunido toda la leña que le hubiera gustado, se vio obligada a dejarlo. Exhausta, se dejó caer sobre la manta que había extendido previamente y, con sus últimas fuerzas, encendió el fuego.

Contempló unos minutos el reconfortante resplandor de las llamas con la cabeza embotada, pero todavía no se permitió descansar. Llenó una taza metálica con la infusión, ya tibia, y se la bebió a sorbitos. No tenía hambre, pero se obligó a masticar una tira de carne salada que sacó de las alforjas. Entre escalofrío y escalofrío se prometió que, mientras le quedara aliento, trataría de revivir todos y cada uno de los preciosos instantes que había disfrutado junto al lobo.

❀

El relincho asustado de *Nizhoni* la despertó unas horas más tarde. Sin dejar de tiritar, Taima escrutó la oscuridad, pero no vio nada. Se

subió la manta hasta la barbilla con las dos manos y, de nuevo, trató de descubrir qué era lo que había asustado a la yegua.

De repente, un par de círculos ígneos le devolvieron la mirada desde las sombras. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, la joven estiró el brazo, cogió un montón de ramitas y las echó sobre las brasas rojizas. Al instante las llamas se avivaron, y a la luz oscilante que despedían descubrió la silueta de un gigantesco lobo negro, completamente inmóvil, que la observaba con sus ojos amarillos sentado sobre los cuartos traseros.

Por un espacio de tiempo que nunca supo si duró varios minutos o tan solo unos segundos, ambos se midieron con la mirada. Finalmente, el animal se levantó y desapareció en la oscuridad sin hacer ruido. Extrañamente reconfortada, Taima se dejó caer de nuevo sobre la manta que la protegía de la humedad del suelo y al instante se quedó dormida.

24

La puerta de la pequeña granja se abrió en el instante preciso en que el jinete tiraba de las riendas del caballo.

—¡Hola, Ted! ¿Qué tal está Violet? ¿Y el pequeño?

—¡Zane! ¿Qué haces aquí, ha ocurrido algo? —Una vez más, Ted sintió una desagradable sensación en la boca del estómago que no estaba relacionada con el aspecto ligeramente amenazador que presentaba el jinete vestido de negro de los pies a la cabeza que acababa de detenerse frente a su casa.

—Vengo a recoger a mi esposa, quedamos en que volvería en dos semanas y ya ha pasado el plazo.

—¿Tu esposa? Taima regresó ayer al valle.

Al instantes, los ojos ambarinos se clavaron en él.

—¿Ayer?

Ted tragó saliva; la mirada de esos ojos, fríos y ardientes a un tiempo, resultaba escalofriante.

—Partió por la mañana temprano, ha tenido tiempo más que de sobra para llegar al valle. —Ted lanzó una sonora maldición al tiempo que se golpeaba la frente—. Tendría que haberla acompañado, no tenía buen aspecto, pero...

Su interlocutor entrecerró los párpados.

—¿Hay algo que tendría que saber?

—Yo... esto... Taima... —Ted tartamudeó sin control hasta que, haciendo un visible esfuerzo, consiguió calmarse y hablar de un modo medianamente inteligible—. El parto se produjo la misma noche de llegar tu esposa. Todo fue sobre ruedas. Violet y Teddy están perfectamente.

—Entonces, ¿por qué no regresó al valle enseguida como me había prometido?

—Uno de los vaqueros cayó enfermo; tenía mucha fiebre. Taima me dijo que me llevara a Violet y al crío con la madre de esta, que ella se encargaría de cuidarlos. A pesar de que en ese momento apenas podía pensar en nadie que no fuera mi mujer y mi hijo, traté de protestar, pero ella insistió. Tu esposa... tu esposa puede llegar a ser

muy obstinada cuando quiere.

—Lo sé. La conozco bien. ¿Qué tenían?

Una vez más, Ted tragó saliva.

—No lo sé seguro, pero... pero sospecho que era tifus.

—¡¿Tifus?! ¡Prometiste que cuidarías de ella y me dices ahora que la dejaste sola, a cargo de dos enfermos de tifus!

Pese a que no alzó la voz, tenía un aspecto tan salvaje que, por un terrible momento, Ted temió por su vida.

—No... no me dio opción —se apresuró a defenderse—. ¡Te lo juro! Insistí en cuidarlos con ella, pero me amenazó con clavarme un cuchillo en la garganta si me acercaba a menos de dos metros del establo. Y... algo en su mirada... me dijo que no... que no bromeaba.

—Ya ajustaré cuentas contigo más adelante, ¿qué dirección tomó?

—La del valle, ya te lo dije. Y Zane... —De nuevo, la mirada de esos extraños ojos estuvo a punto de aflojarle las tripas—. Ella no... —Se aclaró la garganta con fuerza y consiguió decir por fin—: Taima no tenía buen aspecto.

Sin decir nada, Zane tiró de las riendas de *Otto* para obligarlo a dar media vuelta y partió a galope.

❀

Horas más tarde, Zane volvió a tirar de las riendas y se detuvo. Había seguido varios caminos que iban en distintas direcciones, pero no había encontrado el menor rastro de Taima ni de *Nizhoni*. ¿Qué rumbo habrían tomado?, se preguntó por enésima vez. Podía ser cualquiera; era como buscar una aguja en un pajar. No quedaba mucho para que anocheciera y no estaba más cerca de encontrarla que cuando había iniciado la búsqueda.

En ese momento, el lúgubre aullido de un lobo resonó como un cañonazo y el eco rebotó por las paredes rocosas que se alzaban a ambos lados del camino. *Otto* se puso tenso, alzó la cabeza y echó las orejas hacia atrás sin dejar de piafar con nerviosismo. Su amo le palmeó el cuello con suavidad.

—Tranquilo, muchacho.

Aguzó la vista y distinguió una sombra oscura en lo alto de un risco. Siguiendo un impulso, ordenó al caballo que se pusiera en marcha en aquella dirección. Al cabo de casi una hora, oyeron el alegre relincho de otro caballo y poco después, *Nizhoni* salió a su encuentro y juntó el cuello con el del bayo, como si se alegrara en el alma de verlo.

Sintiendo que le quitaban un peso colosal del pecho, Zane expulsó el aire de golpe. Buscó en los bolsillos y le dio un trozo de zanahoria

cruda al animal, que no dejaba de restregar el hocico contra su muslo.

—Llévame a donde está tu ama.

Como si le hubiera comprendido, la yegua alazana avanzó por el camino a trote ligero en dirección a dos enormes rocas graníticas y se detuvo junto a la pequeña cavidad que quedaba entre ambas.

Zane se bajó de un salto del caballo y corrió al pequeño refugio. Unas brasas casi apagadas era todo lo que quedaba del fuego. Encontró a su esposa un poco más al fondo, arrebujada en una manta, hirviendo de fiebre y mascullando palabras sin sentido.

—Taima... —Se arrodilló junto a ella y golpeó con suavidad las pálidas mejillas, pero, aunque ella abrió los ojos unos segundos, no lo reconoció.

Aquella mirada vacía le puso los pelos de punta, pero Zane no perdió la cabeza. Con rapidez salió afuera, ensilló a *Nizhoni* y le puso la brida, sujetó las alforjas y el odre a la silla, ató las riendas al pomo de la silla de *Otto* y se introdujo de nuevo en la pequeña oquedad. Una vez más, se arrodilló junto a Taima, la envolvió bien con las dos mantas, la cogió en brazos, y salió afuera. Después de dudar unos segundos, la dejó encima de una roca. De un salto se montó en el bayo, se inclinó para cogerla de nuevo y la cruzó sobre la silla. Al instante, la frente ardiente descansó sobre su pecho como si hubiera encontrado por fin su refugio. Zane se enrolló las riendas de *Nizhoni* en una mano y, con esa misma mano, agarró las del bayo mientras sujetaba con fuerza a su esposa con el otro brazo.

—¡Vamos, muchacho, paso ligero, su vida depende de nosotros!

Otto no necesitó más acicate que la voz de su amo para partir a galope tendido.

❀

Ya habían pasado cuatro días desde que la encontró. Cuatro días en los que Taima no había recuperado la consciencia ni una sola vez; cuatro días en los que no había dejado de murmurar palabras sin sentido y había gritado su nombre con desesperación; cuatro días en los que el cuerpo, de por sí esbelto, menguaba poco a poco bajo las sábanas, perdido en la inmensidad del colchón; cuatro días en los que Zane no la había dejado ni de día ni de noche, atento al más ligero cambio en su estado.

O'Hara se había ofrecido a cuidar de la niña en varias ocasiones: Según él, en los últimos años había padecido un montón de enfermedades infecciosas de toda índole y ahí seguía. «Bicho malo nunca muere», había presumido con orgullo; pero Zane había rechazado todos sus ofrecimientos. No. Solo él cuidaría de su esposa.

Así que, pese a sus débiles forcejeos, la había obligado a beber media taza de la infusión medicinal varias veces al día, rezando al mismo tiempo para que el odre no se vaciara del todo; la había alimentado con infinita paciencia a base de pequeñas cucharaditas de caldo de gallina que O'Hara había preparado en cantidades ingentes; le había enjugado el sudor de la frente con un paño húmedo y luego había pasado ese mismo paño por todo su cuerpo, en un intento fallido de bajar la fiebre que la consumía; pero, a pesar de todos sus esfuerzos, la joven se apagaba un poco más cada día que pasaba.

Aquella era la noche del cuarto día. El sol acababa de ponerse y algo le decía a Zane que las siguientes horas iban a ser cruciales. Por lo general, al principio de la noche era cuando más inquieta estaba y esa noche no era una excepción. Taima movía la cabeza a un lado y a otro de la almohada, como si tratara de encontrar un punto de frescor para calmar el ardor de su piel mientras repetía las mismas frases sin sentido una y otra vez:

—No, no me quiere... Meda tenía razón: el lobo negro vino por mí. —De pronto, su voz se volvía aguda como la de una niña pequeña—. ¡Ya voy, Totsi, pero no me pegues más! No, no...

Zane se levantó de la mecedora en la que dormitaba apenas desde que la llevó al rancho y se sentó en el borde del colchón.

—Tranquila, Taima, nadie va a hacerte daño. —Con delicadeza le apartó un mechón húmedo de la frente—. Yo estoy aquí.

Ella apartó cabeza y lanzó un gemido.

—No morirá... por mi culpa. Ha de ser... libre.

Zane alargó la mano y cogió la taza de la mesilla de noche. Con cuidado, le pasó un brazo por la espalda y la obligó a incorporarse.

—Hora de la medicina —dijo con suavidad.

—No, no quiero —gimoteó dando débiles manotazos para tratar de apartarlo.

—Quieta. —El tono firme consiguió atravesar el cerebro embotado y Taima dejó de resistirse—. Bebe.

De nuevo, ella obedeció y dio varios tragos.

—¿Ya? —suplicó sin abrir los párpados.

—Un poco más.

Cuando quedó satisfecho, Zane la recostó de nuevo sobre la almohada y le subió un poco la colcha. Ahora la joven parecía más tranquila. En ese momento, alguien golpeó la puerta principal con el puño. Zane se levantó y fue a abrir a O'Hara, que venía a traer un poco más de caldo que había preparado, aunque «su niña» apenas se había bebido una cuarta parte.

—Pasa si quieres —dijo Zane cuando dejó el caldo sobre la mesa, respondiendo a su muda pregunta.

Con el ala del sombrero que acababa de quitarse entre las manos,

el irlandés entró en el dormitorio y se quedó mirando con fijeza la patética figura femenina que apenas conseguía abultar lo suficiente bajo la colcha de coloridos retales.

—¡Madre Santa! —dijo entre dientes antes de desviar la vista hacia su patrón que, como él, tenía los ojos clavados en el rostro consumido.

—Me temo que no lo sé. —Una vez más, pese a que no le miraba, adivinó la pregunta que el irlandés no se atrevía a formular.

—¿Puedo? —O'Hara le enseñó el crucifijo de madera que acababa de sacarse del bolsillo.

Su interlocutor asintió con la cabeza.

—Adelante. Toda ayuda, venga de dónde venga, será bienvenida.

El irlandés se acercó unos pasos y colocó el crucifijo en la mesilla de noche, junto a la taza metálica y una jarra de barro tapada con un lienzo llena del líquido medicinal. Luego cerró los ojos y, por el movimiento silencioso de sus labios, Zane comprendió que estaba rezando.

Después ambos se quedaron en silencio largo rato, sin dejar de mirar a la mujer dormida que, de vez en cuando, pronunciaba alguna palabra ininteligible.

❀

Fue su patrón el que interrumpió ese denso silencio, apenas perturbado por alguna frase sin sentido que la joven pronunciaba en sus sueños febriles.

—He estado ciego.

Sobresaltado, O'Hara miró al hombre que estaba a unos metros de él sin comprender.

—Me ama, ¿sabes?

—Claro que lo sé, capitán, cualquier idiota con dos ojos en la cara se habría dado cuenta de ello.

—Aquí tienes a un idiota que no lo hizo; pensaba que lo suyo no era nada más que un enamoramiento juvenil. Que se sentía agradecida por haberla librado de su vida anterior.

—Entonces, desde luego que ha estado ciego. —Nunca antes se había atrevido a hablar así al capitán, pero sentía tanta pena por esa encantadora niña, cuya vida se apagaba a ojos vistas, que apenas sabía lo que decía—. ¿Cómo es que se ha dado cuenta ahora?

Su interlocutor se sentó a un lado del colchón, atrapó la mano delicada que se aferraba a la colcha como una garra y la sostuvo entre las suyas.

—Ella misma me lo ha dicho. Habla a menudo en sueños. No regresó al valle porque no quería contagiarme. No le importó arriesgar

su vida, pero no estaba dispuesta a hacer lo mismo con la mía.

—Ella siempre le ha amado, capitán, no ve más que por sus ojos y si accedió a alejarse del valle y de usted para ir a Baltimore fue porque quería que se sintiera orgulloso de ella.

Una vez más se hizo un profundo silencio y, de nuevo, fue la voz de su patrón la que lo rompió.

—Yo pensaba que me había casado para protegerla. Me sentía como esos fariseos del evangelio que citas tan a menudo: ensoberbecido por mi capacidad de sacrificio. —Los labios masculinos se fruncieron en una mueca amarga—. ¡Sacrificio! En ningún momento fui consciente de que soy yo quien le debo a ella eterno agradecimiento. Antes de que Taima apareciera en mi vida con su burbujeante alegría de vivir y esa extraña incapacidad, que nunca antes había visto en ninguna otra persona, para sentir compasión de sí misma, la vida para mí era solo un pozo de inmundicia en el que los hombres se revolcaban con la avidez de los cerdos. Pensaba que todo estaba absolutamente podrido y tuvo que ser una mujer, poco más que una niña que contemplaba el mundo con ojos inocentes, la que me hiciera ver hasta qué punto estaba equivocado.

»La rapidez con la que decidí seguir adelante con nuestro matrimonio cuando volví a verla en el hotel de Sweetmeadow debería haberme puesto sobre aviso. No sé qué habría pasado si ella hubiera decidido al final que siguiéramos caminos separados; pero me doy cuenta de que habría hecho todo lo que hubiera estado en mi mano para impedirlo. Y ahora, cuando por fin he abierto los ojos, los dioses, con ese humor cruel que se gastan, parecen decididos a arrebatármela.

Por primera vez desde que lo conocía, su patrón mostraba sus sentimientos al desnudo, y aquel dolor desgarrador era más que lo que el viejo irlandés podía soportar.

—¡No diga eso, capitán! —O'Hara se secó una lágrima con la manga de la camisa—. El Dios verdadero velará por ella; estoy seguro de que no permitirá que la muerte arranque tan pronto una flor tan hermosa.

—Ojalá estuviese tan seguro como tú... —Se inclinó y la beso en la frente con tanta ternura que, una vez más, esos ojos que tantas cosas habían visto en su larga vida, se llenaron de lágrimas.

Luego su patrón se llevó la mano que sostenía a la boca y la besó apasionadamente en la palma. Sintiéndose como un intruso que acabara de espiar algo íntimo y precioso que no estaba destinado a sus ojos, O'Hara salió sin hacer ruido al tiempo que murmuraba entre dientes:

—Tenga fe, capitán, tenga fe.

Su patrón ni siquiera se dio cuenta de que había abandonado la habitación; en ese momento, para él solo existía la frágil mujer que se

debatía en su cama entre la vida y la muerte.

❀

Un aullido lejano lo despertó; un lamento fúnebre que lo hizo estremecer. En algún momento de la noche había sucumbido al sueño y ahora yacía junto a Taima, con los dedos entrelazados con los suyos. Abrió los ojos al instante, sintiendo una horrible sensación de desgracia inminente, pero sus pupilas no toparon con la frialdad de un cadáver como casi había esperado, sino con unos ojos azules, todavía más grandes en el rostro demacrado, que estaban fijos en él. Zane contuvo el aliento sin atreverse a pronunciar una palabra.

—Lobo... —Más que oír el nombre por el que ella siempre lo llamaba, lo leyó en sus labios.

—¡Taima!

Se incorporó con rapidez y le cubrió la frente con la mano; la fiebre había desaparecido. ¿Estaba soñando? No, el milagro se había producido. Por primera vez en mucho tiempo, notó que se le humedecían los ojos y con dedos temblorosos, acarició la pálida mejilla.

—Taima, por fin... —Su voz expresaba un alivio tan profundo que la boca femenina se distendió apenas unos milímetros en una inapreciable sonrisa mientras luchaba por seguir despierta. Zane le acarició los cabellos apelmazados y susurró con dulzura—: Ahora descansa, amor mío. Yo estoy aquí.

Obediente, la joven cerró los ojos y, por primera vez en días, se sumió en un sueño profundo y reparador.

❀

El tiempo pasaba, pero Taima se recuperaba muy lentamente. Estaba tan débil que pasaron varios días hasta que pudo comer por sí sola. Su esposo la ayudaba también a asearse y a vestirse, y la llevaba en brazos a todas partes. Como no soportaba dejarla sola mucho tiempo, la depositaba sobre una manta debajo de cualquier sombra cerca de donde él estaba trabajando y, a cada rato, dejaba lo que estuviera haciendo y se acercaba a ella para ahuecarle los almohadones y que estuviera más cómoda, o para obligarla a dar un par de mordiscos a un trozo de queso o de pan que solían eternizarse en su mano.

Ella no hablaba mucho y se limitaba a observarlo con sus grandes ojos azules, que lo seguían a todas partes. Aquella actitud pasiva, tan

lejana a su forma de ser habitual, lo tenía muy preocupado.

—Voy a llevarla a Oregon City a que la vea un doctor —le dijo una mañana a O'Hara después de que el día anterior Taima apenas hubiera comido un poco de pan mojado en caldo y no hubiera pronunciado más de media docena de palabras.

—¿Y qué va a saber uno de esos matasanos?

Lo miró con el ceño fruncido; desde aquella noche en que pensaron que la joven se moría, el viejo irlandés se tomaba demasiadas libertades.

—¡No soporto verla así!

—Lo único que tiene que hacer es hablar con ella y decirle lo mismo que me dijo a mí esa noche.

Zane se pasó la mano por los cabellos oscuros con gesto nervioso.

—El otro día... —Se detuvo, no estaba acostumbrado a contarle a nadie sus intimidades, pero finalmente decidió que tenía que hablar con alguien o estallaría y por allí no había mucho más donde elegir, así que empezó de nuevo—: El otro día hablé con ella y le dije... le dije que la amaba.

—¿Y?

—Y nada. Me acarició la mejilla y se limitó a mirarme con lástima. ¡Lástima!

El irlandés se rascó la cabeza por debajo del sombrero.

—¿Lástima? Eso me sorprende.

Zane se secó la frente sudorosa con el dorso de la mano.

—No es que hubiera pensado y que fuera a ponerse a dar saltos de alegría al oírlo, pero reconozco que esperaba una reacción más... más expresiva.

—Es raro, sí... —O'Hara se quedó pensativo y dijo al rato—. Capitán, ¿le importaría que hablara yo con la niña?

Zane miró en dirección al frondoso roble cuya sombra cobijaba a su esposa. El joven Mick acababa de entregarle un ramo de flores que había recogido esa misma mañana y Taima, después de dirigirle una sonrisa vacilante, había hundido la nariz en ellas con expresión melancólica.

—Estoy desesperado, así que haz lo que quieras.

❀

—Niña...

Taima, que estaba sentada en la mecedora que Zane había sacado al porche, le dirigió una sonrisa cansada.

—Dime, dada.

O'Hara decidió no andarse con rodeos.

—El capitán está muy preocupado por ti.

El rostro juvenil, cuyas mejillas todavía no habían recuperado la redondez anterior, se ensombreció.

—Lo sé.

—Te ama, ¿también lo sabes?

Taima asintió con los ojos fijos en el sol, que se ponía poco a poco.

—Eso me dijo.

El irlandés frunció el ceño al oír aquello.

—¿Acaso no le crees?

La oyó exhalar un profundo suspiro.

—El lobo tiene un profundo instinto de protección y sé que me aprecia de verdad.

—¡Apreciarte! —O'Hara casi escupió la palabra—. Ese hombre está loco por ti, mi niña.

La joven se volvió a mirarlo y, por primera vez en semanas, los ojos azules tenían el brillo furioso que el irlandés había visto en ellos muchas veces antes de caer enferma.

—¡No mientas! Lo que el lobo siente por mí no es amor. Lástima, puede, amor no. Nunca hasta ahora me había dicho «te quiero» o «amor mío» y creo que lo hace por algo que oyó en mi delirio. Yo lo atrapé, dada, igual que si lo hubiera hecho caer en una trampa; ya es hora de que lo deje libre y...

—¡Puedes dejar de decir tonterías un momento! —Era la primera vez que O'Hara le levantaba la voz. Taima se calló en el acto y lo miró sorprendida.

—¿Tú crees que alguien que no te amara profundamente te cuidaría como te ha cuidado él todo este tiempo? —Ella se mordió el labio inferior, pero no dijo nada—. La noche que pensó que te morías lo confesó todo. El capitán te ama, pero no es un hombre dado poner en palabras sus sentimientos, ya deberías saberlo. Pero a estas alturas también deberías saber que la mayoría de las veces las palabras se las lleva el viento, son las obras las que cuentan. «Por sus frutos los conoceréis» dice el Señor.

En los ojos azules prendió una chispa de algo parecido a la esperanza.

—¿De verdad lo crees? No me mientas, no podría soportarlo.

—Niña, nunca te he mentido y menos lo haría en un asunto como este.

Taima se llevó el pulgar a la boca y se mordió la uña con nerviosismo.

—Y ¿qué hago ahora?

—Lo único que puedes hacer —dijo su interlocutor con firmeza—: escucha a tu corazón.

❀

Cuando el lobo entró en el dormitorio, Taima lo esperaba metida en la cama con la espalda apoyada contra las barras metálicas del cabecero. En los últimos días, su esposo se había limitado a meterse en la cama cuando pensaba que ella ya estaba dormida y, aunque echaba terriblemente de menos que la abrazara y la besara, sus sentimientos eran tan confusos que no había dicho nada.

—¿Todavía despierta?

El lobo dejó la lámpara sobre la cómoda, se sentó en la silla, se quitó las botas con cierta dificultad y luego hizo lo mismo con los calcetines.

—Quería... quería hablar contigo.

Los ojos ambarinos se pusieron alerta.

—Habla pues.

Taima se llevó la mano al cuello del recatado camisón.

—Dada O'Hara dice que me amas —soltó del tirón.

El lobo arqueó las cejas oscuras con aire divertido.

—Me parece recordar que yo te lo había dicho antes, pero no me creíste.

—Dime la verdad: ¿lo dices por lástima? ¿Porque te sientes responsable de mí?

Su esposo se desabotonó la camisa, se la quitó y la dejó sobre la silla con su habitual precisión y economía de movimientos. De inmediato, los ojos azules acariciaron ese pecho musculoso como atraídos por un imán. Por lo visto, aquella mirada anhelante no le pasó desapercibida, porque en la comisura de la boca firme latió ese músculo tan familiar.

Taima frunció el ceño al verlo.

—¡Estoy hablando muy en serio!

Vestido tan solo con los pantalones, el lobo se acercó a la cama con la lentitud de un depredador. Asustada, Taima trató de echarse un poco más hacia atrás, pero el cabecero de la cama era una barrera infranqueable. Su esposo se sentó en el borde del colchón. Estaba tan cerca, que la joven tuvo que aferrarse a la colcha para no echarle los brazos al cuello y empezar a llorar a gritos diciéndole lo desgraciada que se había sentido en las últimas semanas.

Lentamente, como si no quisiera asustarla, el lobo le enmarcó el rostro con sus grandes manos y clavó los ojos en los suyos.

—Te amo, Taima Emma Marie Barrington Wade.

Los ojos azules se llenaron de lágrimas, le temblaron los labios en un cómico puchero y se echó a llorar.

—Nunca... nunca... voy a estar... segura —balbuceó entre hipidos.

—Entonces —dijo él con voz ronca—, me temo que voy a tener que pasar el resto de mi vida demostrándotelo.

Muy despacio, inclinó la cabeza y atrapó la boca temblorosa con la suya.

Epílogo

—¿Quién de vosotros ha montado el potro zaino sin permiso?

Los severos ojos ambarinos pasaron del espigado niño moreno, a la pequeña de alborotados rizos rubios, vestida con unos pantalones y una camisa heredada de su hermano que tenía un desgarrón en la manga. Ella le devolvió la mirada con un brillo calculador en los ojos idénticos a los suyos, pero no dijo nada.

El chico dio un paso hacia adelante y dijo sin mirarlo.

—He sido yo, padre.

Una exclamación de indignación brotó de la garganta de la niña, quien se apresuró a ponerse a su altura y lo apartó de un empujón.

—¡Qué mentiroso! Lo he montado yo, Luke dijo que no sería capaz, y vaya si lo he sido. —Lanzó una risita; se la veía muy satisfecha consigo misma.

—¡Cállate, tonta! —dijo su hermano en un sonoro susurro.

—¡Papá, me ha llamado tonta!

Su padre los miraba con los brazos cruzados frente al pecho. Un músculo delator latía en la comisura de la boca masculina.

—Me temo que me veré obligado a castigaros a los dos. A ti, Luke, por mentirme —el niño bajó la cabeza avergonzado— y a ti, Eloise, por montar en un potro que aún no está domado por completo poniendo tu vida en peligro. Id a casa y copiad la primera y la segunda escenas de *Hamlet* en el cuaderno de la escuela. Completas.

—¡Pero, papá...!

—¡Si todavía no sé escribir bien...!

Sin hacer el menor caso de sus protestas, su padre señaló con un dedo en dirección a la casa y los niños se dirigieron allí arrastrando los pies, sin dejar de discutir.

Taima que lo había visto y oído todo espiando por una hendidura que había entre los tablones de la pared del establo, se acercó a su esposo por detrás y lo abrazó.

—¿*Hamlet* con el día que hace? —dijo burlona—. Eres un padre muy cruel y un poco injusto, además. Creo que nuestro pequeño Luke,

más que un castigo, merece un premio por estar dispuesto a recibir la regañina destinada a su hermana.

El lobo la atrapó de la muñeca y la hizo ponerse frente a él antes de rodearle la cintura con los brazos.

—Así que estabas espiando...

Su mujer bajó los ojos con recato.

—Solo un poco.

—Entonces —dijo con severidad—, imagino que ya sabes que tu hija es una pequeña salvaje.

Taima suspiró con fingido pesar.

—Mucho me temo que tiene a quién salir.

Su esposo ocultó una sonrisa y siguió hablando con el mismo tono severo.

—Creo, esposa, que debería haberme librado de ti cuando todavía estaba a tiempo. Me habría casado con una modosa mujercita y mi hija sería un dechado de perfección.

Eso la hizo levantar la cabeza y mirarlo con indignación.

—Dijiste que me amabas y que pasarías el resto de tu vida demostrándomelo. Creo que ese comentario está completamente fuera de lugar.

El lobo la apretó un poco más contra él.

—Veo que todavía no he logrado convencerte de que te quiero más que a mi vida... —Su esposa negó con la cabeza, aunque los ojos azules tenían una mirada risueña y llena de amor—. ¿Piensas que debería esforzarme más?

Taima frunció la boca con aire remilgado.

—Por supuesto.

—¿Qué te parece entonces si...?

Su esposo inclinó la cabeza y susurró algo a su oído que añadió color a las mejillas femeninas. Ella asintió con una risita y desaparecieron en el establo cogidos de la mano. A los pocos minutos, reaparecieron montados a lomos del veterano *Otto*; Zane delante y Taima detrás, agarrada con fuerza a su cintura.

O'Hara, que estaba limpiando una escopeta sentado en una silla debajo del tejadillo que la primavera anterior habían añadido al establo, movió la cabeza con una sonrisa y siguió con su tarea.

—¿Qué crees que tocará hoy? Por un momento pensé que sería el pajar, pero ahora me inclino más por la charca o por el prado de arriba; está lleno de flores.

Mick soltó el martillo con el que estaba asegurando uno de los tablones de la pared y contempló a la pareja que se alejaba por el camino atusándose el poblado bigote que se había dejado crecer y que, en su opinión, volvía locas a las mujeres.

El irlandés zanjó esas especulaciones ociosas de un plumazo.

—Deja de fantasear con lo que hacen otros y búscate una buena chica de una vez.

—Tengo varias que están locas por mí. —Se irguió con aire arrogante sin dejar de atusarse el bigote, pero su interlocutor le bajó los humos de inmediato.

—Las chicas de Polly no cuentan —dijo con desdén.

Mick lo miró indignado.

—¡No me refería a ellas! Está la viuda Woods y la hija de los Calver y...

—Bla, bla, bla.

El joven lanzó un bufido y se agachó a coger el martillo que acababa de hacer a un lado.

—No sé ni por qué me molesto en hablar con un viejo gruñón como tú —dijo al tiempo que daba un martillazo a uno de los clavos, con tanta fuerza que a punto estuvo de aplastarse el pulgar.

—¡Cuidado, mocoso!

—Eso, ¡cuidado, mocoso! —La aguda voz infantil los hizo girarse hacia la recién llegada.

Mick la apuntó con el martillo.

—Tú si que eres una mocosa, ¿no estabas castigada?

La niña se encogió de hombros y los rizos rubios rebotaron en todas las direcciones.

—¡Me he escapado! —dijo con una mirada pícara al tiempo que se subía a las rodillas de O'Hara sin pedir permiso y se repanchingaba contra su pecho.

El irlandés le acarició los alborotados rizos con ternura y, en ese momento, llegó su hermano corriendo.

—¡Vuelve a casa, te queda un montón por copiar!

—No quiero, es muy aburrido. ¡Luke, vamos a practicar con los cuchillos!

—Papá se enfadará si ve que no has terminado. Puede castigarnos sin ir mañana al picnic de inauguración de la clínica de mamá. Ya sabes que vienen tía Sally y tío John con los primos, y también Teddy y los gemelos. Va a haber puestos de tiro al blanco y manzanas de caramelo. No pienso perdérmelo por tu culpa.

Su hermana lanzó un bufido impaciente.

—Papa se ha ido con mamá y siempre que se van juntos luego está de muy buen humor. —Mick y O'Hara intercambiaron una mirada cargada de diversión—. Seguro que no se enfada. ¡Venga, vamos!

El niño vaciló, era evidente que se debatía entre el atractivo plan que le proponía su incorregible hermanita y el deseo de hacer lo que su padre había ordenado.

—Está bien, pero volveremos un poco antes para terminar el castigo. ¿Lo prometes?

La niña se besó el pulgar.

—Lo prometo.

De un salto, se bajó de las rodillas de O'Hara y los dos niños desaparecieron a la carrera.

—Esa chiquilla es incontrolable y encima tiene pinta de que va a ser una belleza como su madre. —En las palabras de Mick latía una profunda admiración—. No quiero ni pensar qué pasará cuando se convierta en una mujercita.

—Cuando se convierta en una mujercita, entre tú y yo le buscaremos un lobo que la cuide como se merece, pero que, al mismo tiempo, sea capaz de refrenarla.

Mick le lanzó una mirada escéptica.

—No parece tarea fácil. No hay muchos hombres como el patrón.

O'Hara negó con la cabeza.

—No, en eso tienes razón, no los hay.

❀

El águila trazaba grandes círculos en el cielo mientras espiaba a las diminutas criaturas que rebullían en ese valle, de un verde esplendoroso, casi mil metros más abajo. Sin embargo, no eran los dos niños que lanzaban por turno un cuchillo a la pequeña diana que habían pintado en el tronco de un pino lo que llamaba su atención; tampoco la pareja desnuda que hacía apasionadamente el amor a plena luz del día al borde de una charca que destellaba como un espejo; ni el enorme lobo negro que corría junto con su fiel compañera y dos lobos jóvenes que, por primera vez, participaban con sus padres en la cacería de una cierva.

No, toda la atención del águila estaba concentrada en un conejo que acababa de salir de su madriguera y olfateaba el aire cauteloso. Por desgracia, toda esa cautela no iba a servirle de mucho. Segundos después, el ave se precipitaba a una velocidad de vértigo sobre su presa, la atrapaba entre sus garras y desaparecía volando majestuosa en dirección a uno de los picos nevados que protegían el valle.

¡Gracias!

¡Gracias por leer *Lobo negro*, espero que hayas disfrutado!
¿Quieres saber cuándo saldrá mi próximo libro?
Puedes suscribirte a mi Newsletter en www.isabelkeats.com (solo te enviaré información sobre futuros lanzamientos), seguirme en twitter @IsabelKeats
o dar «Me gusta» en mi página de Facebook.

Las opiniones son muy útiles para ayudar a otros lectores a encontrar mis libros.
Agradezco todo tipo de opiniones, tanto positivas como negativas.

Mis otras novelas son:

El protector
Algo más que vecinos
Empezar de nuevo
Abraza mi oscuridad
Vacaciones al amor
Nada más verte
Cuéntaselo a otra
Te quiero, baby
Te odio,pero bésame
Un bonsái en la Toscana
Mi tramposa favorita
Escrito en mis sueños
Escrito en las estrellas
Me vuelves loco
Los príncipes solo viven en los cuentos
El sol sale por el Oeste
Mil campanas
Mil “tequieros”
En un rincón perdido del mundo
Cuesta abajo y sin frenos

Históricas:
Redención (Aristócratas y pecadores 1)
Expiación (Aristócratas y pecadores 2)
Absolución (Aristócratas y pecadores 3)

Mis relatos:
Patas de alambre
Nunca es tarde

¡Espero que las disfrutes también!

Sinopsis de algunas de mis otras novelas

Cuesta abajo y sin frenos

Hyun es un tipo solitario que disfruta con la tranquilidad, pero la llegada al piso de enfrente de una detective que cambia de aspecto con la facilidad de un camaleón va a poner su rutinaria vida patas arriba.

Meli investiga todo tipo de casos con métodos, en ocasiones, poco ortodoxos. Sin embargo, tiene un objetivo que nunca pierde de vista: su Proyecto Vital. Cuando Hyun, siguiendo un impulso que ni él mismo entiende, se ofrece a ayudar a la atolondrada detective en la investigación más importante de su vida no se imagina la cantidad de líos en los que se va a meter. Líos que pondrán en peligro su integridad física y, sobre todo, su corazón.

Comprar aquí *«Cuesta abajo y sin frenos».*

En un rincón perdido del mundo

Max necesita alejarse de la ajetreada vida social de Manhattan y buscar un rincón solitario donde componer la banda sonora que le han encargado, y ¿qué mejor lugar para ello que el pueblecito de Teruel donde vivía su abuela, a la que nunca conoció?

En efecto, en Santa Olaria de la Mata no parece que vaya a haber demasiadas distracciones; la media de edad de su escasa docena de habitantes es de unos setenta años, no hay internet y ni siquiera llega la señal de televisión. Además, el pueblo suele quedar incomunicado en los meses más duros del invierno. Lo último que espera Max es encontrar al amor de su vida en ese rincón perdido del mundo, pero cuando se da cuenta del peligro que corre, ya es demasiado tarde para escapar.

Comprar aquí *«En un rincón perdido del mundo».*

Me vuelves loco

Ali es doña manías: el pañuelo de pensar, los desayunos hiperproteicos, la obsesión por la limpieza y el running al amanecer. Debajo de su excéntrico comportamiento y su cuerpo de supermodelo, solo hay una chica que busca desesperadamente ordenar sus sentimientos. No es feliz (todavía).

Konrad es don desastre: sin horarios, sin régimen y sin freno… ni en el amor, ni en la comida, ni en el derroche. ¡Gracias al cielo, nació con una creatividad exacerbada que le permite vivir bien y no privarse de nada! Cree que es feliz, hasta que conoce a Ali.

Esta no es (solo) una historia de cómo los opuestos se atraen. Tampoco es (solo) una novela que alegrará tus tardes de mantita y lluvia. Me vuelves loco es una deliciosa manera de ser un poco más feliz, recordando cómo se construye una amistad a fuego lento y lo maravilloso que es enamorarse.

Comprar aquí *Me vuelves loco*

¿Has leído ya la serie de regencia inglesa Aristócratas y pecadores?

Redención
Aristócratas y Pecadores 1

Lord Benedict Saint Pierre Rushford, marqués de Ravensworth, está aburrido de su existencia libertina y sin sentido. Una providencial caída del caballo y la misteriosa mujer que lo cuida día y noche le darán la oportunidad de cambiar de vida. ¿Quién es esa mujer que lo atrae sin remedio y a la que está dispuesto a seducir como sea? ¿Será ella el instrumento del destino para redimirlo de sus muchos pecados?

Comprar aquí

Expiación
Aristócratas y Pecadores 2

El conde de Sherrington es un caballero encantador y un gran favorito entre las damas, para las que siempre tiene una palabra amable o un gesto galante. Sin embargo, la señorita Emma Lovegrace tiene algo que, en su opinión, resulta terriblemente irritante y no puede evitar tratarla con una cierta rudeza que va contra todos sus principios. ¿Por qué le resulta tan irritante esa señorita? ¿Por qué, cuando se presenta la ocasión, se empeña en casarse con ella con la excusa de salvar su honor? Y, sobre todo, ¿por qué la poseedora de esos extraordinarios ojos oscuros, que parecen leer en su alma, está decidida a ayudarlo a expiar las culpas del pasado?

Comprar aquí

Absolución
Aristócratas y Pecadores 3

El bello y lánguido duque de Darrylshire, seductor con las mujeres pero implacable con los hombres, acepta con cierta condescendencia los matrimonios de sus amigos Lord Ravensworth y Lord Sherrington,

que parecen haber encontrado la felicidad. Él no tiene la menor intención de imitarlos; sin embargo, la aparición de una *contessa* florentina, que resulta no ser una completa desconocida, lo obliga a enfrentarse, cara a cara, con sus propios demonios. ¿Será esta su oportunidad para ser absuelto, por fin, de la culpa secreta que lo atormenta?

Comprar aquí

Sobre la autora

Isabel Keats es una mujer normal y corriente a la que un día le dio por escribir. Madre de familia numerosa (con perro incluido), tiene la suerte de contar con algo más valioso que el oro: tiempo libre, aunque no tanto como quisiera. Le gusta la novela romántica, le encantan los finales felices, así que, en resumen, escribe novela romántica porque en este momento de su vida es lo que más le apetece leer.

Isabel Keats —ganadora del Premio HQÑ digital con *Empezar de nuevo*, finalista del I Premio de Relato Corto Harlequín con su novela *El protector* y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR con *Abraza mi oscuridad*—, es el seudónimo tras el que se oculta una licenciada en Publicidad madrileña, casada y madre de tres niñas. A día de hoy ha publicado más de una docena de obras entre novelas y relatos, algunas de las cuales han sido traducidas al inglés, alemán, italiano, portugués y francés.

Encontrarás más información sobre la autora en:
www.isabelkeats.com